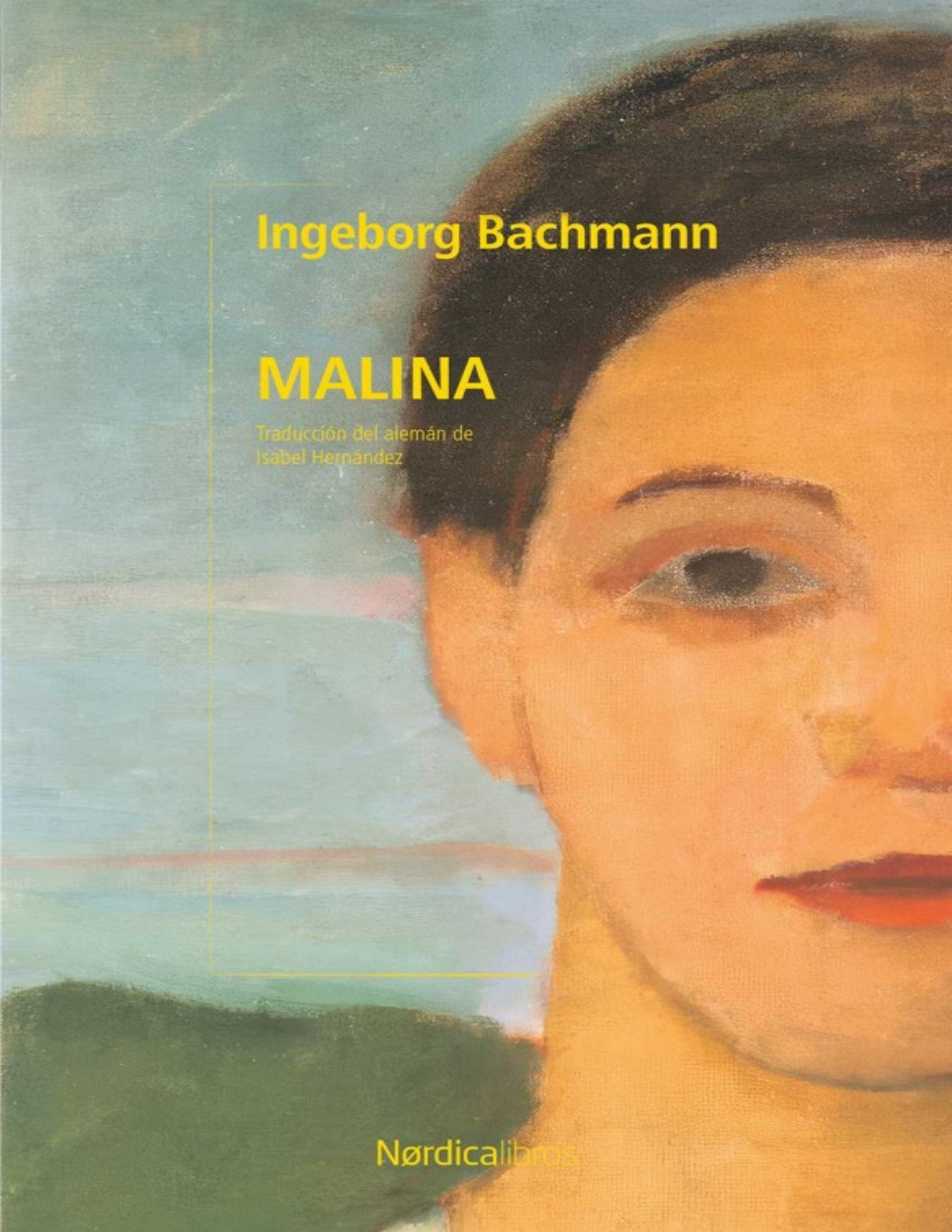


Ingeborg Bachmann

MALINA

Traducción del alemán de
Isabel Hernández

Nørdicalibros

Ingeborg Bachmann

MALINA

Traducción de

Isabel Hernández



Los personajes

Ivan
nacido en 1935 en Pécs (antiguo Fünfkirchen), Hungría. Vive desde hace unos años en Viena y tiene un trabajo regular, en un edificio del Kärntnerring. A fin de no provocar complicaciones inútiles para Ivan y su futuro, lo describiremos como un Instituto para Asuntos de Extrema Necesidad, porque trabaja con dinero. No es el Instituto de Crédito.[1]

Béla, András
los niños, de siete y cinco años

Malina
edad indeterminable a juzgar por el aspecto, ha cumplido ya cuarenta años, autor de un *Apócrifo* que ya no se consigue en librerías y del que se vendieron algunos ejemplares a finales de los años cincuenta. Por razones de camuflaje funcionario de categoría A, empleado en el Museo del Ejército Austriaco, donde una licenciatura en Historia (primera especialidad) e Historia del Arte (segunda especialidad) le permitió colocarse y ocupar un ventajoso puesto en el que asciende sin necesidad de nada, sin hacerse notar nunca ya sea por injerencias, ambición, exigencias u otras ideas ilícitas de mejora de los procedimientos y de los expedientes intercambiados entre el Ministerio de Defensa en el Franz-Josefs-Kai y el Museo del Arsenal, que, sin llamar la atención en exceso, se cuenta entre las instituciones más curiosas de nuestra ciudad.

Yo

pasaporte austriaco, expedido por el Ministerio del Interior. Certificado de nacionalidad legalizado. Ojos castaños, cabello rubio, nacida en Klagenfurt, siguen algunas fechas y una profesión, dos veces tachada y enmendada, direcciones, tachadas tres veces, y con buena letra puede leerse encima: domiciliada en la Ungargasse 6, Viena III.

Tiempo
hoy.

Lugar
Viena.

Únicamente la indicación temporal me ha dado que pensar un buen rato, porque me resulta prácticamente imposible decir «hoy», aunque uno dice, o mejor, tiene que decir «hoy» todos los días, pero si por ejemplo alguien me cuenta lo que va a hacer hoy (por no hablar de mañana), no adopto, como a menudo se piensa, una mirada ausente, sino una muy atenta, de perplejidad, tan poco esperanzadora es mi relación con «hoy», porque solo puedo atravesar este Hoy con mucha preocupación y sumo temor,[2] y en medio de esa angustia extrema, escribir o tan solo referir lo que acontece, pues habría que destruir de inmediato lo que se escribe sobre Hoy, igual que se rompen, se arrugan, no se terminan, no se envían las cartas de verdad, porque son de hoy y ya no podrían llegar a ningún otro Hoy.

Quien haya escrito alguna vez una carta aterradoramente suplicante para luego romperla y tirarla sabe mejor que nadie lo que entiendo aquí por «hoy». Y ¿quién no ha conocido esas notas casi ilegibles?: «Venga, por supuesto si puede, si quiere, se lo pido por favor. ¡A las cinco en el café Landtmann!». O esos telegramas: «por favor llámame inmediatamente stop hoy mismo». O bien: «hoy no es posible».

Porque Hoy es una palabra que solo deberían utilizar los suicidas, para todos los demás no tiene el más mínimo sentido, «hoy» no es más que la denominación de un día cualquiera para ellos, incluso para el de hoy, tienen claro que solo tendrán que volver a trabajar ocho horas o cogerse el día libre, que harán algún que otro recorrido, que tendrán que comprar alguna cosa, leer un diario

matutino y uno vespertino, se tomarán un café, se les olvidará algo, habrán quedado con alguien, tendrán que llamar a alguien por teléfono, un día, en suma, en el que tiene que ocurrir algo o, mejor dicho, en el que no sucederán demasiadas cosas.

Por el contrario, cuando digo «hoy», empiezo a respirar de manera irregular, me viene esa arritmia que ahora puede constatarse también en un electrocardiograma, solo que no puede deducirse del gráfico que la causa sea mi Hoy, siempre nuevo y opresivo, pero yo puedo presentar la prueba del trastorno, redactada en el inquieto código de los médicos, de algo que precede a las crisis de angustia, que me predispone, me estigmatiza, algo, según dicen, según piensan los especialistas, aún funcional hoy en día. Solo yo temo que es «hoy» lo que me resulta demasiado excitante, demasiado desmesurado, demasiado patético, y que en medio de esa excitación patológica para mí no dejará de ser «hoy» hasta el último momento.

Así pues, si he llegado a esta unidad de tiempo menos por azar que por una terrible obligación, le agradezco la unidad de lugar a una benévola casualidad, pues no he sido yo quien la ha encontrado. En esta unidad mucho más inverosímil he llegado hasta mí misma y me oriento bien en ella, ¡oh, y cuánto!, porque en líneas generales el lugar es Viena, en eso no hay nada de particular, pero en realidad el lugar es una calle, más bien un tramito de la Ungargasse, y eso se debe a que los tres vivimos allí: Ivan, Malina y yo. Cuando se observa el mundo desde el distrito III, cuando se tiene un ángulo visual tan limitado, naturalmente se tiende a poner de relieve la Ungargasse, a inventar algo sobre ella, a elogiarla y a otorgarle cierta importancia. Podría decirse que es una calle especial porque empieza en un lugar agradable, casi tranquilo, del Heumarkt y desde aquí, desde donde yo vivo, puede verse el Parque Municipal, pero

también la amenazadora nave del Gran Mercado y la Dirección General de Aduanas. Nosotros estamos aún entre casas dignas y herméticas, y no es hasta después de la casa de Ivan, el número 9 con los dos leones de bronce en el portal, cuando se vuelve más intranquila, desordenada e irregular, aunque se aproxima al barrio de las embajadas, pero lo deja a la derecha y no tiene mucho que ver con ese «barrio noble» de Viena, como se lo llama familiarmente. Resulta útil con sus pequeños cafés y sus muchos albergues viejos, nosotros vamos al Alter Heller, entre medias hay un garaje muy práctico, el Automag, la Farmacia Nueva, también muy práctica, un estanco a la altura de la Neulinggasse, ello sin olvidar la panadería tan buena de la esquina de la Beatrixgasse, y por suerte la Münzgasse, donde podemos aparcar nuestros coches, incluso cuando no hay sitio en ningún otro lugar. A trechos, por ejemplo a la altura del Consolato Italiano, con el Istituto Italiano di Cultura, no se le puede negar cierto aire de distinción, aunque no sea mucho, pues a más tardar cuando se aproxima el tranvía o se divisa el execrable garaje de las furgonetas postales, en el que dos placas no se dicen nada entre ellas, tan solo «Francisco José I. 1850» y «Oficinas y talleres», se olvidan sus esfuerzos por ennoblecerse y recuerda su lejana juventud, la vieja Hungargasse, en la que tenían sus hospederías, sus fondas, los comerciantes y los tratantes de caballos, bueyes y heno, y así la calle discurre, como se dice oficialmente «describiendo un gran arco en dirección a la ciudad». Al describir su gran arco, por el que algunos días bajo desde el Rennweg, me detiene con detalles siempre nuevos, con novedades ofensivas, tiendas que se llaman «Vida moderna», pero que para mí son más importantes que todas las plazas y calles de la ciudad que destacan por encima de ella. Tampoco puede decirse que sea desconocida, pues se la conoce, pero uno de fuera nunca llegaría a

verla, porque en ella no hay nada que visitar y aquí solo se puede vivir. Un visitante se daría la vuelta en la Schwarzenbergplatz o como mucho en el Rennweg, junto al Belvedere, con el que solo tenemos en común el honor de llevar el título de «Distrito III», y el forastero tal vez podría aproximarse desde el otro lado, desde la Asociación de Patinaje, si se aloja en el nuevo cajón de piedra, el hotel Vienna Intercontinental, y al pasear se adentra demasiado en el Stadtpark. Pero a este parque, por el que un pierrot blanco con voz de falsete ha entonado para mí[3]:



venimos como mucho diez veces al año porque se puede estar allí en diez minutos; e Ivan, que por cuestión de principios no va a pie, a pesar de mis ruegos y mis halagos, solo lo conoce de pasada, porque el parque está demasiado cerca y para tomar el aire y con los niños vamos a los bosques de Viena, al Kahlenberg, hasta los palacios de Laxenburg y Maerling, hasta Petronell y Carnutum, en el Burgenland. Con este Stadtpark, al que no necesitaríamos ir en coche, tenemos una relación de abstinencia y falta de cordialidad, y no recuerdo nada más de tiempos legendarios. De vez en cuando me percato aún angustiada del magnolio con las primeras flores, pero no siempre se puede armar un revuelo por ello; y cuando, como hoy, vuelva a decirle a Malina, carente de toda imaginación, que si ha visto las magnolias del parque, me responderá, él que es educado, con un gesto afirmativo, pero ya se sabe la frase de las magnolias.

Hay, y esto es fácil de adivinar, calles mucho más bonitas en

Viena, pero están en otros distritos, y les ocurre lo que a las mujeres hermosas, a las que se contempla un instante con el debido tributo, sin pensar en mezclarse con ellas. Nadie ha afirmado jamás que la Ungargasse sea bonita, o que el cruce de la Invalidenstrasse con la Ungargasse lo haya fascinado o dejado mudo. Así que no quiero ser yo la que empiece a hacer afirmaciones insostenibles sobre mi calle, sobre nuestra calle, más bien debería buscar en mi interior el porqué de mi apego a la Ungargasse, porque solo en mi interior es donde describe su arco hasta el número 9 y el número 6, y tendría que preguntarme por qué me hallo siempre en su campo magnético, da igual que vaya por la Freyung o de compras por el Graben, o pasee hasta la Biblioteca Nacional, o esté pensando en la Lobkowitzplatz: ¡aquí, aquí habría que vivir! ¡O en Am Hof! Incluso si pierdo el tiempo en el centro pretextando no querer ir a casa, me paso una hora en un café hojeando periódicos, porque en secreto me gustaría estar ya de camino y de vuelta en casa, y cuando doblo hacia mi distrito viniendo de la Beatrixgasse, en la que vivía antes, o del Heumarkt, entonces ya no tengo esa sensación de haber estado enferma por causa del tiempo, aunque el tiempo de repente coincida con el lugar, pero tras pasar el Heumarkt me sube la presión y al mismo tiempo cede la tensión, esa crispación que me asalta en lugares desconocidos y, aunque camino más rápido, al final acabo tranquilizándome y me pongo impertinente de pura felicidad. Nada me resulta más seguro que ese tramo de la calle, de día subo corriendo las escaleras, de noche echo a correr hacia el portal con la llave ya en la mano, y de nuevo regresa el bendito momento en que la llave gira, el portal se abre, la puerta se abre, y esa sensación de llegar a casa, que me inunda entre la espuma de las olas de tráfico y de gente ya en un perímetro de cien, doscientos metros, en el que todo me anuncia mi casa, que no es mi casa, sino que naturalmente

pertenece a una S.A. o a alguna banda de especuladores, que ha restaurado, más bien remendado, el edificio, pero de eso yo no sé nada, porque durante los años de las obras yo vivía a diez minutos de distancia, y la mayor parte del tiempo pasaba por delante del número 26, que durante mucho tiempo fue también mi número de la suerte, oprimida y con sentimientos de culpa, como un perro que ha cambiado a su amo y al ver al anterior, no sabe a cuál de ellos debe más fidelidad. Pero hoy paso por delante del número 26 de la Beatrixgasse como si nunca hubiera habido allí nada, prácticamente nada, o sí, en una ocasión hubo algo en ese sitio, un aroma de otros tiempos, ya no se percibe.

Durante años mi relación con Malina consistió en desafortunados encuentros, malentendidos grandísimos y algunas estúpidas fantasías…, me refiero con ello a malentendidos mucho mayores que los que he tenido con otras personas. De todas formas, desde el principio estuve siempre por debajo de él, y muy pronto tuve que haber sabido que se convertiría en mi perdición, que el puesto de Malina ya estaba ocupado por Malina antes de que él se instalara en mi vida. Lo único que me ahorraron, o que yo misma me ahorré, fue encontrarme con él demasiado pronto. Porque en una ocasión no faltó mucho en la parada del tranvía E2, H2, en el Stadtpark, para que todo hubiera empezado. Allí estaba Malina, con un periódico en la mano, y yo hacía como que no lo veía sin dejar de mirar constantemente hacia él por encima de mi diario, y sin ser capaz de averiguar si verdaderamente estaba tan absorto en su periódico o se estaba dando cuenta de que yo lo miraba fijamente, lo hipnotizaba, quería obligarlo a levantar la mirada. ¡Yo, y obligar a Malina! Pensé que si el E2 llegaba primero todo saldría bien, que, por el amor de Dios, no llegaran antes el antipático H2 o incluso el rarísimo G2, y

luego llegó de verdad el E2, pero cuando yo me subí de un salto al segundo vagón, Malina había desaparecido, pero no en el primero, ni en el mío, y tampoco se había quedado en la parada. Solo podía haberse metido corriendo en la estación del suburbano cuando yo había tenido que volverme, porque no podía haberse volatilizado. Como no encontré explicación, lo busqué y lo busqué con la mirada, y como no encontré tampoco ningún motivo ni para su comportamiento ni para el mío, el día acabó siendo muy duro. Pero todo eso queda ya muy lejos en el pasado, y ya no hay tiempo suficiente para hablar hoy de ello. Años después volvió a ocurrirme otra vez lo mismo con él, en una sala de conferencias en Múnich. De repente estaba a mi lado, luego unos pasos por delante, buscando un sitio entre la apretujada masa de estudiantes, retrocedió, y entonces escuché, a punto de desmayarme de la emoción, una conferencia de hora y media, «El arte en la era de la Tecnología»,[4] buscando y buscando a Malina entre aquella multitud condenada a emocionarse y a permanecer sentada en silencio. Como muy tarde fue aquella noche cuando comprendí que no quería sujetarme ni al arte ni a la técnica ni a esa época, que jamás me ocuparía de ninguna de las conexiones, temas o problemas tratados allí ante el público, y supe con seguridad que quería a Malina y que todo lo que yo quería saber tenía que provenir de él. Al final aplaudí generosamente junto con los otros, dos de Múnich fueron guiándome y dirigiéndome hacia atrás hasta sacarme de la sala, uno me sujetaba del brazo, otro trataba de convencerme con astucia, otros más me interpelaban y yo seguía mirando hacia Malina, que también quería ir a la salida de atrás, pero despacio, y de ese modo yo pude ser más rápida e hice lo imposible, lo empujé como si me hubieran empujado contra él, como si cayera sobre él, y de verdad me caí encima de él. Así que no pudo por menos, tuvo que notar mi

presencia, aunque no estoy segura de que me viera realmente, pero entonces escuché por primera vez su voz, tranquila, correcta, monocorde: Disculpe.

No encontré respuesta alguna, porque nadie me había dicho nunca eso, y no estaba segura de si él me estaba pidiendo disculpas o disculpándome a mí, los ojos se me llenaron de lágrimas tan rápido que ya no podía seguirlo con la mirada, sino que, debido a los otros, miré al suelo, saqué un pañuelo del bolsillo y entre susurros pretexté que alguien me había pisado. Cuando pude volver a levantar la vista, Malina se había perdido entre la multitud.

No volví a buscarlo en Viena, me lo imaginaba en el extranjero y, sin ninguna esperanza, repetí mi camino bajando hacia el Stadtpark, porque aún no tenía coche. Una mañana me enteré de algo sobre él por el periódico, pero en el artículo no se trataba de él, sino que fundamentalmente se trataba del sepelio de Maria Malina, el más grande y espectacular que los vieneses habían celebrado de manera voluntaria y, naturalmente, solo en honor a una actriz. Entre los asistentes al funeral estaba el hermano de la Malina, ese afamado escritor, joven y talentoso, que no era tan conocido y al que los periodistas le proporcionaron rápidamente la fama por un día. Porque Maria Malina, en esas horas en que ministros y porteros, críticos y alumnos de instituto que ven de pie las representaciones teatrales, desfilaban hacia el Cementerio Central en un largo cortejo, no necesitaba un hermano que hubiera escrito un libro, al que nadie conocía y que, por encima de todo, no era «nadie». Esas tres palabras, «joven, talentoso y afamado», le resultaban necesarias para completar su atuendo en ese día de luto nacional.

De ese tercer contacto repelente a través de un periódico, que además no existió más que para mí, no hemos hablado jamás, como

si no hubiera tenido nada que ver con él, y mucho menos conmigo. Porque en aquel tiempo perdido, cuando ni siquiera podíamos preguntarnos los nombres, y mucho menos algo de nuestras vidas, yo lo llamaba en mi interior «Eugenius», porque «Príncipe Eugenio, el noble caballero» fue la primera canción que tuve que aprender,[5] y con ella también el primer nombre masculino, el nombre me gustó mucho desde el principio, como la ciudad de «Belgerad», cuyo exotismo e importancia no se desvanecieron hasta que descubrí que Malina no es originario de Belgrado, sino solo de la frontera yugoslava, igual que yo, y a veces aún nos decimos algo en esloveno o en víndico,[6] como los primeros días: *Jaz in ti. In ti in jaz.*[7] Por lo demás, no tenemos necesidad de hablar de nuestros primeros días buenos, porque los días son cada vez mejores, y no me queda más remedio que reírme de aquella época en que me indignaba con Malina porque me hacía desperdiciar tanto tiempo con otras personas y con otras cosas, por eso lo exilié de Belgrado, le quité el nombre y le compuse historias misteriosas, ahora era un estafador, ahora un pequeño burgués, ahora un espía, y cuando estaba de mejor humor, lo hacía desaparecer de la realidad y lo introducía en algunos cuentos y leyendas, lo llamaba Florizel, Pico de Tordo, pero prefería dejarle que fuera san Jorge, el que mató al dragón para que Klagenfurt pudiera surgir de la gran ciénaga en la que no crecía nada,[8] para que pudiera nacer de ella mi primera ciudad y, tras muchos juegos inútiles, regresaba, desanimada, a la única hipótesis correcta, que Malina en efecto estaba en Viena y que yo, en esa ciudad en la que tenía tantas posibilidades de encontrarlo, me lo estaba perdiendo constantemente. Empecé a hablar de Malina allí dondequiera que se hablara de él, aunque no era cosa que sucediera a menudo. Un feo recuerdo, que hoy ya no me duele, pero yo tenía la necesidad de hacer como si también lo conociera y supiera

algunas cosas de él, y hacía bromas como los otros cuando contaban la divertida y vil historia de Malina y la señora Jordan. Hoy sé que Malina jamás «tuvo» nada con esa señora Jordan, como dicen aquí, que ni siquiera Martin Ranner[9] quedaba con ella a escondidas en el Cobenzl, porque era su hermana, pero sobre todo porque no es posible imaginarse a Malina relacionado con otras mujeres. No puede excluirse que Malina haya conocido a otras mujeres antes de mí, conoce a mucha gente, o sea que también a mujeres, pero resulta absolutamente irrelevante desde que vivimos juntos; nunca más he vuelto a pensar en ello, pues mis sospechas y mis desconciertos, en lo tocante a Malina, han perecido ante su asombro. Tampoco la joven señora Jordan era la mujer de la que se decía desde hacía tiempo que había cumplido el famoso dicho de «yo hago una política del Más Allá» cuando un ayudante de su marido la sorprendió de rodillas, fregando el suelo, dándole a entender todo el desprecio que sentía por su esposo. Todo sucedió de otro modo, es otra historia, y todo saldrá a la luz algún día. De los personajes del rumor surgirán los personajes de verdad, libres y grandiosos, como para mí lo es hoy Malina, que ya no es el resultado de rumores, sino que se sienta junto a mí liberado o camina conmigo por la ciudad. La hora de las otras rectificaciones aún no ha llegado, son para más tarde. No son para hoy.

Ahora más bien tengo que preguntarme, desde que las cosas han llegado a estar así como están entre nosotros, qué es lo que podemos ser el uno para el otro, Malina y yo, puesto que somos tan poco parecidos, tan distintos, y no es una cuestión de sexo, de forma de ser, de la estabilidad de su existencia y de la inestabilidad de la mía. En cualquier caso, Malina no ha llevado jamás una vida tan convulsa como la mía, él nunca ha perdido el tiempo con

bobadas, hablando por teléfono sin más, esperando que le sucediera algo, jamás ha caído en nada, menos aún se ha pasado media hora mirándose al espejo para luego ir a toda prisa a algún sitio, siempre con retraso, balbuceando disculpas, turbado por una pregunta o una respuesta. Pienso que incluso hoy seguimos teniendo poco que ver el uno con el otro, el uno tolera al otro, se asombra del otro, pero mi asombro es de curiosidad (¿acaso Malina se asombra alguna vez?, creo que cada vez menos), y también de desasosiego, precisamente porque mi presencia nunca lo irrita, porque la percibe cuando le place, y no la percibe cuando no hay nada que decir, como si no estuviéramos cruzándonos en casa constantemente, como si no nos viéramos el uno al otro, como si no nos oyéramos en medio de nuestras actividades cotidianas. Entonces me parece que su calma proviene del hecho de que soy para él un Yo demasiado irrelevante y conocido, como si me hubiera expelido, un desecho, una encarnación superflua, como si simplemente me hubieran hecho de su costilla y le resultara prescindible desde siempre, pero también una historia oscura e inevitable que acompaña a la suya, que quiere completarla, pero que él separa y delimita de su historia diáfana. Por eso soy solo yo la que tiene que aclarar algo con él, y sobre todo a mí misma es a la que debo y puedo aclarar solo ante él. Él no tiene nada que aclarar, no, él no. Ordeno el vestíbulo, me gustaría estar cerca de la puerta, porque está a punto de llegar, la llave se mueve ya en la cerradura, retrocedo unos pasos para que no se dé conmigo, cierra y los dos nos decimos a la vez con mucha amabilidad: buenas tardes. Y mientras avanzamos por el pasillo, yo digo algo más:

Tengo que contarte. Tengo que contarte. Ya no hay nada que perturbe mis recuerdos.

Bueno, dice Malina sin asombrarse. Yo voy al cuarto de estar, él

sigue andando, hacia atrás, pues la última habitación es la suya.[10]

Tengo que hacerlo y lo haré, me repito a mí misma en voz alta, porque si Malina no pregunta y no quiere saber nada más es que estoy en lo cierto. Puedo estar tranquila.

Pero si mi recuerdo solo se refiriera a los recuerdos habituales, lo que queda atrás, lo exánime, lo abandonado, entonces estaría aún lejos, muy lejos del recuerdo silenciado en el que ya nada puede molestarme.

¿Qué puede molestarme, por ejemplo, en una ciudad en la que he nacido si no veo la necesidad de saber por qué precisamente allí y no en otro sitio, aunque tenga que recordarlo? El Patronato de Turismo da información de lo más importante, algunas cosas se escapan a su competencia, pero yo tampoco soy competente, aunque tuve que aprender en la escuela, donde se unieron «el valor viril y la fidelidad femenina»[11] y donde resplandecen en nuestro himno «los helados prados del Glockner».[12] El hijo más ilustre de nuestra ciudad, Thomas Koschat, del que da testimonio la Thomas Koschatgasse, es el autor de la canción «Abandonado, abandonado, abandonado estoy», en la escuela Bismarck tuve que volver a aprenderme la tabla de multiplicar que ya me sabía, en el colegio de los benedictinos iba a clase de Religión, para que luego no me confirmaran, siempre por la tarde, con una chica de otro curso, porque todas las demás, las católicas, tenían su clase de Religión por la mañana, y por eso yo siempre tenía libre, al parecer al joven vicario le habían dado un tiro en la cabeza, el viejo deán era estricto, bigotudo y hacer preguntas le parecía algo inmaduro. El liceo de las ursulinas tiene ahora una puerta cerrada que intenté volver a abrir otra vez. En el café Musil quizá no me dieron la ración de tarta después del examen de ingreso, pero me habría gustado que me la dieran y me veo partiendo una tarta con un tenedorcito. A lo mejor

me dieron la tarta unos años después. Al comienzo del paseo que bordea el Wörthersee, no lejos del embarcadero, me besaron por primera vez, pero ya no veo rostro alguno que se acerque al mío, incluso el nombre del forastero ha debido de hundirse en el cieno del lago, solo sé algo de las cartillas de racionamiento que le di al forastero, que al día siguiente ya no regresó al embarcadero, porque le había invitado la mujer más hermosa de la ciudad, que se paseaba por la Wienergasse con un enorme sombrero y en realidad se llamaba Wanda; en una ocasión la seguí hasta la Waagplatz, sin sombrero, sin perfume y sin el paso firme de una mujer de treinta y cinco años. El forastero puede que fuera un fugitivo o quería cambiar las cartillas por cigarrillos para fumárselos con esa mujer alta y hermosa, solo que entonces yo tenía diecinueve años y no seis, con una cartera a la espalda, cuando aquello ocurrió en realidad. En una gran fotografía se ve el puentecito sobre el Glan, no la orilla del lago al crepúsculo, solo ese puente bajo el sol del mediodía, con los dos niños pequeños, que llevaban también sus carteras a la espalda, y el mayor, al menos dos años mayor que yo, gritó: ¡Tú, eh, tú, ven aquí, que voy a darte una cosa! Esas palabras no se han olvidado, tampoco el rostro del chico, el primer grito importante, ni mi primera alegría indómita, detenerme, dudar, y el primer paso hacia otro en aquel puente, y al instante el chasquido de una mano dura en la cara: ¡Toma, tú, aquí la tienes! Fue el primer golpe en la cara y la primera vez que tuve conocimiento de la profunda satisfacción que otro siente al golpear. La primera vez que conocí el dolor.[13] Con las manos en las correas de la cartera y sin llorar y a paso regular, alguien que yo fui una vez fue trotando de vuelta a casa, esta vez sin contar las estacas de la cerca que orillaba el camino, caída por primera vez entre los humanos, y a veces uno sí que sabe cuándo ha empezado todo, cómo y dónde, y qué lágrimas

habría habido que llorar.

Fue en el puente del Glan. No era el paseo del lago.

Mientras que algunas personas han nacido en días como el 1 de julio, en el que han nacido también cuatro celebridades, o el 5 de mayo, en el que se abrieron paso y lanzaron sus primeros gritos los benefactores y genios de la humanidad,[14] no he sido capaz de averiguar quién ha cometido la imprudencia de empezar su vida en el mismo día que para mí fue el primero. Desconozco la satisfacción de haber coincidido con Alejandro Magno, con Leibniz, con Galileo Galilei o Karl Marx en una hora estelar, e incluso en el viaje de Nueva York a Europa, en el navío Rotterdam, en el que se exhibía la lista con la fecha de nacimiento de todos los pasajeros que celebraban sus cumpleaños en esos días, lo único que me llegó por la puerta del camarote el día en que me tocaba a mí fue una tarjeta de felicitación del capitán, doblada, y seguí esperando hasta mediodía que entre los muchos cientos de pasajeros hubiera, como en todos los días anteriores, algunos a los que les sirvieran en la mesa una tarta gratis y les sorprendieran cantando «happy birthday to you». Pero resultó que yo era la única, en vano miré a mi alrededor por todo el comedor, no, nadie más, corté la tarta rápidamente, me apresuré a repartirla entre tres mesas de holandeses sin dejar de hablar y de beber y de hablar, diciendo que no soportaba la marejada, que no había pegado ojo en toda la noche, y corrí de vuelta al camarote y me encerré en él.

No fue en el puente del Glan, tampoco en el paseo del lago, tampoco de noche en el Atlántico. Lo único que hice fue atravesar esa noche, ebria, al encuentro de la noche más profunda.[15]

Solo más tarde se me ocurrió que aquel día, que entonces aún me interesaba, al menos había muerto alguien.[16] A riesgo de entrometerme en la astrología popular, porque puedo imaginarme tal

como yo quiero las relaciones que se dan muy por encima de nosotros, ya que en este caso ninguna ciencia puede verlas con lupa ni controlarlas, relaciono mi principio con un final, pues ¿por qué no podría alguien empezar a vivir cuando se extingue el espíritu de otra persona?, pero no mencionaré el nombre de ese hombre, porque es más importante que justo en ese mismo momento me acordé del cine de detrás del Kärntnerring, en el que durante dos horas, desleída entre colores y en una gran oscuridad, vi Venecia por vez primera, los golpes de los remos en el agua, incluso una música atravesó el agua con luces y su dadín, dadán, que me arrastraba con ella, hasta adentrarse en los personajes, los dobles personajes y sus pasos de danza.[17] Así llegué a la Venecia que jamás veré, en un día de invierno vienés ventoso y chirriante. A menudo he vuelto a escuchar esa música, a improvisarla, a hacer variaciones, pero nunca de esa forma y tan perfecta, en una ocasión procedente de una habitación contigua, en la que la destrozaron en el curso de una discusión polifónica sobre el hundimiento de la monarquía y el futuro del socialismo, y uno empezó a gritar porque otro había dicho algo contra el existencialismo o el estructuralismo, y agucé el oído con sumo cuidado para escuchar otro compás, pero la música ya se había diluido en el griterío y yo en un sinvivir porque ya no quería oír otra cosa. Es que muchas veces no quiero escuchar, y a menudo no puedo ver. Igual que tampoco podía contemplar el caballo moribundo que se había precipitado por las rocas en Hermagor,[18] para el que recorrí kilómetros en busca de ayuda, aunque lo dejé con el mayoral, que tampoco pudo hacer nada, o igual que no pude oír la *Gran misa* de Mozart ni los disparos en una aldea durante el carnaval.

No quiero contar nada, todo me perturba en mis recuerdos. Malina

entra en la habitación, está buscando una botella de *whisky* medio vacía, me da una copa, se sirve una y dice: Todavía sigue perturbándote. Todavía. Pero es otro recuerdo el que te perturba.

CAPÍTULO PRIMERO

Feliz con Ivan

He vuelto a fumar y he vuelto a beber, he contado los cigarrillos, las copas, y para hoy me he dejado además dos cigarrillos, porque entre hoy y el lunes hay tres días, sin Ivan. Pero sesenta cigarrillos después Ivan está de vuelta en Viena, primero llamará a la información horaria y controlará su reloj, luego al servicio de despertador 00, que le devuelve la llamada de inmediato, después se quedará dormido enseguida, tan rápido como solo Ivan es capaz de hacerlo, se despertará, avisado por el servicio despertador, con un enfado al que cada vez pone una expresión diferente, con gemidos, maldiciones, estallidos, quejas. Después habrá olvidado todo el enfado y de un brinco estará en el cuarto de baño para lavarse los dientes, luego ducharse, luego afeitarse. Encenderá el transistor y escuchará las noticias de la mañana. Austria I. APA.[19] Ofrecemos un breve boletín de noticias: Washington…

Pero Washington y Moscú y Berlín no son más que lugares inmensos que tratan de darse importancia. En mi país de la Ungargasse nadie los toma en serio o sonríe ante tales impertinencias como ante las declaraciones de arribistas ambiciosos, ya no pueden influir más en mi vida, con la que yo he ido a desembocar en otra, en la

Landstrasser Hauptstrasse,[20] frente a esa floristería, cuyo nombre aún tengo que averiguar, y ante la que me paré al pasar solo porque en el escaparate había un ramo de martagón, rojo y siete veces más rojo que el rojo,[21] nunca visto, y delante del escaparate estaba Ivan, ya no sé más, porque enseguida me marché con Ivan, primero hasta la oficina de Correos de la Rasumofskygasse, donde tuvimos que ir a dos ventanillas diferentes, él a la de «Giros postales», yo a la de «Venta de sellos», y ya esa primera separación fue tan dolorosa que, a la salida, al volver a encontrarme con Ivan, no articulé una sola palabra, Ivan no necesitó preguntarme nada, porque no había duda de que yo tenía que seguir andando con él, y justo hasta su casa, que, para mi asombro, estaba tan solo a unas casas de la mía. Las fronteras quedaron pronto fijadas, era solo un pequeño país el que había que fundar, sin pretensiones territoriales y sin una Constitución adecuada, un país ebrio, en el que solo hay dos casas que uno puede encontrar incluso a oscuras, con eclipses de sol y de luna, y me sé de memoria cuántos pasos tengo que dar, en diagonal desde mi casa a la de Ivan, podría ir hasta con los ojos cerrados. El mundo mucho más ancho en el que he vivido hasta ahora (yo siempre con miedo, con la boca seca, con sensación de estrangulamiento en el cuello) ha quedado reducido a la mínima expresión, porque una fuerza real se opone a ese mundo, aunque esa fuerza, como hoy, consista únicamente en esperar y fumar para que no se pierda nada de ella. Tengo que darle diez vueltas al cable del teléfono con el auricular levantado, con mucho cuidado, porque se ha enrollado, para poder volver a usarlo en caso de emergencia, y así incluso puedo, antes de la emergencia, marcar ya ese número: 726893. Sé que no puede contestar nadie, pero eso no me importa, solo que suene en casa de Ivan, en el piso en penumbra, y como yo sé dónde está el teléfono, los timbrazos le dirán desde allí a todas

las pertenencias de Ivan: soy yo, estoy llamando yo. Y lo escucharán el sillón pesado y bajo, en el que le gusta sentarse y en el que, de repente, se queda dormido cinco minutos, y los armarios y la lámpara, bajo la cual nos acostamos, y sus camisas y sus trajes y la ropa interior, que habrá tirado por el suelo para que la señora Agnes sepa lo que tiene que llevar a la lavandería. Desde que puedo marcar ese número, mi vida por fin ya no necesita un rumbo, no me meto en líos, no provoco problemas sin solución, ya no avanzo ni me aparto del camino, porque mantengo la respiración, detengo el tiempo y llamo por teléfono y fumo y espero.

Pero si por algún motivo no me hubiera mudado hace dos años a la Ungargasse, si aún siguiera viviendo en la Beatrixgasse, como en mis años de estudiante, o en el extranjero, como luego tantas veces, entonces sí que tomaría un rumbo discrecional, y nunca habría sabido qué es lo más importante del mundo: que todo lo que está a mi alcance, el teléfono, el auricular y el cable, el pan y la mantequilla y los arenques que guardo para los lunes por la noche, porque es lo que más le gusta comer a Ivan, o la salchicha extra que me gusta comer a mí, que todo eso es de la marca Ivan, de la casa Ivan. Esa empresa, buena y poderosa, ha comprado y pacificado incluso la máquina de escribir y la aspiradora, que antes hacía un ruido insoportable, las puertas de los coches ya no se cierran con un golpe bajo mis ventanas, e incluso la naturaleza tiene que haberse confiado de repente a la protección de Ivan, porque por la mañana los pájaros cantan más bajo y permiten un segundo sueño, breve.

Pero desde aquella toma de posesión han sucedido muchas cosas más, y me resulta extraño que la medicina, que se tiene por una ciencia, y una de las que progresan rápidamente, no sepa nada de este asunto: que aquí, en este barrio en el que estoy, el dolor está

disminuyendo entre el 6 y el 9 de la Ungargasse, que las desdichas son menos, que el cáncer y el tumor, el asma, el infarto, la fiebre, infecciones y depresiones, incluso los dolores de cabeza y la sensibilidad a los cambios atmosféricos han disminuido, y yo me pregunto si no será mi obligación informar a los científicos de este sencillo remedio, para que la investigación, que cree poder combatir todos los males con medicinas y tratamientos cada vez más sofisticados, pudiera dar un gran paso adelante. Aquí prácticamente también se han apaciguado los temblores nerviosos, la alta tensión que impera sobre esta ciudad, y probablemente en todas partes, y la esquizotimia, el componente esquizoide del mundo, esa hendidura enloquecida y cada vez más ancha, se va cerrando imperceptiblemente.

Lo que queda de agitación no es más que una búsqueda apresurada de horquillas y medias, un ligero temblor al darse el rímel y al manejar la sombra de ojos, los finos pinceles para la raya de los párpados, al sumergir los etéreos algodoncillos en polvos claros y oscuros. O que los ojos se humedecen de manera irreprimible al ir y venir del baño al pasillo, al buscar el bolso, el pañuelo, que los labios se hinchan, únicamente son esos mínimos cambios fisiológicos, un paso más ligero que te hace un centímetro más alta, y una leve pérdida de peso, porque ya se va haciendo de noche y las oficinas empiezan a cerrar, y luego la infiltración de esas guerrillas de sueños diurnos que se cuelan y sublevan la Ungargasse, que de repente la han ocupado por completo con sus grandiosas proclamas y la única consigna que reconocen como objetivo, y qué otro nombre podría tener esa consigna, que ya desde hoy representa el futuro, que no fuera Ivan.

Se llama Ivan. Y siempre Ivan.

Contra la corrupción y la regularidad, contra la vida y contra la muerte, contra la evolución casual, todas esas amenazas de la radio, todos los titulares de los periódicos, de los que proviene la peste, contra la perfidia que se filtra de los pisos superiores e inferiores, contra la lenta bazofia de dentro y contra el hecho de ser devorados desde fuera, contra el rostro ofendido de la señora Breitner cada mañana, mantengo aquí mi temprana posición vespertina y espero y fumo, cada vez más confiada y segura, y tanto tiempo y tan segura como no le ha sido posible a nadie, pues en este signo venceré.[22]

Aunque seguro que Ivan ha sido creado para mí, nunca podré reivindicarlo exclusivamente para mí. Porque ha venido para que las consonantes vuelvan a ser sólidas y tangibles, para que las vocales vuelvan a abrirse y resuenen plenamente, para que las palabras vuelvan a brotar de mis labios, para reestablecer las primeras relaciones destruidas y solucionar los problemas, y no me alejaré ni un punto de él, haré que nuestras iniciales idénticas y melodiosas, con las que firmamos nuestras breves notas, coincidan, se sobreescriban, y después de unir nuestros nombres podríamos empezar con cautela a hacerles de nuevo el honor a las primeras palabras de este mundo, para que este tenga que desear volver a concederle este honor, y como queremos la resurrección y no la destrucción, nos cuidaremos bien de tocarnos en público con las manos y también de no mirarnos más que a hurtadillas, porque Ivan tendrá primero que lavar con sus miradas las imágenes que habían caído en mi retina antes de que él llegara, y luego, después de muchas abluciones, volverá a surgir una imagen oscura, terrible, prácticamente imposible de borrar, y entonces Ivan me pasará enseguida por encima una más tenue, para que no salga de mí ninguna mirada torva, para que yo no pierda esa terrible mirada, de

la que sé cómo ha llegado hasta mí, pero no lo recuerdo, no lo recuerdo…

(Todavía no puedes, todavía no, muchas cosas te perturban…).

Pero como Ivan empieza a curarme, las cosas ya no pueden ser tan malas en la Tierra.

Aunque antaño todos sabían, pero como hoy ya nadie sabe por qué tiene que suceder a escondidas, por qué cierro la puerta, corro la cortina, por qué me presento yo sola ante Ivan, revelaré un secreto. Lo quiero así, no para ocultarnos, sino para reinstaurar un tabú, y Malina lo ha entendido sin que yo se lo tuviera que explicar, pues incluso cuando mi dormitorio está abierto y yo estoy sola o él está completamente solo en el piso, pasa y va a su habitación como si allí nunca hubiera una puerta abierta, como si nunca hubiera una cerrada, como si no hubiera allí cuarto alguno, para que nada se profane y las primeras temeridades y las lealtades postreras vuelvan a tener una oportunidad. Lina tampoco hace limpieza aquí, porque nadie puede entrar en ese cuarto, nada ocurre ni se presta a ser expuesto, diseccionado y analizado, porque Ivan y yo no nos arrastramos, enrollamos, torturamos ni asesinamos el uno al otro, y de ese modo nos ponemos frente a frente y protegemos lo que es nuestro y no se puede tocar. Como Ivan nunca me interroga, no es desconfiado, no sospecha de mí, mis sospechas se disipan. Como no examina esos dos pelos rebeldes de la barbilla, tampoco se percata de las dos primeras arrugas bajo los ojos, como no le molesta mi tos después del primer cigarrillo, incluso me pone la mano en la boca cuando voy a decir algo sin pensar, yo le digo en otro idioma todo lo que no he dicho jamás, sin pelos en la lengua, pues nunca querrá saber lo que hago por el día, lo que hacía antes, por qué no llegué a casa hasta las tres de la mañana, por qué ayer no tenía tiempo, por

qué el teléfono ha estado hoy una hora comunicando y a quién estoy contestando ahora al teléfono, pues en cuanto empiezo con una frase habitual y digo: ¿por qué?, ¿qué es lo que tienes que explicarme? Nada, nada de nada, ¿a quién tienes que explicarle algo?, porque a mí no, a nadie, porque a nadie le incumbe nada…

Pero tengo que hacerlo.

A mí no me puedes engañar, lo sé, sí que lo sé.

¡Pero solo porque no tengo que hacerlo!

¿Por qué te ríes? No sería ninguna vergüenza, a pesar de todo podrías hacerlo. Inténtalo, pero no podrás.

¿Y tú?

¿Yo? ¿Y tienes que preguntarlo?

No tengo por qué.

Puedo intentarlo, pero a veces no te diré algunas cosas. ¿Qué te parece?

Estoy de acuerdo. Tengo que estar de acuerdo. Tú no tienes que hacer nada, Ivan, tú puedes.

Mientras nosotros vamos familiarizándonos sin esfuerzo, esta carnicería continúa en la ciudad, observaciones insoportables, comentarios y trazas de rumores circulan por los restaurantes, en las fiestas, en las viviendas, en casa de los Jordan, de los Altenwyl, de los Wantschura, o se les comunica a los más pobres a través de las revistas, los periódicos, en el cine y a través de los libros, en los que se habla de cosas de una manera tal que las cosas se despiden y se repliegan en sí mismas y en nosotros, y todos quieren mostrarse desnudos, desvestir a los otros hasta la piel, todo secreto debe desaparecer, forzarse como un arca cerrada con llave en la que, sin embargo, no había ningún secreto, nunca se encontrará nada, y la perplejidad aumenta tras los robos, los desvestimientos, los registros y las inspecciones, no arde ninguna zarza,[23] no se enciende la

mínima luz, ni en la embriaguez ni en ninguna sobriedad fanática, y la ley del mundo impera sobre todos, menos comprendida que nunca.
Como Ivan y yo solo nos contamos las cosas buenas y a veces algo para hacernos reír (y sin reírnos de nadie), como incluso llegamos hasta el punto de sonreír de puro ensimismamiento, encontrando, pues, la expresión en la que nos encontramos a nosotros mismos, espero que podamos provocar un contagio. Poco a poco infectaremos a nuestros vecinos, uno tras otro, con el virus del que ya sé cómo podría llamársele, y si surge de ahí una epidemia, todo el mundo se beneficiaría de ello. Pero también sé lo difícil que es que te entre, lo mucho que hay que esperar hasta estar maduro para ese contagio ¡y lo difícil y lo absolutamente desesperanzador que fue para mí antes de que ocurriera!

Como Ivan me lanza una mirada inquisitiva, debo de haber dicho algo, y me apresuro a distraerlo. Conozco el nombre del virus, pero me cuidaré de pronunciarlo delante de Ivan.

¿Qué estás murmurando? ¿Qué es lo que no es fácil que te entre? ¿De qué enfermedad estás hablando?

Pero si no es una enfermedad, no me refiero a ninguna enfermedad, ¡solo pienso que hay cosas muy difíciles de conseguir!

O yo hablo realmente demasiado bajo o Ivan no comprende aquello que Malina habría entendido, adivinado y comprendido hace ya tiempo y, sin embargo, no puede oírme pensar ni hablar y, además, no le he dicho una sola palabra del virus.

Entretanto me han ocurrido un montón de cosas, he acumulado más anticuerpos de los que necesita un hombre para ser inmune, recelo, indiferencia, intrepidez después de un miedo demasiado grande, y no sé cómo habría luchado Ivan contra tanta resistencia, esa miseria

a prueba de crisis, las noches perfectamente dispuestas para el insomnio, el nerviosismo sin tregua, la obstinada renuncia a todo, aunque ya en esa primera hora en la que Ivan no cayó precisamente del cielo, sino que, con mirada sonriente, se plantó ante mí, tan alto y ligeramente inclinado, en la Landstrasser Hauptstrasse, todo quedó hecho pedazos y solo por eso yo tendría que otorgar a Ivan la máxima condecoración, y la más alta por el hecho de que me redescubra y dé conmigo tal como era yo antes, en mis capas primitivas, y saque a la luz mi Yo derramado, y lo beatificaré por todos sus talentos, pero ¿por cuáles?, ¿por cuáles?, porque aún no puede preverse un final y no puede haber ninguno, y por eso empiezo a imaginarme el más simple, que sencillamente es que ha vuelto a hacerme reír.

Por fin puedo andar con mi carne, con el cuerpo que se me ha vuelto extraño por un desprecio, siento cómo todo se gira por dentro, cómo los músculos se liberan del agarrotamiento constante, su sistema de listas lisas, de listas estriadas, se afloja, cómo ambos sistemas nerviosos se convierten a un tiempo, porque nada tiene lugar con mayor claridad que esta conversión, un proceso de restauración, una depuración, la prueba viva, la fáctica, que también sería mensurable y calculable con los más novedosos instrumentos de una metafísica. Qué bien también que comprendí enseguida lo que me había sobrecogido ya desde el principio y que por eso, sin tener que esperar, sin presentaciones, me marché con Ivan. No perdí ni una hora, pues este acontecimiento, del que no puede saberse nada, del que no se ha sabido nada de antemano, del que nunca se ha oído ni se ha leído nada, necesita una aceleración extrema para que pueda producirse. Una nimiedad podría asfixiarlo en su origen, estrangularlo, detenerlo en su curso, tan sensibles con el principio y

el origen de esta poderosísima fuerza del mundo, porque precisamente el mundo también está enfermo y no quiere dejar que surja la fuerza sana. El sonido de un claxon podría haber irrumpido en la primera frase, un policía que habría podido multar a un motorista mal aparcado, un transeúnte habría podido tambalearse gritando entre nosotros, un chico con una furgoneta de reparto habría podido impedir que nos viéramos, ¡Dios mío, no es posible imaginar todo lo que habría podido ocurrir entretanto! Distraída por la sirena de una ambulancia de la Cruz Roja, yo habría podido mirar a la calle en lugar de al otro lado, al ramo de martagón del escaparate, o Ivan habría podido pedirle fuego a alguien, y ya no me habría visto. Como estábamos en un peligro tan grande, como tres frases en aquel lugar, frente al escaparate, habrían sido demasiado, nos marchamos juntos a toda velocidad de aquel peligroso sitio y dejamos muchas cosas en suspenso. Por eso necesitamos tanto tiempo para poder superar aquellas primeras frases breves, sin contenido. Ni siquiera sé si hoy se podría decir que hablamos entre nosotros y que podemos conversar como otras personas. Pero no tenemos prisa. Nos queda toda la vida por delante, dice Ivan.

En cualquier caso, hemos conquistado para nosotros unos primeros grupos de frases, inicios absurdos de frases, medias frases, finales de frases rodeadas por la aureola de la mutua indulgencia, y la mayoría de las frases hasta ahora hay que buscarlas entre las frases al teléfono. Las practicamos una y otra vez, porque Ivan me llama una vez desde la oficina del Kärntnerring o una segunda vez ya avanzada la tarde o por la noche desde casa.

Diga, ¿diga?
Soy yo, ¿quién si no?
Sí, claro, disculpa

¿Que cómo me va? ¿Y a ti?
No lo sé. ¿Esta noche?
Te oigo muy mal
¿Mal? ¿Qué? Así que podrías…
No te oigo bien, ¿puedes…?
¿Qué? ¿Pasa algo?
No, nada, más tarde me podrías…
Claro, mejor te llamo luego
Yo, yo y unos amigos…
Sí, si no puedes, entonces…
No he dicho eso, solo que si tú no…
En cualquier caso, nos llamamos más tarde
Sí, pero sobre las seis, porque…
Pero eso ya es muy tarde para mí
Sí, para mí en realidad también, pero…
Hoy quizá no tenga sentido
¿Ha entrado alguien?
No, es solo la señora Jellinek, que está…
Ah, ya no estás sola
Pero más tarde, por favor, ¡por favor, sin falta!

Ivan y yo tenemos amigos y además gente conocida, muy rara vez alguien de quien él o yo sepamos quiénes son y cómo se llaman esas personas. Con los amigos y el resto de la gente tenemos que ir a comer por turno o al menos sentarnos con ellos un rato en el café o tenemos que organizar, por ejemplo, algo con extranjeros, sin saber qué hacer con ellos, y la mayoría de las veces tenemos que esperar además una llamada de teléfono. Pero por una vez, aunque fuera una vez sola, el azar debería disponer que Ivan y yo nos encontrásemos en la ciudad, él con una gente, yo con otra, así

sabría al menos que yo también puedo ser diferente, que sé vestirme (cosa que él duda), que tengo conversación (cosa que él duda aún más). Porque en su presencia enmudezco, porque hasta las mínimas palabras, sí, ya, así, y, pero, luego, ¡ah!, están muy cargadas, salen de mí hacia él con un significado centuplicado, con un efecto mil veces mayor que los relatos, las anécdotas, tan divertidos, esos desafiantes simulacros de combate verbal que los amigos y la gente conocen de mí, y los gestos, caprichos y antojos para aparentar, pues para Ivan no tengo nada que aparentar, no hago nada para aparentar, y estoy agradecida de poder prepararle su bebida y la comida, de limpiarle los zapatos a escondidas de vez en cuando, de poder darle a la chaqueta con el quitamanchas, y el «¡Bueno, ya está listo!» significa más que fruncir el ceño ante una carta de menús, estar resplandeciente ante la gente, dirigir un debate, una acumulación de despedidas y deseos de volver a verse, más que las animadas vueltas a casa con amigos, otra copa en el bar Loos, besos a diestra y siniestra y ¡hasta pronto! Porque si Ivan va a comer al Sacher, naturalmente a cuenta del Instituto y porque tiene que hacerlo, entonces seguro que a última hora de la tarde he quedado en el bar Azul del Sacher y, al margen de que yo quiera provocarlo o impedirlo, no nos encontramos, porque hoy yo voy a cenar al Stadtkrug, pero Ivan está fuera en Grinzing con unos extranjeros, y mañana yo tengo que enseñarles Heiligenstadt y Nussdorf a algunas personas, me desespera pensarlo, y él comerá con un señor en Die Drei Husaren. Le llega mucha gente de fuera, a mí también me llegan a menudo de fuera, y eso, por ejemplo, vuelve a impedir que nos veamos hoy, solo nos queda hablar por teléfono. Y en torno a nuestro primer grupo de frases telefónicas se congrega, al vernos fugazmente, antes de separarnos cada uno con su gente, un grupo de frases completamente distinto, que giran en torno a la

palabra *ejemplo*.

Ivan dice que siempre me está oyendo decir «por ejemplo». Y para alejar de mí las frases de ejemplo, ahora él utiliza frases de ejemplo, incluso por ejemplo en la única hora que nos queda antes de cenar.

¿Qué tal, por ejemplo, señorita Schlauberger? ¿Cómo fue, por ejemplo, la primera vez que vine a tu casa? Al día siguiente, por ejemplo, teníamos un aspecto muy receloso.

Yo, por ejemplo, jamás he abordado a una desconocida en la calle y antes jamás se me habría ocurrido, por ejemplo, que una desconocida así de inmediato con un desconocido…, ¿cómo dices?

¡No exageres!

Por ejemplo, aún no acabo de entender qué es lo que haces realmente. Qué es, por ejemplo, lo que puede uno hacer todo el día sin moverse de casa. Déjame pensar un poco, por ejemplo. No, no me cuentes nada.

¡Pero, por favor, si puedo hacerlo sin más!

Yo, por ejemplo, no soy curioso, no me lo digas, solo me hago algunas preguntas, pero como soy de una discreción inaudita, no espero respuesta alguna.

¡Ivan, así no!

Entonces ¿cómo?

Si esta tarde, por ejemplo, llego a casa, cansada, pero a pesar de ello me pongo a esperar una llamada, ¿qué opinarías de ello, por ejemplo, Ivan?

Que mejor te vayas después a dormir, y de inmediato, señorita Schlauberger.

Y con esta frase, Ivan se marchó.

A diferencia de otros hombres, Ivan no puede soportar para nada que yo espere una llamada propia, que me tome tiempo para él, que

me organice en función de sus horas libres, y por eso lo hago en secreto, me adapto y pienso en sus principios, pues de él provienen mis muchos primeros principios. Pero hoy ya es tarde, tendría que haberme encontrado con Ivan hace quince años, de camino a la oficina de Correos. Para aprender nunca es demasiado tarde, pero qué breve ha de ser el tiempo en el que yo aún pueda utilizar lo aprendido. Pero antes de que hoy me quede dormida por orden suya, pienso que de no ser así no habría sido capaz de comprender la lección en toda su plenitud.

Como suena, arrulla, zumba, descuelgo el teléfono y ya estoy a punto de decir «diga», porque podría ser Ivan, pero entonces cuelgo despacio el auricular, porque hoy no me estaba permitida una última llamada. Vuelve a sonar, pero enmudece enseguida, ha sido un timbrazo precavido, a lo mejor ha sido Ivan, solo puede haber sido Ivan, y yo no quiero estar muerta, aún no, si es que de verdad ha sido Ivan, tiene que estar contengo conmigo y pensar que estoy durmiendo hace rato.

Pero hoy fumo y espero y fumo ante el teléfono hasta pasada la medianoche, y descuelgo y entonces Ivan pregunta y yo respondo.

El cenicero, ahora solo tengo que
Un segundo, sí, yo también
También te has encendido uno
Bueno. Sí. No, esto no funciona
¿No tienes cerillas?
La última la, no, cojo la vela
¿Estás oyendo? Haga el favor de colgar
El teléfono tiene sus cositas
¿Cómo? Hay alguien que no para de hablar. ¿Cómo que rositas?

He dicho «cositas», nada importante, con *c* de casa
No entiendo eso de las rositas
Perdona, ha sido una palabra desafortunada
¿Por qué desafortunada? Entonces, ¿qué quieres decir?
Nada, solo que cuando se repite tanto una palabra

Pero aunque cuatro personas hablaran a la vez soy capaz de distinguir la voz de Ivan y mientras yo lo escuche y sepa que él me escucha, estaré viva. Entretanto, aunque tengamos que cortar, el teléfono vuelva a sonar, a retiñir, a resonar, a rabiar, a veces en un tono demasiado alto y otras algunos más bajos, cuando se cierra la nevera de golpe, se deja el tocadiscos en marcha o correr el agua en la bañera, pero mientras suene, y quién sabe lo que puede hacer un teléfono y qué nombre habría que darles a sus estallidos, mientras me siga llevando la voz de Ivan, da igual que nos entendamos, que apenas nos entendamos, o que ya no nos entendamos más, porque la red de teléfonos vienesa se colapsa por minutos, entonces todo me es indiferente, incluso lo que tenga que decirme, tan llena de expectativas, a punto de revivir, a punto de morir, vuelvo a empezar con un «¿diga?». Ivan es el único que no lo sabe, llama o no llama, sí que llama.

Qué amable de tu parte que me
¿Amable? ¿Por qué amable?
Porque sí. Es amable de tu parte

Pero yo me arrodillo en el suelo, ante el teléfono, y espero que Malina tampoco me sorprenda nunca en esta posición, tampoco él debe ver cómo caigo al suelo ante el teléfono, como un musulmán en su alfombra, la frente presionada contra el suelo de parqué.

¿No podrías hablar algo más claro?
Es el auricular, ¿mejor ahora?
Y tú, ¿qué piensas hacer?
¿Yo? Bueno, nada en particular

¡Mi Meca y mi Jerusalén! E igual de escogida soy yo entre todos los abonados y así marcan mi número, mi 723144, porque Ivan ya sabe de memoria cómo encontrarme en cualquier disco de marcar y encuentra mi número con más seguridad que mis cabellos y mi boca y mi mano.

¿Yo esta noche?
No, si no puedes
Pero si tú estabas
Eso sí, pero a eso no quiero
Pero eso me parece, disculpa
Te repito que no hay ningún
Mejor vas, que me he olvidado
Así que vas. Así que estás
Entonces hasta mañana, ¡que duermas bien!

Así que Ivan no tiene tiempo, y el auricular se siente gélido, no de plástico, de metal, y se me desliza hasta la sien porque oigo cómo cuelga, y yo quisiera que ese ruido fuera un disparo, breve, rápido, para que acabara, no quisiera que Ivan sea hoy así y que siempre sea así, quisiera un final. Cuelgo, me quedo de rodillas en el suelo, luego me arrastro hasta la mecedora y cojo un libro de la mesa: *Navegación espacial… ¿adónde?*[24] Leo febrilmente, qué tontería, ha llamado, quería otra cosa, y yo tengo que acostumbrarme a que no lo diga, igual que yo no le digo nada más, el capítulo se ha acabado, la luna se ha conquistado y yo recojo las cartas de la mesa

del cuarto de estar para que no irriten a Malina, vuelvo a leerlas por encima en el estudio, las pongo sobre las cartas de ayer, vuelvo a juntar unas carpetas, MUY URGENTE, URGENTE, INVITACIONES, RENUNCIAS, JUSTIFICANTES, FACTURAS SIN PAGAR, FACTURAS PAGADAS, PISO, pero no logro encontrar la carpeta sin rótulo que necesitaría con mayor urgencia, ahora suena el teléfono, seguro que un tono demasiado alto, es una conferencia y yo grito un poco, con amabilidad febril, sin saber lo que digo y con quién tengo que hablar: ¡señorita, señorita, la central, por favor, se ha cortado, señorita! ¿Era Múnich o Fráncfort? En cualquier caso, me han cortado, cuelgo el auricular, el cable del teléfono se ha vuelto a enrollar, y hablando y distraída me enrollo yo en él, es por hablar por teléfono con Ivan. Ahora no puedo desenrollar diez veces el cable por Múnich o lo que fuera. Que siga enrollado. Me queda la vista del teléfono negro, mientras leo, antes de irme a dormir, cuando lo pongo junto a la cama. Naturalmente podría cambiarlo por uno azul o rojo o blanco, solo que no voy a hacerlo, porque en mi casa no puede cambiarse ya nada, para que, a excepción de Ivan, lo único nuevo, nada me distraiga, y nada me quite de esperar cuando el teléfono no se mueva.

Viena guarda silencio.

Pienso en Ivan.
Pienso en el amor.
En las inyecciones de realidad.
En su duración, no más que unas pocas horas.
En la siguiente inyección, la más fuerte.
Pienso en silencio.
Pienso que es tarde.
Es incurable. Y es demasiado tarde.
Pero sobrevivo y pienso.

Y pienso que no será Ivan.
Venga lo que venga, será otra cosa.
Vivo en Ivan.
No sobrevivo a Ivan.

En general, no puede caber duda de que Ivan y yo de vez en cuando incluso encontramos una hora, de vez en cuando incluso una noche, algo de tiempo para nosotros, que transcurre de manera diferente. Vivimos dos vidas distintas, pero con esto no está dicho todo, porque la sensación de unidad de lugar no nos abandona, e Ivan, que seguro que jamás ha pensado en ella, tampoco puede evitarla. Hoy está en mi casa, la próxima vez estaré yo en la suya, y cuando no tiene ganas de construir frases conmigo, saca su tablero de ajedrez o el mío, en su casa o en la mía, y me obliga a jugar. Ivan se enfada, deben ser imprecaciones o bromas húngaras las que lanza entre dos jugadas, y hasta ahora lo único que entiendo es *jaj* y *jé*, y yo de vez en cuando exclamo *éljen!*[25] Una exclamación que seguro que no es muy oportuna, pero que es la única que conozco desde hace años.

¡Cielos! ¿Qué haces con tu alfil? Por favor, piénsate otra vez esa jugada. ¿Es que no te has dado cuenta de cómo juego? Si Ivan además dice: *Istenfájat!* o: *az Isten kinját!,*[26] sospecho que esas expresiones pertenecen a un grupo de maldiciones ivanescas intraducibles, y con esas supuestas maldiciones naturalmente me saca de quicio. Ivan dice que estás jugando sin calcular, que no mueves tus piezas, que tu reina otra vez está inmóvil.

Tengo que reírme, luego vuelvo a meditar sobre el problema de mi inmovilidad, e Ivan me hace un guiño. ¿Has entendido? No, no entiendes nada. ¿Qué tienes otra vez en la cabeza: hierbas, coliflores, hojas de lechuga, un montón de verduras? Ah, y ahora la

señorita descerebrada, de cabeza vacía, quiere distraerme, pero eso ya me lo sé, el vestido resbala por el hombro, pero yo no miro, piensa en tu alfil, hace ya media hora que se enseñan las piernas hasta por encima de las rodillas, pero ahora eso no te sirve de nada, y a eso lo llamas tú jugar al ajedrez, mi señorita, pero conmigo no se juega así, ah, ahora mismo pones nuestra cara de juerga, eso también me lo esperaba, hemos perdido nuestro alfil, querida señorita, voy a darte otro consejo, desaparece de aquí, vete de E5 a D3, pero con esto mi galantería se ha agotado.

Le lanzo mi alfil y sigo riendo, él juega mucho mejor que yo, la cuestión principal es que al final a veces consiga quedar en tablas con él.

Ivan pregunta sin venir a cuento: ¿quién es Malina?

A eso no puedo responderle, seguimos jugando mudos y frunciendo el ceño, vuelvo a cometer un error, Ivan no se ajusta al *pièce touchée, pièce jouée,*[27] hace retroceder mi pieza, después ya no vuelvo a cometer errores y nuestro juego termina en tablas.

Por unas tablas a Ivan le toca su bien merecido *whisky*, mira satisfecho el tablero, porque yo, con su ayuda, no he perdido; le gustaría descubrir algo sobre mí, pero no tiene prisa. No dice, aún no, qué es lo que quiere descubrir, solo me da a entender que no desea llegar tan rápidamente a una conclusión, le gusta demasiado suponer, incluso supone que yo tengo un talento, no sabe qué talento, en cualquier caso, ha de ser algo relacionado con «bienestar».

Tendría que irte siempre bien.

Pero no a mí, ¿por qué a mí?

Cuando Ivan entorna los párpados casi hasta cerrarlos, me mira únicamente a través de una rendija de sus ojos, que son tan

oscuros, tan cálidos y tan grandes que incluso así sigue viéndome lo suficiente, dice, a no ser que yo también tuviera un talento para invitar a alguien que me lo echara a perder.

¿Echar a perder qué? ¿Mi bienestar? ¿Qué bienestar?

Ivan hace un gesto amenazador con la mano, porque he dicho alguna bobada, porque no quiero dejar que algo se cure, aunque ahora sería sanable. Pero con Ivan no puedo hablar de esto, tampoco de por qué me estremezco ante cualquier movimiento brusco, sigo sin poder hablar apenas con él, solo que no tengo miedo a Ivan, aunque me ponga los brazos sobre la espalda, me inmovilice. A pesar de ello respiro más deprisa y más deprisa aún me pregunta él: ¿quién te ha hecho daño?, ¿quién te ha metido esas bobadas en la cabeza?, ¿qué hay en tu cabeza aparte de esos miedos absurdos?, yo no te asusto, nada puede asustarte, ¿qué se te pasa por esa cabeza llena de lechugas y judías y guisantes?, necia princesa del guisante, me gustaría saber, no, no quiero saber quién ha provocado esto, que te sobresaltes, que escondas la cabeza, que muevas la cabeza, que apartes la cabeza.

Frases sobre la cabeza tenemos muchas, como las frases telefónicas, como las frases sobre el ajedrez, como las frases sobre la vida entera. Nos faltan aún muchos grupos de frases, sobre sentimientos no tenemos aún una sola frase porque Ivan no pronuncia ninguna, porque yo no me atrevo a construir la primera frase de este tipo, aunque pienso en este lejano grupo de frases que nos falta, a pesar de todas las buenas frases que ya podemos construir. Porque cuando dejamos de hablar y pasamos a los gestos, que siempre nos salen bien, empieza para mí, en lugar de los sentimientos, un ritual, no un proceso vacío, no una repetición irrelevante, sino la encarnación renovada de fórmulas solemnes, con la única forma de oración de la que soy verdaderamente capaz.

E Ivan, ¿qué es lo que puede saber Ivan de todo esto? Y sin embargo, hoy dice: pues esta es tu religión, esta es pues. Su voz tiene un tono diferente, menos alegre, no exento de asombro. Acabará descubriendo lo que me pasa, pues aún tenemos la vida entera. Tal vez no por delante, tal vez solo hoy, pero tenemos la vida, de eso no cabe duda.

Antes de que Ivan se vaya nos sentamos los dos en la cama y fumamos, tiene que ir tres días a París, no me importa y digo a la ligera: ah, bueno, porque entre sus escuetas y mis escuetas declaraciones y aquello que de verdad me gustaría decirle, hay un vacío, quisiera decírselo todo, pero me quedo sentada sin más, aplasto meticulosamente la colilla en el cenicero y le paso el cenicero, como si fuera muy importante que no deje caer ceniza en mi suelo.

Es imposible contarle a Ivan algo de mí. Pero ¿cómo continuar sin meterme yo también en el juego? (¿por qué digo juego?, ¿sencillamente por qué?, no es una palabra mía, es una palabra de Ivan), eso tampoco es posible. Hasta dónde he llegado, eso lo sabe Malina, y hasta hoy no hemos vuelto a abalanzarnos sobre los mapas, sobre los planos de la ciudad, sobre los diccionarios, sobre las palabras, buscamos todos los lugares y las palabras y dejamos que nos envuelva el aura, que también necesito para vivir, así la vida es menos patética.

Qué triste estoy, y por qué Ivan no hace nada para evitarlo, por qué aplasta de verdad el cigarrillo en lugar de tirar el cenicero contra la pared y dejar caer la ceniza en el suelo, por qué tiene que hablarme de París en lugar de quedarse aquí o llevarme con él a París, no porque yo quiera ir a París, sino para que mi país de la Ungargasse no se desvanezca y yo pueda conservarlo siempre, mi país único,

que está por encima de todo. He dicho poco y he callado mucho, pero aún sigo hablando demasiado. Más que demasiado. Mi espléndido país, ni imperial ni real, sin la corona de san Esteban y sin la corona del Sacro Imperio Romano, mi país en su nueva Unión, que no necesita confirmación ni justificación ninguna, pero cansada adelanto un alfil con el que tengo que retroceder tras la siguiente jugada de Ivan, prefiero decirle enseguida que abandono, que la partida para mí está perdida, pero me encantaría ir con él alguna vez a Venecia o al Wolfgangsee o este verano, si de verdad tiene tan poco tiempo, un día a Dürnstein, a orillas del Danubio, porque allí conozco un viejo hotel y saco a colación el vino, porque a Ivan le encanta tomar vino de Dürnstein, pero nunca iremos a esos lugares, porque él siempre tiene mucho que hacer, porque tiene que irse a París, porque mañana tiene que levantarse a las siete.

¿Aún tienes ganas de ir al cine?, pregunto, porque con las ganas de ir al cine yo podría convencer a Ivan para que no se fuera aún a casa, he abierto la página con la programación. *Tres supermanes arrasan con todo, Texas Jim, Noches cálidas en Río*. Pero Ivan ya no quiere ir hoy a la ciudad, deja las piezas del ajedrez donde están, vacía la copa de un trago, se dirige a la puerta con un paso especialmente rápido, como siempre sin despedirse, tal vez porque aún tenemos toda la vida por delante.

Estoy cosiendo un botón a mi bata y de vez en cuando miro el montón de papeles que tengo ante mí. La señorita Jellinek espera sentada a la máquina de escribir, con la cabeza gacha, ha metido dos hojas de papel y un papel carbón entre medias, y como yo guardo silencio y muerdo el hilo con los dientes, parece alegre cuando suena el teléfono, coge el auricular y yo digo: Diga usted lo que quiera, que no estoy, que tiene que ver si estoy (pero dónde

tendría que buscarme la señorita Jellinek, seguro que no en el armario ni en el trastero, porque rara vez entro allí), diga que estoy enferma, de viaje, muerta. La señorita Jellinek tiene un aire tenso y cortés, tapa el auricular con la mano y susurra: Pero es una conferencia, Hamburgo.

Diga simplemente lo que le divierta.

La señorita Jellinek se decide a decir que no estoy en casa, que no, que lo siente, que no sabe, cuelga satisfecha. En cualquier caso, ha sido una distracción. Y a Recklinghausen y a Londres y a Praga, ¿qué vamos a escribir?, queríamos contestarles hoy, me recuerda la señorita Jellinek, de manera que empiezo a toda velocidad:

Muy señores míos:

Les agradezco su carta de, fecha, etc.

Y, de repente, se me viene a la cabeza que el abrigo que en primavera llamo abrigo de primavera y en otoño abrigo de otoño tiene un forro suelto y echo a correr al armario empotrado porque quiero coser de una vez ese forro, rebusco hasta encontrar un hilo azul oscuro, pregunto de buen humor: ¿Dónde nos quedamos?, ¿qué había dicho? Ah, ya. Ya, pues escriba simplemente lo que se le ocurra, que estoy impedida o que estoy de viaje o que voy a estar enferma. La señorita Jellinek se ríe discretamente, seguro que escribirá «impedida», porque es partidaria de las negativas mesuradas, que suenan tan amables como neutrales. Que no hay que darle explicaciones a la gente, opina la señorita Jellinek, que siempre pide permiso para ir al baño. Regresa perfumada, bonita, alta, delgada y tan comprometida con un médico residente del Policlínico, y con sus dedos, largos y hermosos, teclea en la máquina unos saludos respetuosos, de vez en cuando un saludo cordial o amistoso.

La señorita Jellinek espera y espera. El forro está cosido y las

dos le damos un sorbo a la taza de té.

Para que no lo olvide… el Urania,[28] eso también es urgente.

La señorita Jellinek sabe que ahora puede reírse a sus anchas, porque estamos en Viena, que no le inspira ningún respeto igual que Londres o Santa Bárbara o Moscú, escribe la carta completamente sola, aunque se parezca, de manera sospechosa, casi literal, a la circular a todas las universidades populares y asociaciones culturales.

Luego viene el problema con Inglaterra y yo mastico el resto del hilo azul. ¿Sabe qué?, vamos a terminar por hoy y escribimos eso la semana que viene. No se me ocurre absolutamente nada. La señorita Jellinek me da a entender que está oyendo decir eso con demasiada frecuencia, quiere empezar como sea, intentarlo ella misma.

Dear Miss Freeman:

thank you very much for your letter of august 14th.[29]

Pero ahora tendría que contarle a la señorita Jellinek toda esa complicada historia, y le suplico: Lo más sensato sería que escribiera usted un par de líneas y enviara las cuatro cartas al doctor Richter, y le digo nerviosa, porque Ivan va a llamar de un momento a otro: Pero no, le he dicho ya por décima vez que se llama Wulf y no Wolf, no como el lobo del cuento,[30] puede usted comprobarlo, no, número 45, estoy casi segura, pero mírelo, y luego archíveme todo esto y esperaremos hasta que responda, esa *miss* Freeman no ha hecho más que organizar una sorpresa espantosa.

La señorita Jellinek es también de la misma opinión, y ordena el escritorio mientras yo adelanto el teléfono. Al momento suena de verdad y dejo que suene tres veces, es Ivan.

¿Se ha marchado la Jellinek?

¡Señorita Jellinek, por favor!
La señorita por mí
¿En un cuarto de hora?
Sí, sería posible
No, acabamos enseguida
Solo *whisky*, té, no, nada más

Mientras la señorita Jellinek se peina y se abrocha el abrigo, abre y cierra varias veces el bolso buscando su bolsa redecilla, me recuerda que yo tenía intención de escribir personalmente tres cartas importantes y que ya no tenemos sellos, también quiere comprar celofán, y le recuerdo que la próxima vez tendrá que pasar sin falta de las notas a la agenda los nombres de esas personas, ya sabe usted, de toda esa gente, porque siempre hay que tener en la cabeza a alguna gente que hay que pasar a la libreta de direcciones o a la agenda, porque no es posible recordar tantos apellidos.

La señorita Jellinek y yo nos deseamos un buen domingo y yo espero que no vuelva a colocarse el fular al cuello del revés, porque Ivan puede llegar de verdad en cualquier momento, y aliviada oigo cerrar la puerta y los delicados y firmes tacones de los zapatos nuevos de la señorita Jellinek resonando escaleras abajo.

Como Ivan va a venir, estoy lista rápidamente, solo quedan por ahí las copias de las cartas y una sola vez pregunta Ivan qué estoy haciendo y yo digo: Oh, nada, pero tengo un aspecto tan avergonzado que no puede por menos de reírse. Las cartas no le interesan, pero sí una hoja inofensiva, en la que pone «Tres asesinos», e Ivan vuelve a dejarla en su sitio.

Ivan lo evita, pero hoy me dice qué significan esos papeles, porque hoy he dejado unas cuantas hojas en el sillón. Coge una y lee divertido: FORMAS DE MUERTE. Y en otro de los papeles lee: Las

tinieblas egipcias.[31] Esa no es tu letra, ¿lo has escrito tú? Como no contesto, Ivan dice: Esto no me gusta, ya me imaginaba algo así, y todos esos libros que hay por aquí en tu asilo, no los quiere nadie, ¿por qué habrá libros así?, debería haber también otros que tendrían que estar, como *Exsultate jubilate,*[32] para que pueda uno salirse de sus casillas, tú también te sales muchas veces de tus casillas de pura alegría, así que ¿por qué no escribes así? Llevar esa miseria al mercado, aumentarla aún más en el mundo, eso es algo repugnante, todos esos libros son repugnantes. ¿Qué obsesión es esa con las tinieblas? Todo es siempre triste y ellas lo vuelven aún más en esos libracos. Por favor, mira: *De la casa muerta,*[33] en fin, disculpa.

Sí, pero, digo yo intimidada.

Nada de peros, dice Ivan, y siempre están sufriendo por toda la humanidad y sus conflictos, y piensan en las guerras y se imaginan otras nuevas, pero cuando tú te tomas un café conmigo o cuando bebemos vino y jugamos al ajedrez, ¿dónde está entonces la guerra y dónde la humanidad hambrienta y moribunda?, y todo eso ¿te hace sufrir de verdad o solo sufres porque estás perdiendo la partida o porque ahora mismo me va a entrar un hambre canina?, y ¿por qué te ríes ahora?, ¿es que acaso la humanidad tiene mucho de que reírse en este momento?

Pero si no me estoy riendo, digo, tengo que reírme a pesar de ello y de que las desgracias sucedan en otros sitios, porque aquí, donde Ivan se sienta a comer conmigo, no hay desgracias. Solo puedo pensar en la sal, que aún no está en la mesa, y en la mantequilla, que me he olvidado en la cocina, y no lo digo en voz alta, pero me he propuesto dar con un libro bonito para Ivan, porque Ivan espera que no escriba nada sobre los tres asesinos y no aumente la desgracia, en ningún libro, yo ya no le escucho.

En mi cabeza empieza un rumor de palabras y luego un resplandor, algunas sílabas ya centellean, y de todas las cajitas de frases salen volando comas multicolores y los puntos, que en algún momento fueron negros, flotan sobre mi cráneo hinchados como globos, porque en el libro, que es magnífico y con el que yo por fin empiezo a dar, todo será como en el *Exsultate jubilate.* Si este libro hubiera de existir, y un día habrá de existir, se tirará uno al suelo de alegría solo por haber leído una página de este libro, dará un brinco, se sentirá aliviado, seguirá leyendo y se morderá la mano para no tener que gritar de alegría, apenas se puede aguantar y, si se sienta uno en el alféizar de la ventana y sigue leyendo, le lanzará confetis a los transeúntes para que se paren perplejos, como si estuvieran en carnaval, y tirará a la calle nueces, dátiles e higos, como si fuera el día de san Nicolás, se asomará por la ventana sin vértigo ninguno y gritará: ¡Escuchad, eh, escuchad!, ¡mirad, eh, mirad!, he leído algo maravilloso, ¿me dejáis que os lo lea?, acercaos todos, ¡es demasiado maravilloso!

Y la gente empieza a detenerse y a prestar atención, cada vez se congrega más gente, y el señor Breitner saluda una vez para variar, ya no tiene que demostrar con sus muletas que es el único tullido, cordialmente da los buenos días y las buenas tardes con un graznido, y la gorda cantante de cámara que solo se atreve a salir de casa por la noche y siempre se marcha y llega en taxi, adelgaza, pierde cincuenta kilos en un solo momento, se deja ver en la escalera, avanza teatralmente, sin respirar, hasta el entrepiso, donde empieza con su coloratura, con una voz veinte años más joven: *cari amici, teneri compagni!,*[34] y nadie dice con desdén que esto ya se lo hemos oído mejor a la Schwarzkopf y a la Callas,[35] incluso las palabras «pichón rechoncho» han desaparecido de la caja de la escalera, y la gente del tercer piso se ha rehabilitado, una intriga se

ha diluido en la nada. Tantas cosas es capaz de producir la alegría posterior, porque por fin hay en el mundo un libro magnífico, y me pongo en marcha y busco sus primeras páginas para Ivan, pongo cara de misterio porque para él tiene que ser una sorpresa. Pero Ivan no interpreta aún correctamente mi quehacer misterioso y hoy dice: Tienes manchas rojas en la cara, ¿qué te pasa?, ¿por qué tienes esa risa tan tonta? Yo solo he preguntado si puede echarme un poco de hielo en el *whisky*.

Cuando Ivan y yo guardamos silencio porque no hay nada que decir, o sea, cuando no hablamos, no es un silencio lo que se abate, sino que, por el contrario, me percato de que nos rodean muchas cosas, de que todo vive a nuestro alrededor, se hace notar sin ser impertinente, toda la ciudad respira y circula, y de ese modo Ivan y yo no estamos preocupados, porque no estamos separados ni encerrados en una mónada, no estamos aislados ni descartados como algo doloroso. Nosotros también somos una parte aceptable del mundo, dos personas que van por la acera tranquilas o a toda prisa, que ponen los pies en un paso de peatones, y aunque no decimos nada, aunque no nos comunicamos directamente, Ivan me cogerá a tiempo de la manga y me sujetará para que no acabe debajo de un coche o de un tranvía. Yo siempre camino a toda prisa un poco detrás de él, porque él es mucho más alto que yo y solo tiene que dar un paso donde yo tengo que dar dos, pero, dadas las relaciones con el mundo, quiero intentar no quedarme demasiado retrasada, ir a su paso, y de ese modo es como llegamos a la Bellaria o a la Mariahilfer Strasse o al Schottenring, cuando tenemos que hacer alguna diligencia. En el último minuto nos daríamos cuenta de si uno corre riesgo de perder al otro, porque nunca podríamos provocarnos como los demás, separarnos, obstinarnos,

ofendernos o rechazarnos. Solo pensamos en que antes de las seis tenemos que estar en la agencia de viajes, que se nos podría haber pasado la hora del parquímetro, que ahora hay que volver al coche y luego conducir hasta casa, a la Ungargasse, donde ha pasado todo peligro imaginable que pudiera asaltar a dos personas. Incluso puedo dejar a Ivan en el portal número 9, no necesita ir hasta el número 6 si está muy cansado, y yo le prometo llamarle dentro de una hora, despertarlo, aunque me insulte por teléfono, aunque se queje y maldiga, porque no puede llegar tarde a la cena. Porque ha llamado Lajos, que también llamó a mi casa para preguntar por Ivan, y yo he contestado con voz de secretaria, amable, fría, que por desgracia no sé nada, tendría usted la bondad de llamarlo a su casa y después tengo que reprimir una pregunta. ¿Dónde está Ivan cuando no está en casa, pero tampoco está en la mía y un tal Lajos lo está buscando? No lo sé, lamentablemente no sé nada, claro que lo veo de vez en cuando, casualmente he estado hoy paseando con él por la ciudad, casualmente he vuelto con él en su coche al distrito III, así que hay un hombre de la anterior vida de Ivan que se llama Lajos y que actúa con mucha familiaridad, que incluso tiene mi número de teléfono, y hasta ahora yo solo conozco de la vida de Ivan los nombres de Béla y András y una madre a quien él llama su madre, y cuando habla de estos tres, entonces menciona muy deprisa, sin nombrar la calle, que tiene que volver rápidamente a la Hohe Warte,[36] sucede a menudo, de la única que no oigo nada es de una mujer, nunca nada de la madre de esos niños, de su abuela, sí, que es la madre de Ivan, pero me imagino a la madre de Béla y András, se ha quedado en Budapest, II. Bimbó Ut 65, o en Gödöllö, en una vieja casa de veraneo. De vez en cuando me la imagino muerta, fusilada, lanzada por los aires y destrozada por una mina o sencillamente fallecida por una enfermedad cualquiera en un

hospital de Budapest o instalada allí, trabajando, alegre, con un hombre que no se llama Ivan.

Mucho antes de que yo oyera a Ivan pronunciar por vez primera la palabra *gyerekek!* o *kuss, gyerekek!,*[37] Ivan me dijo: Seguro que ya lo habrás comprendido. No amo a nadie. A los niños, sí, naturalmente, pero a nadie más. Yo asiento, aunque no lo sabía, y a Ivan le parece natural que a mí también me parezca natural. *Jubilate*. Suspendida sobre un abismo, se me ocurre, sin embargo, cómo debería empezar: *Exsultate.*

Pero hoy, como es el primer día que hace calor, iremos al GÄNSEHÄUFEL. Ivan tiene la tarde libre, para Ivan solo hay tardes libres, una hora libre, de vez en cuando también una noche libre. Por lo que se refiere a mi tiempo, si yo sé lo que son las horas libres o no libres, la libertad o no libertad, de eso nunca se habla. En el escaso tiempo libre de Ivan nos tumbamos en la hierba, en la pradera de la piscina del GÄNSEHÄUFEL, bajo un sol débil, y yo he traído mi pequeño ajedrez de bolsillo, y después de una hora de fruncir ceños, intercambiar piezas, enrocar, *gardez,*[38] varias advertencias de «jaque», volvemos a quedar en tablas. Ivan quiere invitarme a un helado en la heladería italiana, pero ya no hay tiempo, la tarde libre ya ha concluido y tenemos que regresar volando a la ciudad. El helado me lo tomaré la próxima vez. Mientras volvemos rápidamente a la ciudad pasando por el Reichsbrücke y el Praterstern, Ivan sube el volumen de la radio del coche, es imposible no oír sus comentarios sobre las maniobras de los demás conductores, pero cuando la música de la radio y conducir a toda velocidad, los frenazos rápidos y arrancar una y otra vez me provocan una sensación de gran aventura, los lugares y las calles conocidas por los que pasamos van transformándose para mí. Me agarro con las

manos bien fuerte a los asideros, y así, bien sujeta, me gustaría cantar en el coche, si acaso tuviera voz, o decirle más rápido, más todavía, suelto los asideros sin miedo y cruzo los brazos en la nuca, miro radiante el Franz-Josefs-Kai y el canal del Danubio y el Schottenring, pues Ivan, desbordante de alegría, da una vuelta por el centro de la ciudad, espero que necesitemos mucho tiempo para pasar el Ring, en el que entramos ahora, nos metemos en un atasco, avanzamos con dificultad, a la derecha tenemos la Universidad a la que yo fui, pero ya no es como antes, ya no es opresiva, y el Burgtheater, el ayuntamiento y el Parlamento están inundados de una música que sale de la radio, que no debe acabar jamás, que debe durar mucho, lo mismo que toda una película que aún no ha sido proyectada, pero en la que ahora veo una maravilla tras otra, porque se titula *En coche por Viena con Ivan*, porque se titula *Feliz, feliz con Ivan* y *Feliz en Viena, Viena feliz*, y esas arrebatadoras secuencias de imágenes, que me marean, no se acaban cuando se frena bruscamente, cuando entran por la ventana abierta bofetadas de aire con olor a gasolina, *feliz, feliz*, se llama feliz, y tiene que llamarse feliz, porque toda la Ringstrasse está inundada de música, no puedo por menos de reírme porque arrancamos dando tumbos, porque hoy no tengo ningún miedo ni quiero saltar del coche en el próximo semáforo, porque quisiera seguir viajando horas y horas, canturreando en voz baja, audible para mí pero no para Ivan, porque la música está más alta.

Auprès de ma blonde
Soy
¿Qué eres?
Soy
¿Qué?

Soy feliz
Qu'il fait bon
¿Dices algo?
No he dicho nada
Fait bon, fait bon
Luego te lo digo
¿Qué vas a hacer luego?
Nunca te lo diré
Qu'il fait bon
Venga, dilo
Hay demasiado ruido, no puedo más alto
¿Qué quieres decir?
No puedo hablar más alto
Qu' il fait bon dormir
Venga, dilo, tienes que decirlo hoy
Qu'il fait bon, fait bon
Que he resucitado
Porque he sobrevivido al invierno
Porque soy tan feliz
Porque ya veo el Stadtpark
Fait bon, fait bon
Porque Ivan ha resucitado
Porque Ivan y yo
Qu'il fait bon dormir![39]

Por la noche Ivan me pregunta: ¿Por qué habrá solo un Muro de las Lamentaciones? ¿Por qué nadie ha construido nunca un Muro de las Alegrías?

Feliz. Soy feliz.

Si Ivan lo quiere, yo construiré un Muro de las Alegrías alrededor

de toda Viena, donde se alzaban los antiguos baluartes y donde está la Ringstrasse, y si fuera por mí también un Muro de la Felicidad alrededor del feo cinturón de Viena. Podríamos bordear todos los días esos nuevos muros derramando alegría y felicidad, porque se llama felicidad, nosotros somos felices.

Ivan pregunta: ¿apago la luz?

No, deja una encendida, ¡por favor, deja una luz!

Pero algún día yo te apagaré todas las luces, duerme de una vez, sé feliz.

Yo soy feliz.

Si no fueras feliz…

¿Qué pasaría?

Que nunca podrías hacer nada bueno.

Y yo me digo: feliz sí que podré hacerlo.

Ivan sale de la habitación sin hacer ruido y apaga todas las luces a su paso, yo le oigo andar, me quedo allí tumbada, tranquilamente, feliz.

Me levanto de un salto y enciendo la lámpara de la mesilla, estoy aterrada en medio de la habitación con los cabellos desgreñados, con los labios mordidos, salgo corriendo de la habitación y enciendo una luz tras otra, porque quizá Malina esté ya en casa, tengo que hablar inmediatamente con Malina. ¿Por qué no hay un Muro de la Felicidad y por qué no hay un Muro de las Alegrías? ¿Cómo se llama el muro por el que yo volveré a ir de noche? Malina ha salido de su habitación, asombrado, me mira moviendo la cabeza. ¿Crees que aún merece la pena, seguir conmigo?, pregunto a Malina, y Malina no responde, me lleva al baño, coge un paño, lo pone bajo el agua caliente, me lava la cara con él, dice amablemente: Qué aspecto tienes, ¿qué te pasa otra vez? En la cara, Malina me embadurna el

rímel de las pestañas, no le dejo que siga y busco un paño con aceite, me pongo frente al espejo, las manchas desaparecen, los rastros negros, los rastros cobrizos de una crema. Malina me observa, pensativo, dice: Me preguntas demasiado y demasiado pronto. Ahora aún no vale la pena, pero seguro que quizá más tarde sí.

En el centro de la ciudad, cerca de la iglesia de San Pedro, he visto un viejo escritorio en la tienda de un anticuario, no baja el precio, pero me gustaría comprarlo, porque entonces podría escribir algo en un pergamino viejo y duradero como ya no los hay, con una pluma auténtica, como ya no las hay, con una tinta que ya no se encuentra. Me gustaría escribir un incunable de pie, porque hoy hace veinte años que amo a Ivan, y el 31 de este mes hará un año y tres meses y treinta y un días que lo conozco, pero además quiero escribir una inmensa fecha latina, ANNO DOMINI MDXXLI, que nadie comprenderá. En la mayúscula inicial dibujaría con una tinta roja las flores del martagón y podría esconderme en la leyenda de una mujer que jamás existió.

Los misterios de la princesa de Kagran

Érase una vez una princesa de Chagre o de Chagran, de un linaje que en tiempos posteriores se denominaría Kagran.[40] *Pues san Jorge, que mató al dragón en los pantanos, para que tras la muerte del monstruo pudiera surgir Klagenfurt, también trabajaba aquí, en la antigua aldea de Marchfeld, al otro lado del Danubio, y una capilla conmemorativa lo recuerda cerca de la zona inundada.*

La princesa era muy joven y muy bonita, y tenía un corcel negro con

el que superaba en velocidad a todos los demás. Su séquito trataba de persuadirla y le rogaban que no se moviera de allí, porque el país en el que estaban, a orillas del Danubio, estaba siempre en peligro, y no había fronteras allí donde después surgirían Retia, Marcomania, Nórica, Mesia, Dacia, Iliria y Panonia. Tampoco existían aún la Cisleitania ni la Transleitania, porque seguía habiendo migraciones de pueblos. Un día los húsares húngaros llegaron desde la puszta*, desde la vasta Hungaria que alcanzaba confines inexplorados. Irrumpieron con sus salvajes caballos asiáticos, que eran tan veloces como el corcel negro de la princesa, y todos fueron presa del miedo.*

La princesa perdió el poder, fue hecha prisionera muchas veces, porque no luchaba, pero tampoco quería que la dieran como esposa al viejo rey de los hunos o al viejo rey de los ávaros. La mantenían cautiva como un trofeo y la vigilaban los muchos caballeros rojos y azules. Como la princesa era una princesa de verdad, prefería darse muerte a dejar que la entregaran a un rey viejo, y antes de que la noche acabara tuvo que armarse de valor, porque querían llevarla al castillo del rey de los hunos o al de los ávaros. Ella pensaba escapar y esperaba que sus guardianes se quedaran dormidos antes del amanecer, pero sus esperanzas fueron viéndose cada vez más menguadas. También le habían quitado el corcel negro, y no sabía cómo encontrar la salida del campamento y regresar a su país de azules colinas. Sin poder dormirse yacía en su tienda.

En plena noche creyó escuchar una voz que ni cantaba ni hablaba, que susurraba y adormecía, pero que luego ya no cantaba ante extraños, sino que sonaba solo para ella y en un lenguaje que la cautivó, aunque no entendiera una sola palabra. Aun con todo, ella sabía que la voz era solo para ella y que la llamaba a ella. La princesa no necesitaba entender las palabras. Se levantó hechizada

y abrió la tienda, contempló el infinito cielo oscuro de Asia, y de la primera estrella que vio, se desprendió una estrella fugaz. La voz que llegaba hasta ella le dijo que podía formular un deseo, y ella lo formuló de todo corazón. De repente vio ante sí, envuelto en una larga capa negra, a un desconocido, que no era de los caballeros rojos ni azules, ocultaba su rostro en la noche, pero, aunque no podía verlo, sabía que él se había lamentado por ella y había cantado para ella pleno de esperanza, con una voz jamás escuchada, y que había venido a liberarla. Sujetaba por las riendas su corcel negro, y ella movió suavemente los labios y preguntó: ¿Quién eres?, ¿cómo te llamas, salvador mío?, ¿cómo podría darte las gracias? Él se llevó dos dedos a la boca, ella adivinó que le decía que guardase silencio, le indicó que lo siguiera y la envolvió en su capa negra para que nadie pudiera verla. Eran más negros que el negro de la noche, y él los sacó de allí, a ella y a su corcel, que apoyaba suavemente los cascos y no relinchaba, a través del campamento y un trecho de la estepa. Su maravilloso canto resonaba aún en los oídos de la princesa, y ella se sentía cautivada por aquella voz que quería volver a escuchar. Iba a pedirle que fuera con ella corriente arriba, pero él no respondió y le entregó las riendas. Ella seguía aún en grave peligro y él le hizo señas para que cabalgara. Ella había perdido su corazón y aún no había visto su rostro, porque lo ocultaba, pero le obedeció, porque tenía que obedecerlo. Montó en su corcel negro, lo miró sin decir nada y trató de decirle unas palabras de despedida en su lengua y en la de él. Lo dijo con los ojos. Pero él se dio media vuelta y desapareció en la noche.

El corcel empezó a trotar en dirección al río, del que le daba pistas el aire tan húmedo. La princesa lloró por primera vez en su vida, y las tribus que pasarían después en sus migraciones encontraron en esa

zona algunas perlas de río que llevaron a su primer rey y que se han conservado hasta hoy, junto con las piedras preciosas más antiguas, en la corona de san Esteban.

Cuando llegó a campo abierto,[41] *siguió cabalgando días y noches corriente arriba hasta que llegó a un paraje en el que el río se perdía en incontables brazos secundarios que se dividían en todas direcciones. Fue a parar a un solitario pantano plagado de sauces deformes. El agua estaba aún en su nivel normal, los sauces se mecían y se cimbreaban susurrantes al viento incesante de la llanura, en la que los sauces no podían erguirse jamás, sino que se quedaban achaparrados. Oscilaban suavemente, como la hierba, y la princesa había perdido la orientación. Era como si todo se hubiera puesto en movimiento, oleadas de ramas de sauces, oleadas de hierbas, la llanura vivía y ni un solo ser, excepto ella, la habitaba. Aliviadas por haberse librado de la limitación de sus inamovibles orillas, las olas del Danubio se perdían en el laberinto de los canales, cuyas venas cortaban las islas de tierra acumulada haciendo amplios caminos a través de los que el agua fluía con gran estrépito. Escuchando atentamente, entre los espumosos rápidos, remolinos y torbellinos, la princesa comprendió que el agua socavaba la playa arenosa, devorando pedazos de orilla con grupos enteros de sauces. Unas islas se hundían, y surgían otras islas nuevas que a diario cambiaban de forma y tamaño y así viviría la llanura, variando, hasta la época de las inundaciones, cuando sauces e islas desaparecen bajo las enormes olas sin dejar rastro. En el cielo había una mancha de humo, pero no se veía nada del país de azuladas cordilleras de la princesa. No sabía dónde estaba, no conocía las montañas de Devín, las estribaciones de los Cárpatos, que no tenían nombre, y no veía el Morava, que en ese punto se mete a hurtadillas en el Danubio, y aún*

menos sabía que alguna vez se trazaría una frontera por el agua, entre dos países con nombre. Porque entonces no había países ni fronteras.

En un banco de grava se apeó de su corcel negro, que no podía seguir avanzando, vio cómo las olas se volvían cada vez más cenagosas y embarradas y, como esa es la señal de las inundaciones, tuvo miedo, no veía salida alguna de aquel inquietante paraje, que no tenía más que sauces, viento y agua, continuó guiando lentamente a su caballo, embriagada por aquel reino de soledad, un reino vedado y maldito en el que había caído. Empezó a buscar un lugar donde pasar la noche, pues el sol se estaba poniendo, y la monstruosa criatura que era aquel río aumentaba sus sonidos y sus voces, sus chasquidos, sus ampulosas carcajadas junto a los guijarros de la orilla, sus tiernos susurros junto a un tranquilo meandro, su borboteo silbante, sus incesantes gruñidos en el fondo, bajo todos los ruidos de la superficie. Bandadas de grises cornejas se aproximaban al anochecer y los cormoranes empezaron a bordear la orilla, las cigüeñas pescaban en el agua y aves de laguna de todo tipo hacían círculos en el aire con sus irritantes chillidos, que resonaban hasta bien lejos.

De niña, la princesa había oído hablar de aquel riguroso país a orillas del Danubio, de sus islas mágicas, donde se moría uno de hambre, pero también tenía visiones y experimentaba la mayor de las dichas en medio del allegro furioso *de la caída. La princesa creía que la isla se movía con ella, aunque no era el atronador flujo del agua lo que la atemorizaba, sino que en su interior había angustia y asombro y un desasosiego jamás conocido que procedía de los sauces. Surgía de ellos algo profundamente amenazador y se abatía sobre el corazón de la princesa. Había llegado a los confines del mundo de*

los humanos. La princesa se inclinó sobre su corcel, que se había tendido en el suelo, agotado, soltó un relincho lastimero, porque también él sentía que no había salida y, con una mirada ya moribunda, pidió a la princesa que lo perdonara por no poder llevarla a través del agua ni por encima de ella. La princesa se recostó en la hondonada, junto al caballo, y en su interior sintió un miedo como jamás había sentido, los sauces silbaban cada vez más, susurraban, reían, expelían estridentes chillidos y gemían suspirando. Ya no los perseguía ningún ejército de soldados, pero los rodeaba un ejército de seres extraños, miríadas de hojas revoloteaban sobre las frondosas copas de los sauces, estaba en la región del río que lleva al reino de los muertos, y mantuvo los ojos bien abiertos cuando una gigantesca columna de seres de sombras avanzó hacia ella y por un instante, para no escuchar más el ulular de aquel viento terrible, ocultó la cabeza entre los brazos y volvió a incorporarse al instante, alertada por un ruido de pasos que se arrastraban a tientas. No podía avanzar ni retroceder, solo podía elegir entre el agua y la supremacía de los sauces, pero en medio de una tremenda oscuridad una luz se encendió ante ella, y como sabía que no era una luz humana, sino que tan solo podía ser la luz de un espectro, se encaminó hacia ella, muerta de miedo, pero hechizada, fascinada.

No era una luz, era una flor, crecida al caer la noche, más roja que el rojo y no nacida de la tierra.[42] *Estiró la mano hacia la flor, entonces, junto con la flor, su mano tocó otra mano. El viento y las risas de los sauces enmudecieron y, a la luz de la luna ascendente, que iluminaba de una insólita blancura las aguas cada vez más mansas del Danubio, reconoció ante ella al extranjero de la capa negra, él le cogió la mano y con dos dedos de la otra se cubrió la*

boca para que ella no volviera a preguntar quién era, pero la miró sonriente con sus cálidos ojos oscuros. Era aún más negro que el negro que antes la rodeaba, y ella se hundió en sus brazos sobre la arena, él le puso la flor en el pecho, como a una muerta, y extendió la capa sobre los dos.

El sol estaba ya en lo alto del cielo cuando el extranjero y la princesa despertaron de su sueño, semejante a la muerte. Él había hecho callar a los elementos, los verdaderos mortales. La princesa y el extranjero empezaron a hablar, como si se conocieran desde hacía mucho, y cuando uno hablaba, el otro sonreía. Se dijeron cosas claras y oscuras. Las aguas habían bajado y antes de que el sol se pusiera, la princesa oyó a su corcel levantarse, resoplar y trotar entre los arbustos. Se estremeció hasta lo más profundo de su ser y dijo: Tengo que seguir, tengo que remontar el río, ¡ven conmigo, no me abandones nunca más!

Pero el extranjero movió la cabeza y la princesa preguntó: ¿Tienes que volver con tu pueblo?

El extranjero sonrió: Mi pueblo es más antiguo que todos los pueblos de la Tierra y está disperso a los cuatro vientos.

¡Entonces ven conmigo!, exclamó la princesa, presa de dolor e impaciencia, pero el extranjero dijo: Paciencia, ten paciencia, porque tú lo sabes, lo sabes. Por la noche, la princesa había tenido la segunda visión, y por eso dijo entre lágrimas: Lo sé, volveremos a vernos.

¿Dónde?, preguntó el extranjero sonriendo, ¿y cuándo?, porque la cabalgada infinita es verdadera.

La princesa miró la flor apagada, que había quedado en el suelo empezando ya a marchitarse, y dijo cerrando los ojos en el umbral del sueño: ¡Déjame ver!

Lentamente empezó a contar: Será más allá, río arriba, volverá a haber migraciones de pueblos, será en otro siglo, déjame adivinar, será dentro de más de veinte siglos, entonces hablarás como los humanos: Amada…

¿Qué es un siglo?, preguntó el extranjero.

La princesa cogió un puñado de arena y lo dejó escurrir rápidamente entre sus dedos: Esto son más o menos veinte siglos, entonces será hora de que vengas y me beses.

Entonces será pronto, dijo el extranjero, ¡sigue hablando!

Será en una ciudad y será en una calle de esa ciudad, continuó diciendo la princesa, jugaremos a las cartas, yo perderé mis ojos, en el espejo será domingo.

¿Qué son una ciudad y una calle?, preguntó el extranjero afectado.

La princesa se asombró y dijo: Eso pronto lo veremos, solo conozco las palabras, pero pronto lo veremos, cuando me hundas las espinas en el corazón, nos quedaremos de pie ante una ventana, ¡déjame terminar!, será una ventana llena de flores, y por cada siglo habrá detrás una flor, más de veinte flores, por ellas sabremos que estamos en el lugar adecuado, ¡y todas las flores serán como esta de aquí!

La princesa se montó en su corcel negro, no soportaba más las nubes, porque el extranjero bosquejaba ya en silencio su muerte y la de ella. No le cantó ninguna canción de despedida, y ella empezó a cabalgar hacia su país de colinas azules, que surgía a lo lejos, en medio de un silencio terrible, porque ya le había clavado la primera espina en el corazón y, rodeada de sus leales servidores, se desplomó del corcel, sangrando, en el patio del castillo. Pero sonrió y balbuceó en medio de su delirio: ¡Lo sé, sí, lo sé!

No he comprado el escritorio, porque me habría costado cinco mil chelines y procede de un monasterio, cosa que también me molesta, y además no habría podido escribir en él porque no hay pergamino ni tinta, la señorita Jellinek tampoco habría estado muy entusiasmada, porque está acostumbrada a mi máquina de escribir. Hago que las hojas de la princesa de Kagran desaparezcan rápidamente en una carpeta, para que la señorita Jellinek no vea lo que he escrito, es mucho más importante que «liquidemos» algo de una vez por todas, me siento detrás de ella, en los tres escalones de la biblioteca, ordeno algunas hojas y le dicto:

Muy señores míos.

Seguro que la señorita Jellinek ya ha escrito el encabezamiento y la fecha de hoy, está esperando, a mí no se me ocurre nada y digo: Querida señorita Jellinek, por favor, escriba lo que quiera, aunque la señorita Jellinek, confusa, no puede saber lo que en este caso significa «querer», y le digo agotada: Escriba, por ejemplo, por motivos de salud, ah, vaya, ¿ya hemos puesto eso otras veces?, escriba algo sobre compromisos, ¿también lo hemos puesto muchas veces?, pues entonces sencillamente las gracias y cordiales saludos. De vez en cuando la señorita Jellinek se asombra, pero no lo demuestra, ella no conoce a esos muy señores míos, sino tan solo al doctor Krawanja, que está especializándose en neurología y va a casarse con ella en julio, me lo ha confesado hoy, estoy invitada a la boda, viajará a Venecia, pero mientras sus pensamientos secretos están en el Policlínico y en la decoración de su casa, me rellena formularios, rebusca en el trastero, en el que reina un caos increíble, ahora descubre kilos de cartas de los años 1962, 1963, 1964, 1965, 1966, ve frustrados sus esfuerzos por que podamos poner en las cosas un orden, que ella conjura alternativamente con las palabras «clasificar», «archivar», «ordenar por diferentes temas», quiere

proceder alfabéticamente, quiere proceder por años, separar lo profesional de lo personal, la señorita Jellinek estaría dispuesta a todo, pero no sé cómo decirle que desde que conozco a Ivan, todo minuto dedicado a un trabajo así me parece un minuto desperdiciado, que yo misma tengo que ponerme en orden y que el orden de ese follón de papeles me resulta cada vez más indiferente. Vuelvo a hacer acopio de fuerzas y le dicto:

Muy señores míos:

Les agradezco su carta del 26 de enero.

Estimado señor Schönthal:

La persona a la que usted se dirige, a quien cree conocer e incluso invita, no existe. Pese a que son las seis de la mañana y esa no me parece ser la adecuada para una explicación, que le debo a usted y a otras muchas personas, voy a tratar de hacerlo, aunque son las seis de la mañana y hace ya mucho que debería estar durmiendo, pero hay muchas cosas que ya no me dejan dormir. No me ha invitado usted a una fiesta infantil ni de ratones,[43] y los eventos, las fiestas, seguro que responden a una necesidad social. Ya ve usted que yo trato en lo posible de ver el asunto también desde su perspectiva. Sé que habíamos acordado una fecha, al menos debería haberle llamado, pero para describir mi situación me faltan las palabras, también el decoro me prohíbe hablar de determinadas cosas. La fachada amistosa que usted ve, en la que yo misma me confío de vez en cuando, tiene por desgracia cada vez menos que ver conmigo. No crea usted que tengo malos modales, que por eso le hago esperar de pura descortesía, porque los modales son casi lo único que me ha quedado, y de haber incluido «Modales» en el plan de estudios de las escuelas, seguro que esa habría sido la asignatura que más me habría gustado y en la que

habría tenido mejores notas. Sin embargo, estimado señor Schönthal, hace años que ya no soy capaz, a menudo durante semanas, de ir hasta la puerta de casa o descolgar el teléfono y llamar a alguien, me resulta imposible y no sé cómo remediarlo, es probable que ya no haya manera de remediarlo.

También soy totalmente incapaz de pensar en las cosas en que me ordenan pensar, en una fecha, en un trabajo, en una cita, a las seis de la mañana nada me resulta más claro que lo monstruoso de mi infortunio, porque un dolor sin fin ataca cada uno de mis nervios a cualquier hora, de manera total, justa y uniforme. Estoy muy cansada, permítame confesarle lo cansada que estoy…

Descuelgo el teléfono y escucho la voz mecánica: recepción de telegramas, un momento por favor, un momento por favor, un momento por favor, un momento por favor, un momento por favor. Entretanto garabateo en una hoja: Dr. Walter Schönthal, Wielandstrasse 10, Núremberg. Lamentablemente imposible ir stop. Sigue carta.

Recepción de telegramas, un momento por favor, un momento por favor, un momento por favor. Se oye un clic, una juvenil voz de mujer pregunta despierta: ¿Su número, por favor? Gracias, le devolveré la llamada.

Tenemos un lote entero de frases de cansancio, Ivan y yo, porque a menudo él está tremendamente cansado, aunque es mucho más joven que yo, y yo también estoy muy cansada, Ivan se quedó hasta muy tarde, estuvo tomando unos vinos con alguna gente en Nussdorf, hasta las cinco de la mañana, luego volvió con ellos a la ciudad y se tomaron una sopa de *goulash*, eso debió de ser a la hora en la que yo estaba escribiendo la ducentésima carta a Lily y algunas otras cosas, al menos he enviado un telegrama, e Ivan me

llama a mediodía, después de la oficina, su voz es casi irreconocible.

Muerto de cansancio, sí, muerto
Estoy sencillamente muerta
No, no lo creo, justo acabo de
Me había tumbado, estoy sencillamente
Por fin, por fin voy a dormir bien
Hoy me iré a dormir muy temprano y tú
Yo estoy ya a punto de dormirme, pero esta noche
Pues entonces vete a dormir antes
Como una mosca muerta, ni siquiera puedo describírtelo
Claro que si estás tan cansado
Hace nada estaba terriblemente cansado, extenuado
Entonces esta noche mejor no
Claro que si no estuvieras tan cansada
Creo que no oigo bien
Entonces escucha con atención
Si estás a punto de dormirte
Ahora ya no, solo estoy cansado
Pero tienes que dormir hasta quitarte el cansancio
He dejado el portal abierto
Yo estoy cansada, pero tú tienes que estarlo más
……
Ahora, claro, cuándo si no
……
¡Quiero que estés aquí enseguida!

Tiro el auricular, tiro mi cansancio, bajo corriendo las escaleras y cruzo la calle en diagonal. El portal del número 9 está entornado, la puerta de la habitación entornada, y ahora Ivan vuelve a repetir todas las frases sobre el cansancio y yo también todas, hasta que

estamos demasiado cansados y demasiado agotados para poder lamentarnos de la desmesura de los agotamientos, dejamos de hablar y nos despertamos mutuamente a pesar de la enorme fatiga, y hasta que llama el servicio de despertador 00 no dejo de contemplar en la penumbra a Ivan, que aún puede dormir un cuarto de hora, no dejo de esperar, de mendigar, de creer haber oído una frase, que no haya salido solo del cansancio, una frase que me afirme en el mundo, pero en torno a mis ojos algo se contrae, la secreción de las glándulas es tan escasa que ni siquiera alcanza para una lágrima en el rabillo de cada ojo. ¿Basta una frase para dar seguridad a alguien que esté perdido? Tendría que haber una seguridad que no fuera de este mundo.

Cuando Ivan no tiene tiempo en toda una semana, cosa de la que no he tenido conciencia hasta hoy, no soy capaz de dominarme. No es razonable, es absurdo, le he puesto a Ivan su vaso con los tres cubitos de hielo, pero enseguida me pongo de pie con el mío y me dirijo a la ventana, tendría que encontrar cómo salir de la habitación, quizá con el pretexto de ir al baño, al pasar podría hacer como si buscara un libro en la biblioteca, aunque no haya relación alguna entre libro y lavabo. Antes de poder salir del cuarto, antes de decirme a mí misma que, al fin y al cabo, en la casa de enfrente compuso Beethoven, ya sordo, la *Novena sinfonía*, además de otras cosas, pero yo no estoy sorda, yo podría contarle a Ivan yo que sé qué montón de cosas, excepto de la *Novena sinfonía*…, pero ahora ya no puedo salir del cuarto, porque Ivan se ha dado cuenta, porque no dejo de mover los hombros, porque el pañuelito tampoco basta para enjugarme las lágrimas, Ivan debe ser el culpable de esa catástrofe natural, aunque no haya hecho nada, porque no se puede llorar tanto. Ivan me coge del hombro y me lleva hasta la mesa, que me siente y que beba y, llorando, quiero disculparme por el llanto.

Ivan está muy asombrado, dice: ¿Por qué no vas a llorar?, llora si te hace bien, llora todo lo que puedas, y un poquito más, tienes que desahogarte.

Me desahogo e Ivan se toma un segundo *whisky*, no me pregunta, no dice nada para consolarme, no está nervioso ni irritado, espera como se espera el final de una tormenta, oye cómo disminuyen los sollozos, cinco minutos más, y entonces me empapa un paño en agua helada, me lo pone en los ojos.

Espero que no estemos celosos, señorita mía.

No, eso no.

Sigo llorando, pero ahora solo porque sienta muy bien.

Claro que no. No hay motivo alguno.

Pero claro que hay un motivo. Para mí ha sido una semana sin inyecciones de realidad. No me gustaría que Ivan me preguntara el motivo, pero no lo hará nunca, me dejará llorar de vez en cuando.

¡Desahógate!, me ordenará.

Vivo en este mundo animado como una medio salvaje, liberada por primera vez de los juicios y de los prejuicios de mi entorno, dispuesta a no hacer un solo juicio más sobre el mundo, solo a una respuesta momentánea, a lamentos y gemidos, a felicidad y alegría, a hambre y sed, porque llevo demasiado tiempo sin vivir. Ivan acaba poniendo en movimiento mi fantasía, más rica que la fantasía de la ayahuasca, a través de él ha entrado en mí algo intenso e irradia ahora desde mi interior, no dejo de alumbrar el mundo, que lo necesita, desde este único punto, en torno al que se centra no solo mi vida, sino mi voluntad de «vivir bien» para volver a ser útil, porque quisiera que Ivan me necesitara como yo lo necesito a él, y para toda la vida. De vez en cuando él también me necesita, porque llama al timbre, yo abro, lleva un periódico en la mano, mira brevemente al interior y dice: Tengo que volver a irme, ¿necesitas tu

coche esta tarde? Ivan se ha marchado con las llaves de mi coche y ya esa breve aparición de Ivan vuelve a remover la realidad, cada una de sus frases influye en mí, en los océanos y en los astros, en la cocina mordisqueo un pedazo de pan con fiambre y dejo los platos en el fregadero mientras Ivan sigue diciéndome «tengo que volver a irme enseguida», quito el polvo al gramófono y paso suavemente un cepillo de terciopelo por los discos dispersos alrededor, «quiero que estés aquí ahora mismo», dice Ivan mientras va en mi coche a la Hohe Warte, porque tiene que ver inmediatamente a los niños, Béla se ha dislocado la mano, «¡quiero que estés aquí ahora mismo!», ha dicho Ivan, y yo tengo que introducir esa frase peligrosa entre comer un pan con fiambre y abrir una carta y limpiar el polvo, porque entre las cosas cotidianas, que ya no son cotidianas, puede producirse en cualquier momento una fogosa explosión. Miro fijamente y escucho con atención y escribo una lista:

Electricista
Factura de la luz
Aguja de zafiro
Pasta de dientes
Cartas a Z. K. y al abogado
Tintorería

Podría poner un disco, pero oigo «¡quiero que estés aquí ahora mismo!». Podría esperar a Malina, pero prefiero irme a la cama, estoy muerta de cansancio, terriblemente cansada, extenuada, «quiero que estés aquí…», Ivan tiene que volver a marcharse enseguida, solo viene a devolverme las llaves, Béla no se ha dislocado la mano, su madre ha exagerado, detengo a Ivan en el pasillo, e Ivan pregunta: ¿Qué te pasa? ¿Por qué pones esa sonrisa de tonta?

Oh, nada, me siento tan tontamente bien, que me atonto.

Pero Ivan dice: No se dice tontamente bien, se dice sencillamente bien. ¿Cómo te sentías antes cuando te sentías bien? ¿Te atontabas siempre así?

Niego con la cabeza, Ivan levanta la mano en broma, como para pegarme, entonces la angustia regresa, digo con voz ahogada: No, por favor, la cabeza no.

Los escalofríos se pasan al cabo de una hora y pienso que debería decírselo a Ivan, pero Ivan no comprendería una locura así, y como a él no puedo hablarle de asesinato, acabo replegándome en mí misma, para siempre, intentando tan solo extirpar esa úlcera, cauterizarla, por Ivan, no puedo quedarme tumbada sobre ese lodazal de pensamientos de asesinato, con Ivan debería conseguir erradicar esos pensamientos, él me quitará esa enfermedad, él me redimirá. Pero como Ivan no me ama y tampoco me necesita, ¿por qué habría de amarme y necesitarme algún día? Él solo ve mi rostro, cada día más liso, y se alegra cuando me hace reír, y volverá a explicarme que estamos asegurados contra todo, como nuestros coches, contra los terremotos y los huracanes, contra robos y accidentes, contra incendios y granizos, pero yo estoy asegurada en una frase y en nada más. El mundo no tiene ninguna seguridad para mí.

Esta tarde sacaré fuerzas de flaqueza y me iré a esa conferencia en el Instituto Francés, naturalmente llegaré tarde y tendré que quedarme detrás en la puerta, de lejos me saludará François, que trabaja en la Embajada y de alguna manera intercambia, reconcilia o fructifica mutuamente nuestras culturas, él mismo no lo sabe muy bien, ninguno de los dos lo sabemos, porque no lo necesitamos, pero es útil a nuestros Estados, me hace una seña para que me acerque, hace ademán de levantarse, me indica un sitio, pero yo no quiero molestar adelantándome hasta donde está François, porque

hay señoras mayores con sombreros y muchos ancianos, también algunos jóvenes, que están a mi lado en la pared, escuchando con tanta atención como en la iglesia, lentamente voy captando alguna frase que otra y cierro los ojos, oigo todo el rato algo de «la prostitution universelle», muy bonito, pienso, muy acertado, el señor de París, con un rostro pálido y ascético, habla con la voz de un niño de coro sobre los ciento veinte días de Sodoma y por décima vez vuelvo a oír algo de prostitución universal, la sala con los devotos, con su esterilidad universal, empieza a darme vueltas, pero me gustaría saber de una vez por todas si eso de la prostitución universal sigue funcionando y, en esa iglesia de Sade, lanzo una mirada inquisitiva a un joven que, a su vez, como en un servicio religioso, me devuelve una mirada blasfema y durante toda una hora nos miramos a hurtadillas, conspirando, en una iglesia de tiempos de la Inquisición.[44] Antes de echarme a reír, con el pañuelo entre los dientes y antes de que mi risa sofocada se transforme en una tos compulsiva, abandono la sala indignando a los oyentes al salir. Tengo que llamar a Ivan inmediatamente.

> ¿Que qué tal ha estado? Muy interesante
> Ajá, bueno, bien, ¿y tú?
> Nada de particular, ha estado interesante
> Vete pronto a acostar
> Estás bostezando, deberías dormir
> No estoy haciéndolo, es que no sé
> No, pero mañas sí que tengo
> De verdad que mañana tienes que

Estoy sola en casa y meto una hoja en la máquina de escribir, tecleo distraída: Vendrá la muerte.[45]

La señorita Jellinek me ha dejado una carta para firmar.

Estimado señor Schönthal:

Le agradezco su carta del año pasado, constato consternada que es del 19 de septiembre. Por desgracia no me ha sido posible contestarle antes, debido a los muchos contratiempos, y este año tampoco podré aceptar ningún tipo de compromiso. Dándole las gracias, le saludo atentamente.

Meto otra hoja y tiro la primera a la papelera.

Estimado señor Schönthal:

Con mucha preocupación y sumo temor le escribo hoy esta carta. Como es usted un desconocido para mí, me resulta más fácil escribirle a usted que a mis amigos, y como usted es un ser humano, cosa que deduzco de su amable esfuerzo…

Viena, a…

Una desconocida

Cualquiera diría que Ivan y yo no somos felices. O que no tenemos ningún motivo para llamarnos felices. Pero no cualquiera tiene razón. Cualquiera es nadie. He olvidado preguntarle a Ivan por teléfono lo de la declaración de la renta, Ivan ha dicho muy generosamente que me hará la declaración del año que viene, no me importan los impuestos ni lo que esos impuestos quieran de mí para otro año, solo me importa Ivan cuando habla del año que viene y hoy Ivan me dice que se olvidó de decirme por teléfono que ya está harto de bocadillos y que le gustaría saber qué es lo que sé cocinar, y ahora vuelvo a prometerme de una sola noche mucho más que de todo el próximo año. Porque si Ivan quiere que yo guise, eso significa algo, ya no podrá largárseme corriendo como después de

una copa, y esta tarde buscaré entre los libros de mi biblioteca, no hay libros de cocina, tengo que comprar alguno inmediatamente, qué absurdo, porque ¿qué es lo que he leído hasta ahora?, ¿para qué me sirve ahora eso si no puedo utilizarlo para Ivan? Me leí la *Crítica de la razón pura* con 60 vatios en la Beatrixgasse, Locke, Leibniz y Hume en las tinieblas de la Biblioteca Nacional, bajo la lamparita, desde los presocráticos hasta *El ser y la nada,*[46] fascinada por todos los conceptos de todos los tiempos, he leído a Kafka, Rimbaud y Blake con 25 vatios en un hotel de París, he leído a Freud, Adler y Jung con 360 vatios en una solitaria calle de Berlín, al compás de las suaves rotaciones de los *Estudios* de Chopin, me estudié un fogoso discurso sobre la expropiación de la propiedad intelectual en una playa de Génova, el papel lleno de manchas de sal y abarquillado por el sol, leí *La comedia humana* en tres semanas, con un poco de fiebre, debilitada por los antibióticos, en Klagenfurt, en Múnich leía a Proust hasta el amanecer, hasta que los albañiles del tejado irrumpían en la mansarda, leí a los moralistas franceses y a los lógicos vieneses, con las medias que se me caían, leí todo a un ritmo de treinta cigarrillos franceses al día, desde *De rerum natura* hasta *Le culte de la raison,*[47] practiqué historia y filosofía, medicina y psicología, he trabajado en el manicomio de Steinhof con las anamnesis de los esquizofrénicos y de los maníacodepresivos, he tomado notas en el Auditorium Maximum con solo seis grados, y a treinta y ocho grados a la sombra seguía tomando notas *de mundo, de mente, motu,*[48] después de lavarme la cabeza he leído a Marx y a Engels y completamente borracha he leído a V. I. Lenin y aturdida y a toda prisa he leído periódicos y periódicos y periódicos, y ya leía periódicos de niña, frente a la estufa, cuando se encendía el fuego, y periódicos y revistas y libros de bolsillo en cualquier parte, en todas las estaciones, en todos los trenes, en tranvías, en autobuses,

aviones, y lo he leído todo sobre todo, en cuatro lenguas, *fortiter, fortiter*, y he comprendido todo lo que hay que leer, y liberada de todo lo leído durante una hora, me tumbo al lado de Ivan y digo: Voy a escribir para ti ese libro que aún no existe, si es que de verdad lo quieres. Pero tienes que quererlo de verdad, querer que venga de mí, y yo jamás te pediré que lo leas.

Ivan dice: Esperemos que sea un libro con final feliz.

Esperemos.

He cortado la carne en trozos regulares, he picado cebolla y preparado pimentón aromático, porque hoy hay *pörkölt,*[49] y de entrada huevos en salsa de mostaza, me estoy pensando si unos bollitos de albaricoque[50] no serán demasiado, a lo mejor solo fruta, pero si Ivan estuviera en Viena por fin de año, entonces me gustaría probar *krambambuli,*[51] para lo que hay que quemar el azúcar, mi madre ya no ha vuelto a hacerlo. En los libros de cocina voy adivinando lo que ahora no resulta accesible o lo que todavía lo es, lo que podría gustarle a Ivan, solo que, para mi gusto, hablan demasiado de dejar reposar, de pelar, de batir, de amasar, del calor de arriba y abajo, que no sé cómo regular en mi horno eléctrico, ni si la cifra 200 en el interruptor del horno puede aplicarse a mis recetas de *La vieja Austria invita a la mesa* o a las de *Breve tratado de cocina húngara,*[52] y con ello intento sencillamente sorprender a Ivan, al que le parecen desesperantes los cientos de asados a la parrilla, filetes de buey, carne de cadera hervida y los eternos crepes de nata con chocolate y fruta de los restaurantes. Yo le hago cosas que no están en las cartas de menús y especulo acerca de cómo combinar los buenos tiempos de antaño con su manteca de cerdo y su nata agria y dulce con los sensatos tiempos de ahora, en los que hay yogur, hojas de lechuga salpicadas de aceite y limón, en los que

dominan las verduras ricas en vitaminas, que no deben hervirse, en lo que cuentan los hidratos de carbono, las calorías y la moderación, la ausencia de condimentos. Ivan no sospecha que yo ya estoy haciendo cosas por la mañana y me pregunto indignada por qué ahora no hay perifollo, dónde hay estragón y cuándo habrá albahaca, porque se necesitan para las recetas. En la verdulería lo único que hay siempre es perejil y puerros, al pescadero hace ya muchos años que no le traen truchas de río, así que lo poco que es posible conseguir lo echo al buen tuntún en la carne y en la verdura. Espero que el olor a cebolla no se me pegue en las manos, voy corriendo al baño a lavármelas, para borrar los restos de olor con el perfume y peinarme. Ivan solo puede ver el resultado: que la mesa está puesta y la vela encendida, y Malina se asombraría de que soy incluso capaz de poner el vino a enfriar a tiempo, de precalentar los platos y entre servir el vino y tostar las rebanadas de pan, me pongo el rímel, me maquillo los ojos frente al espejo de afeitarse de Malina, me arreglo las cejas con la pinza, y este trabajo sincronizado, que nadie aprecia, es más fatigoso que cualquiera de los trabajos que he realizado hasta ahora. Pero a cambio me aguarda la mayor de las recompensas, porque gracias a él Ivan llega a las siete y se queda hasta medianoche. Cinco horas de Ivan, eso podría bastar para algunos días de confianza, como ayuda para el sistema circulatorio, para subir la tensión, como posoperatorio, como tratamiento preventivo, como cura. Nada me resultaría demasiado complicado, nada demasiado fuera de lugar, demasiado fatigoso a fin de hacerme con un pedazo de la vida de Ivan; si en alguna cena Ivan menciona que en Hungría solía hacer mucha vela, al instante quiero aprender a navegar, a ser posible justo a primera hora de la mañana siguiente, si por mí fuera en el Viejo Danubio[53] en Kaiserwasser, de manera que yo también pueda participar cuando Ivan vuelva a

navegar algún día. Porque yo sola no consigo fascinar a Ivan. Como la comida está lista demasiado pronto, vigilando el horno en la cocina intento averiguar la causa de esa incapacidad, en lugar de la cual había antes tantas cualidades. Solo es posible fascinar con cierta reserva, con breves repliegues, con tácticas, con lo que Ivan denomina «el juego». Él me anima a permanecer en el juego, porque no sabe que para mí ya no hay más juego, que precisamente el juego se ha acabado.[54] Pienso en mis clases de Ivan cuando me disculpo, cuando espero, porque Ivan piensa que debería empezar por él, dejarlo que espere tranquilamente, que no me disculpe. También dice: Yo tengo que seguirte, cuídate de no seguirme nunca, necesitas urgentemente algunas clases de apoyo, ¿quién se ha olvidado de darte las clases elementales? Pero como Ivan carece de curiosidad, en realidad no quiere saber a quién se le olvidó, tengo que dar rápidamente un buen golpe para distraer a Ivan, alguna vez debería salirme bien una sonrisa indefinible, una broma, un acceso de mal humor, pero delante de Ivan nada me sale bien. Eres demasiado transparente, dice Ivan, en todo momento se ve lo que te ocurre, ¡actúa, representa algo delante de mí! Pero ¿qué puedo representar ante Ivan? El primer intento de hacerle un reproche, porque ayer no me llamó, porque se olvidó de traerme los cigarrillos, porque nunca sabe qué marca fumo, termina en una mueca, pues antes de que yo llegue a la puerta cuando llama, ya no queda en mi interior reproche alguno, e Ivan al punto me lee en la cara el parte meteorológico: despejado, soleado, temperaturas en aumento, sin nubes, cinco horas seguidas de buen tiempo.

Por qué ahora no dices
¿Qué?
Que quieres volver a mi casa

Pero
No te dejo que lo digas
Ya lo ves
Para que tengas que seguir en el juego
No quiero ningún juego
Pero sin juego no funciona

A través de Ivan, que quiere el juego, he conocido también un grupo de frases insultantes. Todavía sigo muy asustada por la primera frase insultante, pero ahora ya casi me he vuelto dependiente y las espero, porque es una buena señal cuando Ivan empieza a despotricar.

Eres una mierdecilla, sí, tú, ¿quién si no?
Siempre consigues convencerme, sí, tú
Porque es verdad, ríete si quieres
No pongas esa mirada gélida
Les hommes sont des cochons[55]
Para esto sí llegará tu francés
Les femmes aiment les cochons
Contigo hablo como quiero
Un mal bichillo eres tú
Haces conmigo lo que quieres
No, nada de que pierdas la costumbre, que aprendas más
Eres demasiado boba, es que no entiendes nada
Llegarás a ser un bicho muy grande
No estaría mal, el mayor de todos los tiempos
Sí, ya me gustaría, claro, ¿y qué más?
Tienes que cambiar por completo
Con este talento, sí, es que lo tienes, claro que
Una bruja es lo que eres, no te asustes de cada palabra

¿Es que no has entendido la ley?

Ivan es el único que cuestiona las frases insultantes, porque de mí no salen respuestas, solo exclamaciones o con mucha frecuencia un «¡Pero Ivan!», que ahora ya no lo digo tan en serio como antes.

¿Qué sabe Ivan de la ley que rige para mí?, pero no deja de asombrarme que Ivan tenga una ley para su vocabulario.

A pesar de todas las diferencias, Malina y yo tenemos el mismo miedo a nuestros nombres, solo Ivan se mete de lleno en su nombre y, como su nombre le resulta natural, se sabe identificado por él, para mí también es todo un placer pronunciarlo, pensarlo, decírmelo en voz alta. Su nombre se ha convertido para mí en un estimulante, un lujo imprescindible en medio de mi vida miserable, y me cuido de que el nombre de Ivan se oiga por toda la ciudad, se susurre y se piense en voz baja. Incluso cuando estoy sola, cuando paseo sola por Viena, puedo decirme en muchos sitios, por aquí he ido con Ivan, allí he estado esperando a Ivan, he comido con Ivan en el LINDE, en el Kohlmarkt me he tomado un café solo con Ivan, Ivan trabaja en el Kärntnerring, aquí se compra Ivan las camisas, esa es la agencia de viajes de Ivan. ¡Ojalá no tenga que volver a irse a París o a Múnich! Incluso allí donde no he estado con Ivan me digo por aquí debería venir alguna vez con Ivan, esto tengo que enseñárselo a Ivan, alguna noche me gustaría ver la ciudad con Ivan desde el Cobenzl o desde el edificio alto de la Herrengasse. Ivan se pone en movimiento al instante, se levanta de un salto cuando lo llaman, pero Malina titubea, y yo también titubeo igual cuando se trata de mí. Por eso Ivan hace bien en no llamarme siempre por mi nombre, sino en lanzarme algunos improperios que se le pasan por la cabeza en el momento, o en llamarme «señorita mía». Señorita mía, hemos vuelto a traicionarnos, es vergonzoso, pero vamos a

perder esa costumbre rápidamente. *Glissons. Glissons.*[56]

Que Ivan no se interese por Malina es algo que puedo comprender. Yo también mantengo cierta precaución para que no entren en conflicto. Pero no comprendo del todo por qué Malina nunca habla de Ivan. No lo menciona, ni siquiera de paso, con tremenda habilidad evita escuchar mis conversaciones telefónicas con Ivan o encontrarse con él en la escalera. Hace como si aún no conociera el coche de Ivan, aunque mi coche está muy a menudo delante o detrás de él en la Münzgasse, y cuando por la mañana, para que Malina no llegue demasiado tarde al Arsenal,[57] salgo con él de casa para llevarlo rápidamente por un breve trecho hasta la Arsenalgasse, debería darse cuenta de que no miro el coche de Ivan como un impedimento al tráfico, sino que lo saludo con ternura, lo acaricio con la mano aunque esté mojado o tenga polvo, y compruebo aliviada que la matrícula no ha cambiado durante la noche, W 99.823, Malina sube, yo espero algún comentario burlón, liberador, un cambio en la expresión de su rostro, pero Malina me tortura con su impecable autodominio, su confianza inquebrantable. Mientras yo, toda tensa, espero el gran desafío, Malina me cuenta en tono pedante lo que tiene que hacer esa semana, hoy van a filmar en el Salón de la Fama, tiene además una entrevista con el jefe del negociado de armas, el jefe del negociado de uniformes y el jefe del negociado de condecoraciones, el director está de viaje para dar una conferencia en Londres, y por eso tiene que ir solo a una subasta de armas y cuadros en el Dorotheum,[58] aunque no va a tomar ninguna decisión, el joven Montenuovo se incorporará a su plaza definitiva, esta semana Malina tiene que trabajar sábado y domingo. He olvidado que esta semana vuelve a tener turno, y Malina tiene que darse cuenta de que lo he olvidado, porque me he confundido y

he dejado ver mi sorpresa sin ningún disimulo, pero él sigue engañándose, como si no hubiera nadie ni nada, como si solo existiéramos él y yo. Como si yo pensara en él… como siempre.

Buscando evasivas ya he aplazado varias veces la entrevista con el señor Mühlbauer, que antes estaba en el *Wiener Tagblatt* y sin ningún tipo de escrúpulos se pasó a la *Wiener Nachtausgabe*, la competencia política, pero el señor Mühlbauer, con su perseverancia, sus llamadas de cumplido, llega a sus objetivos, lo primero que cualquiera pensaría, como yo, es qué es lo que hay que hacer para librarse de él de una vez por todas, pero luego llega el día y lo prometido es deuda, el señor Mühlbauer, que hace años aún tenía que hacerse notas, utiliza ahora una grabadora, fuma Belvedere y no rechaza un *whisky*. Si bien las encuestas y sus preguntas se asemejan sin excepción, a este Mühlbauer hay que otorgarle el mérito de haber llevado la indiscreción conmigo a un límite extremo.

1.ª pregunta: ¿……?[59]

Respuesta: ¿Que qué pienso del tiempo? No sé si le he entendido bien. Si se refiere usted a hoy, entonces preferiría no decir nada, en cualquier caso, hoy no. Si debo entender la pregunta de otra manera, sobre la época en general, una para todos, entonces yo no soy ninguna autoridad, no, quiero decir no decisiva, mi opinión no es decisiva, tampoco tengo opinión. Ha dicho usted que vivimos en una gran época y naturalmente yo no estaba preparada para una gran época, quién podría sospecharlo mientras se está en la guardería o en los primeros cursos, después sí, también en la escuela o incluso en la universidad se nos habló de muchas épocas sorprendentemente grandes, de grandes acontecimientos, grandes hombres, grandes ideas…

2.ª pregunta: ¿……?

Respuesta: Mi evolución… Ah, sí, mi evolución intelectual, es por lo que pregunta. En verano daba largos paseos por la Goria[60] y me tumbaba en la hierba. Disculpe, pero eso es parte de la formación. No, preferiría no decir dónde está la Goria, si no también la venderán y construirán en ella, es una idea que no puedo soportar. Al ir a casa tenía que pasar por un terraplén de vías sin barreras, a veces era peligroso, porque no se veía el tren que venía en dirección contraria debido a las varas de avellano y a un grupo de fresnos, pero ahora ya no hay terraplén que atravesar, se cruza por un paso subterráneo.

(Tosecilla. Un extraño nerviosismo del señor Mühlbauer que me pone nerviosa).

A propósito de una gran época, de las grandes épocas, se me ocurre una cosa, pero con ello no le estoy diciendo nada nuevo: la historia enseña, pero no tiene alumnos.[61]

(Amable gesto de asentimiento del señor Mühlbauer).

En cualquier caso, cuando empieza una evolución, tendrá usted que admitir… Sí, yo quería estudiar Derecho, después de tres semestres dejé los estudios, cinco años más tarde volví a empezar y volví a dejarlo al cabo de un semestre, no podía ser juez ni fiscal, pero tampoco quería ser abogada, simplemente no habría sabido a quién ni qué habría sido capaz de defender. A todos y a nadie, todo y nada. Ya ve, querido señor Mühlhofer, disculpe, señor Mühlbauer, qué habría hecho usted en mi lugar, ahora que todos vivimos bajo una ley incomprensible, ahora que no somos capaces de imaginarnos el horror de esa ley…

(Una seña del señor Mühlbauer. Una nueva interrupción. El señor Mühlbauer tiene que cambiar la cinta).

… Bueno, como quiera, voy a tratar de expresarme con más

claridad e ir directa al grano, solo quisiera añadir que existen esas amonestaciones, usted ya las conoce, porque la justicia es tan opresivamente cercana y lo que le digo no excluye que no sea otra cosa que el deseo de una pura grandeza inalcanzable, por eso, aun con todo, es opresiva y cercana, pero en esa cercanía la denominamos injusticia. Además, para mí siempre es un suplicio tener que ir por la Museumstrasse, pasar por delante del Palacio de Justicia o llegar por casualidad a las proximidades del Parlamento, por ejemplo a la Reichsratstrasse, donde no puedo por menos de verlo, piense simplemente en la palabra *palacio* en relación con la justicia, advierte de que allí en absoluto es posible administrar verdadera injusticia, ¡así que mucho menos justicia! Nada queda sin consecuencias en una evolución, y ese incendio diario del Palacio de Justicia…

(Susurros del señor Mühlbauer: 1927, ¡15 de julio de 1927).[62]

¡El incendio diario de un palacio tan fantasmagórico con sus estatuas colosales, con sus litigios y proclamaciones colosales, que denominan sentencias! Ese fuego diario…

(El señor Mühlbauer se detiene y pregunta si puede borrar la última parte, dice «borrar» y ya lo está borrando).

… ¿Qué vivencias de mi…? ¿Que qué cosas me han impresionado más? Antes me parecía inquietante el hecho de haber nacido precisamente en un geosinclinal, yo no entiendo demasiado de estas cosas, pero un geotropismo debe ser también inevitable para los humanos, pues produce un cambio de dirección sin igual.

(Perplejidad por parte del señor Mühlbauer. Rápidas señas negativas con la mano).

3.ª pregunta: ¿……?

Respuesta: ¿Lo que yo de la juventud…? Nada, realmente nada,

en cualquier caso aún no he reflexionado sobre ello, así que tengo que pedirle que tenga consideración porque nunca me he planteado la mayoría de las preguntas que me está usted haciendo, en general las muchas preguntas que se me hacen. ¿La juventud de hoy? Pero para eso tendría que reflexionar también sobre los ancianos de hoy y sobre la gente que hoy ya no es joven, pero tampoco vieja, es muy difícil imaginarse esos ámbitos, esas categorías, las materias juventud y vejez. La abstracción, ¿sabe usted?, tal vez no sea mi fuerte, nunca dejo de ver esas acumulaciones, por ejemplo de niños en campos de juegos infantiles, lo confieso, una acumulación de niños me resulta algo particularmente espantoso, tampoco puedo comprender cómo los niños pueden aguantar entre tantos niños. Niños repartidos entre adultos, eso tiene un pase, pero ¿ha estado usted alguna vez en una escuela? Ningún niño que no sea un retrasado absoluto o esté completamente echado a perder, aunque la mayoría lo están, desearía vivir entre un montón de niños y tener los problemas de otros niños y, a excepción de algunas enfermedades infantiles, compartir algo con otros niños, una evolución sin ir más lejos. Ya por eso la visión de cualquier acumulación grande de niños me resulta alarmante…

(El señor Mühlbauer hace señas con ambas manos. Evidentemente no señas de aprobación).

4.ª pregunta: ¿……?

Respuesta: ¿Mi qué favorita? Ocupación favorita dice, exacto. Nunca estoy ocupado. Una ocupación me distraería, perdería incluso la más mínima visión de conjunto, cualquier perspectiva, no puedo ocuparme absolutamente de nada con todo este ajetreo alrededor, seguro que usted ve también ese descabellado ajetreo del mundo y escucha también esos ruidos infernales que salen de él. Yo, si

pudiera, prohibiría las ocupaciones, pero solo puedo prohibírmelas a mí misma, aunque para mí nunca han sido muy grandes, no me atribuyo ningún mérito, para mí son tentaciones absolutamente incomprensibles, no quiero hacerme mejor de lo que soy, pero conozco tentaciones que no me atrevo a declarar, todos estamos expuestos a las peores tentaciones y sucumbimos a ellas y las combatimos sin esperanza, por favor, no en presencia de…

Preferiría no decirlo. ¿Mis qué favoritos? ¿Cómo ha dicho usted? ¿Paisajes, animales, plantas? ¿Favoritos…? ¿Libros, música, estilos arquitectónicos, pintura? No tengo animales favoritos, ni mosquitos favoritos, ni escarabajos favoritos, ni gusanos favoritos, por mucho que quisiera no puedo siquiera decirle qué aves o qué peces o qué animales de rapiña prefiero, incluso tener que elegir de manera mucho más general entre lo orgánico y lo inorgánico me resultaría difícil.

(El señor Mühlbauer señala alentadoramente a Frances, que ha entrado sin hacer ruido, bosteza, se despereza y luego se sube de un salto a la mesa. El señor Mühlbauer tiene que cambiar la cinta. Breve conversación con el señor Mühlbauer, que no sabía que tengo gatos en casa. Que habría podido decir cosas muy bonitas sobre mis gatos, dice el señor Mühlbauer en tono de reproche, ¡los gatos le habrían dado una nota muy personal! Miro el reloj y digo nerviosa que los gatos no son más que una casualidad, ni siquiera puedo retenerlos aquí, en la ciudad, de los gatos ni hablar, en cualquier caso no de estos, y como ahora también entra Trollope[63] en el cuarto, los ahuyento a ambos con gesto de rabia. La cinta está en marcha).

4.ª pregunta: ¿……? (Por segunda vez).

Respuesta: ¿Libros? Sí, leo mucho, siempre he leído mucho. No,

no sé si nos entendemos. Me encanta leer en el suelo, también en la cama, casi siempre tumbada, no, no se trata tanto de los libros, sobre todo tiene que ver con la lectura, con el negro sobre blanco, con las letras, las sílabas, los renglones, esas fijaciones inhumanas, los signos, esas fijaciones, ese delirio solidificado en expresión que emana de los seres humanos. Créame, la expresión es delirio, nace de nuestro delirio. También tiene que ver con el paso de las páginas, con una página que persigue a la otra, con la huida, la complicidad con una verborrea fluida, delirante, tiene que ver con la infamia de un encabalgamiento, con el hecho de asegurar la vida en una sola frase, con el hecho de reasegurar las frases en la vida. Leer es un vicio que puede sustituir a todos los demás vicios o, de vez en cuando, en su lugar, ayudar a todos a vivir con mayor intensidad, es un exceso, un vicio devorador. No, no tomo drogas, tomo libros, preferencias claro que también las tengo, muchos libros no me sientan bien, algunos solo los leo por la mañana, otros solo de noche, hay libros que no suelto, me paseo con ellos por la casa, los llevo del cuarto de estar a la cocina, los leo de pie en el pasillo, no utilizo marcapáginas, no muevo los labios al leer, aprendí a leer muy bien desde muy pronto, del método no me acuerdo, pero debería usted investigarlo en alguna ocasión, debió resultar excelente en nuestras escuelas públicas rurales, en aquella época en la que yo aprendí a leer al menos. Sí, a mí también me llamó la atención, aunque no fue hasta más tarde, el hecho de que en otros países la gente no sabe leer, al menos no rápido, pero el ritmo es importante, no solo la concentración, por favor, ¿quién va a querer masticar sin asco una frase sencilla o complicada, rumiándola con los ojos o incluso con la boca?, una frase que tan solo consta de sujeto y predicado hay que disfrutarla rápidamente, una frase con muchas aposiciones hay que cogerla, precisamente por ello, a una velocidad

de vértigo, con un eslalon imperceptible de los globos oculares, porque de lo contrario no se rinde, una frase tiene que «rendirse» a un lector. Yo no podría «abrirme camino» a través de un libro, eso rayaría ya en una ocupación. Hay gente, permítame decirle, hay gente, se encuentra una con sorpresas muy peculiares en este mundo de la lectura… En cualquier caso, tengo una debilidad por los analfabetos, incluso conozco a alguien que no lee, que no quiere leer; estar en estado de inocencia resulta algo más comprensible para una persona que ha sucumbido al vicio de la lectura, no deberíamos leer absolutamente nada o saber leer de verdad…

(El señor Mühlbauer ha borrado la cinta sin querer. Disculpas del señor Mühlbauer. Que solo tendría que repetir unas cuantas frases).

Sí, leo mucho, pero las conmociones, los acontecimientos duraderos, no son más que una sola mirada a una página, un recuerdo de cinco palabras en la página 27, abajo a la izquierda: *Nous allons à l'Esprit.*[64] Son palabras que me saltan a la vista, de un cartel, nombres en rótulos de las casas, títulos de libros que se quedan sin vender en un escaparate, un anuncio en una revista descubierta en la sala de espera del dentista, una inscripción en un monumento, en una lápida: AQUÍ YACE. Al hojear la guía telefónica un nombre: EUSEBIUS. Ahora voy directa al grano… El año pasado leí, por ejemplo: «Él llevaba un *ménshikov*»,[65] no sé por qué, pero al instante quedé convencida de que, fuera quien fuera ese hombre, partiendo de esa frase llevaba, debía llevar, un *ménshikov*, de que para mí era importante saber eso, formaba parte irrevocable de mi vida. De ahí saldrá algo. Pero yendo al grano quería decir que ni haciendo sesiones de día y de noche, podría enumerarle los libros que más me han impresionado o por qué, ni en qué lugar ni por cuánto tiempo. Qué queda en la cabeza, preguntará usted, pero ¡no se trata de lo que queda en la cabeza!, solo algunas frases, algunas

expresiones despiertan una y otra vez en el cerebro, piden la palabra a lo largo de los años: La fama no tiene alas blancas.[66] *Avec ma main brulée, j'écris sur la nature du feu.*[67] *In fuoco l'amor mi mise, in fuoco d'amor mi mise.*[68] *To The Onlie Begetter*…[69]

(Señas y rubor por mi parte, el señor Mühlbauer tiene que borrar esto enseguida, no le importa a nadie, no lo he pensado, me he dejado llevar, de todos modos los lectores de periódicos de Viena no sabrían italiano y la mayoría tampoco francés, los jóvenes seguro que no, tampoco viene a cuento. El señor Mühlbauer se lo va a pensar, que él tampoco se ha enterado bien, tampoco sabe italiano ni francés, pero ha estado dos veces en América y en su viaje nunca ha salido la palabra *begetter*).

5.ª pregunta: ¿……?

Respuesta: Antes solo podía compadecerme de mí misma, aquí me sentía perjudicada como un desheredado, después aprendí a compadecer a la gente de otros sitios. Está usted en un callejón sin salida, querido señor Mühlbauer. Estoy de acuerdo con esta ciudad y su entorno, cada vez más y más pequeño, que ya están fuera de la historia.[70]

(Susto desagradable del señor Mühlbauer. Yo sigo hablando imperturbable).

También podría decirse que, como ejemplo para el mundo, aquí se ha expulsado a un imperio de la historia, con sus prácticas y sus tácticas guarnecidas de ideas, estoy muy contenta de vivir aquí, pues contemplar el mundo desde este lugar del mundo, en el que ya no sucede nada, lo asusta a uno mucho más, sin autocomplacencia, sin autosatisfacción, porque esto no es una isla a buen recaudo, sino que en todas partes hay decadencia, todo es decadencia, con la decadencia de los imperios de hoy y de mañana a la vista.

(Susto cada vez mayor del señor Mühlbauer, se me viene a la mente la *Wiener Nachtausgabe*, quizá el señor Mühlbauer esté temiendo ya por su trabajo, tengo que pensar un poco en el señor Mühlbauer).

Siempre prefiero decir, como se decía antes: la casa Austria,[71] porque un país sería para mí demasiado grande, demasiado espacioso, demasiado incómodo, país solo lo uso para unidades más pequeñas. Cuando miro por la ventanilla del tren, pienso qué bonito es aquí el país. Cuando se acerca el verano, me gustaría viajar por el país, por el Salzkammergut o por Carintia. Se ve así hasta dónde llegan los que viven en países de verdad, lo que tienen que cargar en sus conciencias, incluso cuando, como individuos, no tengan nada o poco que ver con las infamias de sus países enérgicos, desbordantes de grandeza, no saquen provecho alguno del aumento de poder y de sus reservas. Vivir en una casa con más personas es ya lo suficientemente aterrador. Pero, querido señor Mühlbauer, yo no he dicho eso, del momento del que estoy hablando no es el de la república que da nombre al niño, ¿quién ha dicho algo contra una república poco llamativa, pequeña, sin cualificación y deteriorada, aunque inofensiva?, ni usted ni yo, no hay motivo para alarmarse, tranquilícese, el ultimátum a Serbia se lanzó hace ya mucho tiempo, [72] solo transformó unos siglos de un mundo también cuestionable y lo llevó a la ruina, hace ya mucho tiempo que hemos pasado a los desórdenes cotidianos de este mundo nuevo. Que no hay nada nuevo bajo el sol, no, yo nunca diría eso, sí hay cosas nuevas, las hay, confíe en ello, solo que, señor Mühlbauer, visto desde aquí, donde no sucede nada, y también es bueno que eso sea así, hay que asumir por completo el pasado, claro que no es ni el suyo ni el mío, pero a quién le importa eso, hay que asumir las cosas, los demás no tienen tiempo para ello, en sus países, en los que siempre

están haciendo cosas y haciendo planes y negociando, en sus países se quedan sentados, los auténticos anacrónicos, porque carecen de lenguaje, son los que carecen de lenguaje, que gobiernan en todos los tiempos. Voy a revelarle un terrible secreto: el lenguaje es el castigo. En él han de entrar todas las cosas y en él han de volver a perecer en función de su culpa y de la medida de su culpa.

(Signos de agotamiento en el señor Mühlbauer. Signos de agotamiento en mí).

6.ª pregunta: ¿……?

Respuesta: ¿Un papel de mediadora? ¿Un encargo? ¿Una misión espiritual? ¿Ha hecho alguna vez de mediador? Ese papel es muy ingrato, ¡ni un encargo más! Y no sé, eso de las misiones… Ya se ha visto lo que ha resultado de ellas por todas partes, no le entiendo, pero seguro que usted tiene un punto de vista más avanzado, el más avanzado, si es que existe, muy avanzado. Podría ser dolorosamente avanzado para practicarlo por sí solo, aunque únicamente fuera por una hora, en ese aire tan escaso, por eso, cómo podría practicarse lo más avanzado con los demás si para ello hemos de estar en la más profunda de las humillaciones, lo espiritual, no sé si aún quiere usted seguirme, su tiempo es tan limitado y su columna en el periódico también, es una humillación permanente, hay que ir hacia abajo, no hacia arriba ni hacia afuera, hacia la calle y hacia los demás, es el oprobio por excelencia, queda descartado, me resulta incomprensible cómo se puede llegar a estas expresiones tan entusiásticas. ¿A quién puede exigírsele aquí un encargo?, ¿qué hacer aquí con una misión? No es posible imaginárselo, me aflige sobremanera. Pero a lo mejor se refería usted a la administración o a los archivos. Hemos empezado ya por el palacio, los castillos y los museos, nuestra necrópolis ha sido explorada, etiquetada, descrita

en todos sus detalles sobre los rótulos esmaltados. Antes nunca se estaba del todo seguro de cuál era el palacio Trautson, cuál el palacio Strozzi y dónde estaba el hospital de la Santísima Trinidad y cuál era la historia que llevaba a cuestas, pero ahora pasa uno por ello sin especiales conocimientos, incluso sin guía, y ya no se necesitan esos amigos íntimos que habrían sido necesarios para poder entrar en el palacio Palffy o en el ala Leopoldina del Hofburg, habría que reforzar las administraciones.

(Tos embarazosa del señor Mühlbauer).

Naturalmente estoy en contra de toda administración, contra esa burocracia universal a la que ha ido a parar todo, desde las personas y sus retratos hasta los escarabajos de las patatas con sus reproducciones, de eso no le cabrá duda. Pero aquí se trata de otra cosa, de la administración del culto de un reino de muertos, no sé por qué motivo usted o yo deberíamos estar orgullosos de querer atraer hasta nosotros la atención del mundo, con festivales, semanas de teatro, semanas musicales, aniversarios, días culturales, el mundo no podría hacer nada mejor que desviar adrede la mirada para no asustarse, porque podrían abrírsele los ojos, cosa que les ocurrirá, en el mejor de los casos, y cuanto más discretamente se hagan aquí las cosas, cuanto más en secreto trabajen nuestros sepultureros, cuanto más clandestinamente suceda todo, cuanto más en silencio se toque y se acabe de decir todo, tanto mayor llegaría a ser tal vez la verdadera curiosidad. El crematorio de Viena[73] es su misión espiritual, ya lo ve, seguro que todavía encontramos la misión, solo hay que hablar lo suficiente hasta quedar exhaustos, pero corramos un tupido velo, aquí es donde el siglo tiene su punto más quebradizo, aquí alimentó el pensamiento de algunas mentes y las quemó para que empezaran a producir sus efectos, pero yo me pregunto, seguro que usted también se lo pregunta, si con cada uno

de esos efectos no se produce también un nuevo malentendido…

(Cambio de cinta. El señor Mühlbauer vacía el vaso de un trago).

6.ª pregunta: ¿……? (Por segunda vez. Repetición).

Respuesta: Siempre he preferido la expresión «la Casa Austria», porque me explica aquello que me vincula mejor que todas las expresiones que me ofrecían. Debo de haber vivido en esa casa en épocas diferentes, pues de inmediato me recuerdo en los callejones de Praga y en el puerto de Trieste, sueño en bohemio, en víndico, en bosnio, y siempre me he sentido en casa en esta Casa y, excepto en sueños, en esa casa soñada, sin el más mínimo deseo de volver a habitarla, de llegar a poseerla, de hacer una reivindicación, porque los territorios de la Corona me han tocado a mí, yo he abdicado, he depositado la corona más antigua en la iglesia Am Hof. Imagínese que tras las dos últimas guerras ha habido que trazar cada vez la nueva frontera a través del pueblo de Galicien.[74] Galicien, que excepto yo nadie conoce, que para otras personas no significa nada, que no es visitado ni admirado por nadie, fue siempre a caer justo bajo el trazado de la pluma en los mapas del Estado Mayor de los aliados, pero en ambas ocasiones, cada vez por motivos diferentes, se dejó en lo que hoy se denomina Austria, la frontera está a solo unos pocos kilómetros, en las montañas, y en el verano de 1945 pasó mucho tiempo sin tomarse una decisión, a mí me habían evacuado allí, y andaba todo el rato intentando adivinar lo que iba a ser de mí en el futuro, si me contarían entre los eslovenos de Yugoslavia o entre los carintios de Austria lamenté haberme pasado las clases de esloveno dormitando, porque el francés me resultaba más fácil, incluso en latín había puesto más interés. Claro que Galicien habría continuado siendo Galicien bajo cualquier bandera, y no habríamos opinado mucho al respecto, porque nunca nos han

interesado demasiado las ampliaciones territoriales, en la familia siempre decíamos: cuando esto acabe, volveremos a Lipica, tenemos que ir a ver a nuestra tía en Brünn, qué habrá sido de nuestros parientes de Czernowitz, en el Friul el aire es mejor aquí, cuando seas mayor tendrás que ir a Viena y a Praga, cuando seas mayor…

Con esto quiero decir que siempre hemos respetado las realidades impasibles y apáticos, nos daba exactamente igual qué lugares habían ido o irían a parar a qué países. A pesar de ello siempre he viajado de manera diferente a Praga que a París, únicamente en Viena no he vivido realmente mi vida en todo momento, pero tampoco he vivido perdiéndola, únicamente en Trieste no me he sentido extranjera, pero eso cada vez me da más igual. No tiene por qué ser, pero alguna vez y pronto, quizá este mismo año, me gustaría viajar a Venecia, que jamás conoceré.

7.ª pregunta: ¿……?

Respuesta: Creo que es un malentendido, podría empezar de nuevo y responderle con más exactitud si tiene usted paciencia conmigo, y de surgir otro malentendido, al menos sería nuevo. Ya no podemos aumentar más la confusión, nadie nos escucha, en otros sitios ahora también se pregunta y se responde, se centran en problemas aún más extraños, se encargan de un día para otro, los problemas se inventan y se ponen en circulación, los problemas no existen, se oye hablar de ellos y por eso se habla de ellos. También yo no he oído hablar más que de los problemas, de lo contrario no tendría ninguno, podríamos quedarnos con los brazos cruzados y beber, ¿no sería estupendo, señor Mühlbauer? Pero por la noche y a solas surgen los monólogos erráticos, que se quedan, porque el hombre es un ser oscuro, solo es dueño de sí mismo en las tinieblas y de día regresa a la esclavitud. Ahora es usted mi esclavo y me ha

convertido en esclava suya, usted, un esclavo de su periódico, que haría mejor en no llamarse *edición nocturna*, su periódico dependiente de esclavos para miles de esclavos…

(El señor Mühlbauer aprieta una tecla y apaga la grabadora. No le he oído decir: Le agradezco la entrevista. El señor Mühlbauer está azoradísimo, dispuesto a repetirlo, mañana mismo. Si la señorita Jellinek estuviera aquí, sabría qué decir, que estaré impedida o enferma o de viaje. Tendré algún contratiempo, una cita. El señor Mühlbauer ha perdido una tarde entera, hace que yo me dé cuenta, guarda malhumorado el aparato y se despide, dice: A su disposición).

A Ivan por teléfono:

Oh, nada de particular, solo he
Qué voz tienes, has dormido
No, solo agotada, toda la tarde
Estás sola, la gente se
Sí, se ha ido, toda la tarde también
He intentado toda la tarde
He perdido toda la tarde

Ivan es más animado que yo. Cuando no está agotado, todo en él es movimiento, pero cuando está cansado, entonces está decididamente más cansado que yo y solo entonces la diferencia de edad lo pone de mal humor, sabe que está de mal humor, quiere estar de mal humor, hoy tiene que estar de un especial mal humor conmigo.

¡Cómo te defiendes!
¿Por qué te defiendes?

Hay que atacar, ¡atácame!
Déjame ver las manos, no, no la palma
Yo no leo la mano
Se ve en la piel de las manos
En las mujeres lo veo enseguida

Pero esta vez he ganado yo, porque en mis manos no se ve nada, aquí no se arruga la piel. Pero Ivan vuelve a atacar.

A menudo puedo verlo en tu rostro
Entonces parecías viejo
De vez en cuando pareces muy vieja
Hoy pareces veinte años más joven
Ríete más, lee menos, duerme más, piensa menos
Lo que haces te envejece
Los vestidos grises y marrones te envejecen
Regala tus trajes de luto a la Cruz Roja
¿Quién te ha dado permiso para esos vestidos de entierro?
Claro que estoy de mal humor, me apetece estar de mal humor
Ahora mismo te verás más joven, ¡yo te quito años de encima!

Ivan, que se ha dormido un rato, se despierta, yo regreso del ecuador y conmocionada aún por un acontecimiento de millones de años.

¿Qué te pasa?
Nada, estoy inventando.
¡Seguro que será algo bueno!

La mayoría de las veces invento algo. Ivan se lleva la mano a la boca para que yo no me percate de que está bostezando. Tiene que irse enseguida. Son las doce menos cuarto. Va a ser medianoche.

¡Acabo de inventar cómo puedo transformar el mundo!

¿Cómo?, ¿tú también?, ¿la sociedad, las condiciones?, hoy en día debe ser la más honesta de las competencias.

¿De verdad que no te interesa lo que invento?

Hoy de veras que no, seguro que estás enormemente inspirada y a los inventores no hay que molestarlos mientras trabajan.

Tanto mejor, así lo inventaré sola, pero déjame que lo invente para ti.

Ivan no está alertado contra mí. No sabe con quién anda, que trata con una aparición que también puede ser engañosa, no quiero confundir a Ivan, pero para él nunca será visible el hecho de que soy doble. Soy también la criatura de Malina. Ivan se aferra despreocupado a la aparición, mi corporeidad es un punto de apoyo para él, tal vez el único, pero a mí me estorba, mientras hablamos nunca podrá surgir en mí la idea de que dentro de una hora o por la tarde o ya bien entrada la noche estaremos en la cama, porque de repente las paredes podrían ser de cristal o podría menguar el techo. Antes de eso un autodominio extremo me permite estar sentada frente a Ivan y callar y fumar y hablar. Nadie podría deducir por un movimiento de la mano, por una palabra, lo que es posible y lo que será posible. En un momento se dice: Ivan y yo. En otro momento: nosotros. Luego justo después: tú y yo. Son dos seres que no tienen nada en común, que no quieren la coexistencia ni partir a otro sitio y a otra vida, nada de partir, nada de acuerdos en la lengua mayoritaria. Sin intérpretes salimos también adelante, no me entero de nada sobre Ivan, él no se entera de nada de mí. No hacemos trueque de sentimientos, no tenemos posiciones de poder, no esperamos una entrega de armas para apoyo y seguridad de nosotros mismos. La base es floja y buena, y lo que cae en mi

terreno crece, yo me reproduzco con las palabras y también reproduzco a Ivan, engendro una nueva raza, de mi unión con Ivan nacerá lo que Dios ha querido en el mundo: …

Pájaros de fuego
Azuritas
Llamas submarinas
Gotas de jade

Estimado señor Ganz:

Lo primero que me molestó de usted fue el meñique estirado cuando, en una reunión, entró usted en escena para ofrecernos sus puntos de vista, que a los contertulios y a mí nos parecieron nuevos, pero que pronto dejaron de parecerlo porque se los había oído ya muchas veces en presencia de otros grupos. Tenía usted un estilo muy jocoso. Lo que al final empezó a molestarme, y sigue molestándome, es su apellido. Volver a escribir hoy su apellido me cuesta trabajo, escucharlo en boca de otros me produce al instante dolor de cabeza. Cuando es inevitable pensar en usted, pienso adrede en usted para mis adentros como «señor Genz» o «señor Gans», de vez en cuando lo he intentado con «Ginz», pero la mejor solución sigue siendo «señor Gonz», porque así no me alejo demasiado de su apellido, pero con cierto tinte dialectal puedo hacerlo un poquito ridículo. Tengo que decírselo de una vez, porque la palabra *ganz*[75] se usa todos los días, la pronuncian otros, yo tampoco la puedo evitar, se encuentra en cada párrafo de periódicos y libros. Debí haber tomado precauciones, ya simplemente por su apellido, con el que seguirá irrumpiendo en mi vida y desgastándola más de lo debido. Si se hubiera apellidado usted Kopecky o Wiegele, Ullmann o Apfelböck, yo tendría una vida más tranquila y podría olvidarlo durante periodos más largos. Incluso si se apellidara usted

Meier, Maier, Mayer o Schmidt, Schmid, Schmitt, me quedaría la posibilidad de no pensar en usted cuando se pronunciara el apellido, sino en uno de mis amigos que también se apellidan Meier, o en algunos señores Schmidt, por muy distintos que se escriban. En una reunión simularía asombro o empeño, en efecto entre el fervor de esas conversaciones generales y ordinarias podría confundirlo con las prisas con otro señor Meier u otro señor Schmid. ¡Qué idiosincrasias!, dirá usted. No hace mucho, cuando me hallaba a punto de temer que iba a volver a verlo, poco después de que hubiera salido la nueva moda con los vestidos metálicos, las camisas de cadenas, los flecos con púas y los adornos de alambre de espino, me sentí pertrechada para un encuentro, ni siquiera habría tenido las orejas al aire, porque tenía dos pesadas borlas de espinas que me colgaban de los lóbulos en el más bonito de los grises, que me dolían o se resbalaban a cada movimiento de cabeza porque en mi temprana infancia se habían olvidado de perforarme en los lóbulos de la oreja esos agujeros que, por lo general, se les taladran sin piedad a todas las niñas del campo a muy tierna edad. Por qué solo se dice de esa edad que es la más tierna es algo que no comprendo. Pero con esa coraza yo habría sido inexpugnable, armada así, defendiendo así mi piel, cuya descripción tendrá usted la bondad de disculparme, puesto que una vez la conoció perfectamente…

Muy señor mío:

Nunca he podido pronunciar su nombre. Es algo que usted me ha reprochado a menudo. Sin embargo, no por ello la idea de un reencuentro tiene para mí algo desagradable. Entonces me lo pude ahorrar, porque las cosas sucedieron así, yo no pude dominarme y descubrí que esa incapacidad para pronunciar determinados nombres, incluso de sufrir excesivamente por los nombres, no

procede de los nombres, sino que tiene que ver con la primera desconfianza inicial frente a una persona, injustificada al principio, pero siempre justificada algún día. Naturalmente debió usted malinterpretar mi desconfianza instintiva, que solo podía expresarse de esa forma. Pero ahora que en modo alguno queda excluido un reencuentro, y que a veces no sé cómo podría evitarse para siempre, me intranquiliza únicamente una idea: que usted pudiera tratarme de tú sin más, un tú que me impuso usted ya sabe en qué circunstancias, y que yo le permití durante un inolvidable y repugnante interludio, por debilidad, para no herirlo, para no ponerle a la vista los límites que yo le había impuesto, sí, que había tenido que imponerle en secreto. Puede que sea normal introducir un tú en tales interludios, pero no debería estar permitido dejar en circulación ese tú una vez concluidos tales entreactos. No le reprocho los recuerdos bochornosos e inenarrables que me ha dejado. No obstante, su insensibilidad, su simple incapacidad para percibir mis susceptibilidades hacia el tú, para extorsionármelo a mí y a otros, me hacen temer que usted sigue sin ser en absoluto consciente de una extorsión, porque a usted le resulta del «todo» normal. Seguro que jamás ha reflexionado usted sobre el tú que usted maneja con tanta ligereza, tampoco sobre por qué yo le perdonaría a usted antes unos cadáveres en su camino que la aplicación de esa permanente tortura que consiste en decir tú, pensar en tú. Desde la última vez que lo vi, no se me ha ocurrido pensar en usted de otra manera que no sea la más correcta, pensar en usted y hablar con usted como «señor» y «usted», hablar, claro está, solo cuando sea imprescindible decir: Una vez conocí al señor Ganz de pasada. Que se esfuerce usted de una vez en tener la misma cortesía, es lo único que le voy a rogar.

Viena, a…

Suya de usted muy atentamente
Una desconocida

Estimado señor presidente:

Su carta me transmite felicitaciones en su nombre y en el de todos por mi cumpleaños. Disculpe usted mi asombro. Porque ese día, por lo que a mis padres concierne, me parece que pertenece a la intimidad de dos personas que ni usted ni los demás conocen. Yo misma no he tenido jamás la osadía de imaginarme mi concepción ni mi nacimiento. La simple mención de la fecha de nacimiento, que, no para mí, sino para mis pobres padres, debe de haber tenido algún significado, siempre me ha parecido la intolerable mención de un tabú y la exhibición de dolores ajenos o alegrías ajenas, que una persona sensible y reflexiva casi consideraría un delito. Debería decir una persona civilizada, puesto que nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad en parte, en su parte deteriorada, están ligados a la civilización, a nuestro proceso de civilización, a lo largo del cual hace mucho que hemos perdido la posibilidad de poder mencionarnos, aunque solo sea en un suspiro, junto con los más salvajes entre los salvajes. Usted, un erudito de alto nivel, sabe mejor que yo de qué dignidad hacen gala los salvajes, los últimos, los no exterminados, en todo lo que tiene que ver con nacimiento, iniciación, procreación y muerte, y entre nosotros no es solo la arrogancia de la burocracia la que nos priva de un último resto de pudor, sino que con anterioridad al procesamiento de datos y a los cuestionarios funcionaba ya una mentalidad similar, anticipadora, que, segura de su victoria, apelaba a esas aclaraciones que han causado ya tan enormes estragos entre los confusos inmaduros. La humanidad será rebajada aún hasta la inmadurez absoluta tras su liberación definitiva de todos los tabúes. Usted me felicita, y yo no puedo por

menos que transmitir en mis pensamientos esta felicitación a una mujer ya fallecida hace tiempo, una tal Josefine H., que aparece registrada como comadrona en mi partida de nacimiento. En aquel momento habría que haberla felicitado a ella por su habilidad y por un parto sin problemas. En cualquier caso, hace años que me enteré de que aquel día era viernes (por la tarde ya debía de haber sucedido), una noticia que no me hizo precisamente feliz. Cuando es posible no salgo de casa un viernes, jamás viajo en un viernes, es el día de la semana que me resulta más amenazador. Pero también es cierto que yo vine al mundo con «media cofia de la suerte»,[76] no conozco el término médico para designarlo, tampoco por qué se ha mantenido entre el pueblo la creencia de que esta o aquella cualidad de un recién nacido tenga que ser de buen o de mal agüero. Pero ya he dicho que solo tuve media cofia de felicidad, más vale media que ninguna, según dicen, pero esa protección a medias me ha dado mucho que pensar, fui una niña pensativa, meditar y estar sentada durante horas debieron ser mis características más llamativas. Pero hoy me pregunto, demasiado tarde, demasiado tarde, lo que mi pobre madre pudo hacer con esa sospechosa noticia, media enhorabuena para media cofia de felicidad. Quién querría amamantar a su hijo, educarlo con toda confianza, cuando ha venido al mundo precisamente con media cofia de la suerte. ¿Qué haría usted, apreciado señor presidente, con media presidencia, medio homenaje, medio reconocimiento, medio sombrero, sí, qué haría usted mismo con esta media carta? La carta que le escribo no puede ser una carta completa, también porque mi agradecimiento por sus buenos deseos procede solo de medio corazón. Pero son cartas inaceptables las que recibimos, y las cartas con las que contestamos, tampoco se le pueden exigir a nadie…

Viena, a …

Una desconocida

Las cartas rotas están en la papelera, artísticamente mezcladas y revueltas con invitaciones arrugadas para una exposición, para una recepción, para una conferencia, mezcladas con cajetillas vacías de cigarrillos, cubiertas de cenizas y de colillas. He vuelto a colocar a toda prisa el papel carbón y el papel de escribir a máquina, para que la señorita Jellinek no vea lo que he estado haciendo hasta altas horas de la madrugada. Pero ella se limita a pasar por mi casa un momento, ha quedado con su prometido por lo de los papeles para las amonestaciones. A pesar de todo no se ha olvidado de comprar dos bolígrafos, pero ha vuelto a dejar sin apuntar las horas. Yo pregunto: Santo cielo, ¿por qué no las ha apuntado?, ¡ya sabe usted cómo soy! Y rebusco en mi bolsillo y en otro bolsillo, tendría que pedirle dinero a Malina, llamarle al Arsenal, pero al final ha aparecido el sobre, estaba bien a la vista en el diccionario grande, con una señal secreta de Malina. Nunca olvida nada, nunca tengo que pedírselo. Los sobres para Lina aparecen siempre a tiempo en la cocina, en el escritorio para la señorita Jellinek, en el viejo joyero de mi dormitorio hay algunos billetes para el peluquero y cada varios meses algunos billetes más grandes para zapatos y ropa interior y vestidos. Nunca sé cuándo habrá allí dinero, pero si un abrigo está raído, Malina ya ha ahorrado para comprarme uno nuevo, antes incluso del primer día de frío del año. Incluso cuando a veces no queda dinero en casa, no sé cómo se las arregla para que ambos salgamos a flote en estos tiempos tan caros, paga puntualmente el alquiler, la mayoría de las veces también la luz, el agua, el teléfono y el seguro del coche, del que tengo que encargarme yo. Solo nos han cortado el teléfono una o dos veces, pero porque estábamos de viaje y en los viajes nos volvemos olvidadizos y no pedimos que nos

envíen la correspondencia ni las facturas. Yo digo aliviada: Hemos vuelto a salir bien parados, tendríamos que haberlo vuelto a conseguir, ¡ojalá no cojamos una enfermedad!, ¡ojalá que no nos pase nada en los dientes! Malina no puede darme mucho, pero prefiere que ahorre en el dinero de la casa a no darme unos chelines para cosas que para mí son más importantes que las provisiones y una nevera llena. Tengo algo de dinero suelto para callejear por Viena y tomarme un sándwich en el Trzešniewski[77] y poder tomarme un cortado en el café Sacher, para poder enviarle amablemente flores a Antoinette Altenwyl[78] después de una cena, para poder regalarle *My Sin*[79] a Franziska Jordan[80] por su cumpleaños, para poder dar pasajes o dinero o ropa a gente impertinente o perdida o fracasada, a la que no conozco, sobre todo a los búlgaros. Malina mueve la cabeza, pero solo le sale un no cuando entre mis balbuceos percibe que «la cosa», «el caso», «el problema» adquiere proporciones inmensas para las que no estamos preparados. Malina me da entonces fuerzas para un no que ha surgido en mi interior. A pesar de ello me retracto en el último momento y digo: ¿Acaso no podríamos intentarlo pidiéndoselo, por ejemplo, a Atti Altenwyl?, o si le digo a la pequeña Semmelrock que hable con Bertold Rapatz,[81] que es millonario, o si pudieras llamar a Hubalek, el consejero ministerial. En tales momentos Malina dice decidido: ¡No! Tengo que financiar la reconstrucción de una escuela para niñas en Jerusalén, tengo que pagar treinta mil chelines para un comité de refugiados, una pequeña colaboración, tengo que contribuir para la catástrofe de las inundaciones en el norte de Alemania y Rumanía, participar con una ayuda económica para las víctimas de terremotos, tengo que financiar una revolución en México, en Berlín y en La Paz, pero hoy mismo Martin necesita urgentemente mil chelines, que se los preste solo hasta el próximo

día 1, y este es de fiar, Christine Wantschura necesita urgentemente dinero para la exposición de su marido, pero él no puede saberlo, va a intentar que su madre se lo dé, aunque ha sacado a la luz una vieja rencilla con su madre, justo ahora. Tres estudiantes de Fráncfort no pueden pagar su hotel en Viena, es urgente, pero aún con mayor urgencia necesita Lina la siguiente cuota para el televisor, Malina suelta el dinero y dice sí, pero para las grandes catástrofes y empresas Malina dice no. Malina no tiene ninguna teoría, para él todo se rige por la cuestión de «tener o no tener». Si por él fuera, tendríamos para arreglarnos y nunca pasaríamos apuros económicos, los apuros económicos los llevo a casa yo con los búlgaros, con los alemanes, con los sudamericanos, con las amigas, con los amigos, con los conocidos, con todas esas gentes, con la situación mundial y con la situación temporal. Nunca he oído, y eso es algo que Ivan y Malina tienen en común, que la gente vaya a ver a Ivan y a Malina, sencillamente no sucede, no se les ocurre, debo de ser más atractiva, puede ser que inspire más confianza a la gente. Pero Malina dice: Eso solo puede pasarte a ti, no hay nadie más tonto. Yo digo: Es urgente.

El búlgaro me está esperando en el café Landtmann, le ha dicho a Lina que viene directamente de Israel y tiene que hablar conmigo, me pregunto quién me mandará saludos, a quién podría haberle ocurrido una desgracia, que habrá sido de Harry Goldmann,[82] a quien hace mucho que no veo en Viena, espero que no sea nada relacionado con la situación internacional, ojalá que no se cree ningún comité, ojalá que no venzan algunos millones, ojalá que no tenga que empuñar una azada, no puedo ver ni azadas ni palas desde aquella ocasión en Klagenfurt, cuando a Wilma y a mí nos pusieron contra la pared y quisieron fusilarnos, no puedo oír

disparos desde aquel carnaval, desde aquella guerra, desde aquella película. Ojalá sean saludos. Como es natural todo sale de manera completamente diferente y, por suerte, sigo aún con gripe y 37,8 de fiebre, así que no puedo embarcarme en nuevas actividades y meterme en algún lío. No puedo ver escenarios, pero ¿cómo digo que mi puesto está en la Ungargasse?, mi país de la Ungargasse, que he de conservar, fortificar, mi único país, que he de asegurar, que defiendo, por el que tiemblo, por el que combato, dispuesta a morir, lo sujeto con mis manos mortales, cercada también aquí, tomando aliento frente al café Landtmann, mi país, amenazado por la venganza de todos los países. El señor Franz me saluda ya en la puerta, con gesto dudoso pasa la mirada por el café repleto, pero yo paso por su lado con un breve saludo y doy una vuelta, porque no necesito mesa, un señor de Israel lleva media hora esperándome, es urgente. Un señor sostiene en la mano, llamativamente estirada, una revista alemana con la portada vuelta hacia los que entran, *Der Spiegel*, pero con mi señor yo solo he quedado en que soy rubia y llevaré un abrigo azul de primavera, aunque no estemos en primavera, pero el tiempo cambia de día en día. El señor de la revista alza una mano, pero no se levanta y, como nadie más me mira, podría ser él el hombre de la urgencia. Lo es, susurra en un alemán difícil de entender, le pregunto por mis amigos en Tel Aviv, en Haifa, en Jerusalén, pero el señor no conoce a ninguno de mis amigos, no es de Israel, aunque hace unas semanas estaba allí, tiene un largo viaje a sus espaldas. Le pido al señor Adolf un café con leche grande, no le pregunto: ¿Qué quiere usted de mí?, ¿quién es usted?, ¿cómo ha conseguido mi dirección?, ¿Qué lo trae a Viena? El hombre susurra: Soy de Bulgaria. He encontrado su nombre en la guía telefónica, era mi última esperanza. La capital de Bulgaria debe de ser Sofía, pero el hombre no es de Sofía, comprendo que no todo

búlgaro puede vivir en Sofía, no se me ocurre nada más sobre Bulgaria, que allí todo el mundo tiene que llegar a hacerse muy viejo, por el yogur, pero mi búlgaro no es viejo y no es joven, tiene un rostro para olvidar, tiembla sin parar, se remueve en la silla, se agarra las piernas. De una carpeta saca recortes de periódico, todos de diarios alemanes, una página entera del *Spiegel*, hace un gesto con la cabeza para que los lea, aquí y ahora, los recortes tratan de una enfermedad, la enfermedad de Buerger,[83] el búlgaro se toma un pequeño café solo y yo, sin decir palabra, remuevo con la cucharilla mi gran café con leche, leo rápidamente lo que pone sobre la enfermedad de Buerger, seguro que cosas de legos, pero en cualquier caso esa enfermedad debe ser muy rara y poco frecuente, levanto la vista expectante, no sé por qué los búlgaros se interesan por la enfermedad de Buerger. El búlgaro aparta un poco la silla de la mesa, señala a sus piernas, es él el que tiene la enfermedad. La excitación me atraviesa la cabeza, un dolor atroz, no estoy soñando, en esta ocasión el búlgaro ha dado en el blanco, ¿qué hago yo en el café Landtmann con ese hombre y una enfermedad monstruosa?, ¿qué haría ahora Malina?, ¿qué es lo que haría Malina? Pero el búlgaro se queda tan tranquilo y dice que deberían amputarle ambas piernas de inmediato y que se ha gastado el dinero en Viena, pero que tiene que ir a Itzehoe, donde hay especialistas en esa enfermedad. Yo fumo y callo y espero, llevo encima veinte chelines, son más de las cinco, el banco está cerrado, la enfermedad está aquí. En la mesa de al lado el profesor Mahler grita al borde de un estallido de ira: ¡La cuenta, por favor! El señor Franz exclama con alegría: ¡Voy enseguida!, y se marcha y yo lo sigo. Tengo que llamar por teléfono inmediatamente. El señor Franz dice: ¿Le ocurre algo, señora?, la señora no me gusta, ¡un vaso de agua, Peppi, rápido, para la señora! En el guardarropa revuelvo en mi bolso, pero no, la

pequeña agenda no está, en la guía de teléfonos busco el número de mi agencia de viajes, el *piccolo*, el pequeño Peppi, trae un vaso de agua, revuelvo en el bolso y encuentro una pastilla que soy incapaz de partir de puro nerviosismo, me la meto entera en la boca y bebo agua, la pastilla se me queda en la garganta y el pequeño Peppi grita: ¡Jesús, María y José, tosa, señora! ¿No será mejor que le diga al señor Franz…? Pero he encontrado el número, llamo y espero y bebo agua, me pasan, me siguen pasando, el señor Suchy está aún en la oficina. El señor Suchy repite pedante y con voz nasal: Un señor extranjero vendrá de parte de la señora, billete de primera clase a Itzehoe, solo ida, mil chelines aparte en efectivo, no corre prisa, lo hacemos, será un placer, no se preocupe, señora, ¡a su disposición!

Me quedo un rato fumando en el guardarropa, el señor Franz al pasar, con los faldones de la levita haciendo ondas, me mira con cariño, yo le hago un gesto con cariño, tengo que fumar y esperar. Al cabo de unos minutos regreso a la mesa del enfermo. Le pido al búlgaro que vaya al punto a mi agencia de viajes, el tren sale dentro de tres horas, un tal señor Suchy lo arreglará todo. Llamo: ¡La cuenta, por favor! El profesor Mahler, a quien, aturdida, le agradezco su saludo al reconocerme, grita más alto: ¡La cuenta, por favor! El señor Franz pasa corriendo a nuestro lado y contesta: ¡Vengo enseguida! Dejo los veinte chelines en la mesa y le hago al búlgaro una señal de que con eso la cuenta está pagada. No sé qué tengo que desearle, pero le digo: ¡Buen viaje!

Ivan dice: Has vuelto a dejarte engañar.

¡Pero, Ivan!

Malina dice: Ya estamos otra vez, ¡y mil chelines para provisiones! Yo digo: Por lo general no eres tan mezquino, tendré que explicártelo mejor, es una enfermedad terrible.

Malina responde indulgente: No lo dudo, el señor Suchy ya me ha llamado, en efecto tu búlgaro ha pasado por allí. ¿Lo ves?, digo, y si resulta que no tiene la enfermedad y no le tienen que amputar ahora las dos piernas, pues estupendo, pero si tiene la enfermedad, entonces tenemos que pagar.

Malina dice: Bueno, no te preocupes, ya veré cómo arreglarlo.

Hoy no habría podido seguir ni una sola hora más sentada en el café con el leproso, quise levantarme de inmediato e ir a lavarme las manos, no para evitar el contagio, sino el hecho de saber que tenía lepra, que me la traspasó con un apretón de manos, en casa quise lavarme los ojos con agua boricada para que mis ojos se tranquilizaran después de la visión de ese rostro carcomido. También antes del único vuelo que he hecho este año, Múnich ida y vuelta en dos días, porque no puedo estar más tiempo fuera de la Ungargasse, me pedí un taxi y me di cuenta, demasiado tarde, de que el conductor no tenía nariz, estábamos ya en marcha, porque yo, sin pensarlo, había dicho: ¡Schwechat, al aeropuerto! Y, al volverse para preguntarme si podía fumar, fue cuando lo vi, fui sin nariz hasta Schwechat y allí me bajé con la maleta. Pero en el *hall* volví a pensármelo y anulé el vuelo, de inmediato volví a casa en otro taxi. Por la noche Malina se extrañó de que estuviera en casa en vez de estar en Múnich. Que no había podido volar, que no había buenos augurios, el avión tampoco llegó nunca a Múnich, sino que aterrizó en Núremberg con retraso y con una avería en el tren de aterrizaje. No sé por qué se cruza en mi camino ese tipo de gente ni por qué algunos siempre quieren algo de mí. Hoy han venido con una recomendación dos franceses, cuyos nombres ni siquiera he entendido, se quedan hasta las dos de la madrugada y sin motivo, sencillamente no sé por qué viene gente a casa y se queda un montón de horas, por qué se callan sus intenciones. A lo mejor no

tienen intenciones, pero no se van, y yo no puedo llamar por teléfono. Entonces me alegra que Frances y Trollope se queden aún un rato, que yo les dé de comer, que me den la oportunidad de salir media hora de la habitación, porque hay que darles Kitkat[84] y pulmón fresco picadito, luego dan unas vueltas ya satisfechos, llevan a ellos la conversación con los forasteros y comprenden que su presencia me resulta útil.

Claro que a más tardar dentro de un mes llegará a su fin la temporada de los gatos, serán llevados de vuelta a la Hohe Warte o al campo, Frances crecerá demasiado rápido y entonces pronto tendrá crías, tras lo cual habría que esterilizarla, también piensa eso Ivan, con el que he hablado sobre el futuro de Frances, él está más a favor que en contra, y yo no he dejado que se me note que no me gustaría ver crecer más a Frances, ni que estuviera en celo, que siguiera siendo una gatita, que nunca tuviera crías, porque me gustaría que todo se quede como está, para que Ivan tampoco me envejezca unos meses más en los próximos meses. Pero esto tampoco puedo decírselo al señor Kopecky, que lo sabe todo sobre gatos, porque en una ocasión llegó a tener veinticinco a la vez y sigue teniendo cuatro, que también lo sabe todo sobre el comportamiento de los monos del Rif y sobre las bandas de ratas y sobre sus fascinantes características, pero no puedo escuchar, apenas puedo retener, lo que él, muy divertido, cuenta de todos sus gatos, de los celos de un siamés, de la Rosa de Estambul, del suicidio de Aurora, su gata persa favorita, que, él aún no logra comprenderlo, se cayó por la ventana, Frances no es siamesa ni persa, tan solo una gata callejera centroeuropea, grácil y rayada, domiciliada en Viena, sin raza, y Trollope, su hermano, salió blanco, con algunas manchas negras en la piel, un flemático, muy comodón, que jamás lloriquea como Frances, un gato que ronronea como es

debido y se me mete en la cama de un salto, se me sube a la espalda cuando estoy leyendo, avanza hasta el hombro y va viendo los libros conmigo. Porque a Frances y a Trollope les encanta leer conmigo. Cuando los ahuyento, trepan por la biblioteca y se esconden detrás de los libros, trabajan duro hasta que algunos libros se aflojan y caen al suelo con estrépito. Entonces ya sé dónde han vuelto a esconderse para hacer de las suyas. Ya va siendo hora de devolverles sus gatos a Béla y a András, o que la madre de Ivan los aloje en el campo. Al señor Kopecky solo le he contado que los tengo de paso, hasta que unos amigos míos, unos cualquiera, unos amigos sin más descripción, regresen a Viena de un viaje. Pero a Malina le pido que tenga un poco más de paciencia, no tiene nada en contra de los gatos, pero en nuestra casa unos gatos que le revuelven los papeles, que le desordenan el escritorio y que, cuando menos lo esperamos, tiran libros de la biblioteca no son algo que esté dispuesto a tolerar a la larga. Además, últimamente toda la casa huele a orines de gato, yo me acostumbro a ello, pero Lina se ha aliado con Malina, me da un ultimátum: ella o los gatos.

Malina dice: Esta ha sido otra de tus dichosas ocurrencias, nunca los acostumbrarás a los cajones de arena, no te toman en serio, hazte con unas cobayas o unos canarios o unos loros, ¡no, mejor no, son demasiado ruidosos! Malina no comprende a unos gatos que andan vagando por ahí, que son de dos niños, Malina es muy celoso de su tranquilidad, Frances y Trollope no le parecen simpáticos, ni graciosos ni divertidos. Pero cuando se me olvida dar de comer a esos simpáticos gatos, Malina piensa en ello, lo hace, como si lo hubiera hecho siempre, no se le olvida jamás. Porque así es Malina, y así, por desgracia, soy yo.

Hoy Lina ha vuelto a sacar muy seria el tema de que hace un año yo quería hacer cambios en casa, no la casa en sí, claro, sino tan solo

tres muebles, y ya antes de que Lina me pueda reprochar que ya es hora de hacer algo, digo a la ligera: Otra vez será, ¡y le pediremos ayuda a dos hombres! Lina resuella: ¡Hombres!, señora mía, ¡para esto no necesitamos hombres! Ya ha empujado mi secreter cinco centímetros, y yo empiezo a intervenir, al fin y al cabo es mi secreter, que no cojea y no cede, parece pesar más que mil metros cúbicos de madera de roble. Le propongo a Lina que en primer lugar aligeremos de contenido el secreter, que vaciemos los cajones, yo murmuro: tal vez podría aprovechar esta ocasión, esta ocasión única, para dejar los cajones un poco, no, no he dicho nada… Contemplo reverente el polvo de hace algunos años. Lina no está hoy para ofensas, de lo contrario seguro que me diría que todas las semanas «pasa el trapo». Lina resuella que da miedo: ¡A su disposición, a su disposición, pero el cacharro pesa lo suyo!

Yo: Pero, Lina, mejor llamamos a dos hombres, le damos a cada uno una cerveza y diez chelines y con eso es suficiente. Porque Lina tiene que darse cuenta de lo que la aprecio, de lo valiosa que me resulta su fuerza, de que estaría dispuesta a pagar muchas cervezas a muchos hombres, porque ella es imprescindible para Malina y para mí. Ni Malina ni yo queremos que le salga una hernia o que le dé un infarto, no tiene que andar moviendo armarios ni cajas. No soy yo, Lina es la más fuerte, juntas empujamos el secreter de una habitación a la otra, aunque naturalmente más del ochenta por ciento recae sobre Lina. A pesar de ello, hoy estoy enfadada con Lina, porque Lina no me pasa ni una, porque jamás me pasa una y ahora además tiene celos de los hombres por los que yo me iba a gastar veinte chelines, a «tirarlos por la ventana» según Lina. He vuelto a hacerlo todo mal. Lina y yo dependemos la una de la otra de una manera fatal, estamos unidas, aunque no nos permita ni a mí ni a ella a los hombres de la cerveza, aunque solo ella pueda

criticarme en voz alta y yo nunca, aunque también la critique a escondidas. Por eso me imagino el día en que ningún ser humano dependa ya de otro, en el que yo viva completamente sola en una casa, en la que unas maquinitas sustituyan a Lina, bastará con apretar un botón para levantar un secreter y cambiarlo de sitio, como si nada. Nadie estará constantemente dando las gracias a otra persona, ayudará a los demás ni se indignará con los demás en secreto. Nadie tendrá ventajas ni desventajas. Pero entonces me veo frente a las máquinas eléctricas, de cuya compra Lina me disuade una vez al año, y hoy vuelve a disuadirme. Ella piensa que hoy ya no se podría vivir sin un molinillo eléctrico y sin un exprimidor eléctrico. Pero yo rara vez tomo café y para el zumo de naranja de Malina bastarían todavía mis fuerzas. Cierto que tengo una aspiradora y una nevera, pero a Lina le gustaría ver transformada nuestra casa en una fábrica de aparatos una vez al año, dice en tono enérgico: ¡Pero si hoy en día eso lo tiene cualquiera, todos los señores lo tienen!

Llegará un día[85] *en el que los hombres tendrán ojos de color negro dorado, verán la belleza, se liberarán de la inmundicia y de todo lastre, se elevarán por los aires, se sumergirán en las aguas, olvidarán sus rigores y sus miserias. Llegará un día, serán libres, todos los hombres serán libres, también de la libertad a la que se referían. Será una libertad mayor, será extremadamente grande, será para toda una vida…*

En el café Heumarkt sigo enfadada con Lina, porque es la peligrosa confidente de algunos de mis pensamientos, a veces incluso me oye decir por teléfono frases que para ella son herejía pura y que le permitirían defenestrarme en el acto, mandarme a la guillotina, al garrote vil, quemarme en una hoguera. Pero nunca llego a averiguar si solo tiene algo en contra de que yo por las mañanas ande

exhausta por la casa, que no sepa si hay que comprar Ata o Imi,[86] si solo tiene algo en contra de que yo no lleve las cuentas con exactitud y no compruebe sus laboriosas sumas, o si no son más bien las frases que digo, y si adivina esos pensamientos que le dan derecho a matarme.

Llegará un día en el que los hombres volverán a descubrir las sabanas y las estepas, acudirán en tropel y pondrán fin a su esclavitud, bajo el sol ardiente los animales avanzarán hacia los hombres, que son libres, y vivirán en armonía, las tortugas gigantes, los elefantes, los bisontes y los reyes de la selva y del desierto se unirán a los hombres liberados, beberán de la misma agua, respirarán el aire purificado, no se descuartizarán, será el comienzo, será el comienzo de toda la vida…

Llamo: ¡La cuenta, por favor! El señor Karl exclama alegre: ¡Voy enseguida! y desaparece. Soy demasiado injusta, arrugo la servilleta de papel en la que he escrito algunas frases a medias, el fino papel se empapa del café que se ha derramado en la bandeja. Quiero irme a casa enseguida, quiero ir a la Ungargasse, perdonaré a Lina, Lina me perdonará. Me hará un zumo de naranja y me preparará un café. No tiene por qué ser toda la vida. Es toda la vida.

Por la tarde estoy segura de poder pasar con toda tranquilidad por delante del número 9, por la acera de enfrente en todo caso. También estoy segura de que voy a poder detenerme un momento, porque la señora Agnes limpia en casa de Ivan por la mañana y luego tiene que ir a casa de otros dos señores que viven solos. Al portero del edificio de Ivan y a su mujer tampoco se los ve nunca por la calle, no se intercambian noticias con el señor y la señora Breitner del número 6, tan solo veo de vez en cuando a la señora Agnes delante de mi portal, sumida en conversaciones confidenciales

con la señora Breitner. Pero en esta ocasión el coche de Ivan está frente al número 9, no aparcado por casualidad, como creo en un principio, porque Ivan sale ahora de casa y se dirige hacia el coche, quiero seguir mi camino a toda velocidad, pero Ivan, que tiene buenos ojos, ya me ha visto, me hace señas y me llama, yo cruzo al otro lado radiante, qué estará haciendo aquí a esta hora en que yo me lo imaginaba en su despacho, y entonces dejo de estar radiante porque en el asiento delantero, en el que he ido sentada tantas veces, hay dos figuritas bien apretujadas que en ese momento estiran la cabeza. Ivan dice: Este es Béla, este es András, ¡haced el favor de saludar! Pero los *gyerekek,*[87] como se llaman los dos niños juntos, no saludan, no contestan, porque yo, confundida, les pregunto si hablan alemán, empiezan a reír y cuchichean entre sí, no entiendo una sola palabra, así que estos son los hijos de Ivan, a los que siempre he querido conocer, de los que sé algunas cosas, como que Béla es el mayor y ya va a la escuela, azorada hablo con Ivan y ya ni sé qué es lo que iba a hacer ni adónde quería ir, ah, sí, al Automag de arriba de la Ungargasse, porque me están engrasando el coche y tal vez ya esté listo, no paro de equivocarme al hablar, que a lo mejor luego, si el coche no está listo, tengo que coger un taxi hasta el distrito XIX para ir a visitar a una amiga, una amiga que además está enferma. Ivan dice: Eso me pilla casi de camino, podemos llevarte, ¡ven, te llevamos! Ivan no ha dicho: Te llevo. Dice algo en húngaro a los niños, da la vuelta alrededor del coche, los saca y abre la puerta de atrás, los mete en los asientos traseros. No sé, ahora preferiría que no, quisiera ir al Automag o coger un taxi. Pero ¿cómo puedo hacer entender a Ivan que todo esto ha sido demasiado repentino para mí? Dice: ¡Venga, entra ya! Durante el trayecto dejo hablar a Ivan, de vez en cuando miro hacia atrás, tengo que encontrar una primera frase, no estoy preparada. No voy

a preguntarle a Béla en qué curso está, en qué escuela, no voy a preguntar a los niños cómo están, qué es lo que más les gusta hacer, a qué juegan o si tal vez les gusta comer helado. De ninguna manera. Los niños interrumpen a Ivan a cada instante: ¿Has visto?, ¡mira, un coche de caballos!, ¡eh, un deshollinador!, ¿te has acordado de las zapatillas de gimnasia?, ¡mira, un Alfa Romeo!, ¡eh, una matrícula de Salzburgo!, eh, ¿ese será americano? Ivan me habla de una tarde dura, dura en la oficina, entre medias manda respuestas rápidas y concisas hacia atrás, a mí me habla de «poco tiempo», de dificultades, justo hoy ha tenido que llevar a los niños al dentista. El doctor Heer le ha sacado una muela a Béla, a András le han hecho dos pequeños empastes. Miro hacia atrás, Béla abre la boca, con mucha exageración, haciendo una mueca, András trata de imitarlo, pero no puede por menos de reírse y ahora sí que es la ocasión, no pregunto si ha dolido, si el doctor Heer es un dentista simpático, sino que también abro la boca y digo: Pues a mí me sacó la muela del juicio, porque yo ya tengo muelas del juicio, ¡vosotros todavía no! Béla grita: ¡Oye, está mintiendo!

Por la noche le digo a Ivan: Pues los niños no se te parecen en nada, Béla quizá un poco, si no tuviera esas greñas de color castaño y esos ojos claros se te parecería más. Ivan debe haber adivinado que me daban miedo los niños, porque se ríe y dice: ¿Tan terrible ha sido? Lo has hecho bien, no, no se me parecen, pero no, tampoco soportan que se metan con ellos, que les pregunten las cosas que se suelen preguntar, ¡se huelen la tostada! Rápidamente propongo: Si el domingo vais al cine, podría ir con vosotros si no os importa, me gustaría volver a ir al cine, en el Apolo ponen ahora *El desierto viviente*.[88] Ivan dice: La vimos el domingo pasado. Pero tampoco ha quedado claro si Ivan me llevará otro día o si lo de la película ha

sido una evasiva, si volverá a ver a los niños o si Ivan quiere mantener separados para siempre sus dos mundos, en caso de que no haya otros más. Empezamos una partida de ajedrez y ya no tenemos que hablar, es una partida larga, prolija, con interrupciones, no avanzamos, Ivan ataca, yo estoy a la defensiva. El ataque de Ivan se frena, es la partida más larga, más muda que hemos jugado hasta ahora, Ivan no me ayuda una sola vez y no acabaremos de jugarla hoy. Ivan ha bebido más *whisky* de lo habitual, se levanta cansado, lanzando improperios ivanescos, da unos pasos por la habitación y sigue bebiendo de pie, ya no tiene ganas, ha sido un día duro, no ha habido ni un mate, pero tampoco hemos quedado en tablas. Ivan quiere irse a casa enseguida a dormir, dice que yo he jugado con mucha prolijidad, hasta agotarlo, que tampoco él ha estado muy inspirado. ¡Buenas noches!

Malina ha llegado a casa, me encuentra todavía en el cuarto de estar, el tablero de ajedrez sigue allí, aún no he llevado los vasos a la cocina. Malina, que no puede saber dónde he estado sentada, porque me estoy balanceando en la mecedora del rincón, al lado de la lámpara, con un libro en la mano, *Red star over China,*[89] se inclina sobre el tablero, suelta un suave silbido y dice: ¡Habrías perdido estrepitosamente! Pero, por favor, ¿qué significa «estrepitosamente»?, y puede que quizás no hubiera perdido. Pero Malina reflexiona y calcula las jugadas. Cómo puede saber que yo tenía las negras, porque según sus cálculos las negras habrían acabo perdiendo. Malina coge mi vaso de *whisky*. Cómo puede saber que es mi vaso y no el vaso que Ivan ha dejado, también medio vacío, pero nunca bebe del vaso de Ivan, no toca nada que Ivan haya tocado, utilizado, poco antes, un plato de aceitunas o de almendras saladas. Apaga sus cigarrillos en mi cenicero y no en el otro que ha

sido hoy el cenicero de Ivan. No llego a ninguna conclusión.

He dejado China en este momento: las tropas enemigas se ponen rápidamente en marcha desde el sudeste, otras desde el norte. Lin Piao convocó inmediatamente una junta militar.

Ivan y yo: el mundo convergente.

Malina y yo, porque somos uno: el mundo divergente.

Nunca he necesitado tan poco a Malina, cada vez sabe menos qué hacer conmigo, pero si no hubiera vuelto a casa a tiempo, si no me hubiera encontrado entre la Larga Marcha a través de China y las reflexiones sobre unos niños que no se parecen a Ivan, recaería de nuevo en las malas costumbres, escribiría cartas, cientos, o bebería y destruiría, pensaría de manera destructiva, lo destruiría todo y destruiría lo último, no podría conservar la tierra que he conquistado, me desviaría y la abandonaría. Incluso cuando Malina calla es mejor que callar sola, y además me sirve de ayuda con Ivan cuando no lo puedo comprender, cuando no me puedo contener, porque Malina siempre está ahí para mí, firme y sereno, y en mis horas más oscuras sigo siendo consciente de que nunca perderé a Malina… ¡aunque yo misma me perdiera!

A Malina lo tuteo y a Ivan lo tuteo, pero estos dos túes se diferencian por un énfasis inmensurable e imponderable en la expresión. Desde el primer momento no utilicé con ninguno de los dos el usted, que por lo general siempre utilizo. A Ivan lo percibí demasiado de repente y no quedó tiempo para acercarme a él hablando, yo ya le había tocado en suerte antes de cualquier palabra. En lo tocante a Malina, había pensado en él tantos años, lo había deseado tanto que nuestra vida en común no fue más que la confirmación de algo que siempre hubiera debido ser así y que

simplemente se había visto impedido con demasiada frecuencia por otras personas, por decisiones y hechos errados. Mi «tú» para Malina es preciso y adecuado a nuestros diálogos y a nuestras discusiones. Mi «tú» para Ivan es impreciso, puede cambiar de color, oscurecerse, aclararse, puede ser áspero, suave o vacilante, ilimitado en la escala de sus expresiones, también puede pronunciarse completamente aislado, con grandes intervalos, y muchas veces a modo de sirena, siempre seductoramente nuevo, aunque todavía no se ha pronunciado con ese tono, con ese énfasis que oigo en mi interior cuando soy incapaz de articular una palabra delante de Ivan. Delante de él no, pero en mi interior perfeccionaré algún día ese «tú». Será lo más perfecto.

Por lo general trato de usted a la mayoría de la gente, decir «usted» es una necesidad imperiosa, también por precaución, pero dispongo al menos de dos tipos de usted. Un usted está destinado a la mayoría de la gente, otro usted, peligroso, ricamente instrumentado, que nunca podría utilizar con Malina ni con Ivan, está destinado a los hombres que podría haber en mi vida si no existiera Ivan. A causa de Ivan me evado en esos inquietantes ustedes, y yo misma me evado con ellos. Es un usted difícil de describir, que se comprende a veces, muy raramente, pero que sí se entiende en su tensión, que nunca puede admitir un tú de camaradería. Porque está claro que tuteo a todo tipo de gente, por haber ido con ellos a la escuela, por haber estudiado con ellos, por haber trabajado con ellos pero eso no significa nada. Mi usted podría ser pariente de Fanny Goldmann,[90] que al parecer, claro que solo son rumores, insiste en tratar de usted a todos sus amantes. Claro que también ha tratado de usted a todos los demás hombres que no han podido ser amantes suyos, y dicen que amó a un hombre, al que le dijo su usted más hermoso. Mujeres como la Goldmann, de la

que no se deja de hablar, no pueden hacer nada a favor ni en contra, pero un buen día empieza a circular una frase por la ciudad: ¿Acaso vive usted en la luna?, ¿cómo?, ¿que no lo sabe?, ¡acabó con sus mayores amores, y no fueron pocos, con su inimitable forma de decir usted! Incluso Malina, que nunca dice nada bueno ni malo de nadie, cuenta que hoy ha conocido a Fanny Goldmann, que también estaba invitada a casa de los Jordan, y dice sin querer: Nunca he oído a una mujer que pronunciara un usted tan bonito.

Pero a mí no me interesa lo que Malina piense de la Goldmann, no va a hacer comparaciones porque, al fin y al cabo, esa mujer ha aprendido a hablar y yo no he aprendido a respirar con el abdomen, yo no puedo modular las palabras a mi antojo y no puedo hacer pausas artísticas. De qué voy a hablar con Malina, en medio de mi angustia, si pronto será hora de dormir, por dónde empezar, si solo he conocido a dos niños que, por otra parte, a Malina no le interesan. Las cosas que pasan, lo que él denomina mis historietas, no pueden comentarse nunca. Los acontecimientos mundiales y los acontecimientos locales no pueden comentarse, no en presencia de Malina, no estamos en la mesa de una taberna. Podría hablar de todo lo que me rodea, de lo que me asedia. ¿Existe la expropiación intelectual? En caso de que exista la expropiación, ¿tiene derecho un expropiado a las últimas complicaciones del pensamiento? ¿Acaso vale la pena?

Yo podría preguntar las cosas más imposibles. ¿Quién inventó la escritura? ¿Qué es la escritura? ¿Es una propiedad? ¿Quién fue el primero en impulsar la expropiación? *Allons nous à l'Esprit?*[91] ¿Somos de una raza inferior? ¿Deberíamos inmiscuirnos en política, no hacer nada más y ser brutales? ¿Estamos malditos? ¿Nos hundimos?[92] Malina se levanta, se ha bebido mi vaso. Dormiré mis preguntas en una profunda ebriedad. Adoraré a los animales en

mitad de la noche, profanaré las imágenes más sagradas, me aferraré a todas las mentiras, me animalizaré en sueños y me dejaré matar como un animal.[93]

Mientras me quedo dormida algo trepida en mi cabeza, en su interior algo relampaguea, brilla, me oscurece, vuelve a amenazarme, es la sensación de aniquilamiento, y a Ivan, que no está aquí, le digo muy cortante: Malina nunca, Malina es diferente, tú no entiendes a Malina. Jamás le he dirigido a Ivan una palabra cortante, jamás le dirigiré una sola en voz alta. Claro que Ivan tampoco ha dicho absolutamente nada contra Malina, en el que nunca piensa, y ¿cómo iba a envidiarlo por vivir aquí conmigo? Por eso no menciona a Malina, igual que en una familia no se habla de un recluso ni de un enfermo mental, por pura delicadeza, y si a ratos yo tengo la mirada ausente, solo es debido a una horrible tensión que aparece al pensar en Malina, y ese buen malentendido sin tapujos domina sobre nosotros tres, sí, nos domina, nos gobierna. Somos los únicos gobernados que están a gusto, vivimos en un error tan grande que jamás alza uno la voz contra el otro ni una voz contra ese dominio. Por eso afuera los otros nos paralizan, porque se arrogan derechos, porque les quitan o los privan de derechos y porque siempre se rebelan unos contra otros sin derecho. Ivan diría: Se están envenenando la vida unos a otros. Malina diría: Todos ellos, con sus opiniones alquiladas, lo van a pagar caro con lo altos que están los alquileres.

Mis opiniones alquiladas ya se están desvaneciendo. Cada vez me cuesta menos separarme de Ivan y cada vez me cuesta menos volver a encontrarlo, porque pienso en él con menos avidez, también puedo eliminarlo de mis pensamientos por unas horas, para que no tenga que frotarse sin parar las muñecas y los tobillos mientras

duerme, ya no lo ato, o si acaso muy flojo. Él ya no frunce tanto el ceño, las arrugas se le alisan porque la dictadura de mis ojos y de mis caricias se ha suavizado, lo maldigo y lo embrujo solo unos instantes, para que podamos separarnos aliviados, uno sale de casa, el otro sube a su coche y murmura algo: Si son las cuatro menos veinte, entonces llego justo a tiempo, al recinto ferial, ¿y tú? Yo también llego a tiempo, no, nada especial, mañana tengo que ir con alguien a Burgenland, no, no paso la noche, aún no sé lo que mis amigos… Murmullo más que imperceptible, porque ninguno sabe del otro nada que tenga que ver con esos amigos, con el recinto ferial y con el Burgenland, ni a qué vida pertenecen esas palabras. Yo le he prometido a Ivan ponerme solo vestidos que me hagan bonita y feliz, también le he prometido a Ivan rápidamente comer a las horas y no beber. A toda prisa le di a Ivan mi palabra de que dormiré, dormiré a mis anchas, dormiré profundamente.

Claro que hablamos con los niños, pero también rápido y por encima de las cabezas de los niños, en alusiones, en un alemán entrecortado y, si es absolutamente inevitable, mezclando frases inglesas, pero no es que se trate de un SOS cuando utilizamos los signos del alfabeto Morse inglés, porque las cosas van bien con Ivan y con los niños. Pero cuando los niños están presentes me retraigo y a la vez soy más locuaz que con Ivan, porque entonces no siento a Ivan excesivamente como Ivan, sino como el padre de Béla y András, únicamente al principio no me sentía siquiera capaz de pronunciar su nombre delante de los niños, hasta que me di cuenta de que ellos mismos lo hacían, aunque András, cuando empieza a lloriquear, aún grita de vez en cuando: *Papà!*, debe ser una palabra de alguna época remota. En el último momento Ivan decidió llevarme a Schönbrunn con ellos, porque, claro está, András, que me

aprobó enseguida, le preguntó: ¿No viene?, ¡que venga! Pero frente a la jaula de los monos los dos niños se cuelgan de mí, András se agarra a mi brazo, yo lo sujeto a mí cada vez más fuerte, no sabía que los cuerpos de los niños se sienten al tacto mejor y más cálidos que el cuerpo de un adulto, Béla, celoso, también se pega más a mí, es solo por András, son de una insistencia de la que no me canso nunca, como si durante mucho tiempo les hubiera faltado alguien de quien poder colgarse y a quien poder arrimarse, Ivan nos ayuda a darles de comer nueces y plátanos, porque estamos todos juntos y nos reímos, y Béla tira siempre las nueces fuera. Yo les explico en detalle el babuino y los chimpancés, no estoy preparada para esa hora en el zoo, tendría que haber leído en la *Vida de los animales* de Brehm,[94] a las serpientes renuncio por completo, no sé si esa víbora de ahí dentro come ratones blancos, cosa que Béla quiere saber, o escarabajos y hojas como sospecha Ivan, que ya tiene dolor de cabeza, yo exclamo: ¡Ve tú delante! Porque Béla y András quieren ver aún los lagartos y las salamandras y, como Ivan no escucha, me invento costumbres e historias increíbles sobre la vida de los reptiles, sin avergonzarme por ninguna respuesta, sé de qué países proceden, a qué hora se levantan, cuándo se van a dormir, lo que comen, lo que piensan, si llegan a los cien o a los mil años. Lástima que Ivan sea tan impaciente, por el dolor de cabeza, por la falta de sueño, porque tenemos que ir todavía a ver a los osos, damos de comer a las focas y frente a la enorme pajarera me invento toda clase de cosas sobre los buitres y sobre las águilas, para las aves cantoras ya no queda tiempo. Tengo que decirles que Ivan nos va a invitar a todos a un helado en el Hübner, pero solo si nos damos prisa, de lo contrario nada de helado, digo: ¡Ivan va a enfadarse mucho con nosotros! Pero solo el helado surte efecto. Por favor, Ivan, no podrías invitarnos a un helado, estoy segura de que se lo

has prometido a los niños (por encima de las cabezas de los niños: *Please, do me the favor, I promised them some ice-cream*),[95] tú mejor te tomas un café doble. Ivan pide de mal humor, debe de estar agotado, mientras que los niños y yo nos damos pataditas por debajo de la mesa, luego nos damos cada vez más fuerte, a Béla le entra una risa histérica: Pero ¡qué zapatos tiene!, ¡qué zapatos más ridículos tiene! A cambio Béla vuelve a llevarse un leve pisotón de mi parte, pero Ivan se enoja cada vez más: ¡Béla, compórtate o nos vamos a casa de inmediato! De todos modos tenemos que irnos a casa de inmediato, se comporten los niños o no, Ivan los mete atrás en el coche, yo me quedo un momento y compro dos globos mientras Ivan me busca con la mirada en la dirección opuesta, no tengo suelto, una señora me ayuda a cambiar un billete de cincuenta chelines y me dice con quejumbrosa amabilidad: ¡Seguro que son hijos suyos!, ¡qué hijos tan simpáticos tiene! Y yo digo desesperada: ¡Gracias, mil gracias, muy amable de su parte! Me monto en el coche sin decir palabra y le pongo en la mano a cada uno de los simpáticos niños el cordón con el globo. Mientras conduce, Ivan dice: *You are just crazy, it was not necessary!*[96] Me vuelvo y digo: ¡Vaya manera de graznar hoy todo el día!, ¡sois insoportables! Béla y András se retuercen de risa: ¡Graznamos, cuac, cuac, cuac, graznamos! Cuando se lía un barullo así, Ivan empieza a cantar, Béla y András dejan de graznar, cantan a coro mal y bien, alto y bajo.

Debrecenbe kéne menni
pulykakakast kéne venni
vigyázz kocsis lyikas a kas
kiugrik a pulykakakas[97]

Como todavía no me sé la canción y tampoco puedo cantar, suspiro para mis adentros: *eljén!*[98]

Ivan nos deja en el número 9, tiene que recoger unos documentos en la oficina y yo me quedo con los niños jugando a las cartas, András me da consejos, siempre benévolo conmigo, mientras Béla me dice sarcástico: ¡No juegas bien, eres un idiota, perdón, una idiota! Jugamos a cuartetos de cuentos, pero Béla está de morros, porque los cuentos le parecen una tontería, él ya pasa de los cuentos, eso es algo para András y para mí. Jugamos a cuartetos de animales y a cuartetos de flores, a los cuartetos de coches y a cuartetos de aviones, ganamos y perdemos, yo soy la que más veces pierde, a veces sin querer, a veces queriendo, dando un empujoncito a la felicidad de Béla y de András. Con los cuartetos de ciudades András ya no quiere seguir, no se sabe las ciudades, yo le ayudo, susurramos con la mano delante de la boca, yo digo «Hong Kong», András no entiende, Béla tira las cartas en la mesa, furioso, igual que un señor en una reunión, importante y decisiva, al que se le hinchan las narices porque los demás no están a su altura, András quiere los cuentos, y le damos vueltas un rato hasta que yo propongo: Pues juguemos a Pedro el negro.[99] A Pedro el negro deben de haber jugado más de mil veces, pero una vez más se quedan electrizados, Béla mezcla, yo corto, las cartas se reparten, se sacan y se descartan. Al final tengo yo a Pedro el negro, Ivan entra, Béla y András se retuercen de risa y berrean con todas sus fuerzas: ¡Pedro el negro, Pedro el negro! Ahora tenemos que jugar otra vez con Ivan, y al final quedamos Béla y yo, por desgracia Béla me coge a Pedro el negro y tira las cartas, grita con voz ronca: ¡Ivan, es un mal bicho! Intercambiamos una mirada por encima de las cabezas de los niños. De Ivan sale un peligroso gruñido, y Béla querría no haber dicho nada. Para celebrar el armisticio Ivan me ofrece un coñac añejo, Béla incluso pide permiso para ir a buscarlo, va dos veces, trae las copas, e Ivan y yo nos quedamos sentados en

silencio, con las piernas cruzadas, los niños juegan en la mesa a cuartetos de flores, con cautela y sin hacer ruido, y yo no pienso en nada. Pero entonces sí que me imagino algo: que Ivan pasea la vista entre los niños y yo, preguntando en tono inquisitivo, por encima de todo amable.

¿Tendré que esperar eternamente?, ¿habrá que esperar eternamente?, ¿toda la vida?

Hemos quedado en las Tuchlauben,[100] en la heladería italiana. Para que los niños no se den cuenta de nada, Ivan dice: ¡Hola!, ¿qué tal? Delante de los niños yo también hago como si no hubiera visto a Ivan desde hace semanas. Tampoco tenemos mucho tiempo, sin preguntar Ivan pide cuatro raciones de helado variado, porque Béla tiene que ir a su incómoda clase de gimnasia, que siempre es un problema para la madre de Ivan y muy a menudo también para Ivan, incluso para Béla, al que no le gusta la gimnasia. Ivan critica nuestras escuelas y sus planes de estudio, sobre todo por esas demenciales clases de gimnasia que se imparten en otro sitio y siempre por la tarde. Claro, ¡porque la gente aquí se cree que todos tienen un par de coches y un par de niñeras a su disposición! Por lo general nunca oigo a Ivan decir nada sobre las cosas de Viena, no hace comparaciones, no cuenta nada, meterse en las cosas de aquí y de allá parece considerarlo como algo negligente y también improductivo. Solo ha perdido hoy los nervios por esa clase de gimnasia, ha dicho «en vuestro país», y me lo ha dicho a mí, como si la clase de gimnasia fuese la personificación de un mundo al que yo pertenezco y que hay que rechazar, aunque a lo mejor yo me imagino cosas debido a mi angustia, cada vez mayor, no sé cómo son las clases de gimnasia en Hungría. Ivan ha pagado y salimos a la calle con los niños, András hace una seña, pero Béla es el que

pregunta: ¿Es que no viene?, ¿por qué no puede venir con nosotros? Luego desaparecen los tres por las Tuchlauben, doblan la esquina hacia el Hoher Markt, ocultos por un coche del cuerpo diplomático. Yo sigo mirando y mirando, mientras que de ellos ya no se ve ni rastro, empiezo a andar despacio por la Petersplatz en dirección al Graben, en otra dirección, tendría que comprarme unas medias, podría comprarme un jersey, hoy en particular debería comprarme algo bonito, porque han desaparecido, delante de los niños, claro, Ivan no ha podido decirme si me llamará.

Oigo decir a Béla: ¡Que venga con nosotros!

En el Graben me he comprado un vestido nuevo, un vestido para casa, que es largo, para una hora de la tarde, para unas tardes especiales en casa, yo sé para quién, me gusta, porque es suave y es largo y explica, ya hoy mismo, que me quede tanto en casa. Pero cuando me lo pruebe no quisiera que Ivan estuviera aquí, menos aún Malina, solo porque Malina no está puedo mirarme a menudo en el espejo, tengo que girarme varias veces frente al espejo largo del pasillo, alejada de los hombres a miles de kilómetros, a brazas de profundidad, a una distancia astronómica, legendaria. Durante una hora puedo vivir sin tiempo y sin espacio, con una enorme satisfacción, raptada en una leyenda, en la que el perfume de un jabón, el picor de las lociones faciales, el crujido de la ropa interior, el roce de la borla en las polveras, el trazo pensativo con un perfilador, constituyen la única realidad. Surge así una composición, hay que crear a una mujer para un vestido de casa. Completamente en secreto vuelve a esbozarse lo que es una mujer, tiene algo de comienzo, con un aura que no es para nadie. Hay que cepillar el cabello veinte veces, darse crema en los pies y pintarse las uñas de los pies, hay que depilarse las piernas y las axilas, se abre y se cierra

la ducha, una nube de polvos flota en el cuarto de baño, se mira una al espejo, siempre es domingo, se pregunta al espejo, al de la pared, podría ser que ya fuera domingo.[101]

Algún día todas las mujeres tendrán ojos dorados, llevarán zapatos dorados y vestidos dorados, y ella se peinaría sus cabellos dorados, se los mesaría, ¡no!, y al viento ondearían sus dorados cabellos cuando, montada en su corcel negro, remontó el Danubio y llegó a la Retia…

Llegará un día en el que las mujeres tendrán ojos de color cobrizo, cabellos cobrizos, y volverá a ser creada la poesía de su sexo…

He entrado en el espejo, había desaparecido en el espejo, ha visto el futuro, estaba de acuerdo conmigo y vuelvo a estar en desacuerdo conmigo. Otra vez despierta, pestañeo en el espejo, sombreando con un lápiz el borde de los párpados. Puedo dejar de hacerlo. Por un momento he sido inmortal y yo, yo no estaba allí para Ivan y no he vivido en Ivan, no significaba nada. El agua de la bañera se va. Cierro los cajones, meto los lápices, las polveras, los frascos, los espráis en el armario del baño para que Malina no se enfade. Cuelgo el vestido de casa en el armario, no es para hoy. Tengo que coger aire y, antes de acostarme, salir a la calle. Por consideración giro hacia el Heumarkt amenazada por la proximidad del Stadtpark, por sus sombras y siluetas oscuras, doy un rodeo por la Linke-Bahn-Gasse, a toda prisa, porque ese tramo me resulta siniestro, pero solo hasta la Beatrixgasse, porque esa vuelve a resultarme segura, y desde la Beatrixgasse subo hasta el Rennweg, para no saber si Ivan está en casa o no. En el camino de vuelta vuelvo a tener esa precaución, así no puedo ver ni el número 9 ni la reveladora Münzgasse. Ivan debe tener libertad, tiene que tener su espacio

también a esa hora. Subo las escaleras de dos en dos, subo a toda velocidad porque parece que un teléfono está vibrando bajito, podría ser nuestro teléfono, es verdad que suena a intervalos, abro la puerta de golpe, la dejo abierta a mis espaldas, porque el teléfono vibra, está en estado de alarma. Arranco el auricular del aparato y digo, sin aliento y asombrada:

Acabo de llegar, estaba paseando
Sola, claro, con quién si no, solo unos pasos
Que estás en casa, cómo iba yo a
Pues no he visto tu coche
Porque he venido del Rennweg
Se me habrá olvidado mirar a tus ventanas
Prefiero venir por el Rennweg
Al Heumarkt no me atrevo
Pero que ya estés en casa
Por culpa del Stadtpark, nunca se sabe
Dónde tendría yo los ojos
En la Münzgasse, hoy también está ahí el mío
Mejor te llamo luego, entonces te llamo mañana

Viene la reconciliación, viene la somnolencia y disminuye la impaciencia, no estaba segura, pero ahora vuelvo a estar a buen recaudo, ya no en el Stadtpark nocturno, pasando a toda prisa pegada a las paredes de las casas, sin dar ya rodeos en la oscuridad, sino un poco en casa, ya en el vallado de la Ungargasse, ya con la cabeza a salvo en mi país de la Ungargasse, sacando también un poco el cuello fuera del agua. Estoy ya en los primeros gargarismos de palabras y frases, ya empezando, ya comenzando.

Llegará el día en el que los hombres tendrán ojos dorados y voces siderales, en el que sus manos tendrán talento para el amor, y volverá a crearse la poesía de su sexo…
Ya estoy borrando, revisando, tirando.

… y sus manos tendrán talento para la bondad, echarán sus inocentes manos a la más sublime de todas las bondades, porque no tendrán que esperar eternamente, porque los hombres no tendrán eternamente, no tendrán que esperar eternamente…

Ya estoy viendo, previendo.

Oigo la llave en la puerta, Malina mira al interior, hacia mí, inquisitivo.

No molestas, siéntate conmigo, ¿quieres té?, ¿quieres un vaso de leche?, ¿quieres algo?

Malina quiere coger él mismo un vaso de leche en la cocina, hace una leve reverencia irónica, algo hace que se ría de mí. Además tiene que decir algo para enfadarme: si no me equivoco, *nous irons mieux, la montagne est passée.*[102]

Nada de frases prusianas, por favor, ahórramelas, no habrías debido molestarme ahora, ¡al fin y al cabo a todos puede irnos un día algo mejor!

A Ivan le pregunto si ya ha pensado alguna vez en el amor, y qué pensaba antes y qué es lo que piensa ahora. Ivan fuma, la ceniza se le cae al suelo, busca sus zapatos sin decir palabra, los encuentra y se vuelve hacia mí, le cuesta encontrar las palabras.

¿Eso es algo en lo que se piensa, y qué ideas tengo que tener al respecto, acaso necesitas palabras para ello?, ¿quieres tenderme una trampa, señorita?

Sí y no.

Pero si tú no… ¿Y nunca has sentido nada, tampoco un desprecio, una aversión?, pero ¿y si yo tampoco sintiera nada? pregunto acechante y me gustaría echarle a Ivan los brazos al cuello, para que no pueda estar tan lejos, ni un metro lejos de mí, no cuando le pregunto por primera vez.

Pero no, ¿de qué desprecio hablas?, ¿qué complicaciones quieres? Basta con que venga. ¡Cielos, qué preguntas tan imposibles haces!

Digo triunfante: Solo quería saber si son preguntas imposibles. No quería saber más.

Ivan se ha vestido y ya no tiene mucho tiempo, dice: Qué rara eres a veces.

No, yo no, respondo rápidamente, sino los otros, antaño me indujeron esas ideas tan fuera de lugar, yo nunca he pensado así, y es un otro en mí, que nunca ha estado de acuerdo y que nunca se ha dejado sonsacar respuestas a preguntas impuestas.

¿No se diría la otra en ti?

No, el otro, no lo estoy confundiendo. Otro. Si digo el otro tienes que creerme.

Pero somos muy femeninas, señorita mía, eso ya lo pude comprobar en el primer momento, puedes creerme incluso ahora.

¡Si es que estás muy impaciente y no tienes paciencia ni para dejarme decir algo!

¡Hoy estoy muy impaciente, no tengo toda mi paciencia para ti!

Solo tienes que tener un poco de paciencia, así sabremos qué hacer.

¡Pero si eres tú quien me impacienta!

Me temo que al final es mi paciencia la culpable de tu impaciencia…

(Fin de las frases sobre paciencia e impaciencia. Un grupo de frases muy reducido).

Llegará un día en el que nuestras casas se derrumbarán, en el que los coches se habrán convertido en chatarra, en el que nos libraremos de los aviones y de los cohetes, renunciaremos a la invención de la rueda y de la fisión nuclear, el viento fresco bajará de las colinas azules e hinchará nuestro pecho, estaremos muertos y respiraremos, será toda la vida.

En los desiertos el agua se secará, podremos volver al desierto y contemplar las revelaciones, las sabanas y los ríos nos invitarán con su pureza, los diamantes se quedarán en la piedra y nos iluminarán a todos, el bosque primigenio nos sacará del bosque de la noche[103] *de nuestros pensamientos, dejaremos de pensar y de sufrir, será la redención.*

Excelentísimo señor presidente:

Me felicita usted, en nombre de la Academia, por mi cumpleaños. Permítame decirle lo asustada que he estado precisamente hoy. No es que dude de su tacto, puesto que tuve el honor hace unos años, en la inauguración…, puesto que tuve el honor de conocerlo. Pero hace usted referencia a un día, tal vez incluso a una hora concreta y a un momento irrevocable que debe de haber concernido a los asuntos más privados de mi madre, supongamos también, por decencia, a los asuntos de mi padre. Claro que a mí misma no se me ha dicho nada en particular sobre ese día, yo solo tenía obligación de recordar una fecha, tengo que anotarla en cada formulario de entrada en cada ciudad, en cada país, aunque solo vaya de paso. Pero hace ya mucho que no voy a ningún país…

Querida Lily:

Entretanto habrás oído lo que nos ha pasado a mí y a mi cabeza. Digo «entretanto», aunque han pasado ya muchos años. Por aquel entonces te pedí que vinieras a verme, a ayudarme, no era la primera vez, era la segunda vez, aunque la primera vez tampoco viniste. Deberías saber lo que pienso del amor cristiano al prójimo. Pero no me estoy expresando bien, solo quiero decir que el amor cristiano al prójimo seguro que tampoco excluye una posibilidad, puede que a alguien como a mí le esté vetado, pero puedo imaginarme perfectamente que uno actúe por amor a él, y por amor a él habrías podido actuar tú. En cualquier caso, yo habría preferido que lo hubieras hecho simplemente por amor a mí. Para ello no se necesita de ningún acuerdo en un caso de urgencia, y este caso ahora ya se ha presentado. Querida Lily: conozco tu generosidad, tu actitud, quizá extravagante, en tantas situaciones, y siempre la he admirado. Pero han pasado ya siete años, y ni siquiera tu inteligencia ha bastado para no engañar a tu corazón. Cuando una persona tiene mucho corazón e inteligencia, pero no lo suficiente, decepcionarse tiene que ser peor para él mismo de lo que es para su prójimo el hecho de que esta persona lo decepcione. Yo estaba totalmente dispuesta a asistir al señor G. Habíamos acordado decir que opinábamos de manera diferente sobre la forma de escuchar música, sobre el volumen, también, claro está, sobre la elección de las piezas, porque mi sensibilidad acústica había aumentado de manera tan enfermiza en los últimos tiempos que no podíamos ponernos de acuerdo ni de día ni de noche sobre cómo aplicarla para todo, por aquel entonces mi sentido del tiempo había empezado a deteriorarse mucho, las divisiones temporales me parecían enfermizas, pero yo estaba dispuesta a admitir que ello, frente a mi concepción del tiempo, más bien mi no concepción, había adquirido dimensiones patológicas. También habíamos acordado afirmar en

caso de que fuera necesario que opinábamos de manera diferente sobre el comportamiento de perros y gatos, yo estaba dispuesta a decir que no me veía en condiciones de estar con él en un piso y a la vez con animales, sobre todo con gatos, y él quería decir que no se veía en condiciones de estar con un perro o con mi madre y conmigo en la misma cama. En cualquier caso, habíamos llegado a un acuerdo muy claro y armonioso. Tú conoces mis prejuicios, por mi educación, por mis orígenes, pero también por una jerarquía de valores, había partido de determinados presupuestos, era fácil de tratar porque estaba acostumbrada a determinados tonos, a gestos, a ciertas delicadezas en el trato, y únicamente la brutalidad con la que lesionaban mi mundo, que también era el tuyo, casi habría bastado para hacerme perder la razón. Al fin y al cabo, debido a mi origen, era ya por así decirlo imposible de tratar. No se puede negociar conmigo. No se me puede hablar sobre costumbres ajenas, que me perjudican. Incluso el embajador tailandés, que quería que me quitara los zapatos, pero ya conoces esa vieja historia… Yo no me quito los zapatos. No hago públicos mis prejuicios. Los tengo. Prefiero quitarme yo sola toda la ropa, salvo los zapatos. Si realmente mis costumbres los exigieran en alguna ocasión, entonces valdría esto: tira al fuego todo lo que tienes, hasta los zapatos.[104]

Viena, a…

Querida Lily:

Entretanto seguro que sabes, en contra del peor de tus criterios, porque ya se habrá divulgado lo que hay que saber de mala manera. Tú misma nunca lo has creído. Pero, a pesar de ello, no has venido. Otra vez es mi cumpleaños. Perdona, es tu cumpleaños…

Querida Lily:

Hoy he llegado a tal punto que no quisiera verte más. No es un

deseo que surja de un arrebato inicial o final. Los primeros años escribí aún muchas cartas torturadoras, acusadoras, llenas de reproches, que, sin embargo, a pesar de este gran reproche, habrían dejado entrever más de mis inclinaciones que las cartas irrelevantes que nos intercambiamos antaño, provistas de los más cariñosos saludos, abrazándonos en las cartas, deseándonos todo lo mejor. A mi deseo tampoco le ha precedido ninguna reflexión, hace ya tiempo que no reflexiono, pero me doy cuenta de que algo en mí te abandona, ya no te corteja, ni siquiera te busca. Cierto que el señor G. o el señor W., puede que también el señor A., hubieran podido intentar separarnos con una infamia, pero ¿cómo puede llegar a separar a alguien un tercero o terceros? Sería fácil culpar a uno o a otro, pero la culpa, en caso de que exista en forma caprichosa, cosa que ni siquiera sé, es, en cualquier caso, demasiado insignificante. Allí donde no existe deseo de separación no puede haberla, así que solo puede haber sido un profundo deseo tuyo, para el que cualquier motivo era válido. Para mí jamás habría habido un motivo, y por eso hoy tampoco puede haberlo. Tan solo te has atrofiado en mi interior, has retrocedido a la época en la que estábamos juntas, y allí hay un retrato tuyo de joven, que los acontecimientos posteriores y mis pensamientos al respecto no pueden dañar. Ya no se puede estropear. Está en el mausoleo de mi interior, junto a los retratos de personajes imaginarios, de las figuras que tan pronto reviven como se extinguen.

Viena, a …

Una desconocida

Cuando Ivan deja en mi casa a los granujas, las monadas, los bandidos, los renacuajos, esos *gyerekek*, porque aún tiene que ir a algún sitio, o simplemente acercarse a algún sitio, y es algo que yo

he deseado, en la casa estalla una turbulencia con la que Lina jamás habría podido ni soñar. Lo primero que hacen es destrozar, sin apenas probarlo, el bizcocho marmoleado de Lina, y yo quito de en medio cuchillos, tenedores, tijeras y velas de cualquier sitio. Yo no sabía que mi casa está tan llena de objetos peligrosos, además he dejado la puerta entreabierta para Ivan, pero András ya se ha escapado por la escalera. Me he cargado con una responsabilidad terrible, veo peligros a cada momento, insospechados, sorprendentes, porque si le ocurriera lo más mínimo a uno de los niños de Ivan, yo ya no podría presentarme jamás ante Ivan, pero ellos son dos, y son más rápidos, más imaginativos, más animosos que yo. Por suerte András no ha bajado a la calle, sino que ha subido, toca a rebato el timbre de la cantante de cámara, que no puede levantarse y no puede abrir, porque está en la cama con sus doscientos kilos de peso, más tarde le meteré una nota por debajo de la puerta, con una disculpa, porque la cantante de cámara seguro que se ha puesto nerviosa con su corazón lleno de grasa. Arrastro a András de vuelta a casa, pero ahora encima la puerta se ha cerrado y estoy sin llaves. Doy unos golpes a la puerta, Ivan abre, ¡ha venido Ivan!, entre dos es más fácil con ambos, a una palabra de Ivan, Béla recoge sin rechistar los migajones más grandes del bizcocho, pero ahora András ha descubierto el gramófono, ya tiene la mano en el brazo con la nueva aguja de zafiro y está rayando el disco. Feliz, digo a Ivan: Déjalo, no importa, no es más que el concierto en re mayor, ¡la culpa es mía! Solo pongo rápidamente en una vitrina alta el candelabro que András ya se dispone a atacar. Voy a la cocina y saco las botellas de Coca-Cola de la nevera. Ivan, por favor, podrías al menos abrir estas botellas, ¡no, el abridor está allí! Pero Béla ha desaparecido con el abridor, tenemos que adivinar dónde está el abridor, y jugamos y adivinamos: frío, templado, muy frío, ¡caliente,

muy caliente!, el abridor está debajo de la mecedora. Hoy los niños no quieren tomar Coca-Cola, Béla vacía su vaso en un jarrón con las rosas del señor Kopecky y el resto en el té de Ivan. Yo digo: Pero, niños, no podríais un momento, tengo que hablar con Ivan, por Dios, solo un momento, ¡estaos quietos! Hablo con Ivan, que me dice que ahora no va a ir con los niños al Tirol, sino al Mondsee, antes de lo previsto, porque su madre no quiere ir más al Tirol. Yo no llego a contestar, porque András, en un viaje de descubrimiento, debe de haber llegado hasta la cocina, lo pillo en el balcón de la cocina por el que ha empezado a trepar, no dejo que se me note la más mínima agitación y lo bajo de un tirón, digo: ¡Ven, anda, entra, tengo chocolate para ti! Ivan continúa, imperturbable: Ayer no pude dar contigo, te lo habría dicho antes. Así que Ivan quiere ir al Mondsee, y no se dice nada de mí y del Mondsee, digo rápidamente: Eso me viene como anillo al dedo, yo tengo que ir al Wolfgangsee, a casa de los Altenwyl, ya les he dicho dos veces que no y ahora prácticamente se lo he medio prometido, tendría que ir, porque de lo contrario se van a enfadar. Ivan dice: Hazlo sin falta, tienes que salir ya de Viena, no entiendo por qué siempre dices que no, tienes tiempo para ello. *Éljen!* Ahora Béla y András han encontrado en el pasillo los zapatos de Malina y los míos, han metido en ellos sus piececitos, vienen tambaleándose con ellos, András se cae berreando, lo levanto y me lo pongo en el regazo. Ivan saca a Béla a tirones de los zapatos de Malina, peleamos con los niños hasta la extenuación y buscamos el chocolate, que también ha desaparecido, habría sido la salvación, András agarra compulsivamente el resto y me mancha la blusa. ¡Botas de siete leguas!, grita Béla, con ellas puedo recorrer todo el país, ¿hasta dónde llegaría?, ¿hasta Buxtehude? Pero, Ivan, déjale los zapatos, si quiere ir con las botas de siete leguas, *please, do call later, I have to speak to you,*[105] la

carta con la invitación a Venecia, la carta de respuesta, el telegrama con la respuesta pagada, todavía no he mandado nada, no es tan importante, Venecia no es importante, más tarde ya podremos… Ivan ha ido al baño con Béla, András patalea y quiere bajarse, luego, de repente, me da un beso en la nariz, yo beso a András en la nariz, nos frotamos las narices mutuamente, me gustaría que no terminara nunca, que András no se cansara, igual que yo no me canso de frotarnos la nariz, quisiera que no existiera el Mondsee ni el Wolfgangsee, pero lo dicho dicho está, András se pega cada vez más a mí y yo lo sujeto, tiene que ser mío, los niños serán completamente míos. Ivan entra y coloca unas sillas, dice: Ya basta, no tenemos tiempo, tenemos que irnos, ¡habéis vuelto a comportaros que es un espanto! Ivan tiene que comprarles aún a los niños un bote neumático antes de que cierren los comercios. Estoy con los tres en la puerta, Ivan lleva a András de la mano, Béla ya va alborotando escaleras abajo. ¡Hasta la vista, señorita! ¡Hasta la vista, pilluelos! *I'll call you later.*[106] ¡Hasta la vista!

Llevo el plato del bizcocho y los vasos a la cocina, voy de un lado a otro sin saber qué más podría hacer, recojo unas migas de la alfombra, Lina pasará mañana la aspiradora. Ya no quiero a Ivan sin los niños, le diré algo a Ivan cuando llame, o se lo diré antes de que se marche, en algún momento tengo que decirle algo. Pero mejor no se lo digo. Le escribiré desde St. Wolfgang, tomaré distancia, me lo pensaré diez días, luego escribiré, ni una palabra de más. Encontraré las palabras adecuadas, olvidaré la magia negra de las palabras,[107] escribiré delante de Ivan con mi candor, igual que las jóvenes campesinas de nuestra tierra escriben a sus enamorados, como las reinas sin pudor a sus favoritos. Escribiré una petición de gracia, como los condenados, que no tienen perdón alguno que esperar.

Hace mucho que no salgo de Viena, tampoco el verano pasado, porque Ivan tenía que quedarse en la ciudad. Yo argüí que el verano es la época más bonita en Viena y que no hay mayor tontería que irse al campo al mismo tiempo que todos los demás, que tampoco soporto las vacaciones, que no soporto el Wolfgangsee, porque entonces toda Viena está en el Wolfgangsee, y cuando Malina se marchó a Carintia, yo me quedé sola en casa para poder ir con Ivan un par de veces a nadar al Viejo Danubio. Pero este verano el Viejo Danubio ya no tiene ningún atractivo, lo más bonito sería estar en el Mondsee y no en esta Viena muerta por la que pasean los turistas. Es como si no hubiera pasado el tiempo. Ivan me llevará a la estación por la mañana, porque ellos no se marcharán con el coche hasta mediodía. La señorita Jellinek pasará a última hora de la tarde, queremos terminar algunas cosas.

Estimado señor Hartleben:
Le agradezco su carta del 31 de mayo.

La señorita Jellinek está esperando, yo fumo, tiene que volver a sacar esa hoja y tirarla a la papelera. No puedo contestar una carta de un 31 de mayo, el número 31 no se puede utilizar ni profanar. ¿Qué es lo que se ha creído ese señor de Múnich?, ¿cómo puede llamarme la atención sobre el 31 de mayo?, ¡qué le importa a él mi 31 de mayo! Salgo de la habitación a toda velocidad, la señorita Jellinek no debe notar que empiezo a llorar, tiene que archivar y ordenar, no tiene por qué darle una respuesta a ese señor. Todas las respuestas tienen tiempo, tiempo hasta el verano, en el baño, con suma angustia, a toda prisa, vuelvo a acordarme de que hoy tengo que escribir sin falta, yo misma, una carta decisiva, suplicante. La señorita Jellinek tiene que calcular las horas, ahora no tengo tiempo, nos deseamos mutuamente un feliz verano. Suena el teléfono, la

señorita Jellinek tiene que irse. Una vez más: ¡feliz verano!, ¡felices vacaciones!, ¡muchos saludos al doctor Krawanja, aunque no me conozca! El teléfono vibra.

Yo no tartamudeo, son imaginaciones tuyas
Pero si anteayer te dije
Tiene que ser un error, quería decir
Lo siento muchísimo, la última noche
No, te he dicho que hoy por desgracia
No quiero que hagas siempre lo que yo quiero
No lo hago, por ejemplo es del todo imposible
Seguro que lo he dicho, solo que tú
Soy yo quien no tiene tiempo hoy
Tengo muchísima prisa, ¡hasta mañana a las ocho!

Extraña coincidencia. Hoy no tenemos tiempo el uno para el otro, la última noche siempre hay tanto que hacer. Yo sí tendría tiempo, mis maletas ya están hechas, Malina, por deferencia a mí, se ha ido a comer fuera. Si supiera dónde está Malina. Pero tampoco quiero verlo, hoy no puedo, tengo que reflexionar sobre unas extrañas coincidencias. Un día tendremos cada vez menos tiempo y un día habrá sido ayer y anteayer y hace un año y hace dos años. Además de ayer habrá además mañana, un mañana que yo no quiero, y ayer… Oh, ese ayer, ahora también recuerdo cómo conocí a Ivan y todo ese tiempo…, y me asusto, porque nunca he querido pensar cómo era al principio, nunca, cómo era hace un mes, nunca, cómo eran los tiempos en los que no había niños, cómo eran los tiempos con Frances y Trollope y cómo fue después con los niños y cómo estuvimos los cuatro en el Prater, cómo me reí en el tren fantasma, con András pegado a mí, también de la calavera. Nunca más he querido saber cómo era al principio, nunca más he vuelto a pararme

frente a la floristería de la Landstrasser Haupstrasse, no he mirado el nombre ni he preguntado el nombre. Pero un día querré saberlo y a partir de ese día me quedaré atrás y volveré a caer en un ayer. Pero todavía no es mañana. Antes de que aparezcan ayer y mañana, tengo que silenciarlos en mi interior. Es hoy. Estoy aquí y hoy.

Ha llamado Ivan, que no puede llevarme hoy al Westbahnhof, porque le ha surgido algo entretanto. No importa, me escribirá una postal, pero yo no puedo seguir escuchando porque tengo que llamar rápidamente para pedir un taxi. Malina ya ha salido de casa y Lina aún no ha llegado. Pero Lina está llegando, me encuentra con las maletas en la escalera, bajamos juntas las maletas, es sobre todo Lina la que las levanta y las lleva, me abraza frente al taxi: ¡Vuélvame usted sana, señora mía, si no, el señor doctor no estará contento!

Voy a toda prisa por el Westbahnhof, luego detrás de un mozo que lleva mis maletas en un carro hasta el final del andén 3, tenemos que dar la vuelta porque el vagón correcto está ahora en el andén 5 y a esta hora salen dos trenes en dirección a Salzburgo. El tren del andén 5 es mucho más largo que el del número 3, y tenemos que andar por la grava hasta los últimos vagones. El mozo quiere que le pague ya, le parece un escándalo y muy típico, pero luego me ayuda porque le he dado diez chelines de más, pero sigue siendo un escándalo. Quisiera que no se hubiera dejado sobornar por diez chelines. Entonces habría tenido que regresar, entonces habría estado en casa en una hora. El tren sale, con mis últimas fuerzas logro cerrar la puerta que se abre de golpe y quiere echarme de allí. Me quedo sentada sobre mis maletas hasta que llega el revisor y me lleva al compartimento. El tren tampoco quiere descarrilar antes de Linz, siempre hace una breve parada en Linz, nunca he estado en

Linz, siempre he pasado sin detenerme, Linz junto al Danubio, no quiero alejarme de las orillas del Danubio.

… ella no veía ya salida alguna de aquel inquietante paraje, que no tenía más que sauces, viento y agua… los sauces silbaban cada vez más, susurraban, reían y gemían… para no escuchar nada más ocultó la cabeza entre sus brazos… No podía avanzar ni retroceder, solo podía elegir entre el agua y la supremacía de los sauces.

Antoinette Altenwyl está en la estación de Salzburgo y junto al tren despide a algunas personas que regresan a Múnich. Siempre he detestado esa estación con sus absurdos tiempos de espera y de trámite, pero en esta ocasión no tengo nada que tramitar, porque me quedo, tengo que dirigirme a INTERIOR. En cualquier caso tengo que esperar a que Antoinette haya terminado de saludar y besar a toda la gente, luego hace señas al tren que ya sale, como si hubiera que despedir a muchedumbres enteras, con condescendencia y, claro está, de mí tampoco se ha olvidado. Atti se alegrará muchísimo de verme, pronto participará en las regatas, ¿cómo?, ¿que no lo sabía? Antoinette olvida siempre qué cosas interesan a otras personas, y Atti quiere llevarme mañana a St. Gilgen, porque en esta primera regata naturalmente no va a participar. Escucho a Antoinette con inseguridad. No entiendo por qué Atti me está esperando, Antoinette seguro que tampoco, se lo ha inventado por pura amabilidad. Malina te manda recuerdos, digo secamente.

Gracias, por qué no habéis venido juntos, no, qué cosas, ¡todavía están trabajando!, ¿y cómo le va a nuestro querido galán?

Que vea en Malina a un galán es para mí tal sorpresa que empiezo a reír: Pero, Antoinette, ¡a lo mejor lo estás confundiendo con Alex Fleisser o con Fritz! Anda, ¿ahora estás con Alex? Yo digo amablemente: Estás loca de remate. Pero sigo imaginándome lo

difícil que lo tendría Malina de galán estando solo en la casa de Viena. Antoinette conduce ahora un Jaguar, los coches ingleses son la única opción posible, y sale de Salzburgo rápida y segura por un atajo que ella ha descubierto. Se extraña de que haya llegado sana y salva, constantemente se oyen cosas muy raras sobre mí, que nunca llego a ningún sitio, en todo caso nunca a tiempo y nunca al lugar en el que me están esperando. Le cuento con todo detalle cuándo estuve en St. Wolfgang por primera vez (y omito lo principal, una tarde en una habitación de hotel), y que estuvo lloviendo todo el tiempo y que fue un viaje absurdo. Aunque ya no lo sé muy bien, dejo que llueva para que Antoinette pueda ofrecerme ahora en compensación un Salzkammergut soleado, sin lluvia. Por aquel entonces yo rara vez podía quedar una hora con Eleonore, porque a ella le tocaba trabajar en la cocina del Grand Hotel, Antoinette me interrumpe irritada: No, pero ¿qué dices?, ¿Lore?, ¿y cómo?, ¿en qué cocina?, en el Grand Hotel, ya ni siquiera existe, se quemó, ¡pero allí no se estaba nada mal! Y yo entierro rápidamente a Eleonore y renuncio a darle explicaciones a Antoinette y a herirme. No debería haber venido aquí nunca.

En casa de los Altenwyl ya hay cinco personas para el té, tienen que venir aún dos más a cenar, y yo ya no tengo valor para decir: ¡Pero si me habéis prometido que no habría nadie, que estaría todo tranquilo, solo nosotros! Y mañana vienen también los Wantschura, que han alquilado una casa para el verano, y el fin de semana ya solo la hermana de Atti, que insiste en traerse con ella a Baby, la que, ¿me estás escuchando?, una historia increíble, se ha casado en Alemania con ese tal Rottwitz,[108] esa estafadora nata, para otra cosa no habría nacido, y fuera debe tener un *succés fou,*[109] es que los alemanes se lo creen todo, se creen de verdad que Baby es

familia de los Kinsky y también de ellos, de los Altenwyl, asombroso. Antoinette no sale de su asombro.

Me escapo de la hora del té, camino sin rumbo por el pueblo y por toda la orilla y, como ya estoy aquí, hago mis visitas. En estas zonas la gente se transforma de una manera curiosa. Los Wantschura se disculpan por haber alquilado una casa en el Wolfgangsee, yo no se lo he reprochado, yo también estoy aquí. Christine no para de correr por la casa con un viejo delantal atado por delante, para que no se vea debajo el vestido de Saint-Laurent. Que ha sido pura casualidad, que ella habría preferido en la Estiria más profunda. Pero ahora los Wantschura están aquí, aunque lo que es por ellos los festivales harían bien en no celebrarse. Christine se lleva las manos a la sien, aquí todo la pone de los nervios. En el jardín planta lechugas y hierbas, echa sus hierbas a todo lo que cocina, aquí se dan tan bien, inconcebiblemente bien, hoy Xandl va a hacer un simple arroz con leche, es la tarde libre de Christine. Vuelve a llevarse las manos a la sien, se pasa los dedos por el pelo. Que a nadar no van prácticamente nunca, se tropieza uno por todas partes con gente conocida, y con eso me pone en antecedentes. Christine pregunta luego: ¿Y bien?, ¿con los Altenwyl? Bueno, es cuestión de gustos, Antoinette es una persona encantadora, pero Atti, cómo lo aguantas, nosotros ya no tenemos trato con él, creo que sencillamente está celoso de Xandl. Yo digo asombrada: Pero ¿cómo es posible? Christine dice con desdén: En otro tiempo Atti pintaba o dibujaba, yo qué sé, bueno, es que no soporta que alguien sea capaz de hacer algo de verdad, como Xandl, así son todos esos diletantes, no me interesa nada tratar con gente así, a Antoinette la veo de vez en cuando en el pueblo y en Salzburgo en la peluquería, no, en Viena nunca, en el fondo son todos tan ultraconservadores como ni ellos

mismos quisieran serlo, e incluso Antoinette, aunque ella tiene mucho encanto, pero de arte moderno, por favor, ni la más remota idea, y que se haya casado con Atti Altenwyl, de eso no se apea, Xandl, digo lo que pienso, soy como soy, hoy me estás poniendo furiosa, ¿me oyes?, y al final les voy a dar a los niños como alguno entre otra vez en la cocina, por favor, atrévete a llamar doctor Altenwyl alguna vez a Atti, me gustaría ver qué cara pondría, le parecería imposible, ese republicano con su tinte rojizo, y aunque en su tarjeta de visita pusiera cien veces «Dr. Arthur Altenwyl», solo le alegraría porque, a pesar de ello, cualquiera sabe quién es. ¡Así son todos!

Donde los Mandl, en la casa de al lado, que cada año están más americanizados, hay un joven sentado en el *livingroom*, que es un escritor *outstanding*,[110] si he entendido bien, y si he entendido bien el nombre, debe apellidarse Markt o Marek, yo no he leído ni he oído nada de él, deben de haberlo descubierto hace poco o estar esperando a que Cathy lo descubra. Pasados los primeros diez minutos pregunta por los Altenwyl con franca avidez, y yo le doy respuestas escuetas, a veces incluso ninguna. ¿Y qué es lo que hace en realidad el conde Altenwyl?, pregunta el joven genio, y continúa sin parar, que cuánto hace que conozco al conde Altenwyl y si yo soy de verdad amiga suya y si es cierto que el conde Altenwyl… No, no tengo ni idea, nunca le he preguntado a qué se dedica. ¿Yo? Quizá dos semanas. ¿Vela? Quizá. Sí, creo que tienen dos botes o tres, no lo sé. Puede. ¿Qué es lo que querrá el señor Markt o el señor Marek? ¿Una invitación a casa de los Altenwyl o no quiere más que pronunciar constantemente ese apellido? Cathy Mandl tiene un aspecto regordete y amable, roja como un cangrejo porque nunca llega a ponerse morena, habla un americano vienés y un vienés americano con acento nasal. Es la gran regatista de la familia, el

único *danger* serio para Altenwyl, si se exceptúa a Leibl, que es *professional.* El señor Mandl habla poco y en tono apacible, prefiere observar. Dice: No tiene usted ni idea de la energía que tiene mi esposa, todos los días, si no se sube pronto al barco, prepara el jardín y pone la casa patas arriba, algunas personas viven y otras observan cómo estas viven, yo soy de los que observan. ¿Usted también?

No lo sé. Me ponen un vodka con zumo de naranja. ¿Cuándo he tomado yo ya esa bebida? Miro el vaso como si hubiera otro dentro, y lo recuerdo, me entra mucho calor, quisiera dejar caer el vaso o vaciarlo, porque una vez ya bebí vodka con zumo de naranja en lo alto de una casa, en la peor de mis noches, alguien quería tirarme por la ventana, y ya no oigo lo que Cathy Mandl dice sobre la International Yacht Racing Union, a la que por supuesto pertenece, me termino el vaso por consideración al afable señor Mandl, él sabe lo fanáticos de la puntualidad que son los Altenwyl, y regreso paseando en el crepúsculo, se oyen zumbidos y susurros cerca del lago, los mosquitos y las mariposas revolotean alrededor de mi rostro, a punto de caerme busco el camino de regreso a casa y pienso que debo tener un aspecto fiable, buen aspecto, estar de buen humor, nadie debe verme aquí con esta cara de color gris ceniciento, por la noche tiene que quedarse fuera, aquí, en el camino, solo puedo tenerla a solas, en una habitación, y entro en la casa iluminada y digo radiante: ¡Buenas noches, Anni! La vieja Josefin viene cojeando por el pasillo y yo estoy radiante y río: ¡Buenas noches, Josefin! Ni Antoinette ni todo este St. Wolfgang acabarán conmigo, nada me hará temblar, nada perturbará mis recuerdos. Pero en mi habitación, donde puedo tener el aspecto que tengo, no me derrumbo, pues en el tocador, junto al lavabo de

fayenza antigua, veo una carta. Primero me lavo las manos, echo con mucho cuidado el agua en la jofaina y dejo la jarra en su sitio, y después me siento en la cama y sostengo en la mano la carta de Ivan, que ha enviado ya antes de mi partida, no lo ha olvidado, no ha perdido la dirección, beso muchas veces la carta y pienso si debo abrirla por el borde con cuidado o rajar la carta con la tijera de las uñas o con el cuchillo de la fruta, miro el sello, tiene una mujer con traje regional, ¿por qué otra vez? No quiero leer la carta ahora mismo, sino escuchar música primero, después quedarme un buen rato despierta, sujetando la carta, leyendo mi nombre, escrito por la mano de Ivan, poner la carta bajo la almohada, sacarla después y abrirla con mucho cuidado en mitad de la noche. Llaman a la puerta, Anni asoma la cabeza: A cenar, por favor, señora, los señores ya están en el salón-comedor. Salón-comedor lo llaman aquí, y como tengo que peinarme a toda prisa, retocarme el maquillaje y reírme otra vez por lo del salón-comedor de los Altenwyl, no me queda mucho tiempo. Después de un sordo golpe de gong abajo, antes de apagar la luz, abro la carta. No veo encabezamiento alguno, en la hoja no hay más que una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho líneas, exactamente ocho líneas, y al final de la hoja leo: Ivan.

Bajo al salón-comedor y ahora ya puedo decir: Que el aire de aquí es estupendo, que he estado paseando y curioseando por aquí y por allá, que he ido a ver a unos amigos, ¡pero sobre todo el aire, el campo, después de la gran ciudad! Antoinette dice unos nombres con su voz segura y aguda, ubica a los invitados. De primero hay una simple sopa de albóndigas de hígado. Antoinette tiene por principio, especialmente en la casa de St. Wolfgang, ser fiel a la vieja cocina vienesa. No servir en la mesa nada dudoso ni de moda, tampoco nada francés, español o italiano, nadie se sorprenderá por unos espaguetis demasiado blandos, como en casa de los

Wantschura, o con un triste sabayón sin cuajar, como en casa de los Mandl. Probablemente Antoinette le debe al apellido Altenwyl el que los nombres y los platos sigan sin adulterar, y ella sabe que la mayoría de los huéspedes y parientes son conscientes de sus principios. Aunque ya no existiera nada vienés, en casa de los Altenwyl se seguirá comiendo, mientras ellos vivan, compota de ciruelas, patatas al estilo imperial y asado a los húsares, no habrá agua corriente ni calefacción central, el lino de las toallas estará tejido a mano, y en la casa habrá una conversación que no puede confundirse con «conversaciones», «discusiones», «encuentros», sino una especie de hablar sin escucharse, ingrávido, que permite que todos hagan bien la digestión y los mantiene de buen humor. Lo que Antoinette no sabe es que donde se ha desarrollado con más fuerza su sentido artístico es en estos ámbitos, debido al espíritu de los Altenwyl y no tanto a sus confusos conocimientos y a sus casuales adquisiciones de obras de arte moderno. Hoy la mitad de la mesa tiene que hablar francés por los parientes lejanos de Atti, un tío Beaumont y su hija Marie. Cuando el francés empieza a prevalecer, Antoinette se interpone con un ruego: Atti, hace corriente, sí, lo estoy sintiendo, ¡viene de allí! Atti se levanta dos veces y corre las cortinas, coloca y ajusta la falleba. ¡Hoy en día todo son chapuzas lo de estos artesanos nuestros! *Mais les artisans chez nous, je vous en pris, c'est partout la même chose! Mes chers amis, vous avez vu comment on a détruit Salzbourg même Vienne! Mais chez nous à Paris, c'est absolument le même, je vous assure!*[111] Bueno, Antoinette, te admiro, la cantidad de cosas que sigues haciendo hoy. ¡Sí, sin Antoinette, que también aguanta lo suyo…! No, hemos traído un servicio muy sencillo de Italia, de Vietri, está en el sur, ya sabes, antes de llegar a Salerno. Y de repente recuerdo una enorme fuente de Vietri, maravillosa, de color gris verdoso, con

un dibujo de hojas, quemada y desaparecida, mi primer frutero, ¿por qué tendrá que salir a relucir hoy no solo el vodka con zumo de naranja, sino también la cerámica de Vietri? *Vous êtes sûre qu'il ne s'agit pas de Fayence?* Jesús, exclama Antoinette, el tío Gontran me marea, por favor, ayudadme, aún no he comprendido que *fayenza* posiblemente viene de *Faenza* o que directamente es lo mismo, siempre se aprende algo nuevo. ¿Bassano del Grappa? *Il faut y aller une fois, vous prenez la route, c'était donc, tu te rappelles, Marie?* [112] *Non*, dice la tal Marie *froidement*,[113] y el viejo Beaumont mira a su hija vacilante y a mí implorante, pero Antoinette, ante la frialdad de María, cambia de tema rápidamente a Salzburgo y revuelve el asado de carne picada, a mí me susurra: No, el asado de carne picada hoy ya no es como antes. A los otros en voz alta: Por cierto, *La flauta mágica*, ¿estuvisteis?, ¿y qué os pareció? Anni, dígale a Josefin que hoy me ha decepcionado mucho, ella ya sabe por qué, no necesita usted explicárselo. Pero ¿qué me dices de Karajan?,[114] ¡para mí ese hombre siempre ha sido un enigma!

Atti capea el temporal entre el asado de carne picada demasiado seco, el *Réquiem* de Verdi que Karajan ha dirigido sin la aprobación de Antoinette, y *La flauta mágica*, que ha puesto en escena un conocido director alemán, cuyo nombre Antoinette sabe perfectamente, pero, confusa, pronuncia mal dos veces, prácticamente igual que Lina, que tan a menudo oscila maliciosamente entre Zoschke y Boschke. Pero Antoinette ya está otra vez con Karajan, y Atti dice: Pero, por favor, para Antoinette cualquier hombre es un absoluto enigma, y eso es lo que la hace tan atractivamente ingenua y encantadora para los hombres. Antoinette se ríe con su inimitable sonrisa altenwýlica, conseguida por matrimonio, pues, aunque Fanny Goldmann sigue siendo la mujer más hermosa de Viena y pronuncia el usted de la manera más linda,

el premio a la sonrisa más bella sería para Antoinette. ¡Ay, es igualita que Atti!, querido, no tienes ni idea de cuánta razón tienes, pero lo más indignante es, dice con una coquetería que ahora va dirigida a su plato con el budín de sémola, del que saca una cucharadita llena que hace balancear a media altura con un gracioso gesto de la mano (¡ah!, Josefin es verdaderamente impagable, así es como se hace el budín, aunque me cuidaré bien de decírselo), pero lo que es más indignante, Atti, es que tú sigues siendo para mí el mayor de los enigmas, por favor, ¡no me contradigas! Se sonroja de manera muy conmovedora, porque sigue sonrojándose cuando se le ocurre algo que no ha dicho nunca. *Je vous adore, mon chéri*, susurra con ternura y tan alto que todos la oyen. Porque si un hombre sigue planteándonos los mayores enigmas después de diez años, por favor, qué digo, de doce, no queremos hastiar a los demás con nuestros secretos públicos, entonces ha ganado uno la lotería, ¿tengo o no tengo razón? *Il faut absolument que je vous le dise ce soir!*[115] Buscando aprobación mira también hacia mí y luego le lanza a Anni una mirada de acero, porque Anni estaba tratando de quitar mi plato del sitio equivocado, pero al momento siguiente ya está otra vez en disposición de mirar a Atti toda enamorada. Echa la cabeza hacia atrás y el cabello recogido se le desparrama casi por casualidad sobre los hombros en ligeros rizos de un castaño dorado, está satisfecha y contenta. El viejo Beaumont empieza a hablar, implacable, de los viejos tiempos, aquello sí que eran auténticas vacaciones de verano, los padres de Atti se marchaban de Viena con baúles llenos de vajillas, plata y ropa de cama, con la servidumbre y con los niños. Antoinette mira a su alrededor suspirando, empieza a parpadear porque toda la historia amenaza con verse servida por centésima vez, Hofmannsthal y Strauss, claro está, iban a su casa todos los veranos, Max Reinhardt y Kassner, y ese raro libro de

homenaje a Kassner de Fertsch Mansfeld,[116] que todos deberíamos ver hoy ya de una vez, y las fiestas de Castiglione, *une merveille sans comparaison, inoubliable, il était un peu louche, oui,* pero Reinhardt, *toute autre chose*, un auténtico caballero, *il aimait les cygnes,* ¡pues claro que le encantaban los cisnes! *Qui était ce type là?*,[117] pregunta María con frialdad. Antoinette se encoge de hombros, pero Atti acude amablemente en ayuda del anciano caballero, por favor, tío Gontran, cuéntenos esa historia tan graciosa de su excursión a la montaña, sabéis, era la época en que empezaba el alpinismo, de verdad que es para morirse de risa, sabes, Antoinette, que el tío Gontran fue uno de los primeros esquiadores que aprendieron la técnica Arlberg en el Arlberg,[118] ¿no era aquella la época del christiania y el telemark?,[119] y también fue uno de los primeros en descubrir la dieta de las pipas de girasol y los baños de sol, entonces era algo muy osado, desnudos, ¡por favor, cuéntelo! Chicos, me muero, anuncia Antoinette, estoy contenta de poder comer hasta hartarme, como me plazca, da igual la línea. Echa a Atti una mirada cortante, aparta la servilleta, se levanta y pasamos todos del salón-comedor al gran salón contiguo, esperamos el moca y Antoinette vuelve a impedir una vez más que el viejo Beaumont nos relate lo del Arlberg y la cura Kneipp, lo de tomar el sol desnudo o cualquier otra aventura de principios de siglo. No hace mucho le decía yo a Karajan, pero nunca se sabe si ese hombre te está escuchando, está siempre en trance, por favor, Atti, no tienes que echarme esa mirada tan suplicante, ya cierro la boca. Pero ¿qué decís de la histérica de Christiane? Vuelta hacia mí: Por favor, ¿puedes decirme qué le ha pasado a esta mujer?, me mira como si se hubiera tragado una escoba, yo siempre la saludo amablemente, pero esa creída no quisiera otra cosa que echarme encima pez y azufre, claro que el Wantschura, con sus esculturas, acabará

destrozándole los nervios como antes a la Lisel, es algo notorio en él, sus musas acaban todas agotadas porque siempre tienen que estar posando en el taller, y encima llevar la casa, yo lo entiendo, pero hay que saber contenerse cuando se está en público con un hombre así, tiene un talento enorme, Atti ha comprado sus primeras cosas, os las enseñaré, ¡son lo mejor de Xandl!

En cuanto pase una hora podré meterme en la cama y taparme con un grueso edredón de campo, porque por la noche siempre refresca en el Salzkammergut, fuera habrá algunas centellas, pero también en la habitación algo empezará a zumbar, yo me bajaré de la cama, empezaré a dar vueltas buscando un insecto que zumbe y susurre, no lo encontraré y entonces una mariposa se calentará tranquilamente en mi lámpara, podría matarla, pero es que no me está haciendo nada y por eso no puedo, tendría que emitir algún sonido o hacer un ruido martirizante para que me entren ganas de matarla. De mi maleta saco unas cuantas novelas policíacas, solo tengo que leerlas. Pero al cabo de unas páginas me doy cuenta de que ya conozco el libro. *El asesinato no es un arte.*[120] Sobre el piano están las partituras de Antoinette, dos volúmenes de *Sang und Klang*,[121] los abro por diferentes sitios y pruebo en voz baja algunos compases que había tocado de niña. *Tiembla, Bizancio… Príncipe de Ferrara, levantaos… La muerte y la doncella,*[122] la marcha de *La hija del regimiento…*[123] la *Canción del champán…* [124] *La última rosa del verano.*[125] Canto en voz baja, aunque desafinando: ¡tiembla, Bizancio! Luego aún más bajo, pero bien: el vino que se bebe con los ojos…[126]

Justo después del desayuno, que tomamos Atti y yo solos, salimos en su lancha a motor. Atti lleva un cronómetro al cuello, me ha pasado el bichero con el gancho, en un momento delicado trato de

dárselo y me lo dejo caer. Tú no estás en tus cabales, tienes que empujar con esto, nos vamos a dar con el embarcadero, ¡venga, empuja el bote! Atti nunca suele gritar, pero en los botes tiene que gritar, esa sola cosa podría quitarme las ganas de ir en bote. Empezamos a salir marcha atrás, gira y yo pienso en todos aquellos años en los botes en los lagos y en los mares, vuelvo a mirar los parajes de entonces, ¡así que este es el lago olvidado, estaba aquí! Atti, a quien quiero hacer comprender lo maravilloso que me parece deslizarme tan deprisa por el agua, no me escucha en absoluto, pues lo único que quiere es llegar a tiempo al otro lado, antes de que salgan. Cerca de St. Gilgen nos balanceamos un poco. Pasan aún diez minutos tras el primer disparo, luego por fin llega el segundo disparo, y ahora, minuto a minuto, retiran las balizas. ¡Mira, ya se llevan la última! Yo no veo nada, pero sí que oigo el disparo de salida. Nos quedamos detrás de los veleros que se ponen en marcha, de todo ello, lo que aún me llama la atención es que uno que va delante de nosotros hace ahora una trasluchada, una *emparte*,[127] me explica Atti, y luego navegamos muy despacio para no perturbar la regata, Atti contempla las maniobras de esos tristes navegantes moviendo la cabeza. Ivan debe navegar muy bien, vamos a ir juntos a navegar, el año que viene, tal vez al Mediterráneo, porque Ivan no valora mucho nuestros pequeños lagos. Atti se indigna: Por favor, ese no está en sus cabales, este se está pegando mucho, ese se está alejando, y yo señalo a uno que está moviéndose, mientras todos los demás están prácticamente parados. ¡Ese tiene una racha propia! ¿Una qué? Y Atti me lo explica muy bien, pero yo veo mi lago olvidado con esos juguetes encima, me gustaría navegar aquí con Ivan, pero muy lejos de los demás, aun cuando se me despellejen las manos y tenga que ir siempre a rastras bajo el mástil. Atti va hasta la primera boya, donde todos

tienen que girar, está absolutamente consternado. Porque hay que pegarse mucho a ella y rodearla, el segundo ha perdido ya al menos cincuenta metros, el tripulante del velero unipersonal está desaprovechando el viento y entonces me entero además de que hay un viento real y uno aparente, eso me gusta mucho, observo a Atti con admiración y repito una lección. Lo que cuenta al hacer vela es el viento aparente.

Atti se pone de buen humor con mi interés, el hombre aquel, ¿no va sentado algo raro en el bote?, tendría que ir más atrás, bueno, por fin, ahora se echa hacia fuera. ¡Más, un poco más! Se lo ve muy cómodo, digo yo, pero Atti dice, de nuevo indignado, que no es cómodo, que el hombre no piensa más que en el viento y en su bote, y yo miro al cielo, tratando de recordar de los vuelos sin motor lo que es el viento térmico, cómo funciona lo de la térmica, y cambio mi mirada, el lago ya no es el lago, luminoso o plomizo, sino que las rayas oscuras significan algo, ahora dos botes se inclinan a sotavento, porque apenas se mueve, tratan de hinchar las velas. Volvemos a seguirlos un trecho, hasta cerca de la siguiente boya, y empieza a hacer frío. Atti cree que «derogarán» la regata, porque no merece la pena, en verdad no vale la pena, Atti sabe por qué no participa en esta regata. Nos dirigimos a casa, damos tumbos sobre las aguas algo más agitadas, pero de repente Atti para el motor porque nos sale al encuentro Leibl, que también está en St. Gilgen, y yo le digo a Atti: Pero ¿qué vapor tan grande es ese? Atti grita: Eso no es un vapor es una…

Los dos hombres empiezan a hacerse señas. ¡Hola, Altenwyl! ¡Hola, Leibl! Nuestros botes están uno al lado del otro, los hombres hablan animadamente, Leibl aún no ha retirado sus botes, Atti le invita a ir mañana a casa a comer. Otro más, pienso yo, así que este es el señor Leibl, el retaco triunfador que gana todas las regatas con

su catamarán, yo hago un gesto respetuoso, porque no puedo gritar como Atti, mirando de vez en cuando en el retrovisor. Porque seguro que ese Leibl contará hoy por todo St. Gilgen que ha visto a Atti sin Antoinette y con una rubia. El triunfante señor Leibl no puede saber que Antoinette tenía que ir hoy sin falta a la peluquería, que además le da exactamente igual con quién vaya Atti sin freno por el lago, porque Atti lleva tres meses sin pensar en otra cosa que en el lago y los veleros, como Antoinette, afligida, le asegura a todo el mundo en privado, en otra cosa que no sea ese maldito lago, en nada más.

A última hora de la tarde tenemos que volver otra vez al lago, a treinta o treinta y cinco nudos, porque Atti ha quedado con un fabricante de velas, la noche es fría, Antoinette se ha deshecho de nosotros, tiene que ir al estreno de *Cada cual.*[128] Constantemente oigo una música: Y sueño con felices lejanías…,[129] estoy en Venecia, pienso en Viena, miro por encima del agua y miro al agua, a las tenebrosas historias entre las que ando metida. ¿Somos Ivan y yo una historia tenebrosa? No, él no, solo yo soy una historia tenebrosa. Solo se oye el motor, el lago está precioso, en la otra orilla veo ya una mortecina hilera de luces, perdida y trasnochada, y mis cabellos ondean al viento.

… y no vivía ningún ser humano más que ella, y había perdido la orientación…, era como si todo se hubiera puesto en movimiento, oleadas de ramas de sauce, las mareas seguían su propio curso…, había en su interior un desasosiego jamás conocido que se asentó pesadamente en su corazón...

Si no hubiera viento en contra, lloraría amargamente a mitad de camino a St. Gilgen, pero el motor traquetea, se para del todo, Atti echa el ancla, todo el anclaje, me grita algo, y yo obedezco, he

aprendido que en un bote hay que obedecer. Solo uno puede hablar. Atti no encuentra la lata con la gasolina de reserva y yo pienso qué va a ser de mí, toda la noche en el bote, ¿con este frío?, no nos ve nadie, estamos aún lejos de la orilla. Pero entonces encontramos la lata, también el embudo. Atti se sube a la parte delantera y yo sujeto la linterna. Ya no estoy segura de querer llegar realmente a una orilla. Pero el motor se pone en marcha, levamos el ancla, nos dirigimos a casa sin decir palabra, porque Atti sabe también que podríamos haber tenido que pasar toda la noche en el agua. A Antoinette no le decimos nada, le llevamos de contrabando un saludo de la otra orilla, saludos inventados, he olvidado los nombres de la gente. Cada vez olvido más. En la cena tampoco recuerdo lo que debía o quería decirle a Erna Zanetti, que ha estado con Antoinette en el estreno, lo intento con unos saludos del señor Kopecky de Viena. Erna se queda asombrada: ¿Kopecky? Le pido disculpas, debe ser un error, alguien le manda recuerdos de Viena, quizás Martin Ranner. Eso podría ser, a veces lo hace, dice Erna en tono indulgente. Sigo pensando durante toda la cena. Pero no tendría que pasarme esto, a lo mejor era algo más importante, que no eran saludos, a lo mejor tenía que pedirle algo a Erna, no era un plano de Salzburgo, no era un plano de los lagos ni del Salzkammergut, no era preguntarle por un peluquero o por una droguería. Dios mío, ¿qué era lo que tenía que decirle o preguntarle a Erna? No quiero nada de ella, pero tenía que preguntarle algo. Mientras tomamos el moca en el gran salón, sigo mirando a Erna con sentimientos de culpabilidad porque nunca volveré a acordarme. No recuerdo nada de la gente que me rodea, olvido, olvido hasta los nombres, los saludos, las preguntas, los avisos, los chismes. No necesito ningún Wolfgangsee, no necesito descanso, me asfixio cuando se hace de noche y hay conversación, las situaciones no se

repiten de verdad, solo de manera alusiva, me asfixio de angustia, de la angustia ante una pérdida, aún tengo algo que perder, tengo todo por perder, es lo único importante, sé cómo se llama y no soy capaz de estar aquí sentada en casa de los Altenwyl, en compañía de otra gente. Desayunar en la cama es agradable, pasear por la orilla del lago es sano, comprar periódicos y cigarrillos en St. Wolfgang está bien y no sirve de nada. Pero saber que alguna vez echaré terriblemente de menos cada uno de estos días, que gritaré de horror, porque paso los días así mientras que en el Mondsee la vida es… Nunca podrá volver a enmendarse.

A medianoche regreso al gran salón y de la biblioteca de Atti cojo *El ABC del patrón de velero, De proa a popa, Barlovento y sotavento.* Unos títulos bastante horrendos, a Atti tampoco le pegan. He pescado otro libro: *Anudar, casar, aparejar*,[130] parece lo adecuado para mí, «este libro no presupone… se trata con la misma claridad sistemática… que enseña con claridad comprensible a hacer nudos ornamentales, desde el nudo de marinero hasta una cadena trenzada». Leo un manual fácil de entender para principiantes. La pastilla para dormir ya me la he tomado. ¿Qué va a ser de mí si empiezo ahora?, ¿cuándo podré partir, y cómo?, aquí podría rápidamente aprender todavía a hacer vela, pero no quiero. Quiero marcharme, no creo que necesite nada más, que tenga que comprender para toda la vida lo que significa equilibrar, en equilibrio, coequilibrar. Nunca se me han cerrado los ojos leyendo un libro, ahora tampoco se me cerrarán. Tengo que ir a casa.

A las cinco de la mañana voy a hurtadillas hasta el teléfono del gran salón. No sé cómo pagarle el telegrama a Antoinette, porque no puede saber nada de este telegrama. Recepción de telegramas, por favor, espere… Espero y fumo y espero. Suena un clic en la línea,

una voz femenina, juvenil y viva, pregunta: abonado, por favor, ¿el número? Con miedo susurro el apellido de los Altenwyl y su número de teléfono, esa persona llamará enseguida de vuelta, levanto el articular al primer timbrazo y susurro, para que no me oiga nadie en la casa: Doctor Malina, Ungargasse 6, Viena III. Texto: ruego telegrama urgente por regreso urgente a viena stop llego mañana tarde stop saludos…

Por la mañana llega un telegrama de Malina, Antoinette no tiene tiempo y se queda un poco asombrada, yo me voy a Salzburgo con Christine, que quiere saber con todo detalle qué tal fue todo en casa de los Altenwyl. Antoinette parece haberse vuelto completamente histérica, hasta la extenuación, Atti es un hombre encantador e inteligente, pero esa mujer lo va a volver completamente loco. Qué va, digo yo, yo no he notado nada de eso, ¡jamás se me hubiera ocurrido! Christine dice: Claro que si prefieres quedarte con esa gente, naturalmente nosotros te habríamos invitado, en nuestra casa habrías tenido calma de verdad, llevamos una vida tremendamente sencilla. Fatigada, miro por la ventanilla y no encuentro respuesta. Digo: ¿Sabes?, es que conozco a los Altenwyl de hace ya mucho tiempo, pero no, no es por eso, me gustan mucho, no, de verdad que no son cansinos, ¿cómo habrían de ser cansinos?

Estoy demasiado fatigada, siempre a punto de llorar en este viaje, en algún momento aparecerá ese Salzburgo, solo quedan quince kilómetros, solo cinco kilómetros. Estamos en la estación. Christine se acuerda de que tiene que ir a ver a alguien y antes tiene que hacer unas compras. Yo digo: Vete, por el amor de Dios, ¡las tiendas están a punto de cerrar! Por fin me quedo sola, encuentro mi vagón, esta señora siempre se contradice, yo también me contradigo. ¿Por qué no me he dado cuenta hasta ahora de que ya casi no soporto a

la gente? ¿Desde cuándo es así? ¿Qué ha sido de mí? Aturdida paso por Attnang-Puchheim y Linz, con un libro que de vez en cuando se balancea entre mis manos: *Ecce homo.*[131] Espero que Malina esté en el andén, pero no hay nadie y tengo que llamar por teléfono, pero no me gusta llamar por teléfono desde estaciones, desde cabinas telefónicas u oficinas de Correos. Desde esas celdas telefónicas en absoluto. En alguna ocasión he debido estar en una cárcel, no puedo llamar por teléfono desde una de esas cabinas, tampoco desde cafés, tampoco desde casas de amigos, tengo que estar en casa cuando llamo por teléfono, y nadie puede estar cerca, a lo sumo Malina, porque él no escucha. Pero esto es algo muy distinto. Sudando de miedo por el sitio, llamo desde una cabina del Westbahnhof. No puede pasarme nada aquí, me volvería loca, no puede pasarme nada en una cabina.

Hola, soy yo, muchas gracias
Pero en el Westbahn no podría antes de las seis
Ven, por favor, te lo suplico, sal antes
Ya sabes que no puedo, podría
Bueno, entonces déjalo, ya me arreglaré
No, por favor, qué es lo que pasa, es que se te oye
Perdona, no es nada, déjalo, ya te digo
Entonces nos vemos esta noche, estarás
Sí, esta noche estoy, nos vemos seguro

Se me ha olvidado que Malina tiene guardia y cojo un taxi. ¿Quién querrá volver a ver hoy ese maldito automóvil en el que el archiduque Francisco Fernando fue asesinado en Sarajevo y esa guerrera ensangrentada? Tengo que mirar en los libros de Malina: Coche particular marca Graef&Stift, número de matrícula A III-118, tipo: carrocería de doble faetón, 4 cilindros, 115 mm de perforación,

140 mm de cilindrada, 28/32 caballos de fuerza, motor n.º 287. La parte trasera con metralla del primer atentado (con bomba), en la parte derecha se ve el orificio de entrada del proyectil que ocasionó la muerte de la duquesa, en el lado izquierdo del parabrisas está colocado el estandarte que el archiduque llevaba el 28 de junio de 1914…[132]

Recorro todas las habitaciones con el catálogo del Museo Militar, parece como si la casa llevara meses deshabitada, porque cuando Malina está solo no hay desorden por ningún lado. Si Lina se queda sola más a menudo por la mañana, todo lo que haga referencia a mí desaparece en cajones y armarios, no cae polvo, solo conmigo vuelve a haber polvo y suciedad al cabo de unas pocas horas, los libros estarán desordenados, papeles por todos lados. Aún no hay nada por ahí tirado. Antes de marcharme le dejé a Anni un sobre para el correo que pudiera llegarme a St. Wolfgang, será una postal, ninguna sorpresa especial, aun con todo necesito la postal para poder ponerla aquí en una bandeja junto a las cartas y postales de París y de Múnich, con una carta de Viena que me llegó a St. Wolfgang arriba del todo. Sigo echando de menos el Mondsee. Me siento frente al teléfono, espero y fumo, marco el número de Ivan, dejo que suene en su casa, no podrá contestar en varios días, y yo podría recorrer varios días esta Viena muerta, cada vez más calurosa, o quedarme aquí sentada, estoy ausente, mi espíritu está ausente, ¿qué es la ausencia de espíritu?, ¿dónde está el espíritu cuando está ausente?, es la ausencia de espíritu por dentro y por fuera, aquí el espíritu está ausente en todas partes, puedo sentarme donde quiera, puedo tocar los muebles, podría alegrarme porque me he escapado y vivo nuevamente en la ausencia. He regresado a mi país, que también está ausente, mi magnánimo país, en el que

puedo instalarme.

Debe de ser Malina quien llama, pero es Ivan.

Por qué estás, acabo de intentar allí
De repente, era urgente, acabo de
Hay algo, hemos, sí, te mandan recuerdos
Yo también he tenido un tiempo estupendo, ha sido muy
Pero tú siempre, pero si necesitas
Es una lástima, pero por desgracia tengo
Tengo que colgar, ahora mismo tenemos que
Una postal, me has, todavía no, entonces
Te escribo a la Ungargasse, sí, seguro
Tampoco es tan importante, si puedes, entonces
Claro que puedo, cuídate, no me hagas
No, seguro que no, ¡ahora tengo que colgar!

Malina ha entrado en la habitación. Me sujeta. Ahora yo puedo volver a sujetarlo a él. Me aferro a él, me aferro a él con más fuerza. Allí casi me habría vuelto loca, no, no solo en el lago, también en la cabina, ¡he estado a punto de volverme loca! Malina me sujeta hasta que me tranquilizo, me he tranquilizado y pregunta: ¿Qué estás leyendo? Le digo: Me estoy interesando, empieza a interesarme. Malina dice: ¡No te lo crees ni tú! Yo digo: Sigues sin creerme, y tienes razón, pero algún día podría empezar a interesarme por ti, ¡por todo lo que haces, piensas y sientes!

Malina sonríe de una forma peculiar: No te lo crees ni tú.

Puede empezar el verano más largo. Todas las calles están desiertas. Puedo recorrer estos páramos en un estado de profunda embriaguez, los grandes portales de la Albrechtsrampe y de la Josefplatz estarán cerrados, no puedo recordar qué fue lo que

estuve buscando por aquí una vez, ¿cuadros, láminas, libros? Recorro la ciudad sin rumbo, porque al andar se hace perceptible, donde la percibo mejor, y con mucha emoción, es en el Reichsbrücke, sobre el canal del Danubio, al que tiré un anillo en una ocasión. Estoy casada, tiene que haber habido una boda. No voy a esperar más postales del Mondsee, aumentaré mi paciencia si sigo así unida a Ivan, ya no puedo quitármelo de encima, porque, contra toda razón, he perdido mi cuerpo, que ya solo se mueve estando crucificado a él de continuo, suavemente, con dolor. Será para toda la vida. En el Prater un guarda dice amablemente: No puede quedarse aquí más, con toda esa gentuza de noche, ¡váyase a casa!

Mejor me voy a casa, a las tres de la mañana estoy apoyada en el portal de la Ungargasse 9, con las cabezas de león a ambos lados, y luego otro rato más ante el portal de la Ungargasse 6, mirando calle arriba en dirección al número 9, en medio de mi pasión, con el camino de la historia de mi pasión a la vista, ese que he vuelto a recorrer voluntariamente, desde su casa a mi casa. Nuestras ventanas están a oscuras.

Viena guarda silencio.

CAPÍTULO SEGUNDO

El tercer hombre[133]

Malina debe preguntarlo todo. Pero yo respondo, sin que me pregunte: en esta ocasión el lugar no es Viena. Es un lugar llamado En todas partes y En ninguna parte. El tiempo no es hoy. El tiempo ya no es, porque podría haber sido ayer, haber sido hace mucho, puede volver a ser, ser siempre, algunas cosas no habrán sido nunca. Para las unidades de ese tiempo, en el que se insertan otros tiempos, no hay medida, y no hay medida para los destiempos en los que interviene lo que nunca fue en el tiempo.

Malina debe saberlo todo. Pero yo decido: Son los sueños de anoche.

Se abre una gran ventana, más grande que todas las ventanas que he visto, pero no da al patio de nuestra casa de la Ungargasse, sino a un sombrío campo de nubes. Bajo las nubes podría haber un lago. Sospecho qué lago puede ser. Pero ahora ya no está helado, ya no es la fiesta de la víspera de mayo[134] y han desaparecido los emotivos coros masculinos que antes estaban sobre el hielo, en mitad del lago. Y el lago, que no se puede ver, lo bordean muchos cementerios. No hay cruces en ellos, pero sobre cada tumba hay unas nubes densas y oscuras; apenas pueden distinguirse las

tumbas, las lápidas con sus inscripciones. Mi padre está a mi lado y retira su mano de mi hombro, porque el sepulturero se acerca a nosotros. Mi padre lanza al anciano una mirada imperiosa, el sepulturero, amedrentado por esa mirada de mi padre, se gira hacia mí. Quiere hablar, pero tan solo mueve los labios, mudo, y yo no oigo más que su última frase:

Este es el cementerio de las hijas asesinadas.[135]

No debería habérmelo dicho, y lloro amargamente.

El aposento es grande y oscuro, no, es una sala, con las paredes sucias, podría estar en el castillo de los Hohenstaufen en Apulia. Porque no tiene puertas ni ventanas. Mi padre me ha encerrado y quiero preguntarle qué piensa hacer conmigo, pero de nuevo me falta el valor para preguntarle y miro una vez más a mi alrededor, porque tiene que haber una puerta, una sola puerta, para que yo pueda salir, pero ya lo comprendo, no hay nada, ni una abertura, ahora no hay aberturas porque en todas han puesto unos tubos negros, pegados alrededor de las paredes como si fueran sanguijuelas gigantes dispuestas a succionar algo de ellas. ¡Cómo no me he percatado ya antes de los tubos, si deben haber estado allí desde el principio! Estaba muy ciega en la penumbra y avanzaba a tientas por las paredes para no perder de vista a mi padre, para encontrar la puerta con él, pero ahora lo encuentro y digo: La puerta, muéstrame la puerta. Mi padre saca tranquilamente un primer tubo de la pared, veo un agujero redondo por el que entra aire, y me agacho, mi padre sigue andando, va sacando un tubo tras otro, y antes de que yo pueda gritar, ya estoy respirando el gas, cada vez más gas. Estoy en la cámara de gas más grande del mundo, y estoy sola en ella. Contra el gas no hay forma de defenderse. Mi padre ha desaparecido, él sabía dónde estaba la

puerta y no me la ha mostrado, y mientras me muero, muere mi deseo de volver a verlo y decirle una cosa. Padre mío, le digo aunque ya no está allí, yo no te habría traicionado, no se lo habría dicho a nadie. Aquí uno no se defiende.

Cuando empieza, el mundo ya está patas arriba y yo sé que estoy loca. Los elementos del mundo siguen ahí, pero en una combinación tan escalofriante como nadie los ha visto jamás. Coches que circulan goteando colores, individuos que emergen, máscaras de sonrisa burlona que se desploman al venir hacia mí, son peleles, fardos de alambre de hierro, figuras de cartón, y yo continúo en ese mundo, que no es el mundo, con los puños cerrados, los brazos estirados para protegerme de los objetos, de las máquinas, que me embisten y desaparecen, y cuando no puedo seguir de puro miedo, cierro los ojos, pero los colores, relucientes, chillones, frenéticos, me manchan, el rostro, los pies desnudos, vuelvo a abrir los ojos para orientarme, porque quiero encontrar la salida, luego alzo el vuelo, pues los dedos de las manos y los pies se me han hinchado hasta convertirse en ligeros globos del color del cielo y me llevan hasta una altura de nunca jamás, en la que todo es aún peor, después todos estallan y me caigo, caigo y me levanto, los dedos de los pies se me han vuelto negros, no puedo seguir andando.[136]

Sire!

Mi padre surge de los pesados chorros de color, dice en tono sarcástico: ¡Sigue andando, vamos, sigue! Y yo me llevo la mano a la boca, de la que se me han caído todos los dientes, están ante mí, imposibles de sobrepasar, como dos curvaturas de bloques marmóreos.

Yo no puedo decir nada porque tengo que alejarme de mi padre y saltar el muro de mármol, pero en otro idioma digo: *Ne! Ne!* Y en

muchos idiomas: *No! No! Non! Non! Njet! Njet! No! Ném! Ném! Nein!*, pues en nuestro idioma solo puedo decir no, y no encuentro otra palabra en ningún idioma. Un armazón rodante, tal vez viene hacia mí la rueda gigante que arroja excrementos desde las jaulas, y yo digo: *Ne! Ném!* Pero para que yo deje de gritar mi no, mi padre me mete los dedos, sus dedos cortos, firmes y duros, en los ojos, me he quedado ciega, pero tengo que seguir andando. Es imposible de aguantar. Así que sonrío, porque mi padre echa mano a mi lengua para arrancármela, para que aquí tampoco nadie oiga mi No, aunque nadie me oye, pero antes de que me arranque la lengua ocurre algo aterrador, una gigantesca mancha azul se me mete en la boca para que no pueda pronunciar ni un sonido más. ¡Mi azul, mi adorable azul, por el que los pavos pasean, y mi azul de las lejanías, mi azar azul en el horizonte![137] El azul penetra mucho más en mi interior, en mi cuello, y mi padre ahora ayuda y me arranca el corazón y las entrañas de mi cuerpo, pero aún puedo caminar, antes de llegar al hielo eterno llego a un primer hielo medio derretido y en mi interior resuena: Es que no queda ya ningún ser humano, no queda aquí ya ningún ser humano, en todo este mundo, no queda ya ningún ser humano ni entre hermanos, es que uno ya no vale nada, ¡y entre hermanos! Lo que queda de mí, petrificado en el hielo, es un terrón y levanto la mirada hacia el cálido mundo en el que viven los otros, y el Gran Siegfried[138] me llama, primero en voz baja, y luego más alta, impaciente escucho su voz: ¿Qué estás buscando?, ¿qué libro buscas? Y yo estoy sin voz. ¿Qué es lo que quiere el Gran Siegfried? Desde lo alto llama cada vez con voz más clara: ¿Qué libro será este?, ¿cómo será tu libro? De repente puedo gritar desde la punta del polo del que no hay regreso: Un libro sobre el infierno. ¡Un libro sobre el infierno![139]

El hielo se rompe, yo me hundo bajo el polo, en el interior de la

Tierra. Estoy en el infierno. Las delicadas llamas amarillas se ensortijan, los rizos me cuelgan fogosos hasta los pies, escupo el fuego, me trago el fuego.

¡Por favor, libérenme! ¡Libérenme de esta hora! Hablo con mi voz de la época de la escuela, pero pienso, con plena conciencia, soy consciente de la gravedad que ha llegado a tener, y me dejo caer sobre el suelo humeante, sin dejar de pensar, estoy tumbada en el suelo y pienso, tengo que poder llamar, y con toda la fuerza de mi voz, a gente capaz de salvarme. Llamo a mi madre y a mi hermana Eleonore, mantengo estrictamente el orden, así que primero mi madre, y con el primer apelativo cariñoso de la infancia, luego mi hermana, luego… (Al despertarme me acuerdo de que no he llamado a mi padre). Tras haber pasado del hielo al fuego y estar consumiéndome en él, con un cráneo que se funde, hago acopio de todas mis fuerzas porque tengo que llamar en orden jerárquico, pues la secuencia es el antídoto.

Es el fin del mundo, una caída catastrófica en la nada, el mundo en el que enloquezco ha llegado a su fin, me llevo la mano a la cabeza como tantas veces, me asusto, porque tengo plaquitas de metal en el cráneo rasurado y miro a mi alrededor asombrada. En torno a mí hay varios médicos de aspecto amable con batas blancas. Todos coinciden en decir que estoy salvada, que incluso pueden quitarme ya las plaquitas, el pelo me volverá a crecer. Me han aplicado un electrochoque. Yo pregunto: ¿Tengo que pagar ahora?, porque mi padre no paga. Los señores siguen siendo amables, hay tiempo. Vuelvo a caerme, me despierto por segunda vez, pero nunca me he caído de la cama, y allí no hay ningún médico, el pelo me ha crecido. Malina me levanta y vuelve a meterme en la cama.

MALINA: Quédate tranquila. No es nada. Pero dime de una vez:

¿quién es tu padre?

YO: (y lloro amargamente) ¿Estoy aquí de verdad? ¡Estás ahí de verdad!

MALINA: Dios mío, ¿por qué siempre dices «mi padre»?

YO: Qué bien que me lo recuerdas. Pero déjame pensar un buen rato. Tápame. ¿Quién podría ser mi padre? Tú, por ejemplo, ¿sabes quién es tu padre?

MALINA: Dejemos eso.

YO: Digamos que me hago una idea. ¿Tú no te haces ninguna?

MALINA: ¿Tratas de evitarlo? ¿Quieres ser lista?

YO: Quizá. A mí también me gustaría engañarte alguna vez. Dime una cosa. Cómo se te ha ocurrido que mi padre no es mi padre.

MALINA: ¿Quién es tu padre?

YO: No lo sé, no lo sé, de verdad que no. Tú eres el más listo, tú siempre lo sabes todo, tú siempre me pones enferma con eso de que lo sabes todo. ¿Es que a ti mismo no te enferma a menudo? Ah, no, a ti no. Caliéntame los pies, sí, gracias, solo se me han dormido los pies.

MALINA: ¿Quién es?

YO: Nunca hablaré. Es que no podría, porque no lo sé.

MALINA: Lo sabes. Jura que no lo sabes.

YO: Yo nunca juro.

MALINA: Entonces te lo diré yo, ¿me escuchas?, yo te diré quién es.

YO: No. No. Nunca. No me lo digas nunca. Tráeme hielo, un paño frío y húmedo para la cabeza.

MALINA: (yéndose) Me lo dirás, puedes estar segura de ello.

En mitad de la noche el teléfono gime suavemente, me despierta con gritos de gaviota, luego bufan en él las toberas de los Boeing. La llamada viene de América y digo aliviada: Dígame. Está oscuro, algo

cruje a mi alrededor, estoy en un lago en el que el hielo empieza a fundirse, era el lago helado, helado hasta bien profundo, y ahora estoy en el agua, colgada del cable del teléfono, solo de ese cable que me mantiene comunicada. ¡Dígame! Ya sé que quien me llama es mi padre. Tal vez el lago pronto se abra del todo, pero yo estoy aquí, en una isla que está lejos, en medio de las aguas, está incomunicada, tampoco hay barcos. Me gustaría gritar al teléfono: ¡Eleonore!, quiero llamar a mi hermana, pero en el otro extremo solo puede estar mi padre, tengo mucho frío y espero con el teléfono, sumergiéndome, emergiendo, pero la conexión sigue ahí, oigo bien América, dentro del agua también se puede hablar por teléfono desde la superficie del agua. Digo rápidamente, haciendo gárgaras, tragando agua: Cuándo vienes, estoy aquí, sí, aquí, ya sabes lo horrible que es, ya no hay conexión, estoy incomunicada, estoy sola, no, ¡ni un barco! Y mientras espero respuesta veo lo sombría que está la isla del sol, los macizos de adelfas se han desplomado, el volcán ha echado cristales de hielo, también está congelado, el clima ya no es como el de antes. Mi padre se ríe al teléfono. Digo: estoy incomunicada, pero ven, ¿cuándo vienes? Él ríe y ríe, ríe como en el teatro, debe de haber aprendido allí a reír de esa manera tan espeluznante: JAJAJÁ. Siempre: JAJAJÁ. Hoy ya nadie se ríe así, digo, nadie se ríe así, déjalo ya. Pero mi padre no para de reírse tontamente. ¿Puedo volver a llamarte?, pregunto simplemente para terminar con ese teatro. JAJÁ. JAJÁ. La isla se hunde, puede verse desde todos los continentes mientras sigue riendo. Mi padre se ha ido al teatro. Dios es una representación.

Mi padre ha vuelto a casa por casualidad. Mi madre tiene tres flores en la mano, son las flores de mi vida, no son rojas, ni azules, ni blancas, pero son para mí y arroja la primera a los pies de mi padre antes de que pueda acercarse a nosotras. Sé que tiene razón,

que tiene que tirárselas, pero ahora también sé que ella lo sabe todo, incesto, fue incesto, pero, con todo, quisiera pedirle las otras flores y, en medio de mi angustia mortal, observo a mi padre, para vengarse también de mi madre le arranca las otras flores de la mano, las pisotea, machaca las tres flores, como lo machacaba todo a menudo en sus ataques de rabia, las pisa y las patea como si se tratara de pisar tres chinches, tanto le importa aún mi vida. No puedo seguir mirando a mi padre, me pego a mi madre y empiezo a gritar, lo fue, lo fue, fue incesto. Pero entonces me doy cuenta de que no solo mi madre sigue muda y sin moverse, sino que desde el principio mi voz no tiene sonido, grito, pero no me oye nadie, no hay nada que oír, solo tengo la boca abierta, él me ha quitado también la voz, no puedo pronunciar la palabra que quiero gritarle, y en medio de ese esfuerzo, con esa boca seca y abierta, vuelve de nuevo, sé que me voy a volver loca, y para no volverme loca escupo a mi padre a la cara, solo que ya no tengo saliva en la boca, apenas si le llega un soplo de mi boca. Mi padre es intocable. Es inconmovible. Mi madre, muda, barre las flores pisoteadas, el poquito de basura, para mantener la casa limpia. ¿Dónde estará mi hermana en este momento? No la he visto por toda la casa.

Mi padre me quita las llaves, por la ventana tira a la calle mi ropa y yo la llevo justo después a la Cruz Roja tras haberle sacudido el polvo, porque tengo que volver a casa, he visto entrar a los compinches y el primero hace añicos los platos y el vaso, aunque mi padre ha dejado aparte algunos vasos y, mientras voy temblando hacia la puerta y me acerco a él, coge el primero y me lo tira, luego otro al suelo a mis pies, tira y tira todos los vasos, apunta muy bien, solo me dan algunos fragmentos, pero la sangre me brota en pequeños hilos de la frente, corre por el oído, salta por la barbilla, el

vestido se me empapa de sangre porque algunos pedacitos de vidrio muy finos han traspasado la tela, de las rodillas gotea más lentamente, pero quiero algo, tengo que decírselo. Él dice: Venga, quédate, ¡quédate y observa! Yo ya no entiendo nada, pero sé que hay motivo para tener miedo, y además el temor no ha sido ni con mucho lo peor, porque mi padre ordena que arranquen mi estantería, sí, dice «arranquen», y yo trato de ponerme delante de los libros, pero los hombres se ponen delante con una sonrisa burlona, yo me tiro al suelo a sus pies y digo: Dejad aunque sea mis libros en paz, solo estos libros, haced conmigo lo que queráis, haz conmigo lo que quieras, tírame por la ventana, ¡inténtalo otra vez, como antaño! Pero mi padre hace como si no supiera nada de aquel intento, de antaño, y empieza a coger cinco, seis libros a la vez, como una pila de ladrillos, y los tira a un viejo armario de tal modo que caen boca arriba. Los compinches, con los dedos rígidos y ateridos, se llevan los estantes, todo se hunde estrepitosamente, la máscara funeraria de Kleist[140] revolotea un instante ante mí y el retrato de Hölderlin, bajo el que pone «A ti, Tierra, te amo, ¡ojalá penaras conmigo!»[141] y lo único que atrapo son esas imágenes y las estrecho contra mi pecho, los tomitos de Balzac se revuelven ante mí como en un remolino, la *Eneida* se dobla, los compinches dan un puntapié a Lucrecio y Horacio, pero otro, sin saber lo que coge, empieza a apilar ordenadamente algunas cosas en un rincón, mi padre le da un golpe al hombre en las costillas (¿dónde he visto yo antes a ese hombre, me rompió un libro en la Beatrixgasse), le dice amablemente: Qué, eso te habría ido bien, también con ella, ¿no? Y entonces mi padre me hace un guiño y yo sé qué es lo que quiere decir, porque el hombre sonríe perplejo y dice que le gustaría, y por deferencia a mí hace también como si quisiera volver a tratar bien mis libros, pero yo, completamente indignada, le arranco los

libros franceses de la mano porque me los dio Malina, y digo: ¡No me tendrá! Y a mi padre le digo: Nos has vendido siempre por muy poco. Pero mi padre ruge: Cómo, ahora de repente no quieres, ¡voy a…, voy a…!

Los hombres abandonan la casa, todos han recibido una propina, agitan sus grandes pañuelos gritando: Vivan los libros, y a los vecinos y a todos los curiosos que andan por allí les dicen: Hemos hecho todo el trabajo. Ahora se me han caído los *Caminos del bosque*,[142] también *Ecce homo*, y me quedo agachada, atontada y sangrando en medio de los libros, tenía que suceder así, porque yo los acariciaba todas las noches antes de ir a dormir, y Malina me ha regalado los libros más bonitos, eso mi padre no me lo perdonará jamás, y ahora son todos ilegibles, tenía que suceder así, ya no hay orden alguno, y jamás volveré a saber dónde estaban Kürnberger o Lafcadio Hearn.[143] Me tumbo entre los libros, vuelvo a acariciarlos, uno tras otro, al principio solo eran tres, luego quince, luego ya más de cien, y en pijama eché a correr hasta el primer estante. Buenas noches, señores míos, buenas noches, señor Voltaire, buenas noches, Fürst,[144] os deseo que descanséis, mis autores desconocidos, felices sueños, señor Pirandello, mis respetos, señor Proust. ¡*Chaire*,[145] Tucídides! Estos caballeros me dan hoy las buenas noches por vez primera, yo intento mantenerlos a distancia para que no se manchen de sangre. Buenas noches, me dice Josef K.[146]

Mi padre quiere abandonar a mi madre, regresa de América en un carromato y va en él cual un cochero con un látigo que restalla, a su lado va, ya mayor, la pequeña Melanie, que iba conmigo a la escuela. Mi madre no quiere que seamos amigas, pero Melanie no deja de pegarse a mí con esos grandes senos excitados que a mi padre le gustan y a mí me intimidan, se comporta, ríe, lleva unas

trenzas de color castaño, luego otra vez largos cabellos rubios, se me acerca muy zalamera para que le deje algo, y mi madre sigue echándose cada vez más atrás en el coche, muda. Dejo que Melanie me bese, pero solo le pongo una mejilla, ayudo a mi madre a bajar y tengo ya una sospecha, porque estamos todos invitados, llevamos vestidos nuevos, hasta mi padre se ha cambiado de traje y se ha afeitado después del largo viaje, y hacemos nuestra entrada en el salón de baile de *Guerra y paz*.

MALINA: Levántate, muévete, camina conmigo, respira hondo hondo.

YO: No puedo, por favor, perdóname, y ya no puedo dormir si esto sigue así.

MALINA: ¿Por qué sigues pensando en «guerra y paz»?

YO: Pero se llama así porque una cosa sigue a la otra, ¿no es así?

MALINA: No tienes que creértelo todo, piensa mejor por ti misma.

YO: ¿Yo?

MALINA: No hay guerra y paz.

YO: ¿Cómo se llama entonces?

MALINA: Guerra.

YO: Cómo puedo encontrar la paz. Yo quiero la paz.

MALINA: Es guerra. Solo tienes esta breve tregua, nada más.

YO: ¡Paz!

MALINA: En tu interior no hay paz, en tu interior tampoco.

YO: No digas eso, hoy no. Eres terrible.

MALINA: Hay guerra. Y tú eres la guerra. Tú misma.

YO: Yo no.

MALINA: Todos lo somos, también tú.

YO: Entonces no quiero seguir existiendo, porque no quiero la guerra, entonces adorméceme, luego encárgate del final. Quiero que la guerra llegue a su fin. No quiero seguir odiando, quiero,

quiero…

MALINA: Respira más hondo, ven. Ya vuelves a estar mejor, lo ves, ya está, yo te sujeto, ven a la ventana, respirar más despacio y más hondo, hacer una pausa, no hablar aún.

Mi padre baila con Melanie, es el salón de baile de *Guerra y paz*. Melanie lleva el anillo que me regaló mi padre, pero él hace creer a todo el mundo que después de su muerte me dejará en herencia un anillo más valioso. Mi madre está sentada a mi lado, rígida y muda, junto a nosotros hay dos sillas vacías, otras dos también vacías en nuestra mesa, porque los dos no dejan de bailar. Mi madre ya no me habla. Nadie me saca a bailar. Malina entra y la cantante italiana canta: *Alfin tu giungi, alfin tu giungi!*[147] Y yo me levanto de un salto y abrazo a Malina, le ruego encarecidamente que baile conmigo, sonrío aliviada a mi madre. Malina me coge la mano, estamos al borde de la pista de baile, apoyados uno en el otro, para que mi padre pueda vernos y, aunque estoy segura de que no podemos bailar, lo intentamos, tenemos que lograrlo, al menos la ilusión, nos quedamos parados una y otra vez como si tuviéramos suficiente con mirarnos el uno al otro, solo que eso no tiene nada que ver con el baile. Yo siempre le doy las gracias a Malina en voz baja: Gracias por haber venido, no lo olvidaré nunca, oh, gracias, gracias. Ahora Melanie también quiere bailar con Malina, con él también, claro, y por un instante siento miedo, pero ya oigo a Malina decir, sosegado y frío: No, lo siento, ya nos vamos. Malina me ha vengado. Al salir se me caen al suelo los largos guantes blancos, y Malina los recoge. Yo digo: Gracias, ¡gracias por todo! Deja que se caigan, dice Malina, yo te lo recogeré todo.

Mi padre camina a lo largo de la playa en el desierto hasta el que me ha atraído, se ha casado, escribe sobre la arena el nombre de esa

mujer que no es mi madre, y yo no me doy cuenta enseguida, sino tras la primera letra. El sol brilla brutalmente sobre las letras, parecen sombras en la arena, en el relieve, y mi única esperanza es que el viento las borrará pronto, antes incluso de que caiga la noche, pero Dios mío, Dios mío, mi padre regresa con la gran vara dorada recubierta de piedras preciosas de la Universidad de Viena sobre la cual he jurado: *spondeo, spondeo*,[148] y voy a actuar en conciencia y de buena fe, y mi conciencia jamás y bajo ninguna circunstancia. Se atreve de verdad con esa venerable vara que no le pertenece, en la que yo puse el dedo del juramento, para hacer mi juramento, el único y verdadero, con la vara, sobre la que aún arde mi juramento, vuelve a escribir el nombre en la arena inmóvil, esta vez puedo leerlo, MelaNIE y una vez más MelaNIE,[149] y pienso en medio del crepúsculo: NUNCA, él nunca debería haber hecho esto. Mi padre ha llegado a la orilla y se apoya satisfecho en la vara de oro, yo tengo que salir corriendo, aunque sé que soy más débil, pero podría sorprenderlo, salto a su espalda desde atrás para hacerlo caer, solo quiero echarlo al suelo, por esa vara de Viena, ni siquiera quiero hacerle daño, porque no puedo golpearlo con esa vara, porque he jurado, estoy ahí con la vara en alto, mi padre resopla en la arena absolutamente enfurecido, me maldice porque cree que quiero romper la vara en él, que quiero matarle con ella, pero yo tan solo la blando hacia el cielo y hago que se oiga hasta el horizonte, sobre el mar, hasta el Danubio: Te traigo esto de vuelta de la Guerra Santa. Y con un puñado de arena, que es mi conciencia, camino sobre el agua y mi padre no puede seguirme.

En la gran ópera de mi padre yo debo asumir el papel principal, al parecer es el deseo del director, que ya lo ha anunciado, porque en ese caso el público acudirá en tropel, dice el director, y los

periodistas también lo dicen. Esperan con sus cuadernos de notas en la mano, tengo que hacer declaraciones sobre mi padre, también sobre el papel, que no conozco. El director en persona me embute en un vestido y, como estaba hecho para otra persona, con sus propias manos lo va marcando con alfileres que me arañan la piel; es muy poco hábil. Digo a los periodistas: No sé nada, por favor, diríjanse a mi padre, yo no sé nada, no es un papel para mí, ¡es solo para atraer al público en tropel! Pero los periodistas anotan algo muy distinto, y yo ya no tengo tiempo para gritar y romperles las notas, porque es el último minuto antes de salir a escena, y echo a correr, desesperada y gritando, por toda la ópera. No hay un libreto por ninguna parte, y apenas me sé dos entradas, no es mi papel. La música la conozco bien, oh, la conozco, esa música, pero no me sé la letra, no puedo hacer ese papel, nunca podré hacerlo y pregunto, aún más desesperada, a un ayudante del director cómo va la primera frase del primer dueto que tengo que cantar con un joven. Él y todos los demás sonríen con gesto enigmático, saben algo que yo no sé, ¿qué es lo que saben todos? Tengo una sospecha, pero se levanta el telón y ahí abajo está esa gigantesca multitud, en masa, empiezo a cantar al tuntún, aunque desesperada, canto «¿quién me ayudaría?, ¿quién me ayudaría?»,[150] y sé que el texto no puede ser así, pero también me doy cuenta de que la música oculta mis palabras, las desesperadas. En el escenario hay muchas personas que en parte callan a sabiendas, en parte cantan muy bajo cuando tienen una entrada, un joven canta con voz fuerte y segura y, de vez en cuando, delibera conmigo a toda prisa y en secreto, comprendo que en el dueto, de todas maneras, solo se oye su voz, porque mi padre ha escrito la voz solo para él y para mí, claro está, nada, porque yo no tengo formación y solo se me puede exhibir. Solo tengo que cantar para que entre el dinero, y no me salgo de mi

papel, que no es el mío, sino que canto por mi vida, para que mi padre no pueda hacerme daño. «¿Quién me ayudaría?». Luego olvido el papel, también olvido que no tengo formación y, al final, aunque el telón ya ha caído y pueden hacerse las cuentas, sí que canto, pero algo de otra ópera, y en el edificio vacío oigo también mi voz entonando los agudos más agudos y los graves más graves posibles. «Así moriríamos, así moriríamos…». El joven canta a media voz, no conoce este papel, pero yo sigo cantando. «Muerto está todo. ¡Todo muerto!». El joven sale, me quedo sola en el escenario, apagan la luz y me dejan completamente sola con el ridículo vestido lleno de alfileres. «¡Lo veis, amigos, ya no lo veis!». Y con un lamento enorme y sonoro me lanzo desde esa isla y desde esa ópera, sin dejar de cantar, «así moriríamos, para, sin separarnos…», al foso de la orquesta, en el que ya no hay orquesta ninguna.[151] He salvado la función, pero estoy en el suelo, con el cuello roto, entre los atriles y las sillas abandonadas.

Mi padre pega a Melanie, luego, como un perro empieza a ladrar amenazante, pega al perro que se deja apalear absolutamente sumiso. Así nos dejábamos pegar mi madre y yo, sé que el perro es mi madre, toda sumisión. Pregunto a mi padre por qué pega también a Melanie y dice que no tolera esas preguntas, que ella no significa nada para él, que el mero hecho de que pregunte por ella es una insolencia, me repite sin parar que Melanie no significa nada para él, que únicamente la necesita algunas semanas para refrescarse, que yo debo entenderlo. Pienso que el perro no tiene ni idea de que bastaría con que mordiese un poco a mi padre en la pierna para que los golpes cesasen, pero el perro aúlla levemente y no muerde. Después mi padre conversa satisfecho conmigo, poder dar algunos golpes lo ha aliviado, pero yo sigo afligida, trato de

explicarle lo enferma que me ha puesto, en algún momento tiene que saberlo, con esfuerzo enumero los muchos hospitales en los que he estado, con las facturas en la mano, las de los tratamientos, porque creo que deberíamos compartirlas. Mi padre está de muy buen humor, solo que no entiende la relación ni con la paliza, ni con lo que hace, y mi deseo de decírselo de una vez por todas resulta inútil, sin sentido, pero la atmósfera entre nosotros no es tensa, más bien favorable y serena, porque ahora quiere correr la cortina y dormir conmigo, para que no nos vea Melanie, que sigue allí, gimoteando en el suelo, pero sin entender nada, como siempre. Yo me tumbo con una esperanza infame, pero vuelvo a incorporarme de inmediato, no puedo, le digo que no tengo ningún interés en ello, me oigo decir: No le doy ninguna importancia, no se la he dado nunca, ¡no tiene ninguna importancia! No es que mi padre esté precisamente disgustado, porque él tampoco le da importancia, mantiene uno de sus monólogos, en el que me recuerda también que yo dije en una ocasión que todo era la misma cosa. Dice: La misma cosa, así que nada de excusas, no te excuses, venga, ¡más de la misma cosa, si es que es la misma cosa! Pero nos interrumpen, porque siempre nos han interrumpido, no tiene sentido, no puedo explicarle que solo tiene que ver con la interrupción y que nunca es la misma cosa, solo con él, porque no veo que tenga ninguna importancia. Es Melanie la que gime e interrumpe, mi padre sube al púlpito y pronuncia su sermón dominical, sobre la misma cosa, y todos lo escuchan en silencio y con devoción, es el mejor predicador dominical a lo largo y a lo ancho. Al final siempre maldice algo o a alguien para que su sermón tenga más fuerza y ya está otra vez maldiciendo, hoy nos maldice a mi madre y a mí, maldice su sexo y mi sexo, y yo me dirijo a la pila de agua bendita de los católicos y me humedezco la frente en nombre del Padre, salgo antes de que

acabe el sermón.

Mi padre ha ido a nadar conmigo al reino de los mil atolones. Nos zambullimos en el mar, las bandadas de los peces más fabulosos salen a mi encuentro y me gustaría ir con ellos, pero mi padre ya está detrás de mí y lo veo ya a un lado, ya debajo de mí, ya por encima de mí, tengo que tratar de llegar a los arrecifes, porque mi madre se ha escondido en el arrecife de coral y, muda, me lanza una mirada admonitoria, porque sabe lo que me va a suceder. Yo me sumerjo más y grito debajo del agua: ¡No! Y: ¡No quiero más!, ¡no puedo más! Sé que es importante gritar bajo el agua, porque también espanta a los tiburones, así que los gritos también tienen que espantar a mi padre, que quiere atacarme, que quiere despedazarme, o que quiere volver a acostarse conmigo, apoderarse de mí frente al arrecife para que mi madre lo vea. Yo grito: ¡Te odio, te odio, te odio más que a mi vida y me he jurado matarte! Encuentro un sitio al lado de mi madre en medio de su rigidez, cada vez mayor, de las profundidades del mar, ramificada, con miles de miembros, me aferro a sus ramificaciones con miedo y temor, me aferro a ella, pero mi padre me agarra, vuelve a agarrarme, y no soy yo, sino él, quien ha gritado, ha sido su voz, no la mía: ¡Me he jurado matarte! Pero he gritado: ¡Te odio más que a mi vida!

Malina no está, me pongo bien la almohada, encuentro el vaso del agua mineral, Güssinger, me bebo, casi muerta de sed, ese vaso de agua. ¿Por qué he dicho eso, por qué? Más que a mi vida. Llevo una buena vida, ha ido cada vez a mejor gracias a Malina. Hace una mañana gris, pero ya hay luz. Qué cosas digo, ¿por qué estará durmiendo Malina ahora? Justo ahora. Tiene que explicarme mis palabras. No odio mi vida, así que ¿por qué puedo odiar más que a mi vida? No puedo. Solo me quedo sin apoyo por las noches. Me

levanto con cuidado para que siga siendo buena, mi vida, pongo el agua para el té, tengo que tomar té, en la cocina, temblando de frío a pesar del camisón largo, me hago ese té que necesito, porque cuando ya no puedo más, hacer té es otra ocupación. Cuando el agua del té hierve, no estoy en ningún atolón, caliento la tetera, cuento las cucharaditas de Earl Grey que echo, vierto el agua, aún puedo tomar té, aún puedo dirigir el agua hirviendo hasta mi tetera. No quisiera despertar a Malina, pero yo me quedo despierta hasta que dan las siete de la mañana, lo despierto y le preparo el desayuno, Malina tampoco está muy en forma, a lo mejor volvió tarde a casa, su huevo ha quedado demasiado duro, pero no dice nada, yo murmuro una disculpa, la leche está agria, pero ¿por qué después de solo dos días?, si estaba en la nevera, Malina levanta la vista porque en su té hay grumitos blancos y yo le vacío la taza, hoy va a tener que tomarse el té sin leche. Todo se ha agriado. Perdóname, digo. ¿Qué pasa?, pregunta Malina. Vete, por favor, vete, arréglate, de lo contrario llegarás tarde, no puedo hablar a estas horas tan tempranas.

Llevo puesto el abrigo siberiano de los judíos, como todos los demás. El invierno es glacial, cada vez nos cae más nieve encima, y mis estanterías se derrumban bajo la nieve, la nieve va enterrándolas poco a poco mientras esperamos la deportación, también las fotografías que están sobre el escritorio se humedecen, son los retratos de todas las personas a las que he amado, y les quito la nieve, sacudo las fotografías, pero sigue cayendo nieve, mis dedos están ya entumecidos, tengo que dejar que la nieve sepulte las fotos. Solo me desespero porque mi padre también ve mis últimos intentos, porque él no es de los nuestros, no quiero que vea mis esfuerzos y adivine quién está en esas fotografías. Mi padre, que

también quiere ponerse un abrigo, aunque está demasiado gordo para ello, se olvida de los retratos, habla con alguien, vuelve a quitarse el abrigo para buscar uno mejor, pero entonces, por suerte, ya no quedan más abrigos. Ve que me marcho con los otros, y yo querría volver a hablar con él, hacerle comprender de una vez que no es de los nuestros, que no tiene ningún derecho, digo: No tengo tiempo, no tengo suficiente tiempo. Sencillamente ya no hay tiempo para ello. A mi alrededor alguna gente me culpa de no ser solidaria, «solidaria», ¡extraña palabra!, me resulta indiferente. Tengo que poner una firma, pero mi padre la pone, él es siempre «solidario», aunque yo ni siquiera sé lo que eso significa. Le digo rápidamente: Adiós, ya no tengo tiempo, no soy solidaria. ¡Tengo que ir a buscar a alguien! Todavía no sé exactamente a quién tengo que buscar, es a alguien de Pécs, a quien busco entre toda esa gente, en ese caos terrible. Transcurre hasta el último rato que me queda, me temo que lo han deportado antes que a mí, aunque solo puedo hablar de esto con él, solo con él y hasta la última generación, de la que no puedo hacerme responsable, porque después de mí ya no habrá nada. En los muchos barracones, en un cuarto recóndito, lo encuentro, allí me está esperando, cansado, en el cuarto vacío hay un ramo de martagón, junto a él, que está tumbado en el suelo con su capa sideral, más negra que el negro, con la que yo lo vi hace algunos milenios. Se incorpora soñoliento, ha envejecido unos años, y su cansancio es grande. Dice con su voz de antaño: Ah, por fin, ¡por fin has venido! Y yo caigo de rodillas y río y lloro y lo beso, aquí estás, si estás aquí, ¡ah, por fin, por fin! También hay allí un niño, solo veo a uno, aunque me parece que deberían ser dos niños, y el niño está en un rincón en el suelo. Lo he reconocido al instante. En otro rincón está la mujer, delicada y paciente, con la que tuvo este hijo, ella no tiene nada en contra de que nos acostemos allí juntos antes de que

nos deporten. De repente se escucha: ¡En pie! Todos nos ponemos en pie, nos ponemos en marcha, el pequeño ya está en el camión, tenemos que darnos prisa para poder subir también nosotros, solo tengo que encontrar los paraguas que nos protejan y los encuentro todos, para él, para la delicada mujer, para el niño, también para mí, pero mi paraguas no me pertenece, alguien lo dejó una vez olvidado en Viena, y estoy consternada porque siempre he querido devolverlo, pero ahora ya no me queda tiempo para hacerlo. Es un paraguas muerto. Es demasiado tarde, tengo que coger ese paraguas para que podamos atravesar Hungría, porque he vuelto a encontrar a mi primer amor, llueve, llueve a cántaros sobre todos nosotros, en especial sobre el niño tan alegre y decidido. Todo vuelve a empezar, yo respiro demasiado rápido, tal vez debido al niño, pero mi amado dice: Estate tranquila, ¡estate tranquila, igual que nosotros! La luna está a punto de salir. Yo soy la única que sigue teniendo una angustia mortal, porque vuelve a empezar, porque voy a volverme loca, él dice: Estate tranquila, piensa en el Stadtpark, piensa en las hojas, piensa en el jardín de Viena, en nuestro árbol, la paulonia florece. Enseguida me tranquilizo, pues a los dos nos ha ocurrido lo mismo, veo cómo señala su cabeza, sé lo que le han hecho en la cabeza. El camión tiene que atravesar un río, es el Danubio, así que sí es otro río, trato de permanecer tranquila porque aquí, en las vegas del Danubio, fue donde nos encontramos por primera vez, yo digo ya estoy bien, pero entonces la boca se me abre de golpe, sin gritos, precisamente porque no estoy bien. Me dice: No vuelvas a olvidarlo, ¡se dice *facile*! Y lo entiendo mal, grito, sin voz; ¡se dice *facit*![152] En el río, en lo profundo del río. ¿Puedo hablar un momento con usted?, pregunta un señor, tengo que darle una noticia. Yo pregunto: ¿A quién?, ¿a quién tiene que darle una noticia? Él dice: Solo a la princesa de Kagran. Yo le increpo: No

pronuncie ese nombre, jamás. ¡No me diga nada! Pero él me muestra una hoja seca, y entonces sé que ha dicho la verdad. Mi vida ha acabado, porque se ha ahogado en el río durante la deportación, él era mi vida. Lo amaba más que a mi vida.[153]

Malina me sujeta, es él quien dice: ¡Estate tranquila! Tengo que estar tranquila. Pero voy con él de un lado a otro de la casa, él quiere que me tumbe, pero yo no puedo echarme ya en esa cama tan blanda. Me tumbo en el suelo, vuelvo a ponerme en pie de inmediato, porque también estuve echada así en otro suelo, bajo el abrigo siberiano, que era cálido, y camino con él de un lado para otro, hablando, conversando, emitiendo palabras, admitiendo palabras. Desesperada, apoyo la cabeza en su hombro, ahí, en ese hombro, Malina debe de tener una clavícula rota con un pedazo de platino, desde un accidente de coche, me lo contó en una ocasión y me doy cuenta de que me está entrando frío, empiezo a temblar otra vez, la luna sale, podemos verla desde nuestra ventana, ¿ves la luna? Yo veo otra luna y un mundo sideral, pero no es la otra luna de la que yo quiero hablar, solo tengo que hablar, hablar sin parar para salvarme, para no hacerle nada a Malina, mi cabeza, mi cabeza, voy a volverme loca, pero Malina no debe saberlo. A pesar de ello, Malina lo sabe y mientras, aferrada a él, voy corriendo de un lado a otro de la casa, me dejo caer, vuelvo a ponerme en pie, me desabrocho la blusa, vuelvo a dejarme caer, porque estoy perdiendo la razón, algo me invade, estoy perdiendo la razón, no encuentro consuelo, voy a volverme loca, pero Malina vuelve a decir: Estate tranquila, déjate caer del todo. Yo me dejo caer y pienso en Ivan, respiro con algo más de regularidad, Malina me da masajes en las manos y en los pies, en la zona del corazón, pero yo voy a volverme loca, solo una cosa, por favor, solo te pido una cosa… Pero Malina

dice: ¿Por qué pedir?, no hay que pedir. Pero yo digo, de nuevo con mi voz actual: Por favor, Ivan no debe enterarse nunca, no saberlo jamás (y, aunque atontada, sé que Malina no sabe nada de Ivan, ¿por qué hablar ahora de Ivan?)… Ivan no debe, prométemelo, y en tanto yo pueda hablar, hablaré, es importante que hable, ¿sabes?, ya tan solo hablo y, por favor, habla tú conmigo, Ivan no debe nunca nunca saber nada, por favor, cuéntame algo, habla conmigo de la cena, dónde has ido a cenar, con quién, háblame del nuevo disco, ¿lo has traído?, ¡oh, viejo aroma!, habla conmigo, da igual de qué hablemos, de cualquier cosa, hablar, hablar, hablar, entonces ya no estaremos en Siberia, ni en el río, ni en las vegas, las vegas del Danubio, entonces estaremos aquí, en la Ungargasse, mi tierra prometida, mi Ungaria, habla conmigo, enciende todas las luces, no pienses en la factura de la luz, tiene que haber luz en todas partes, dale a todos los interruptores, dame agua, enciende la luz, ¡enciende todas las luces! Enciende también el candelabro.

Malina enciende la luz, Malina trae el agua, la perturbación va cediendo, la opresión va aumentando, ¿le he dicho algo a Malina?, ¿he mencionado el nombre de Ivan? ¿He dicho «candelabro»? ¿Sabes?, digo menos agitada, no tienes que tomártelo en serio, Ivan vive y vivió también en otra ocasión, extraño, ¿no? Sobre todo no te preocupes por nada, solo yo me preocupo hoy por todo, por eso estoy muy cansada, pero deja la luz encendida. Ivan sigue vivo, me llamará por teléfono. Cuando llame, dile… Malina vuelve a caminar conmigo de un lado para otro, porque no puedo estarme quieta, él no sabe qué decirle a Ivan, oigo sonar el teléfono. Díselo, díselo, ¡por favor, díselo! No le digas nada. Lo mejor: No estoy en casa.

Mi padre tiene que lavarnos los pies, igual que todos nuestros emperadores apostólicos[154] a sus pobres un día al año. Ivan y yo

nos damos un baño de pies, el agua sale sucia, con una espuma negruzca, hacía mucho que no nos lavábamos los pies. Mejor nos los lavamos nosotros mismos, porque mi padre ya no cumple con esa noble obligación. Me alegra que ahora tengamos los pies limpios, que huelan a limpio, le seco los pies a Ivan y luego los míos, estamos sentados en mi cama mirándonos llenos de dicha. Pero ahora llega alguien, demasiado tarde, la puerta se abre de golpe, es mi padre. Señalo a Ivan, digo: ¡Es él! No sé si por eso tengo que esperar la pena de muerte o solo que me internen en un campo. Mi padre ve el agua sucia de la que saco los pies blancos y fragantes y, orgullosa, le señalo los pies limpios de Ivan. A pesar de todo, aunque ha vuelto a dejar de cumplir su obligación, mi padre no debe darse cuenta de que estoy contenta de haber lavado todo lo que quedaba del largo camino. Fue un camino demasiado largo desde él hasta Ivan, y mis pies se han ensuciado. Al lado suena en la radio: dadín, dadán. Mi padre gruñe: ¡Apaga la radio! No es la radio, lo sabes perfectamente, digo con seguridad, porque jamás he tenido una. Mi padre vuelve a gruñir: Tienes los pies llenos de porquería y ya se lo he dicho a todo el mundo. Para que lo sepas. ¡Llenos de porquería, llenos de porquería! Digo sonriendo: Mis pies están lavados, espero que todos tengan los pies tan limpios.

¿Qué música es esa? ¡Apaga esa música! Mi padre está más alborotado que nunca. Y dime ahora mismo: ¿qué día llegó Colón a América? ¿Cuántos colores básicos hay? ¿Cuántas tonalidades? Tres colores básicos. Oswald dice que quinientas.[155] Todas mis respuestas salen veloces y correctas, pero en voz muy baja, no puedo hacer nada si mi padre no las oye. Vuelve a gritar y cada vez que levanta la voz se cae de la pared un pedazo de argamasa o salta del suelo de parqué un pedazo de madera. Por qué pregunta si no quiere oír las respuestas.

Frente a la ventana está oscuro, no puedo abrirla y pego la cara al cristal, apenas se ve nada. Poco a poco se me pasa por la imaginación que ese charco sombrío podría ser un lago, y oigo a los hombres borrachos cantando a coro sobre el hielo. Sé que detrás de mí ha entrado mi padre, y rápidamente me sitúo entre la cortina, larga y pesada, y la ventana, para que no me sorprenda mirando hacia fuera, aunque ya sé lo que no debo saber: a orillas del lago está el cementerio de las hijas asesinadas.

Mi padre empieza a rodar su gran película en un barquito. Él es el director, y todo se hace según su voluntad. Yo he vuelto a transigir, porque mi padre quiere filmar algunas secuencias conmigo, asegura que no me reconocerán, tiene al mejor de los maquilladores. Mi padre se ha puesto un nombre, nadie sabe cuál, ya se ha podido ver varias veces con letras luminosas en los cines de medio mundo. Yo estoy sentada, esperando, aún no me he vestido ni maquillado, tengo rulos en la cabeza, solo una toalla sobre los hombros, pero de repente descubro que mi padre aprovecha la situación y está ya rodando en secreto, indignada me levanto de un salto, no encuentro nada con que taparme, pese a todo echo a correr hacia él y hacia el cámara y digo: ¡Dejadlo, dejadlo inmediatamente! Digo que hay que destruir enseguida esa cinta, que no tiene que ver con la película, porque va en contra de lo estipulado, la cinta tiene que ser destruida. Mi padre responde que eso era precisamente lo que quería, que será la parte más interesante de la película, y sigue rodando. Con horror oigo el zumbido de la cámara y le exijo otra vez que lo deje y me dé el pedazo de cinta, pero continúa filmando impertérrito y vuelve a decir que no. Me pongo cada vez más nerviosa y le grito que le queda un segundo para pensárselo, que ya no tengo miedo del chantaje, que sabré ayudarme a mí misma si

nadie me ayuda. Como sigue sin reaccionar y el segundo ha pasado, miro por encima de las chimeneas del barco y los aparatos que hay por toda la cubierta, voy tropezando con los cables, buscando y buscando, porque cómo puedo impedir lo que hace, regreso de golpe al camerino, cuya puerta han sacado de los quicios para que yo no me pueda encerrar, mi padre ríe, pero en ese momento veo el cuenquito con el agua jabonosa, que está frente al espejo para la manicura, y a la velocidad del rayo me viene una ocurrencia, cojo el cuenco y vacío la solución sobre los aparatos y en las tuberías del barco, por todas partes empieza a salir vapor, mi padre se queda perplejo y yo le digo que se lo había advertido, que ya no estoy a sus órdenes, que he cambiado, que a partir de ahora a todos, igual que a él, les haré pagar de inmediato lo que hagan en contra de lo estipulado. El barco entero echa cada vez más vapor, los trabajos de filmación se han echado a perder, hay que interrumpir drásticamente el trabajo, todos están angustiados y discuten entre sí, en cualquier caso el director no les gustaba, se alegran de que la película no se vaya a realizar. Abandonamos el barco por escaleras de cuerdas, nos alejamos balanceándonos en pequeños botes salvavidas y nos llevan a un barco grande. Mientras estoy sentada, agotada, en la gran nave, contemplando las labores de rescate del barquito, llegan nadando unos cuerpos humanos, no hay duda de que están vivos, pero tienen quemaduras, tenemos que aproximarnos, hay que sacar a todos los de ese barco, porque muy lejos de nuestro barco, que se está hundiendo, ha explotado un segundo barco, que también pertenecía a mi padre, con muchos pasajeros a bordo, y ahí es donde están todos esos heridos. Me entra un miedo infundado porque mi cuenquito de jabón haya provocado también la explosión del otro barco, ya cuento con que me acusen de homicidio cuando lleguemos a tierra. Cada vez llegan hasta nosotros más cuerpos

humanos que son repescados, también muertos. Pero luego oigo decir aliviada que el otro barco también se ha hundido por causas completamente diferentes. No tengo nada que ver con ello, fue una negligencia de mi padre.

Mi padre quiere sacarme de Viena, a otro país, me intenta persuadir por las buenas de que tengo que marcharme de aquí, de que mis amigos ejercen todos una mala influencia sobre mí, pero yo me percato de que no quiere testigos, no quiere que yo pueda hablar con alguien y que todo salga a la luz. Podría salir a la luz. Yo ya no me pongo a la defensiva, solo pregunto si puedo escribir cartas a casa, él dice que ya se verá, que no sería bueno para mí. Hemos viajado hasta un país extraño, tengo incluso permiso para salir a la calle, pero no conozco a nadie y no comprendo el idioma. Vivimos arriba del todo, donde me da vértigo, ninguna casa puede ser tan alta, jamás he vivido tan alto y me paso el día tumbada en la cama, por si acaso, estoy presa y no estoy presa, mi padre rara vez mira en mi cuarto, la mayoría de las veces manda a una mujer con el rostro tapado, solo puedo verle los ojos, ella sabe algo. Me trae la comida y el té, pronto no podré ni levantarme porque todo me da vueltas ya al primer paso. Se me vienen a la cabeza los otros casos, así que tengo que levantarme porque la comida debe de estar envenenada o el té, llego hasta el baño y tiro la comida y el té al váter, ni la mujer ni mi padre se han dado cuenta, me están envenenando, es horrible, tengo que escribir una carta, empiezo un montón de encabezamientos que escondo, en el bolso, en el cajón, debajo de la almohada, pero tengo que escribir y sacar una carta de la casa. Me estremezco y el bolígrafo se me cae, porque mi padre está en la puerta, hace tiempo que lo ha adivinado, busca todas las cartas, saca una de la papelera y grita: ¡Abre la boca! ¿Qué significa esto?

¡Abre la boca, te digo! Se pasa horas gritando y no acaba, no me deja hablar, yo lloro cada vez más fuerte, él grita más cuando lloro, no puedo decirle que ya no como, que tiro la comida, que lo he averiguado, le doy incluso la carta arrugada que está bajo la almohada, y sollozo. ¡Abre la boca! Con los ojos le digo: Siento nostalgia, ¡quiero irme a casa! Mi padre dice en tono burlón: ¡Nostalgia! ¡Qué bonita es esta nostalgia! Cartas es lo que es esto, pero por mí que no se van a enviar, tus queridas cartas a tus queridos amigos.

Me he quedado en los huesos y no puedo tenerme en pie, pero lo consigo, bajo la maleta del desván, sin hacer ruido, en mitad de la noche, mi padre duerme profundamente, lo oigo roncar, jadea y resopla. A pesar de la altura me he asomado por la ventana y he mirado hacia abajo, al otro lado de la calle está el coche de Malina. Malina, que no ha recibido ninguna carta, debe de haberlo entendido y me ha enviado su coche. Meto en las maletas las cosas más importantes, o al menos todo lo que puedo conseguir, tiene que hacerse sin ruido y a toda prisa, tiene que ser esta noche, de lo contrario no lo lograré nunca. Con las maletas salgo a la calle tambaleándome, cada dos pasos tengo que dejarlas en el suelo hasta que puedo volver a recuperar el aliento y cargarlas, luego me siento en el coche, he metido las maletas en los asientos de atrás, la llave está puesta, arranco, conduzco en zigzag por la calle nocturna, vacía, sé aproximadamente dónde debe de estar la carretera de salida a Viena, conozco la dirección, pero no puedo conducir y me detengo, no puedo. Al menos debería llegar hasta una oficina de Correos, telegrafiar de inmediato a Malina para que venga a buscarme, pero no puedo. Tengo que dar la vuelta, está amaneciendo, no soy capaz de controlar el coche, retrocede hasta el

lugar en el que se había detenido, se queda allí del revés, quisiera volver a acelerar y estrellarme contra el muro, matarme, porque Malina no viene, ya es de día, estoy echada sobre el volante. Alguien me tira del pelo, es mi padre. La mujer, a la que se le ha movido el pañuelo de la cara, me saca a rastras del coche y me lleva de vuelta a casa. He visto su rostro, vuelve a colocarse rápidamente el pañuelo mientras yo lanzo un alarido, porque la he reconocido. Los dos me van a matar.

Mi padre me ha traído a una casa alta, arriba incluso hay un jardín, me deja que plante en él flores y arbolitos, para pasar el tiempo, hace bromas sobre los muchos árboles de Navidad que cultivo y que son de las navidades de mi infancia, pero mientras haga bromas todo va bien, hay abetos coreanos y todo florece en violeta y amarillo, solo que no son las flores adecuadas. Planto también en muchas macetas de cerámica, echo semillas, siempre salen flores de colores equivocados, no deseados, no estoy contenta y mi padre dice: Te crees una princesa, ¿eh? ¿Por quién te tomas realmente?, ¿por algo mejor, eh? Ya se te pasará, ya se te quitará de la cabeza, y esto y aquello (señala a mis plantas), eso también terminará pronto, ¿qué clase de falso pasatiempo es este de esas plantas? Tengo la manguera del jardín en la mano, podría lanzarle a la cara todo el chorro de agua para que deje de ofenderme, porque es él quien me ha dado el jardín, pero dejo caer la manguera, me llevo las manos a la cara, que me diga qué tengo que hacer, el agua corre por el suelo y ya no me apetece regar las plantas, cierro el grifo y entro en casa. Los invitados de mi padre han llegado, tengo que esforzarme mucho para llevar de un lado a otro los muchos platos y bandejas con los vasos, luego sentarme, escuchar, ni siquiera sé de qué están hablando, también tengo que responder, pero cuando busco una

respuesta me lanzan una mirada cortante, tartamudeo, no hago nada bien. Mi padre sonríe y es encantador con todos, a mí me da en el hombro, dice: Quiere hacerles creer que en mi casa solo la dejo trabajar en el jardín, miren a esta jardinera que trabaja duro, enséñales las manos, hija mía, ¡enseña esas preciosas patitas blancas! Todos ríen, yo también me esfuerzo en reír, mi padre es el que más fuerte ríe, bebe mucho y mucho más aún cuando la gente se ha marchado. Tengo que volver a enseñarle las manos, les da la vuelta, me las retuerce y yo me levanto de un brinco, consigo librarme de él porque al levantarse se tambalea borracho, echo a correr y trato de cerrar la puerta de golpe, ocultarme en el jardín, pero mi padre me sigue y sus ojos son horribles, su cara ha cobrado un color cobrizo de furia, me empuja hasta una barandilla, no estaremos otra vez en esa casa, arriba del todo, tira de mí, luchamos, quiere tirarme por la barandilla, los dos nos resbalamos y yo me echo hacia el otro lado, tengo que llegar hasta el muro o al tejado de al lado o regresar a casa, empiezo a perder la razón, no sé cómo puedo escaparme, y mi padre, que tal vez también tenga miedo de la barandilla, ya no quiere ir conmigo a la barandilla, levanta una maceta, me la tira, la maceta se rompe en la pared que está detrás de mí, mi padre coge otra, la tierra me chapotea en plena cara, se estalla y se hace añicos, tengo los ojos llenos de tierra, mi padre no puede ser así, ¡mi padre no puede ser así! Llaman a la puerta de la casa, por suerte para mí, así que alguien se ha alarmado, vuelven a llamar, o uno de los invitados ha regresado. Viene alguien, susurro, ¡déjalo ya! Mi padre dice en tono irónico: Viene alguien a por ti, por supuesto, a por ti naturalmente, pero tú te quedas, ¿lo oyes? Como siguen llamando, porque tiene que ser la salvación, como no veo nada con la cara cubierta de tierra y trato de encontrar la puerta, mi padre empieza a tirar por la barandilla todas

las macetas que pilla para que la gente se marche en lugar de salvarme. Pese a todo debo de haberme escapado, porque de repente estoy en el portal de la calle, con Malina frente a mí en la oscuridad, susurro, él aún no comprende, digo en un soplo no vengas ahora, hoy no, y Malina, a quien jamás he visto pálido y fuera de sí, pregunta desconcertado qué es lo que pasa, ¿pasa algo? Por favor, vete, tengo que tranquilizarlo, susurro. Oigo la sirena de la policía, los policías ya saltan de un coche patrulla, digo, muerta de miedo, ayúdame ahora, tenemos que librarnos de ellos, tenemos que hacerlo. Malina habla con los policías y les explica que tenemos una fiesta y alegría desbordante, alegría desbordante y mucho buen humor. A mí me ha empujado a un sitio oscuro. La policía se marcha de verdad, Malina regresa y dice en tono enérgico: Lo he entendido, esto lo ha tirado el de ahí arriba, no me ha dado por un pelo, tú te vienes ahora conmigo o no volveremos a vernos jamás, esto tiene que acabar de una vez. Pero yo susurro: No puedo ir contigo, déjame intentarlo una vez más, quiero tranquilizarlo, lo ha hecho porque has llamado, tengo que volver de inmediato. Por favor, ¡no vuelvas a llamar! Entiéndelo, volveremos a vernos, dice Malina, pero no antes de que esto acabe, porque ha querido matarme. Yo le contradigo en voz baja: No, no, solo me tiene a mí, empiezo a llorar, porque Malina se ha ido, yo ya no sé qué hacer, tengo que borrar las huellas, recojo los añicos en la calle, con las manos empujo las flores y la tierra hacia el bordillo, esta noche he perdido a Malina y Malina ha estado a punto de tener que morir esta noche, los dos, Malina y yo, pero él es más fuerte que yo y que mi amor por Malina, seguiré negándolo, en casa hay luz, mi padre se ha quedado dormido en el suelo, en medio de la devastación, todo está destruido, asolado, me tumbo junto a mi padre, en la devastación, porque aquí está mi sitio, junto a él, que duerme débil y triste y viejo. Y aunque me repugna

mirarlo, tengo que hacerlo, tengo que saber qué peligro hay aún escrito en su rostro, tengo que saber de dónde viene el mal, y me asusto, pero no como antes, porque el mal está en un rostro que no conozco, me arrastro hasta un extraño al que la tierra se le pega a las manos. ¿Cómo he llegado hasta aquí, cómo a su poder, en poder de quién? En medio de mi agotamiento empiezo a sospechar, pero la sospecha es demasiado grande, la reprimo enseguida, no puede ser un extraño, no puede haber sido en vano y nunca un engaño. No puede ser verdad.

Malina abre una botella de agua mineral, pero también sostiene ante mí un gran vaso con un trago de *whisky*, insiste en que me lo beba. No me apetece beber *whisky* en plena noche, pero como Malina parece tan preocupado y sus dedos me aprietan la muñeca, supongo que no estoy bien. Me busca el pulso, cuenta y no parece contento.

MALINA: ¿Sigues sin tener nada que decirme?

YO: Voy viendo algo, empiezo también a ver una lógica en ello, pero no lo entiendo en detalle. Algunas cosas son ciertas a medias, por ejemplo, que te he estado esperando, también que una vez bajé unas escaleras para retenerte, también la historia de los policías es bastante cierta, solo que no fuiste tú quien les dijo que se fueran, fue un malentendido, se lo dije yo misma, yo los eché. ¿O no? El miedo era mayor en el sueño. ¿Acaso llamarías tú a la policía? Yo no puedo. Yo tampoco la llamé, lo hicieron los vecinos, yo borré las huellas, declaré en falso, era así, ¿no?

MALINA: ¿Por qué lo encubriste?

YO: Dije que era una fiesta, una fiesta turbulenta, normal. Alexander Fleisser y el joven Bardos estaban abajo, estaban a punto de separarse, entonces un objeto casi le da a Alexander, no te digo

cuál, era lo suficientemente grande como para matar a alguien. También tiraron botellas, macetas naturalmente no. Dije que fue un error. Puede suceder. Lo confieso, no sucede a menudo, no en todas las familias, no todos los días, no en todas partes, pero sí que puede suceder, en una fiesta, imagínate el humor de la gente.

MALINA: Yo no hablo de gente, eso lo sabes. Y yo no pregunto por su humor.

YO: Tampoco tiene uno miedo cuando sabe que eso podría ocurrir de verdad, es completamente diferente, el miedo viene después, con otra apariencia, viene esta noche. Ah, sí, quieres saber otra cosa. Al día siguiente fui a casa de Alexander, también al joven Bardos, al que apenas conozco, hubiera podido acertarle, pero estaba unos cien metros más allá. Le digo a Alexander que estoy en tal modo, en cierto modo, que estoy de algún modo tan abatida, sencillamente sin palabras, pero hablé un montón, porque Alexander ya había estado pensando y me dio la impresión de que iba a poner una denuncia, pero eso no podía ocurrir, ¡entiéndelo! Yo también dije que «alguien» creía que la calle estaba vacía, quién podía imaginar entonces que a esa hora tan tardía Bardos estaba también abajo, y tal vez «alguien» lo había visto, seguro que sí, pero eso solo lo sabía yo, por eso empecé a hablar de tiempos difíciles, solo en los gestos de Alexander podía leerse que él no era capaz de disculpar tales incidentes con eso de los tiempos difíciles, así que para los tiempos difíciles me inventé además una enfermedad difícil, así seguí inventando un montón de cosas. Alexander no estaba convencido. Mi intención tampoco era ser convincente, sino impedir lo peor en ese momento.

MALINA: ¿Por qué lo hiciste?

Yo: No lo sé. Lo hice. Entonces me pareció correcto hacerlo. Después ya no se sabe nada. Ni siquiera un motivo, ya que todos han caducado.

Malina: ¿Cómo hubieras declarado?

Yo: No lo habría hecho. A lo sumo con una palabra que ahora aún podría pronunciar (pero entonces yo ya no sabía qué significaba) habría destruido todas las preguntas. (Con los dedos le hago a Malina una señal, en la lengua de los sordomudos). ¿No habría salido muy bien del paso? O afirmando: relación de parentesco. Para ti es fácil reír, a ti no te ha pasado nada, tú no estabas en el portal.

Malina: ¿Acaso me río? Tú te ríes. Deberías dormir, no tiene sentido hablar contigo mientras ocultes la verdad.

Yo: Le di dinero a la policía, no todos se dejan corromper, pero aquellos chicos sí, eso es cierto. Estaban contentos de poder volver a la comisaría o a sus camas.

Malina: A mí qué me importan esas historias. Estás soñando.

Yo: Estoy soñando, pero te aseguro que empiezo a comprender. Por aquel entonces yo también empecé a leer deformado todo lo que leía. Si en algún lugar ponía «Moda estival», yo leía «Muerte estival». Esto es solo un ejemplo. Podría citarte cientos. ¿Lo crees?

Malina: Naturalmente, pero también creo algunas cosas que tú misma no quieres creer.

Yo: ¿Por ejemplo?

Malina: Olvidas que mañana tengo guardia. Levántate a la hora, por favor. Estoy muerto de cansancio. Aun cuando el huevo del desayuno estuviera demasiado blando o demasiado duro, yo te estaría agradecido. Buenas noches.

Han llegado las nuevas muertes invernales, se están presentando ya en las casas de muerte más importantes. Mi padre es el primer modisto de la ciudad. Yo me niego, pero tengo que presentar los modelos de novia. En cualquier caso este año solo hay muertes blancas y muy pocas negras, las blancas en el Palacio de Hielo, a 50 grados bajo cero, allí la casan a una viva para el público y ante el público, con velos de hielo y con flores de hielo. Los novios tienen que estar desnudos. El palacio de hielo está en el lugar en el que estaba situado el antiguo club de patinaje sobre hielo y donde en verano se celebraban las competiciones de lucha, pero mi padre ha alquilado toda la plaza, me casarán con el joven Bardos, han contratado una orquesta que se muere de miedo de tener que tocar con esa temperatura, pero mi padre asegura a las viudas. Todavía son las esposas de los músicos.

Mi padre ha regresado de Rusia, no le ha sentado bien. No ha visto el Hermitage, sino que ha estado estudiando las torturas, se ha traído consigo a la zarina Melanie. Tengo que ir con Bardos al hielo, a un gracioso pabellón de hielo, muy artístico,[156] aplaudida por toda Viena y el mundo, porque la función será retransmitida vía satélite, será el día en que los americanos o los rusos o todos juntos viajen a la luna. A mi padre solo le importa que el espectáculo vienés sobre hielo haga olvidar al mundo entero la luna y las potencias mundiales. En un carruaje forrado de pieles recorre a toda velocidad el distrito primero y el tercero dejándose admirar una vez más con la joven zarina antes de que dé comienzo el gran espectáculo.

En primer lugar, por megafonía, se hará que todos presten atención a los ingeniosos detalles del Palacio de Hielo, a las ventanas, que tienen por cristales las más finas planchas de hielo,

transparentes como el más hermoso de los vidrios. Cientos de candelabros de hielo iluminan la plaza, y la decoración es asombrosa, los divanes, taburetes, los aparadores con las vajillas más frágiles, copas y servicios de té, todo hecho de hielo y en vivos colores, pintado como la porcelana de Augarten.[157] En la chimenea hay leña de hielo que parece arder embadurnada de bencina, y se puede ver el gran baldaquino a través de las cortinas de hielo que parecen de encaje. La *zariza*,[158] que llama a mi padre su «oso», se burla de él, dice que debe de ser un placer vivir en ese palacio, aunque sí algo frío para dormir. Mi padre se inclina hacia mí y dice en su tono más frívolo: Estoy convencido de que no te congelarás si hoy compartes ese lecho con tu señor Bardos, él se encargará de que el fuego del amor no se apague entre vosotros. Me arrojo a los pies de mi padre, no le pido por mi vida, sino piedad para el joven Bardos, al que apenas conozco, que a mí apenas me conoce y que me contempla sin decir nada, sin razón ya, a punto de congelarse. No entiendo por qué hay que sacrificar también a Bardos en este divertimento popular. Mi padre explica a la *zariza* que mi consorte tiene que desnudarse y ser regado con las aguas del Danubio y del Neva hasta que los dos nos convirtamos en estatuas de hielo. Pero eso es horroroso, responde Melanie afectada, mi oso grandote, tendrás que matar antes a esos dos infelices. No, mi pequeña osita, replica mi padre, porque de lo contrario ambos carecerían de la naturalidad de movimiento imprescindible según la ley de la belleza, yo haré que los rieguen vivos, ¿cómo iba a poder divertirme solo con el miedo a la muerte? Eres cruel, dice Melanie, pero mi padre le promete un éxtasis, sabe lo afines que son la crueldad y la lujuria. Cuando uno va envuelto en un abrigo de piel eso es más fácil y agradable de ver, promete y espera que Melanie supere también algún día en crueldad a todas las demás mujeres. La gente de la

calle y la sociedad vienesa gritan de júbilo: ¡Algo así no se ve todos los días!

Estamos a 50 grados bajo cero, desnudos, frente al palacio, tenemos que adoptar las posiciones prescritas, entre el público algunos suspiran, aunque todos piensan que Bardos, que es inocente, es culpable, porque empiezan a echar sobre nosotros ríos de agua helada. Aún me oigo gimiendo y lanzando una maldición, lo último que percibo es la sonrisa triunfal de mi padre, y su suspiro de satisfacción es lo último que oigo. No puedo seguir implorando por la vida de Bardos. Me convierto en hielo.

Mi madre y mi hermana me han enviado un parlamentario internacional, quieren saber si «después» de este suceso yo estaría dispuesta a seguir teniendo relación con mi padre. Le digo al emisario: ¡Por nada del mundo! El hombre, que debe ser un viejo amigo mío, se queda consternado al oírlo y dice que es una lástima. Mi punto de vista le parece demasiado estricto. Luego dejo a mi madre y a mi hermana, que se quedan mudas y desamparadas, y voy al cuarto de al lado para hablar de ello en persona con mi padre. Aunque pienso de manera inflexible, juzgo de manera inflexible, todo mi cuerpo se ha vuelto inflexible, no me quito de encima la idea de que tengo que cumplir con mi deber, volveré a acostarme con él con los dientes apretados, el cuerpo inmóvil. Pero debe saber que solo lo hago por agradar a los demás y para que no despierte la admiración internacional. Mi padre está muy abatido, insinúa que se siente muy enfermo, que ya no está a la altura de todo y yo no logro introducir la discusión, se enzarza en una enfermedad que no tiene para no tener que pensar en Melanie ni en mí. Se me hace la luz de por qué pone todos los pretextos imaginables, porque ahora vive con mi hermana. No puedo hacer nada más por Eleonore, me envía

una nota: ¡Reza por mí, ruega por mí!

Estoy sentada en la cama, tengo demasiado calor y tengo demasiado frío, cojo un libro que había dejado en el suelo antes de quedarme dormida, *Diálogo con la Tierra*,[159] he olvidado en qué capítulo lo cerré, busco al azar en el índice, en el apéndice, aclaraciones de los extranjerismos y tecnicismos, las fuerzas y los procesos de origen subterráneo, dinámica interna. Malina me quita el libro de las manos y lo deja a un lado.

MALINA: ¿Por qué viene tu hermana? ¿Quién es tu hermana?

YO: ¿Eleonore? No lo sé, no tengo ninguna hermana que se llame Eleonore. Pero todos tenemos una hermana, ¿verdad? Disculpa. ¡Cómo he podido! Pero tú quieres saber algo de mi verdadera hermana. De niñas naturalmente siempre estábamos juntas, luego además una temporada en Viena, el domingo por la mañana íbamos a los conciertos de la Agrupación Musical, a veces quedábamos con los mismos hombres, también sabía leer, en una ocasión escribió tres tristes páginas que no le pegaban nada y no me lo tomé en serio. Me perdí algo. ¿Qué habría hecho mi hermana? Espero que se casara poco después.

MALINA: No debes hablar de tu hermana, solo el esconderla te fatiga. ¿Y Eleonore?

YO: Tendría que haberlo tomado en serio, pero entonces era muy joven.

MALINA: ¿Eleonore?

YO: Es mucho mayor que mi hermana, debe de haber vivido en otra época, incluso en otro siglo, conozco retratos suyos, pero no recuerdo, no recuerdo… También leía, una vez soñé que me leía, con una voz espectral. *Vivere ardendo e non sentire il male.*[160] ¿Dónde dice eso?

MALINA: ¿Qué ha sido de ella?
YO: Murió en el extranjero.

Mi padre tiene prisionera a mi hermana, no deja entrever nada, me pide mi anillo para ella, porque mi hermana tiene que llevar ese anillo, me quita el anillo del dedo y dice: ¡Es suficiente, ya basta!, sois la una igual que la otra, las dos vais a saber lo que es bueno. A Melanie la ha «depuesto», a veces dice que la ha «despedido» porque le ha visto las intenciones, su ambición y su manía de querer brillar gracias a él. Pero las peroratas con las que intenta hacerme comprender esa manía son muy curiosas, aparece la palabra *nieve*, que ella quiere viajar con él por la nieve, también por nuestra nieve común de los Prealpes, y yo le pregunto si ha recibido ya mis cartas, pero se ve que se han quedado bloqueadas en la nieve. De nuevo le pido las pocas cosas que necesitaré hasta el final, las dos tazas de café de Augarten, porque quiero volver a tomar café, de lo contrario no podría cumplir con mi obligación, pero las tazas de café no están, eso es lo más amargo de todo, tendré que decirle a mi hermana que me devuelva al menos esas tazas. Mi padre ha desencadenado un pequeño alud para asustarme y que no vuelva a manifestar ese deseo, las tazas están sepultadas bajo la nieve. Tan solo quería engañarme, desencadena un segundo alud, poco a poco voy entendiendo la nieve, porque la nieve tiene que enterrarme, nadie más me podrá encontrar. Corriendo hacia los árboles, donde hay refugio y salvación, trato de gritar cobardemente que no quiero nada más, que lo olvide, que no quiero absolutamente nada más, hay peligro de alud, hay que remar con los brazos, hay que nadar en la nieve para permanecer encima, hay que avanzar por la nieve. Pero mi padre se sube a una tabla de nieve y desencadena un tercer alud que destruye todos nuestros bosques, los árboles más viejos, los

más fuertes, los tala su fuerza tremenda, ya no puedo cumplir con mi obligación, estoy de acuerdo en que esta lucha tenga un final, mi padre dice al equipo de rastreo que les invita a una cerveza, que pueden marcharse a casa, que no puede hacerse nada hasta la primavera. He caído bajo el alud de mi padre.

Esquío por primera vez en la pendiente ligeramente nevada de detrás de nuestra casa. Tengo que intentar tomar las curvas de manera que no dé en las zonas sin nieve y, deslizándome hacia abajo, no me quede en alguna frase escrita sobre la nieve. La frase podría ser de antaño, escrita en buena medida con una torpe caligrafía infantil en la nieve que ha quedado de mi juventud. Sospecho que es del cuaderno marrón de la escuela, en cuya primera página escribí la noche de Año Nuevo: Quien tiene un Porqué para vivir, soporta casi cualquier Cómo.[161] Pero en la frase se dice también que sigo teniendo dificultades con mi padre y no puedo contar con escapar ahora de ese infortunio. Una anciana, una adivina, me enseña a esquiar a mí y a un grupo que está al margen, al que yo no me sumo. Se cuida de que todos se detengan donde acaba la pendiente. Donde yo me detengo, completamente exhausta, hay una carta, se refiere al 26 de enero y tiene algo que ver con un niño, la carta está doblada de manera muy complicada y varias veces cerrada. No puede abrirse en un rato (está toda recubierta de hielo), porque contiene una predicción. Me pongo en camino a través del gran bosque, luego me quito los esquíes y dejo los bastones con ellos, continúo a pie en dirección a la ciudad, hasta las casas de mis amigos vieneses. En las placas de las casas faltan los nombres de todos los hombres. Con mis últimas fuerzas trato de llamar en casa de Lily, llamo, aunque ella nunca ha venido, aún más desesperada por el hecho de que no haya venido, pero mantengo la

calma y le cuento, ya en la puerta, que mi madre y Eleonore van a llegar hoy para ingresarme en una buena clínica, que no necesito alojamiento y tengo que irme de inmediato al aeropuerto, pero de pronto no sé si tengo que ir a Schwechat o a Aspern, no puedo estar en los dos aeropuertos a la vez, ni siquiera sé si mi madre y mi hermana van a venir realmente en avión, si hoy hay aviones, si mi madre y mi hermana realmente pueden venir y están informadas. Informada solo estaba Lily. No logro articular la frase, me gustaría gritar: ¡Informada solo estabas tú! Y qué has hecho, no has hecho nada, ¡solo lo has fastidiado todo!

Como todos los hombres han desaparecido de Viena, tengo que hospedarme en casa de una chica, en una habitación que no es mucho mayor que la habitación de mi infancia, mi primera gran cama también está ahí. De repente me enamoro de la chica, la abrazo, mientras la señora Breitner, mi portera de la Ungargasse (o la baronesa de la Beatrixgasse), está tumbada aquí al lado, gorda y pesada, se percata de que nos estamos abrazando, aunque estamos tapadas con mi gran manta azul. No está indignada, pero dice que jamás lo hubiera creído posible, que me conoce y que también ha conocido a mi padre, solo que hasta ahora no había sabido que mi padre se había ido a América. La señora Breitner se lamenta, porque me consideraba una «santa», repite varias veces «una especie de santa» y, para que no me echen, trato de explicarle que es comprensible y natural después del gran infortunio con mi padre, que no he podido evitarlo. Observo a la chica con más detalle, jamás la había visto, es delicada y muy joven, y me habla de un paseo que bordea el Wörthersee, estoy abrumada, porque habla del Wörthersee, pero no me atrevo a tutearla porque entonces averiguaría quién soy. No debe averiguarlo nunca. Empieza a oírse

una música, suave y dulce,[162] y alternativamente tratamos de cantar algunas palabras al hilo de la música, la baronesa también lo intenta, es mi portera, la Breitner, no paramos de equivocarnos, yo canto «Expresaré todo mi descontento», la chica canta «¿No lo veis, amigos, no lo veis?». Pero la señora Breitner canta «¡Tened cuidado! ¡Tened cuidado! ¡Pronto se hará de día!».

De camino a casa de mi padre me encuentro con un grupo de estudiantes que también quieren verlo, puedo mostrarles el camino, pero no quisiera llegar a la puerta al mismo tiempo que ellos. Espero, pegada a la pared, mientras los estudiantes llaman al timbre. Melanie abre, lleva puesta una bata larga, sus pechos son otra vez demasiado grandes y visibles para todos, saluda efusivamente a los estudiantes y finge recordarlos a todos, los ha visto en todas las clases y dice, radiante, que hoy aún es la señorita Melanie, pero que ya no por mucho tiempo, porque va a ser la señora Melanie. Jamás, pienso yo. Entonces me ve, le he estropeado la escena, nos saludamos de pasada, nos damos la mano, pero solo de manera que las manos se tocan superficialmente y ninguna se la estrecha a la otra. Va delante de mí por el pasillo, es ya la nueva casa y veo claramente que Melanie está embarazada. En la casa está mi Lina con la cabeza gacha, no contaba con que yo viniera, porque en esta casa la llaman Rita, para que nada pueda recordarle a mí. La casa es enorme, pero solo tiene un espacio muy pequeño y otro inmenso, la distribución responde a las ideas arquitectónicas de mi padre, conozco sus ideas, es imposible no reconocerlas. Entre los muebles veo mi sofá azul de la Beatrixgasse, y como mi padre está ocupado con la decoración, me dirijo a él en el espacio grande. Mi padre, al que le hago propuestas sobre el sofá azul y algunas otras cosas, no escucha, va de un lado a otro con un metro, mide las

paredes, las ventanas y las puertas, porque otra vez se ha propuesto algo grande. Le pregunto si se lo tengo que explicar ahora verbalmente, o más tarde por escrito, qué disposición me gustaría y qué preferiría él. Sigue ocupado e indiferente y solo dice: ¡Ocupado, estoy ocupado! Antes de salir de casa echo un vistazo a algunas cosas, en lo alto de la pared hay un curioso adorno de plumas, en una hornacina iluminada de rojo hay muchas avecillas muertas disecadas y me digo para mis adentros qué mal gusto, es de peor gusto que nunca. El gusto ha sido siempre lo que nos ha separado. Ha sido su insensibilidad, su vulgaridad, ambas palabras se me confunden en una, y Lina, que deja que la llamen Rita, me acompaña hasta fuera, digo mal gusto, aquí nada es de buen gusto, es indiferente, todo seguirá siendo siempre igual con mi padre. Lina asiente perpleja, me da la mano a escondidas, y ahora yo querría tener valor, querría y tengo que cerrar la puerta de un portazo, fuerte, como mi padre ha cerrado siempre todas las puertas, para que sepa de una vez lo que significa DAR UN PORTAZO a alguien. Pero la puerta encaja suavemente, sigo sin poder dar un portazo. Ante la casa me pego a la pared, no debería haber ido a esa casa, jamás a ver a Melanie, mi padre ya ha cambiado la casa, no puedo volver y no puedo marcharme, pero aún podría trepar por la verja, donde los arbustos son más espesos, y en mi angustia mortal corro hasta la verja y trepo, es la salvación, sería la salvación, pero en lo alto de la verja me enredo, es alambre de espino, son espinas cargadas con cien mil voltios, me llevo las cien mil descargas, eléctricas, mi padre ha cargado los alambres, esos muchos voltios recorren mis fibras a toda velocidad. Me he calcinado y he muerto por la furia de mi padre.

Una ventana se abre, fuera hay una campiña sombría, nebulosa, y

en ella un lago que cada vez se vuelve más pequeño. Alrededor del lago hay un cementerio, las tumbas pueden distinguirse claramente, la tierra se abre sobre las tumbas y por un momento las hijas muertas se incorporan, no se les ve la cara, los cabellos les caen hasta la altura de una mano, todas las mujeres tienen la mano derecha levantada y visible a la luz blanca, despliegan las manos de cera, faltan los anillos, falta el dedo anular en todas las manos. Mi padre hace que el lago sobrepase la orilla para que nada salga del fondo, para que no se vea nada, para que las mujeres se ahoguen sobre las tumbas, para que las tumbas se ahoguen, mi padre dice: Es una representación: *Cuando los muertos despertamos.*[163]

Cuando me despierto, sé que hace muchos años que no he estado en un teatro. ¿Representación? No sé de ninguna representación, no tengo ninguna representación, pero debe de haber sido una representación.

MALINA: Siempre te has representado muchas cosas.

YO: Pero entonces no podía representarme absolutamente nada. O estamos hablando de representar y de representación y no nos referimos a lo mismo.

MALINA: Voy a tratar de aclararlo. ¿Por qué te falta el anillo? ¿Has llevado anillo alguna vez? Nunca llevas anillo. Me dijiste que te resultaba imposible llevar uno en el dedo, llevar algo en el cuello o en la muñeca o incluso en el empeine.

YO: Al principio me compró un anillito, yo quería dejarlo en el estuche, pero él me preguntaba todos los días si me gustaba el anillo y siempre me recordaba que él me había dado ese anillo, estuvo años hablando sin parar de ese anillo, como si yo pudiera vivir de un anillo y, si yo no hablaba voluntariamente de él todos los días, preguntaba ¿dónde tienes mi anillo, niña? Y yo, la niña,

yo decía: Por amor de Dios, el anillo no lo habré, no, estoy completamente segura, me lo he dejado en el baño, voy a buscarlo enseguida y a ponérmelo en el dedo o dejarlo a mi lado en la comodita, cerca de mi cama, solo puedo dormir con tu anillo cerca. Se armó un barullo espantoso en torno a ese anillo, le contó además a todo el mundo que él me había regalado un anillo y al final la gente acabó creyendo que me había regalado la vida o al menos la letra de un mes o una casa y un jardín y el aire que respiraba, apenas podía llevar ya ese maldito anillo, y como el anillo ya no iba a valer para nada, me habría encantado tirárselo a la cara, también porque no me lo había regalado voluntariamente, yo le había presionado para que me diera una confirmación, porque nunca me daba una señal, porque yo quería una señal, y al final me dio el anillo del que no dejaba de hablar. Pero no se le puede tirar a alguien un anillo a la cara, y a los pies habría servido en caso de necesidad, pero es más fácil decirlo que hacerlo, porque cuando alguien está sentado o va andando de un lado a otro, no se le puede tirar a los pies algo tan pequeño y lograr así lo que uno quiere. Por eso fui primero al baño con la intención de tirarlo a la taza, pero entonces aquello me pareció demasiado sencillo, demasiado práctico y demasiado correcto, yo quería tener mi drama, además ahora quería darle un significado al anillo y fui en coche hasta Klosterneuburg, allí me quedé varias horas en el puente del Danubio, con el primer viento invernal, luego saqué el estuche del bolsillo del abrigo y el anillo del estuche, porque hacía ya algunas semanas que no lo llevaba puesto, era el 19 de septiembre. Una tarde fría, cuando aún había luz, lo tiré al Danubio.

MALINA: Pero eso no aclara nada. El Danubio está lleno de anillos, todos los días, con frío viento invernal o caluroso viento estival,

alguien se quita un anillo del dedo y lo tira al agua desde los puentes del Danubio entre Klosterneuburg y Fischamend.

YO: Yo no me quité el anillo del dedo.

MALINA: Eso no importa, no quiero tu historia, siempre te vas por la tangente.

YO: Lo raro es que sabía todo el tiempo que él albergaba ideas homicidas respecto a mí, lo único que no sabía era de qué forma quería eliminarme. Posible era todo. Pero solo podría haber planeado una posibilidad, y justo esa no pude adivinarla. Yo no sabía que aún existen el aquí y el ahora.

MALINA: A lo mejor no lo sabías, pero estabas de acuerdo.

YO: Te juro que no estaba de acuerdo, no se puede estar de acuerdo, lo que se quiere es escapar, se huye. ¿Qué quieres hacerme creer?, ¡nunca he estado de acuerdo!

MALINA: No jures. No olvides que tú nunca juras.

YO: Naturalmente yo sabía que él me atacaría en el punto en el que soy más vulnerable, porque así no necesitaba hacer nada más, solo tenía que esperar, aguardar hasta que yo misma, hasta que yo a mí misma…

MALINA: Deja de llorar.

YO: No estoy llorando, eso es lo que tú quieres que me crea, me vas a hacer llorar. Pero fue completamente diferente. Después miré a mi alrededor y me percaté de que en mi entorno, y también lejos de mi entorno, todos estaban aguardando, no hacían otra cosa, no hacían nada de particular, se pasan unos a otros los somníferos, la navaja de afeitar, se encargan de que uno vaya a pasear aturdido junto a un acantilado, de que uno abra borracho la puerta de un tren en marcha o de que simplemente le entre una enfermedad. Si se espera lo suficiente se produce un colapso, llega un final largo o breve. Algunos lo sobreviven,

claro, pero simplemente lo sobreviven.

MALINA: Pero ¿cómo de acuerdo hay que estar?

YO: Yo he sufrido demasiado, no sé más, no reconozco nada, cómo voy a saberlo, sé demasiado poco, odio a mi padre, lo odio, solo Dios sabe cuánto, no sé por qué es así.

MALINA: ¿A quién has convertido en tu ídolo?

YO: A nadie. Así no se puede seguir, no avanzo, no se ve nada, lo único que oigo constantemente es, más baja o más alta, una voz con las imágenes que dice: incesto. Es inconfundible, yo sé lo que significa.

MALINA: No, no, justo eso no lo sabes. Cuando se ha sobrevivido, la supervivencia es un obstáculo para el conocimiento, tú ni siquiera sabes cuáles han sido tus vidas anteriores ni qué es hoy tu vida, hasta confundes tus vidas.

YO: Solo tengo una vida.

MALINA: Déjamela a mí.

Estamos frente al mar Negro, y yo sé que el Danubio debe desembocar en el mar Negro. Yo desembocaré igual que él. He bajado por todas las orillas, pero frente al delta veo, medio cubierto de agua, un último cuerpo gordo, aunque no puedo esquivarlo para vadear hasta el centro del río, porque aquí el río es demasiado profundo y demasiado ancho y está lejos y lleno de remolinos. Mi padre se ha escondido en el agua, frente a la desembocadura, es un cocodrilo gigante, de ojos cansados y caídos, que no me va a dejar pasar. En el Nilo ya no hay cocodrilos, el último lo trajeron al Danubio. De vez en cuando mi padre abre un poco los ojos, parece como si estuviera allí tumbado, indolente, como si no esperara nada, pero, claro está, está esperándome a mí, se ha enterado de que quiero volver a casa, de que esa es la salvación para mí. De vez en

cuando abre lánguido sus enormes fauces, de ellas cuelgan pedazos, pedazos de carne de las otras mujeres, y recuerdo los nombres de todas las mujeres a las que ha destrozado, sangre vieja flota sobre el agua, pero también sangre fresca: no sé lo hambriento que estará hoy mi padre. A su lado veo de repente un cocodrilo pequeño, ya ha encontrado un cocodrilo a su medida. Pero los ojos del pequeño cocodrilo echan chispas y no es un indolente, viene nadando hacia mí y, con falsa amabilidad, quiere besarme en la mejilla derecha y en la izquierda. Antes de que pueda besarme, grito: ¡Eres un cocodrilo! ¡Vuelva usted con su cocodrilo, sois el uno para el otro, sois cocodrilos! Porque he reconocido rápidamente a Melanie, que vuelve a entornar los párpados hipócritamente y ya no echa chispas con sus ojos humanos. Mi padre replica a gritos: ¡Anda, dilo otra vez! Pero yo no lo digo otra vez, aunque debería decirlo porque él lo ordena. Solo tengo la opción de que me destroce o meterme en el río, allí donde es más profundo. He desaparecido frente al mar Negro en las fauces de mi padre. Pero en el mar Negro han desembocado tres gotas de mi sangre, las últimas.

Mi padre entra en la habitación, silbando y cantando, lleva puestos los pantalones del pijama, lo odio, no puedo mirarlo, me pongo a enredar en mi maleta. Por favor, ponte algo encima, le digo, ¡ponte otra cosa! Porque lleva un pijama que le regalé por su cumpleaños, lo lleva adrede y me gustaría arrancarle el pijama, pero de repente me acuerdo de algo y digo como de paso: ¡Ah, eres tú! Empiezo a bailar, bailo un vals completamente sola, y mi padre me mira algo sorprendido, porque en la cama está su pequeño cocodrilo, vestido de seda y terciopelo, y empieza a hacer su testamento en favor de Seda y Terciopelo, lo escribe en una hoja grande y dice: No vas a tener nada, ¿lo oyes?, porque estás bailando. Estoy bailando de

verdad, dadín, dadán, bailo por todas las habitaciones y empiezo a dar vueltas sobre la alfombra, que él no puede quitarme de debajo de los pies, es la alfombra de *Guerra y paz*. Mi padre llama a mi Lina: ¡Quítele la alfombra! Pero Lina tiene el día libre, y yo río, bailo y de repente exclamo: ¡Ivan! Es nuestra música, ahora es un vals para Ivan, una y otra vez para Ivan, es la salvación, porque mi padre no ha oído nunca el nombre de Ivan, nunca me ha visto bailar, ya no sabe qué hacer, no pueden quitarme la alfombra, no pueden detenerme con mis rápidas evoluciones en el torbellino de esa danza, llamo a Ivan, pero no debe venir, no debe detenerme, porque con la voz astral, la voz sideral, yo engendro el nombre de Ivan y su omnipresencia.

Mi padre está fuera de sí, grita indignado: ¡Que esa loca acabe o desaparezca de una vez por todas, que desaparezca de inmediato, de lo contrario va a despertar a mi pequeño cocodrilo! Me acerco al cocodrilo bailando, le quito la camisa robada de Siberia y mis cartas a Hungría, le saco de las fauces amodorradas y peligrosas aquello que me pertenece, también me gustaría recuperar la llave, y estoy ya a punto de reír, cogerla del diente de cocodrilo y seguir bailando, pero mi padre me quita la llave. Además de todo lo otro me quita también la llave, ¡es la única llave! Me quedo sin voz, no puedo gritar más: ¡Ivan, ayúdame, quiere matarme! Del diente más grande del cocodrilo cuelga aún una carta mía, no una carta siberiana, no una carta húngara, veo con horror a quién va dirigida esa carta, porque puedo leer el encabezamiento: Querido padre, me has roto el corazón. Crac crac, roto, dadín dadán, mío roto mi padre crac crac rrrrac dadín dadán Ivan, quiero a Ivan, pienso en Ivan, amo a Ivan, padre querido. Mi padre dice: ¡Llevaos de aquí a esta mujer!

Mi hijo, que ahora tiene unos cuatro o cinco años, viene a verme, lo reconozco enseguida porque se parece a mí. Miramos a un espejo y

nos aseguramos. El pequeño me dice en voz baja que mi padre se va a casar, con esa masajista que es muy guapa, pero muy pesada. Por eso no quiere quedarse más en casa de mi padre. Estamos en la gran casa de unos desconocidos, en una habitación oigo a mi padre hablando con alguna gente, es una buena ocasión y, de repente, decido llevarme al niño a mi casa, aunque seguramente tampoco le guste quedarse conmigo, porque mi vida es muy desordenada, ya que aún no tengo casa, porque primero tengo que dejar la Asociación de Personas sin Hogar, pagar los equipos de salvamento y de rastreo, y no tengo dinero, pero sujeto al niño con fuerza contra mi pecho y le prometo hacerlo todo. El pequeño parece estar de acuerdo, nos aseguramos de que hemos de permanecer juntos, de que yo, a partir de ahora, lucharé por el niño, porque mi padre no tiene ningún derecho sobre nuestro niño, yo ya no me entiendo a mí misma, porque no tiene ningún derecho, cojo al niño de la mano y me dispongo a ir a verlo de inmediato, pero entre medias hay otras habitaciones. Mi hijo aún no tiene nombre, siento que le falta el nombre, como a los nonatos, tengo que ponerle pronto un nombre y añadirle mi apellido, le propongo entre susurros: Ánimus.[164] El niño no quiere un nombre, pero comprende. En cada una de las habitaciones se desarrollan las escenas más atroces, le pongo a mi hijo una mano ante los ojos, porque en la habitación del piano he descubierto a mi padre, está tumbado bajo el piano con una mujer joven, podría ser esa masajista, mi padre le ha desabrochado la blusa y le está quitando el sujetador, y me temo que, aun con todo, el niño ha visto la escena. Nos abrimos paso entre los invitados, que beben todos champán, hacia la habitación contigua, mi padre debe estar completamente borracho, cómo, si no, podría olvidarse del niño. En la otra habitación, en la que buscamos refugio, hay una mujer, también en el suelo, que amenaza a todos con un revólver,

adivino que es una fiesta peligrosa, una fiesta de revólveres, trato de prestarme a las extravagantes ocurrencias de la mujer, apunta al cielo, luego a mi padre a través de la puerta, no sé si lo hace en serio o en broma, podría ser esa masajista, porque de repente pregunta pérfidamente qué es lo que se me ha perdido allí y quién es el pequeño bastardo, y yo pregunto, mientras ella me apunta con el revólver, si no es al contrario, si no es a ella a quien no se le ha perdido nada allí, pero ella replica en un tono estridente: ¿Quién es ese bastardo que se interpone en mi camino? En mi angustia mortal no sé si debo tirar del niño hacia mí o si debo quitármelo de encima, quiero gritar: ¡Corre, corre!, ¡vete corriendo de aquí! Porque la mujer ya no juega con el revólver, quiere quitarnos de en medio a los dos, es el 26 de enero, y yo tiro del niño hacia mí, para que muramos juntos, la mujer reflexiona un instante, entonces apunta con precisión y mata al niño. Ya no tiene que darme a mí. Mi padre solo le ha dado una bala. Mientras me derrumbo sobre el niño, suenan las campanas de Año Nuevo y todos brindan con sus copas de champán, también derraman muchas copas, el champán corre sobre mí, desde la noche de fin de año, y no he enterrado a mi hijo en presencia de mi padre.

He entrado en la era de las caídas, los vecinos mandan preguntar de vez en cuando si ha pasado algo. He caído en una pequeña tumba y me he golpeado la cabeza y dislocado los brazos, hasta la próxima caída todo tiene que estar curado, y yo tengo que pasar ese tiempo en la cripta, ya me temo la próxima caída, pero sé que, como es una profecía, tendré que caerme tres veces antes de poder levantarme de nuevo.

Mi padre me ha llevado a la cárcel, no estoy demasiado sorprendida, porque conozco sus buenas relaciones. Espero en principio que me

traten bien y que al menos me dejen escribir. En cualquier caso, aquí no tengo tiempo y estoy segura de sus insidias. Podría terminar de escribir el libro que he encontrado, ya antes de camino a la cárcel, en ese coche de policía, vi algunas frases a una luz azul que giraba en círculos, colgando entre los árboles, flotando en las aguas residuales, impresas por muchos neumáticos en un asfalto demasiado candente. Yo también me he quedado con todas las frases, y otras se me han quedado además en la cabeza, pero de épocas anteriores. Me conducen a través de largos pasillos, quieren probar qué celda me va mejor, pero entonces resulta que no me van a dar ningún trato de favor. Hay un largo ir y venir entre diferentes autoridades. Mi padre está detrás de todo, ha hecho que desaparezca una parte de las actas, cada vez desaparecen más actas que me son favorables y, al final, resulta que no se me permite escribir. Aun con todo, ahora me dan una celda individual tal como había deseado en secreto, empujan también al interior una escudilla con agua y, aunque la celda es demasiado sucia y sombría, no pienso más que en el libro, pido papel, golpeo la puerta para pedir papel, porque tengo que escribir algo. En la celda me resultará fácil, no lamento estar aquí encerrada, me resigno enseguida, solo que no dejo de interpelar a la gente que pasa por fuera y no me entiende, piensan que estoy protestando y resistiéndome al arresto, cuando lo que yo intento es decir que el arresto no me importa, sino que quiero unas hojas de papel y un lápiz para escribir. Un guardián abre la puerta de golpe y dice: Así no va a conseguir nada, ¡no puede usted escribir a su padre! Cierra la puerta de un portazo y me lanza la puerta contra la cabeza aunque yo ya le estoy gritando: ¡A mi padre no, lo prometo, a mi padre no! Entre la justicia mi padre ha difundido el rumor de que soy peligrosa porque quiero volver a escribirle. Pero no es cierto, solo quiero escribir la frase del Principio.

[165] Estoy aniquilada y por ello tiro el agua de la escudilla, porque prefiero morirme de sed, porque no es verdad, y mientras me muero y me muero de sed, las frases me circundan pletóricas, cada vez son más numerosas. Algunas solo pueden verse, otras solo escucharse como en la Gloriastrasse tras la primera inyección de morfina. Acurrucada en un rincón, sin agua, sé que mis frases no me abandonarán y que tengo derecho a ellas. Mi padre mira por un tragaluz, solo se ven sus ojos turbios, quisiera espiar mis frases y robármelas, pero, con una sed enorme, tras las últimas alucinaciones, sigo sabiendo que me está viendo morir sin palabras, he escondido las palabras en la frase del Principio, que para mi padre estará siempre oculta y a resguardo, hasta tal punto contengo el aliento. La lengua me cuelga mucho por fuera, pero él no puede leer una sola palabra en ella. Me registran porque estoy inconsciente, quieren humedecerme la boca, mojarme la lengua para poder encontrar las frases en ella, para poder ponerlas a buen recaudo, pero entonces solo encuentran tres piedras a mi lado y no sé de dónde han venido ni lo que significan. Son tres piedras duras, luminosas, que me han lanzado desde la instancia suprema, sobre la que mi padre no tiene influencia alguna y solo yo sé qué mensaje llega con cada piedra. La primera piedra rojiza, en la que no dejan de centellear nuevos rayos, y que ha caído en la celda desde el cielo, dice: Vivir asombrándose. La segunda piedra azul, en la que centellean todos los azules, dice: Escribir asombrándose. Y ya sujeto en mi mano la tercera piedra de reluciente blanco, cuya caída nadie ha podido impedir, tampoco mi padre, pero entonces se hace tal oscuridad en la celda que no puede saberse el mensaje de la tercera piedra. La piedra ya no se ve. Me enteraré del tercer mensaje después de mi liberación.

Ahora mi padre tiene también el rostro de mi madre. Es un rostro enorme, borroso, viejo, en el que siguen estando sus ojos de cocodrilo, la boca se parece ya a la de una anciana, y no sé si él es ella o ella él, pero tengo que hablar con mi padre, probablemente será por última vez. *Sire!* Al principio no responde, luego coge el teléfono, después le dicta algo a alguien, entre medias dice que es demasiado pronto para mí, que aún no tengo derecho a vivir, y yo digo, todavía con mucho esfuerzo y fatigada: Pues me da igual, tienes que saber que lo que pienses me resulta indiferente. Otra vez hay gente, Kuhn, el catedrático, y el profesor Morokutti se interponen entre mi padre y yo, el señor Kuhn da testimonio de su devoción y yo digo en tono cortante: Por favor, ¿podrían dejarme diez minutos a solas con mi padre? Han aparecido también todos mis amigos, la población de Viena está expectante, pero en silencio, en el arcén, algunos grupos de alemanes estiran la cabeza, para ellos todo se hace siempre demasiado lento en nuestro país. Digo con decisión: Tiene que ser posible que una pueda hablar aunque sea una sola vez diez minutos con su propia madre sobre algo importante. Mi padre levanta la vista asombrado, aunque sigue sin entender. De vez en cuando me quedo sin voz: me he permitido vivir a pesar de todo. De vez en cuando me vuelve la voz y todos pueden oírla: Vivo, viviré, me arrogo el derecho a mi vida.

Mi padre firma un escrito que de seguro tiene que ver con mi incapacitación, pero los demás empiezan a darse cuenta de que estoy allí. Se sienta a comer soltando un resoplido pesado, deseoso, sé que tampoco esta vez van a darme nada de comer, y lo veo, en medio de todo su ilimitado egoísmo, veo el plato con la sopa de crepes, luego le traen un plato con el filete empanado y una fuente con nuestra compota de manzana, estoy fuera de mí, me percato de los enormes ceniceros de cristal de todos los despachos y de los

pisapapeles que están ante mí, porque he venido desarmada, cojo el primer objeto pesado y lo lanzo con precisión al plato de sopa, mi madre, sorprendida, se limpia la cara con la servilleta, yo cojo otro objeto pesado y apunto al plato del filete, el plato se rompe y el filete sale volando hacia la cara de mi padre, se levanta de un brinco, quita del medio a la gente que se ha metido entre nosotros y antes de que le tire un objeto por tercera vez, se llega hasta mí. Ahora está dispuesto a escucharme. Yo estoy muy tranquila, ya no tengo miedo y le digo: Solo he querido mostrar que puedo hacer lo que tú haces. Solo para que lo sepas, nada más. Aunque no he tirado por tercera vez, a mi padre le cae por la cara el pegajoso jugo de la compota. De repente no tiene nada más que decirme.

Me he despertado. Está lloviendo. Malina está junto a la ventana abierta.

MALINA: Tu casa estaba muy asfixiante. Además, has fumado demasiado, te he echado una manta, el aire te sentará bien. ¿Cuánto has entendido de todo eso?

YO: Casi todo. En un momento creí no entender ya nada, mi madre me ha vuelto completamente loca. ¿Por qué mi padre es también mi madre?

MALINA: ¿Cómo que por qué? Cuando alguien lo es todo para otro, entonces puede ser muchas personas en una persona.

YO: ¿Quieres decir con eso que en alguna ocasión alguien lo fue todo para mí? ¡Qué gran equivocación! Eso es lo más amargo.

MALINA: Sí. Pero tú actuarás, tú tendrás que hacer algo, tendrás que destruir a todas las personas en una persona.

YO: Yo ya estoy destruida.

MALINA: Sí. Eso también es cierto.

YO: Qué fácil es hablar de ello, va a ser cada vez más fácil. Pero qué

difícil es vivir con ello.

MALINA: No hay por qué hablar de ello, simplemente se vive con ello.

En esta ocasión mi padre tiene también la cara de mi madre, nunca sé bien cuándo es mi padre y cuándo es mi madre, luego la sospecha va en aumento, y sé que no es ninguno de los dos, sino una tercera cosa, y por eso espero nuestro encuentro entre el resto de la gente sumamente excitada. Él dirige una empresa o un gobierno, monta un espectáculo en un teatro, tiene derechos filiales y empresas afiliadas, da órdenes constantemente, habla por varios teléfonos y por eso yo no consigo hacer que me escuche, solo en el momento en el que se enciende un puro. Yo digo: Padre mío, ¡esta vez vas a hablar conmigo y a contestar a mis preguntas! Mi padre me hace un gesto aburrido, eso ya lo conoce, que voy y hago preguntas, vuelve a hablar por teléfono. Me acerco a mi madre, lleva puestos los pantalones de mi padre, y le digo: ¡Hoy mismo vas a hablar conmigo y me darás una respuesta! Pero mi madre, que tiene también la frente de mi padre y, exactamente igual que él, la frunce en dos pliegues sobre los ojos cansados y perezosos, murmura algo sobre «más tarde» y «no hay tiempo». Ahora mi padre lleva puestas sus faldas, y yo le digo por tercera vez: Creo que pronto sabré quién eres y esta misma noche, antes de que la noche haya llegado a su fin, yo misma te lo diré. Pero el hombre se sienta a la mesa con mucha calma y me hace señas para que me vaya, pero en la puerta que tienen abierta para mí, me giro y regreso lentamente. Voy con todas mis fuerzas y me detengo junto a la gran mesa de la sala del tribunal, mientras el hombre de la mesa de enfrente empieza a partir su filete bajo el crucifijo. Aún no digo nada, pero dejo que se note cuánto me repugna cómo mete el tenedor en la compota y me sonríe jovial, de la misma manera que al público que, de repente,

tiene que abandonar la sala, bebe vino tinto, al lado hay ya otro puro, y yo sigo sin decir nada, pero para él resulta incomprensible qué significa mi silencio, porque ahora es el momento. Cojo el primer cenicero pesado de mármol, lo sopeso en la mano y lo levanto, el hombre continúa comiendo tranquilamente, apunto y le doy al plato. Al hombre se le cae el tenedor de la mano, el filete sale volando al suelo, aún sujeta el cuchillo y lo levanta, pero al mismo tiempo yo estoy ya levantando el segundo objeto, porque sigue sin responder, y apunto directamente a la fuente de compota, se limpia el jugo de la cara con una servilleta. Ahora sabe que ya no siento nada por él y que podría matarlo. Lanzo una tercera vez, apunto y apunto, y apunto con exactitud, y el objeto se desliza suavemente por la mesa, de modo que todo sale volando, pan, vaso de vino, fragmentos de loza y un puro. Mi padre se pone la servilleta en la cara, no tiene nada más que decirme.

¿Y luego qué?

¿Y luego qué?

Yo misma le limpio la cara, no por compasión, sino para poder verlo mejor. Le digo: ¡Voy a vivir!

¿Y luego qué?

La gente se ha dispersado, no han quedado satisfechos. Yo estoy con mi padre, sola bajo el cielo, y estamos tan lejos uno de otro, que resuena a través del espacio:

¿Y luego qué?

Mi padre se quita primero los vestidos de mi madre, está tan lejos que no sé qué traje lleva debajo, sigue cambiándose de traje, lleva el delantal blanco de matarife lleno de sangre, frente a un matadero al amanecer, lleva la capa roja del verdugo y sube los escalones, va de negro y plata con botas negras ante un alambre de espino electrificado, ante una rampa de descarga, en una torre de

vigilancia, lleva sus trajes a juego con los látigos de montar, con las armas, con las pistolas para los tiros en la nuca, los trajes se llevan puestos en la noche más profunda, manchados de sangre y espantosos.

¿Y luego qué?

Mi padre, que no tiene la voz de mi padre, pregunta desde lejos:

¿Y luego qué?

Y yo digo muy lejos, porque cada vez vamos alejándonos más y cada vez más y más:

Sé quién eres

Lo he comprendido todo.

Malina me sujeta, está sentado al borde de la cama, y los dos nos quedamos un rato sin hablar. Mi pulso no va más rápido, no va más lento, el paroxismo no se manifiesta, no tengo frío, no empiezo a sudar, Malina me sujeta y me sujeta, no nos separamos, porque me ha contagiado su calma. Luego me suelto de él, yo misma arreglo las almohadas, pongo mis manos sobre las manos de Malina, lo único que no puedo es mirarlo, miro nuestras manos, que cada vez se entrelazan más fuerte, no puedo mirarlo.

YO: No es mi padre. Es mi asesino.
Malina no responde.
YO: Es mi asesino.
MALINA: Sí, ya lo sé.
Yo no respondo.
MALINA: ¿Por qué siempre has dicho «mi padre»?
YO: ¿De verdad he dicho eso? ¿Cómo he sido capaz de decirlo? No quería decirlo, pero solo se puede contar lo que se ve, y yo te lo he contado exactamente como me lo mostraron. También quería decirle lo que yo comprendí hace tiempo: que aquí no se muere,

aquí se acaba asesinada. Por eso tampoco entiendo por qué ha podido entrar en mi vida. Uno tenía que hacerlo. Fue él.

MALINA: Así que nunca más dirás: guerra y paz.

YO: Nunca más.

Siempre hay guerra.

Aquí siempre hay violencia.

Aquí siempre hay lucha.

Es la guerra eterna.

CAPÍTULO TERCERO
De las últimas cosas

De momento el mayor de los sustos me lo provoca quizá el futuro de nuestros empleados de Correos. Malina sabe que, además de por los peones camineros, tengo una debilidad particular por los empleados de Correos, y ello por diversos motivos. Mientras que mi inclinación por los peones camineros debería avergonzarme, aunque nunca han tenido que culparme de nada, porque siempre quedó todo en un saludo amistoso o en una furtiva mirada hacia atrás desde un coche a un grupo de hombres bronceados, sudando bajo el sol, que esparcen grava, echan asfalto o devoran su tentempié, la verdad es que nunca me he atrevido a detenerme, ni siquiera a Malina, que conoce mi debilidad, que sigue siendo inexplicable, y la encuentra comprensible, le he pedido jamás que me ayude a entablar conversación con un peón caminero.

Pero mi simpatía por los carteros está libre de toda adición reprobable de pensamientos deshonestos. Ni siquiera reconozco sus caras pasados los años, porque en la puerta firmo a toda prisa las notas que me entregan, a menudo con uno de esos bolígrafos de tinta pasados de moda que llevan consigo. Yo también agradezco cordialmente las cartas urgentes y los telegramas que me traen, y

no cicateo con las propinas. Pero no puedo agradecer como me gustaría las cartas que no me envían. Pese a todo, mi cordialidad, mi entusiasmo en la puerta son también para la correspondencia no expedida o perdida o extraviada. En cualquier caso, ya muy pronto descubrí el encanto de expedir cartas y repartir paquetes. Incluso el buzón del pasillo del portal, en una fila de buzones, diseñado por los más modernos diseñadores para la muy previsora industria buzonil, fabricados probablemente para rascacielos como los que aún no tenemos en Viena, que contrastan de manera estridente con la Níobe marmórea de finales del siglo pasado y con las entradas solemnes y espaciosas, ese buzón me permite no pensar jamás con indiferencia en los hombres que me lo llenan con esquelas mortuorias, con tarjetas en las que se anuncian galerías y entidades, agencias de viaje con folletos publicitarios que llaman a Estambul, a las islas Canarias y a Marruecos. Incluso un juicioso señor Sedlacek o el joven señor Fuchs echan en él cartas certificadas para que yo no tenga que ir corriendo a la oficina de Correos de la Rasumofskygasse, y los giros postales, que hacen que se me hunda o se me salga el corazón, los traen a una hora tan temprana que yo, descalza y con la bata de andar por casa, estoy siempre preparada para firmar al cartero que trae los giros. Por el contrario, los telegramas vespertinos, si el mensajero de telégrafos los trae antes de las ocho, me pillan en estado de disolución o de recomposición. Cuando voy a la puerta, con un ojo aún enrojecido por el colirio, con la cabeza envuelta en una toalla por el pelo recién lavado, que aún no está seco, temiendo que Ivan pudiera haber llegado demasiado pronto, se trata simplemente de un nuevo o un viejo amigo con un telegrama vespertino. Lo que debo a esos hombres que, como los marsupiales, llevan consigo preciadas noticias de alegría o insoportables noticias catastróficas, pedaleando en sus bicicletas,

petardeando en sus motocicletas desde el Heumarkt, subiendo escaleras, llamando a los timbres con sus cargas, sin estar nunca seguros de si el camino ha merecido la pena, de si el destinatario estará en casa, de si el destinatario solo le dejará un chelín o cuatro chelines de propina, según lo que valore la noticia…, en definitiva, lo que debemos a todos esos hombres aún está por decir.

Hoy por fin se le ha escapado una frase, no al señor Sedlacek y tampoco al joven Fuchs, sino a un cartero al que no creo conocer, que tampoco se había presentado aquí nunca con sus felicitaciones entre Navidad y Año Nuevo, que, por tanto, tiene pocas razones para ser amable conmigo. El cartero de hoy dice: Seguro que usted solo recibe cartas bonitas, ¡y esas me cuesta llevarlas! Yo le he contestado: Sí, le cuesta llevarlas, pero veamos primero si me trae de verdad cartas bonitas, desgraciadamente a veces tengo que sufrir mucho debido a sus cartas, y usted también sufre por ellas. Este cartero, si no es un filósofo, es un bribón, porque le divierte ponerme a la vez cuatro sobres con ribete negro sobre dos cartas normales. Tal vez espera que una esquela mortuoria me alegre. Pero esa no llega, nunca está con las demás, no necesito buscarla, tiro los cuatro sobres sin leer a la papelera. Si la buena estuviera entre ellos, yo lo sentiría, y es posible que ese cartero adulador me haya calado, hay confidentes solo entre la gente que apenas conocemos, entre los carteros irregulares como este. No quisiera volver a verlo. Preguntaré al señor Sedlacek por qué necesitamos seguir teniendo un ayudante de cartero, que apenas conoce nuestras casas, que a mí apenas me conoce y hace comentarios. En una de las cartas hay una amonestación, en la otra alguien escribe que llegará mañana a las ocho y veinte al Südbahnhof, la letra no me resulta conocida. Tengo que preguntar a Malina.

Algunos días del año los carteros ven cómo empalidecemos y cómo nos sonrojamos, y precisamente por ello no se les pide que entren, que se sienten, que tomen un café. Están demasiado al corriente de las cosas que son terribles, pero que ellos llevan por las calles sin miedo ninguno, y por eso se les despacha en la puerta, con propina o sin propina. Su destino es absolutamente inmerecido. El trato que incluso yo les doy es absurdo, arrogante, totalmente inaceptable. Ni siquiera al llegar las postales de Ivan invito al señor Sedlacek a una botella de champán. En cualquier caso, ni Malina ni yo tenemos botellas de champán en casa, pero debería tener preparada una para el señor Sedlacek, él sospecha algo, debe de saber algo.

Que se pueda ser cartero por vocación, que solo se elija por error repartir cartas como una profesión cualquiera o se la tenga por tal, es algo que demostró Kranewitzer, el célebre cartero de Klagenfurt, a quien, no obstante, luego procesaron y condenaron a varios años de cárcel por malversación y prevaricación, a él, un hombre completamente desconocido y maltratado por el tribunal y por la opinión pública. Durante todos estos años he leído los informes del proceso sobre el caso Kranewitzer con más atención que los procesos por homicidio más sensacionalistas, y el hombre, que por aquel entonces solo me asombraba, tiene hoy mis más profundas simpatías. A partir de un determinado día, sin que fuera capaz de alegar motivo alguno, Otto Kranewitzer dejó de llevar la correspondencia y durante semanas, durante meses, fue amontonándola hasta el techo en el antiguo piso de tres habitaciones en el que vivía solo, había vendido casi todos los muebles para hacer sitio para el cerro de cartas que no paraba de crecer. No abrió las cartas ni los paquetes, no se quedó con valores ni cheques, no escamoteó los billetes de las madres a sus hijos,

nada de eso se le pudo probar. Solo que, de repente, ya no pudo seguir llevando la correspondencia, un hombre alto, delicado, sensible, que había visto con claridad el alcance de su tarea y, precisamente por ello, el pequeño funcionario Kranewitzer tuvo que abandonar con viento fresco el servicio postal austriaco, que se jacta de emplear solo a carteros fiables, dinámicos y constantes. No obstante, en toda profesión ha de haber al menos un individuo que viva inmerso en una profunda duda y un conflicto. Precisamente repartir cartas precisa de un miedo latente, de un almacenamiento sismográfico de conmociones, que por lo general solo se les reconoce a profesiones más altas y altísimas, como si no pudiera haber también una crisis de Correos, como si a ellos no se les reconociera pensar-querer-ser, ni esa renuncia escrupulosa y sublime, que por lo general se reconoce a todo tipo de gentes que, mejor pagadas y sentadas en sus cátedras, pueden reflexionar sobre la existencia de Dios, cavilar sobre el *ontos on*,[166] la *alétheia*[167] o, lo que es por mí, el origen de la Tierra y el origen del universo. Pero a un desconocido y mal pagado Otto Kranewitzer solo se le atribuyó bajeza y dejación en sus funciones. Nadie se percató de que había empezado a cavilar, que se había apoderado de él el asombro que es el principio de todo filosofar y de convertirse en humano y, a la vista de las cosas por las que había perdido el juicio, no se le pudo negar la competencia sobre ellas, porque nadie más que él, que había repartido el correo en Klagenfurt durante treinta años, era capaz de reconocer el problema del correo, lo problemático en él.

Conocía perfectamente todas nuestras calles, tenía claro qué cartas, qué impresos, qué paquetes estaban bien franqueados. Incluso los matices más sutiles y sutilísimos al escribir la dirección, un «S. E.» o

un nombre sin un «Sr.» o «Sra.», un «Prof. Dr. Dr.», le decían más sobre actitudes, conflictos generacionales o señales de alarma social de lo que nuestros sociólogos y psiquiatras descubrirán jamás al respecto. Con un dato falso o incompleto del remitente, le quedaba todo claro en un abrir y cerrar de ojos, evidentemente distinguía sin necesidad de más una carta familiar de una carta comercial, cartas de carácter casi cordial de aquellas de naturaleza muy íntima, y ese notable cartero, que había cargado en nombre de todos los demás con la cruz de todo el riesgo de su profesión, debió de caer en su casa presa del horror al ver el cerro de cartas que no paraba de crecer, de tener inenarrables remordimientos de conciencia, que para las demás personas, para las que una carta es sencillamente una carta y un impreso no es más que un impreso, no resultaban visibles en absoluto. Por el contrario, quien como yo haga tan solo el intento de reunir la propia correspondencia de varios años y sentarse frente a ella (y aun así seguiría inhibido, porque se trata de la propia correspondencia, que no capacita del todo para ver contextos más amplios), seguro que comprendería que una crisis postal, incluso si ha tenido lugar en una ciudad más pequeña y durante unas pocas semanas, es superior por su moral al principio de una crisis pública permitida, de carácter internacional, como las que a menudo se provocan a la ligera, y que la capacidad de pensar, que cada vez es más escasa, debe reconocérsele no solo a una clase privilegiada y a sus dudosos representantes, que reflexionan como funcionarios, sino también a un Otto Kranewitzer.

Desde el caso Kranewitzer han cambiado en mí muchas cosas de manera imperceptible. Tengo que explicárselo a Malina, y se lo explico ya.

Yo: Desde entonces sé lo que es el secreto postal. Hoy soy capaz de

imaginármelo perfectamente. Después del caso Kranewitzer quemé mi correspondencia de varios años, luego empecé a escribir cartas completamente diferentes, la mayoría a altas horas de la madrugada, hasta las ocho de la mañana. Esas cartas, que no envié en su totalidad, son las que me importan. En esos cuatro o cinco años debí de escribir unas diez mil cartas, para mí sola, en las que estaba todo. Muchas cartas no las abro, trato de ejercitarme en el secreto postal, elevarme a la altura del pensamiento de Kranewitzer, comprender lo ilícito, que podría consistir en leer una carta. Pero sigo teniendo recaídas, porque de repente abro una y la leo, incluso la dejo por ahí tirada, de manera que tú, por ejemplo, podrías leerla mientras estoy en la cocina. Con tan poco cuidado guardo las cartas. Así que no se trata de la crisis del correo y la escritura, a cuya altura aún no estoy. Recaigo en la curiosidad, de vez en cuando abro un paquetito, sobre todo en época de Navidad y, avergonzada, saco un pañuelo de cuello, una vela de cera de abeja, un cepillo de plata para el pelo, un calendario nuevo de Alexander. Sigo siendo así de inconsecuente, aunque el caso Kranewitzer hubiera podido mejorarme.

MALINA: ¿Por qué te importa tanto el secreto postal?

YO: No por ese Otto Kranewitzer. Por mí. También por ti. Y en la Universidad de Viena juré sobre una vara. Ha sido mi único juramento. Nunca he sido capaz de jurar ante ninguna persona, ningún representante de una religión o política. Ya de niña, como no podía defenderme de otro modo, me ponía enseguida muy enferma, me entraban auténticas enfermedades con fiebre alta, y no podían llevarme a jurar. Toda la gente que haya prestado aunque sea un solo juramento lo tiene más difícil. Seguro que se pueden quebrantar varios juramentos, pero uno no.

Como Malina me conoce y le resulta normal verme saltar de una cosa a otra, cree lo que le digo de que, a pesar de todo, estoy dispuesta a llevarlo todo mucho más lejos de lo que demuestro en nuestras limitadas posibilidades cotidianas, de que en definitiva también me gustaría descubrir el secreto postal y de que lo guardaré.

Esta noche todos los carteros de Viena serán torturados, se pretende saber si están a la altura del secreto postal. A su vez algunos serán examinados únicamente para ver si tienen varices, pies planos y otras deformaciones físicas. Es posible que a partir de mañana se designe a los militares para repartir el correo, porque los carteros, desollados, torturados, atormentados o, tras una inyección del suero de la verdad, no podrán repartir nada más. Me imagino a mí misma con un discurso inflamado, una carta, una carta inflamada al ministro de Comunicaciones para proteger a mis carteros y a todos los demás. Una carta, que tal vez sea interceptada y quemada ya por los soldados, las llamas quemarán o tiznarán las palabras, y podría darse el caso de que los ujieres fueran corriendo por los pasillos con un simple pedazo de papel quemado para entregárselo al ministro de Comunicaciones.

Yo: Entiendes mis cartas inflamadas, mis llamamientos inflamados, mis deseos inflamados, todo el fuego que he llevado al papel como mi mano quemada…,[168] temo que todo pueda convertirse en un pedazo de papel quemado. Todo el papel del mundo acaba carbonizado o ablandado por el agua, porque sobre el fuego echan agua.

Malina: Los antiguos decían de alguien que era tonto que no tenía corazón.[169] Trasladaron la sede de la inteligencia al corazón. No tienes que dejar que tu corazón se incline ante todo ni dejar

que todos tus discursos se inflamen y tus cartas.

Yo: Pero ¿cuántos tienen cabezas, nada más que cabezas?, y por cierto ningún corazón. Te digo lo que va a ocurrir ahora de verdad: mañana Viena, y con todas las fuerzas y con ayuda del ejército, será trasladada a orillas del Danubio. Quieren el agua, no quieren el fuego. Otra ciudad más por la que pasa un río. Sería horroroso. Por favor, llama enseguida al jefe de departamento Matreier, ¡llama al ministro!

Pero a Viena ya no le queda mucho tiempo, se desliza, las casas se adormecen, la gente apaga la luz cada vez más pronto, ya no hay nadie despierto, la apatía se apodera de barrios enteros, la gente ya no se encuentra, la gente ya no se separa, la ciudad se desliza hacia su ruina, pero siguen surgiendo reflexiones solitarias y monólogos erráticos en plena noche. Y de vez en cuando los de Malina y mis últimos diálogos.

Estoy sola en casa, Malina se está haciendo esperar mucho, estoy sentada con el *Ajedrez para principiantes* frente al tablero, jugando una partida. Nadie se sienta frente a mí, yo me cambio de sitio todo el tiempo, Malina no podrá decir que en esta ocasión voy a perder, porque al final gano y pierdo a la vez. Pero Malina llega a casa y no ve más que un vaso, no mira el tablero de ajedrez, esa partida no le interesa.

Malina dice lo que yo esperaba: ¡Viena está ardiendo!

Siempre he deseado tener un hermano menor, más bien un hombre más joven, Malina debería entenderlo, al fin y al cabo todos tenemos una hermana, pero no todos tenemos hermanos. Ya de niña aguardaba expectante esos hermanos, por eso dejaba no uno, sino dos terrones de azúcar en la ventana por la noche, porque para un

hermano son dos terrones de azúcar. Una hermana ya tenía. Cualquier hombre mayor me aterra, incluso con que lo sea solo un día, y no sería capaz de ello, antes me mataría que confiarme a él. El rostro solo no dice nada. Debo saber las fechas, tengo que saber que él es cinco días más joven que yo, de lo contrario me invadirían esas dudas, podría haber relaciones de parentesco, caigo bajo la mayor de las maldiciones, porque así podría volver a ocurrirme algo, y yo tengo que mantenerme más y más alejada del infierno en el que ya he debido estar una vez. Pero no me acuerdo.

YO: He de poder someterme voluntariamente, tú eres algo más joven que yo, y te he conocido más tarde. Tarde o temprano no era lo importante, pero esa diferencia sí. (Y de Ivan prefiero no hablar, para que Malina no se entere, porque si Ivan quiere también quitarme la edad, me gustaría conservarla para que Ivan nunca fuera mayor). Tú eres un poquito más joven que yo, eso te da un poder tremendo, aprovéchalo, yo me someteré, puedo hacerlo en ocasiones. No es producto de una reflexión juiciosa. La han precedido la aversión o la simpatía, ya no puedo cambiarlo, tengo miedo.

MALINA: Quizá soy mayor que tú.

YO: Seguro que no, eso lo sé. Llegaste después que yo, no puedes haber estado aquí antes que yo, solo eres imaginable después de mí.

No tengo especial confianza en los últimos días de junio, pero a menudo he constatado que me gustan mucho las personas que han nacido en verano. Malina rechaza con mucho desprecio comentarios de ese tipo, y mejor podría venirle yo con preguntas sobre astrología, de las que no entiendo nada. La señora Senta Novak, muy demandada en los círculos de actores, aunque también la

consultan industriales y políticos, dibujó una vez en círculos y cuadrados mis aspectos planetarios y todas mis tendencias posibles, me mostró mi horóscopo, que le pareció tremendamente curioso, me dijo que tenía que ver yo misma la nitidez con la que estaba dibujado, que a primera vista podía leerse en él una tensión tremenda, que en realidad no era el retrato de un ser humano, sino de dos, que se hallaban en extrema oposición entre sí, que debía de ser una prueba de permanente desgarro para mí, con esos aspectos planetarios, en caso de que yo le hubiera dado las fechas correctamente. Le pregunté cortésmente: El desgarrado, la desgarrada, ¿verdad? Por separado, dijo la señora Novak, podrían vivir, pero tal como están, apenas, incluso lo masculino y lo femenino, la razón y el sentimiento, la productividad y la autodestrucción destacarían de una manera curiosa. Tengo que haberme equivocado con las fechas, porque le he caído simpática enseguida, que soy una mujer muy natural, que a ella le gustan las personas naturales.

Malina se aplica a todo con una seriedad uniforme, tampoco las supersticiones y las pseudociencias le parecen más ridículas que las ciencias, de las que cada década se pone de manifiesto en cuánta superstición y pseudocientifismo se han basado y a cuántos resultados tienen que renunciar para seguir avanzando. Que Malina se aplica de manera desapasionada a todo, a los hombres y a las cosas, es lo que mejor lo caracteriza, y por eso él pertenece también a ese grupo de individuos raros que no tienen amigos ni enemigos, sin por ello ser autosuficientes. Entrega es también lo que muestra frente a mí, de vez en cuando expectante, de vez en cuando atenta, me deja hacer lo que yo quiera, dice que solo se entiende a las personas si no se las atosiga, si no se les exige nada y uno no se

deja provocar, que de todos modos todo acaba dejándose ver. Ese equilibrio, esa ecuanimidad que hay en él, me llevarán a la desesperación, porque yo reacciono en todas las situaciones, me dejo implicar en cualquier rebelión emocional y sufro las pérdidas, que Malina registra con indiferencia.

Hay gente que piensa que Malina y yo estamos casados. Que pudiéramos estarlo, que existiera esa posibilidad, es algo que nunca se nos ha ocurrido pensar, ni siquiera que los demás pudieran pensar algo así de nosotros. La mayor parte del tiempo ni siquiera se nos ocurrió pensar que nosotros, igual que otros muchos, nos presentamos en todas partes como marido y mujer. Para nosotros ha sido un auténtico descubrimiento, pero no sabíamos qué hacer con él. Nos hemos reído mucho.
Una mañana en que ando dando vueltas agotada, preparando distraída el desayuno, Malina por ejemplo es capaz de interesarse por el niño que vive enfrente, en el patio trasero y lleva ya un año gritando únicamente dos palabras: ¡Aló, aló!, ¡hola, hola! En una ocasión estuve a punto de ir, entrometerme y hablar con la madre del niño, porque al parecer ella no habla una sola palabra con él y aquí se está fraguando algo que me angustia de cara al futuro, también porque ese aló y ese hola de todos los días son una carga torturante para mi oído, peor que la aspiradora, el agua corriendo o los golpes con los platos de Lina. Pero Malina debe oír otra cosa y no cree que haya que informar enseguida a los médicos o al Servicio de Protección a la Infancia, escucha a ese niño chillón, como si simplemente hubiera nacido allí un ser de otra especie, que tampoco le resulta más peculiar que los seres que disponen de más de cientos, miles o muchos miles de palabras. Creo que a Malina cualquier tipo de cambio o transformación lo dejan frío, porque en

ningún sitio ve tampoco lo bueno ni lo malo, y menos aún lo mejor. Para él, el mundo es evidentemente tal como es, tal como lo ha encontrado. Y, sin embargo, a veces le tengo miedo, porque su forma de mirar a una persona supone un conocimiento enorme, vastísimo, que no se adquiere en ningún lugar y en ningún momento de la vida, y que no se puede transmitir a los demás. Su forma de escuchar me molesta muchísimo, porque detrás de todo lo que se expresa él parece escuchar lo inexpresado, pero también lo que se ha dicho demasiado a menudo. Con frecuencia me imagino muchas cosas, y Malina me llama la atención sobre esas muchas ocurrencias, a pesar de ello no soy capaz de imaginarme con la suficiente precisión y particularidad ni su mirada ni su oído. Tengo la sospecha de que no cala a las personas, no las desenmascara, pues sería muy común y poco convincente, además sería indigno frente a ellas. Malina las observa, y eso es algo muy diferente, con eso la gente no se empequeñece, sino que se engrandece, se vuelve más inquietante, y mi capacidad para imaginar, ante la que él sonríe, es probablemente una modalidad muy inferior de esa capacidad suya con la que da forma, define, completa y perfecciona todo. Por eso ya no le hablo a Malina de los tres asesinos y mucho menos del cuarto, del que no necesito contar nada, porque yo tengo mi modo de expresarme y muy poca habilidad para la descripción. Malina no quiere descripciones ni impresiones de una cena cualquiera en la que yo haya estado con asesinos en alguna ocasión. Él habría ido a por todas y no se habría quedado con una impresión o con esa sorda inquietud, sino que me habría llevado ante el verdadero asesino y me habría hecho comprenderlo gracias a la confrontación.

Como tengo la cabeza gacha, Ivan dice: ¡No tienes nada por lo que existir!

Tendrá razón, porque ¿quién quiere algo de mí?, ¿quién me necesita? Pero Malina debería ayudarme a buscar una razón para el hecho de que yo esté aquí, puesto que no tengo un padre anciano, cuyo apoyo deba ser yo en su vejez, no tengo hijos, que constantemente necesitan algo, como los de Ivan, calor, abrigos de invierno, jarabes para la tos, zapatillas de deporte. Ni siquiera se me puede aplicar la ley de conservación de la energía. Soy el más absoluto despilfarro, estática e incapaz de hacer un uso razonable del mundo, y puedo aparecer en el baile de máscaras de la sociedad, pero también puedo quedarme fuera, como alguien que está impedido o que ha olvidado hacerse una máscara o por un descuido no pudiera encontrar su traje y por eso un buen día no volvieran a invitarlo. Cuando estoy en Viena, ante una puerta que aún me resulta conocida, tal vez porque tengo una cita, en el último momento se me viene a la cabeza que podría haberme equivocado de puerta o de día o de hora, y me doy media vuelta y regreso a la Ungargasse, agotada con demasiada rapidez, con demasiadas dudas.

Malina pregunta: ¿No has pensado nunca en los muchos esfuerzos que los demás han hecho por ti con tanta frecuencia? Yo asiento agradecida. Oh, sí, hasta atributos me han dado, tampoco se han ahorrado ese esfuerzo, me han provisto de historias, también de algún dinero con el que poder andar por ahí con vestidos, poder comerme las sobras, para que prosiga mi curso y no llame la atención cómo prosigue. Agotada con demasiada rapidez puedo sentarme en el café Museum y hojear periódicos y revistas. Vuelve a nacer en mí la esperanza, estoy animada, nerviosa, porque ahora hay un vuelo directo a Canadá dos veces a la semana, con la Quantas se va muy bien a Australia, las partidas de caza mayor se

abaratan, en Viena deberíamos tener también el café Doro, con su aroma único, procedente de los soleados altiplanos centroamericanos, Kenia hace propaganda, Henkell Rosée permite el flirteo con un nuevo mundo, para los ascensores Hitachi ningún edificio es demasiado alto, se han publicado libros para hombres que también entusiasman a las mujeres. Para que su mundo no les resulte demasiado estrecho, existe PRESTIGE, una brisa de mar y tierras lejanas.[170] Todos hablan de cédulas hipotecarias. Con nosotros, bien protegido, explica un banco hipotecario. Con estos zapatos puede llegar muy lejos, TARRACOS. Para que no tenga usted que volver a barnizar nunca las persianas Flexalum, nosotros las barnizamos dos veces. ¡Un ordenador RUF nunca está solo! Y luego las Antillas, *le bon voyage*. Por eso el EXQUISIT de Bosch es uno de los mejores lavavajillas del mundo. El momento de la verdad llega cuando los clientes hacen preguntas a nuestro técnico, cuando se debate sobre técnica de procedimiento, cálculo, réditos, máquinas de embalar, plazos de entrega, VIVIOPTAL para el tipo No-puedo-recordar-nada. Tómelo por las mañanas… ¡y el día es suyo! O sea, que solo necesito Vivioptal.

Yo quería vencer con este signo, pero como no me necesitan, como me lo han dicho, me han vencido Ivan y esos *gyerekek*, con los que tal vez pueda volver a ir al cine, en el Burgkino están poniendo *El ratón Micky* de Walt Disney. ¿Quién sino ellos iba a vencer? Aunque a lo mejor no es Ivan solo, sino algo más, lo que me ha vencido, seguro que tiene que ser algo más grande, porque todo nos empuja hacia una determinación. De vez en cuando aún pienso qué podría hacer por Ivan, porque no hay nada que no hiciera por él, pero Ivan no me pide que me tire por la ventana, que salte por él al Danubio, que me arroje delante de un coche para salvar tal vez a Béla y a András, tiene muy poco tiempo y ninguna necesidad. Tampoco

quiere que yo le arregle las dos habitaciones y le lave y le planche la colada en lugar de la señora Agnes, solo quiere echar un vistazo un momento, que le pongan tres cubitos de hielo en su vaso y preguntar cómo me va, él dejará que yo le pregunte cómo le van las cosas por casa y por la Hohe Warte. En el Kärntnerring siempre es lo mismo, mucho trabajo, pero nada de particular. Hay muy poco tiempo para una partida de ajedrez, ya no hago progresos en ajedrez porque cada vez jugamos menos. No sé desde cuándo jugamos menos, en realidad ya no jugamos, los grupos de frases para el ajedrez están desaprovechados, otros grupos de frases también han sufrido pérdidas. Pero no puede ser que las frases que habíamos llegado a construir tan lentamente, nos abandonen también con igual lentitud. Pero surge un nuevo grupo de palabras.

Lo siento, ando con el tiempo
Claro que si andas con tan poco tiempo
Solo hoy tengo muy poco tiempo
Claro, si ahora no tienes tiempo
Entonces cuando vuelva a tener tiempo
Lo del tiempo ya lo veremos, es solo que ahora
Entonces sí que podemos, cuando tengas tiempo
Justo en ese lapso de tiempo, cuando vuelva a ser posible
Precisamente con el tiempo tendrás algo menos
Solo con que al menos justo a tiempo
Ay, el tiempo, demasiado tarde no puedes
Nunca he tenido tan poco tiempo, es una lástima
Cuando vuelvas a tener más tiempo, quizá
¡Después tendré más tiempo!

Todos los días Malina y yo, a veces incluso un poco alegres, cavilamos acerca de las atrocidades que podrían ocurrir esa noche

en Viena. Pues cuando uno se ha animado a leer un periódico, cuando uno ha asimilado convencido unas cuantas noticias, la imaginación se pone a todo gas (una expresión que no es mía, tampoco precisamente de Malina, pero Malina se la trajo muy divertido como un descubrimiento de un viaje por Alemania, porque expresiones como «a todo gas» solo pueden cosecharse en esos países activos y dinámicos). Pero no puedo aguantar para siempre la abstinencia periodística, aunque cada vez son mayores los intervalos en los que no leo ningún diario o simplemente saco uno del trastero, donde, junto a nuestras maletas, hay un montón de viejos periódicos y revistas y, perpleja, veo una fecha: 3 de julio de 1958.[171] ¡Qué arrogancia!, también aquel día, ya tan lejano, nos drogaron innecesariamente con noticias, con comentarios sobre las noticias, nos informaron de terremotos, catástrofes aéreas, escándalos de política interior, pasos en falso en la política exterior. Cuando miro hoy este número del 3 de julio de 1958, trato de creer en la fecha, incluso en un día para ella que tal vez existió de verdad, en el que no encuentro nada anotado en una agenda, ninguna abreviatura «15h. R! 17h. llamó B, tarde Gösser, conferencia K.»…, anotaciones todas que figuran en el 4 de julio, pero no en el 3, en el que la hoja está vacía. Quizá un día sin incógnitas, seguro que también sin jaquecas, sin estados de angustia o recuerdos insoportables, o con unos pocos, surgidos de épocas diferentes, pero tal vez simplemente un día de esos en los que Lina organiza una limpieza estival a fondo y yo, expulsada de casa, ando de café en café, leyendo un periódico del 3 de julio, de los que hoy vuelvo a releer uno. Así el día se convierte en un enigma, es un día vacío o robado, en el que he envejecido, en el que no me he defendido y he dejado que ocurriera algo.

De un 3 de julio encuentro además una revista y en las

estanterías de Malina una revista de cultura y política, y empiezo a leer en diagonal, porque me gustaría averiguar algo de aquel día. Anunciaban títulos que no he visto jamás. *¿Adónde ir con tanto dinero?* es uno de los títulos incomprensibles; ni siquiera Malina va a poder explicármelo. ¿Dónde está el dinero y con qué dinero se quería ir adónde?, la cosa empieza bien, títulos así pueden hacerme vibrar, temblar. ¿Cómo se escenifica un golpe de Estado?[172] Escrito con un conocimiento de causa soberano y un humor seco, casualmente sarcástico… Sugerencias de lectura para lectores que quieren pensar de manera política y que quieren que les informen… ¿Lo necesitamos, Malina? Cojo un bolígrafo y empiezo a rellenar un cuestionario. Estoy informada suficientemente, bien, muy bien, por encima de la media. Al principio el bolígrafo ensucia el papel, luego parece estar vacío, después vuelve a escribir muy fino. Hago cruces en pequeñas casillas vacías. ¿Su marido le hace un regalo nunca, rara vez, por sorpresa o solo en cumpleaños y aniversarios de boda? [173] Tengo que tener mucho cuidado, todo depende de si pienso en Malina o en Ivan, y sigo haciendo cruces por los dos, por Ivan por ejemplo «nunca», por Malina «por sorpresa», pero tampoco se puede una fiar. ¿Se viste usted para tener buen aspecto ante los demás o para gustarle a ÉL? ¿Va usted regularmente a la peluquería, todas las semanas, una vez al mes o solo cuando hay extrema necesidad? ¿A qué necesidad se refiere? ¿A qué golpe de Estado? El pelo me cuelga sobre el golpe de Estado y está en extrema necesidad, porque no sé si cortármelo o no. Ivan piensa que debería dejármelo largo. Malina opina que habría que cortarlo. Cuento las cruces suspirando. Al final Ivan tiene 26 puntos, Malina también 26 puntos, aunque para cada uno he tenido que hacer cruces en casillas muy diferentes. Vuelvo a sumar. Les salen 26 puntos a cada uno. «Tengo 17 años y la sensación de no poder amar. Durante

algunos días me intereso por un hombre, pero luego rápidamente por otro. ¿Soy un monstruo? Mi novio actual tiene 19 años y está desesperado porque quiere casarse conmigo». El Rayo Azul choca contra el Rayo Rojo:[174] 107 muertos y 80 heridos.

Pero han pasado ya años y vuelven a servírnoslo otra vez, accidentes automovilísticos, algunos delitos, anuncios de cumbres, suposiciones sobre el tiempo. Hoy ya nadie sabe por qué hubo que informar de eso en una ocasión. El espray Panteen, que entonces ya recomendaban, yo hace solo unos años que lo uso, no tenían que aconsejármelo un 3 de julio ya tan pasado, y menos aún hoy.

A Malina le digo por la noche: Lo que ha quedado podría ser un espray para el cabello y es probable que al final todo acabe refiriéndose a él, porque sigo sin saber adónde ir con todo el dinero y cómo se escenifica un golpe de Estado, en todo caso se despilfarra demasiado dinero. Ahora ya lo han conseguido. Cuando se me acabe el bote de espray, no me compraré otro. Tú tienes 26 puntos, no puedes pedir más, sencillamente no puedo darte más. Haz con ellos lo que quieras. ¿Recuerdas cómo el Rayo Azul se chocó contra el Rayo Rojo? ¡Mil gracias!, me lo había imaginado, así que este es tu interés por las catástrofes, tú tampoco eres mejor que yo. Pero probablemente es una mentira increíble.

Como Malina no ha entendido una sola palabra, yo me balanceo en la mecedora y él se pone cómodo tras haber ido a buscar algo para beber, empiezo a contar:

Es una mentira increíble, en una ocasión estuve trabajando en una agencia de noticias, he visto la mentira desde cerca, cómo se hacían los boletines, la composición sin orden ni concierto de las frases que brotaban de los teletipos. Un día, porque alguien se había puesto enfermo, tuve que cambiar al turno nocturno. A las once de

la noche me recogió un gran coche negro, el chófer dio un pequeño rodeo por el distrito III y cerca de la Reisnerstrasse se subió un joven, un tal Pittermann, nos llevaron a la Seidengasse, donde todos los despachos estaban a oscuras y vacíos. En las redacciones nocturnas de los periódicos instalados en el mismo edificio tampoco se veía prácticamente a nadie. Pasando por unos tablones, porque habían levantado los pasillos, el portero de noche nos condujo hasta los aposentos posteriores, en un piso que he olvidado, no me acuerdo, no me acuerdo de nada… Éramos cuatro cada noche, yo hacía café, de vez en cuando pedíamos un helado a medianoche, el portero de noche sabía dónde podíamos encontrar helado. Los hombres leían los pliegos que escupían los teletipos, cortaban, pegaban y montaban. En realidad no es que hablásemos entre susurros, pero hablar demasiado alto en plena noche cuando todos duermen en una ciudad es algo casi imposible, de vez en cuando se oía alguna que otra carcajada entre los hombres, yo siempre me tomaba mi café en silencio, sin más, y fumaba, ellos me iban tirando las noticias a mi mesita con la máquina de escribir, noticias escogidas por un capricho del azar, y yo las pasaba a limpio. Por aquel entonces, como no era capaz de reírme con nada, me di cuenta perfectamente de lo que despierta a la gente a la mañana siguiente en forma de noticia. Al final, los hombres cerraban siempre con un breve párrafo sobre algún partido de béisbol o un combate de boxeo del otro lado del Atlántico.

MALINA: ¿Cómo vivías entonces?

YO: Hacia las tres de la mañana la cara iba poniéndoseme cada vez más gris, poco a poco me fui desmoronando, me doblegó, en aquel entonces me doblegaron, perdí un ritmo muy importante, que nunca se vuelve a recuperar. Volví a tomarme un café, luego

otro, la mano empezó a temblarme cada vez con más frecuencia al escribir, y luego mi letra se echó a perder por completo.

MALINA: Por eso seguro que yo soy el único que aún puede leerla.

YO: La segunda parte de la noche no tenía nada que ver con la primera, eran dos noches diferentes metidas en una sola noche, la primera noche tienes que imaginártela divertida, aún se gastaban bromas, los dedos presionaban las teclas con rapidez, todos estábamos aún en pleno movimiento, los dos euroasiáticos, bajos y delgados, se creen más listos y extravagantes que el circunspecto señor Pitterman, que solo sabe moverse de manera pesada y ruidosa. El movimiento es importante porque cabría imaginar que en otro lugar en plena noche se sigue bebiendo y armando barullo o que el tedio del día y el asco ante el día que está por venir hacen aún posibles los abrazos o que se baile hasta la extenuación. La primera noche es aún el día con sus desenfrenos el que determina la noche. No es hasta la segunda noche cuando te das cuenta de que es de noche, todos están más tranquilos, de vez en cuando uno se levanta para estirarse, para procurarse a escondidas algún movimiento más, aunque todos habíamos llegado descansados a la agencia. Hacia las cinco de la mañana era espantoso, todos inclinados por una gran carga, yo iba a lavarme las manos y me frotaba los dedos con una vieja toalla sucia. El edificio de la Seidengasse tenía el aspecto siniestro del escenario de un crimen. Allí donde yo oía pasos, no había paso ninguno, los teletipos se bloqueaban, volvían a repiquetear, yo volvía corriendo a aquella gran sala nuestra, en la que ya se percibía el olor a sudor, incluso entre el espeso humo de los cigarrillos. Entonces empezábamos a sentirnos trasnochados. A las siete de la mañana casi ni nos despedíamos al separarnos, yo me subía al

coche negro con el joven Pittermann, mirábamos por la ventanilla sin decir palabra. Las mujeres llevaban leche fresca y panecillos recientes, los hombres tenían un paso seguro, las carteras bajo el brazo, los cuellos del abrigo alzados y una pequeña nubecilla matinal en la boca. Nosotros, dentro de la limusina, teníamos las uñas sucias y cada cual la boca parduzca y amarga, el joven volvía a bajarse cerca de la Reisnerstrasse y yo en la Beatrixgasse. Subía hasta la puerta de la casa agarrándome a la barandilla, temiendo encontrarme en el vestíbulo con la baronesa, que a esa hora salía de casa para ir a la oficina de la Asistencia Social local, porque desaprobaba que yo llegara a casa misteriosamente a esa hora. Después me pasaba un buen rato sin poderme dormir, me tumbaba en la cama vestida, oliendo mal, hacia el mediodía lograba salir de la ropa y luego dormía de verdad, aunque no era un sueño reparador, porque los ruidos diurnos lo interrumpían constantemente. El boletín ya estaba en circulación, las noticias ya circulaban, yo nunca las leía. Estuve sin noticias dos años.

MALINA: Así que no vivías. ¿Cuándo intentabas vivir?, ¿a qué estabas esperando?

YO: Mi muy honorable Malina, también había unas horas y un día libre a la semana para asuntos insignificantes. Pero no sé cómo vive uno la primera parte de su vida, tiene que ser como la primera parte de la noche, con horas divertidas, me cuesta mucho recordarlas y agruparlas, porque entonces yo empezaba a razonar, eso debió acaparar el resto de mi tiempo.

Me horrorizaba el gran coche negro que me hacía pensar en viajes misteriosos, en espionajes, en intrigas funestas, por aquel entonces no dejaban de circular por Viena rumores de que era un lugar de

intercambio clandestino, de comercio humano, que, envueltos en alfombras, desaparecían personas y papeles, que cualquiera, sin saberlo, actuaba para alguno de ambos lados. De ninguno de los lados podía entreverse nada. Cualquiera que trabajase era, sin saberlo, un prostituido, ¿dónde oí yo eso una vez?, ¿por qué me reí al oírlo? Era el comienzo de una prostitución universal.

MALINA: Una vez me contaste esto de manera completamente diferente. Que después de la universidad habías encontrado trabajo en una oficina, que te bastaba, pero no del todo, y por eso luego te fuiste al turno de noche, porque pagaban algo más que en el de día.

YO: Yo no cuento, no contaré, no puedo contar, es algo más que una perturbación en mi recuerdo. Mejor dime qué es lo que has hecho tú hoy en el Arsenal.

MALINA: Nada de particular. Lo de siempre, y luego vinieron los de la película, que necesitan una batalla de turcos. Kurt Swoboda está buscando modelos, tiene un encargo. Además le hemos dado el visto bueno a otra película que los alemanes quieren filmar en el Salón de la Fama.

YO: Me gustaría ir alguna vez a ver el rodaje. O hacer de figurante. ¿Eso no me haría pensar en otra cosa?

MALINA: Simplemente es aburrido, dura horas, días, te tropiezas con cables, están por todas partes, y la mayoría de las veces no pasa nada. Tengo guardia el domingo. Lo digo solo para que te organices.

YO: Pues podemos ir a comer, pero aún no estoy lista. Por favor, déjame volver a llamar por teléfono, tardo solo un momento. Un momento, ¿vale?

En mi recuerdo hay alguna perturbación, me quiebro con cada

recuerdo. En las ruinas no había entonces ninguna esperanza, eso era con lo que nos persuadíamos mutuamente, lo que nos repetíamos, lo intentábamos con imágenes de una época a la que llamaban primera posguerra. De la segunda nunca se oyó nada. Aquello también fue una mentira. Estuve a punto de que me hicieran creer que cuando volvieran a colocarse las jambas de las puertas y los marcos de las ventanas, cuando desaparecieran las pilas de escombros, entonces todo mejoraría al instante, volveríamos a vivir y a poder seguir viviendo. Pero el solo hecho de que me pasara años queriendo hablar de vivir y seguir viviendo, de lo siniestro que me resultaba, aunque nadie tuviera ganas de escucharme, es de por sí muy revelador. Jamás habría pensado que primero todo tendría que ser saqueado, robado, negociado y vuelto a vender y a comprar tres veces a la vuelta de la esquina. El mayor de los mercados negros debía de estar en el Resselpark, ya al anochecer había que dar un buen rodeo por la Karlsplatz porque había mucho peligro. Al parecer un buen día el mercado negro dejó de existir. Pero yo no estoy convencida de ello. Surgió de él un mercado negro universal, y cuando compro cigarrillos o huevos sé, aunque no lo he sabido hasta ahora, que proceden del mercado negro. El mercado es negro en general, por aquel entonces no pudo haber sido tan negro porque le faltaba la densidad universal. Después, cuando los escaparates volvieron a estar llenos y todo empezó a amontonarse, las conservas, las cajas, los paquetes, yo no podía comprar nada. Apenas entraba en los grandes almacenes de la Mariahilfer Strasse, en Gerngross por ejemplo, me sentía mal, por aquel entonces Christine me había aconsejado no ir a las tiendas pequeñas y caras, Lina era partidaria de Herzmansky, no tanto de Gerngross, y yo lo intenté, pero no funcionó, no puedo ver más de una cosa a la vez. Miles de telas, miles de latas de conservas, de embutidos, de

zapatos y botones, toda esa acumulación de mercancías a mis ojos vuelve negra la mercancía. En grandes cantidades todo está demasiado amenazado, una cantidad debe seguir siendo algo abstracto, tiene que ser la fórmula de una teoría, algo operativo, debe tener la pureza de las matemáticas, solo las matemáticas confieren belleza a los billones, pero un billón de manzanas es algo incomible, una tonelada de café habla ya de por sí de infinitos delitos, un billón de personas es inconcebiblemente corrupto, miserable, asqueroso, implicado en un mercado negro con la necesidad diaria de billones de panes, patatas y raciones de arroz. Incluso cuando ya hacía mucho tiempo que había suficiente comida, yo seguía sin poder comer bien, y ahora solo puedo comer si otra persona come conmigo, o sola, si únicamente hay una manzana y un pedazo de pan, si ha sobrado una rodaja de embutido. Algo tiene que haber sobrado.

MALINA: Entonces esta noche apenas nos darán algo de cenar si no dejas de hablar de ello. Podría llevarte al Cobenzl, levántate, vístete, si no, se hará muy tarde.

YO: Allí arriba no, por favor. No quiero la ciudad a mis pies, para qué necesitamos tener toda una ciudad a nuestros pies si solo queremos cenar. Caminemos unos pasos. Al Alter Heller.

La cosa ya había empezado por aquel entonces, en París, tras la primera huida de Viena, de vez en cuando no podía pisar bien con el pie izquierdo, dolía, y el dolor iba acompañado de un suspiro, ¡ay, Dios!, ¡oh, por Dios! Así se llega por primera vez en el cuerpo a esos peligrosos cambios, llenos de consecuencias, que le hacen a uno pronunciar ciertas palabras, pues antes yo solo había tenido un conocimiento conceptual de Dios en algunos seminarios de filosofía, igual que del ser, la nada, la esencia, la existencia, el Brahma.

En París a menudo estaba sin dinero, pero siempre que se me acababa el dinero tenía que hacer con él algo especial, por cierto aún incluso a día de hoy, no puedo gastarlo sin más, sino que tengo que tener una idea concluyente de cómo gastarlo, porque cuando se me ocurre algo sé durante un momento que formo parte de la población mundial y soy parte de una población en incremento robusto y constante, en muy ligera disminución, y que el mundo, repleto de una población indigente, una población imposible de saciar, que vive siempre en estado de emergencia, que gira en torno al universo, y cuando, por efecto de la gravedad, quedo colgada sobre él con los bolsillos vacíos y con una idea en la cabeza, sé lo que hay que hacer.

Por aquel entonces, cerca de la Rue Monge, de camino a la Place de la Contrescarpe, me compré dos botellas de vino tinto en el pequeño bistró que estaba abierto toda la noche, pero luego además una botella de vino blanco. Pensé que quizá a alguien no le gustara el vino tinto, al fin y al cabo no se puede condenar a nadie a beber vino tinto. Los hombres dormían o fingían dormir, y yo me deslicé hasta ellos y dejé las botellas lo suficientemente cerca como para que fuera imposible cualquier error. Debían comprender que eran suyas por derecho. Otra noche en que volví a hacerlo, uno de los *clochards*[175] se despertó y dijo algo de Dios, «que Dieu vous…», y más tarde escuché en Inglaterra algo como «… bless you».[176] Como es natural he olvidado las circunstancias. Supongo que los heridos hablan así de vez cuando a los heridos y luego continúan viviendo en algún lugar, igual que yo sigo viviendo en algún lugar, cubierta con todas las heridas posibles.

De entre esos hombres de París, pero no sé si es el que se despertó por la noche, uno se llamaba Marcel, solo su nombre ha

permanecido en mi recuerdo, una palabra clave junto a otras palabras clave como Rue Monge, como dos o tres nombres de hotel y el número de habitación 26. Pero de Marcel sé que ya no vive, y que murió de forma extraña…

Malina me interrumpe, me protege, pero yo creo que el hecho de querer protegerme va a hacer que no pueda contar nada nunca. Es Malina quien no me deja contar.

YO: ¿Tú crees que en mi vida ya no cambiará nada?

MALINA: ¿En qué estás pensando realmente? En Marcel, o sigues pensando en una sola cosa o en todo lo que te ha supuesto un aprieto.

YO: ¿Qué es otra vez eso del aprieto? ¿Desde cuándo utilizas frases hechas como todos los demás?

MALINA: Hasta ahora siempre me has entendido muy bien, con o sin frases hechas.

YO: Dame el periódico de hoy. Me has fastidiado toda la historia, ya lamentarás no haberte enterado del curiosísimo final de Marcel, porque, excepto yo, ya nadie sabría contarlo hoy en día. Los otros viven en algún lugar o han muerto en algún lugar. Seguro que Marcel está olvidado.

Malina me ha pasado el periódico que a veces se trae del museo. Me salto las primeras páginas y miro el horóscopo. «Con algo más de coraje podría manejar las dificultades venideras. Cuidado con el tráfico. Duerma todo lo que pueda». En el horóscopo de Malina dice algo de asuntos del corazón que tomarán un curso borrascoso, pero a él eso seguro que no le interesa mucho. Además tiene que cuidar sus bronquios. Nunca había pensado que Malina pudiera tener bronquios.

Yo: ¿Cómo van tus bronquios? ¿Es que de verdad tienes bronquios?

Malina: ¿Por qué no? ¿Cómo que no? Todo el mundo tiene bronquios. ¿Desde cuándo te preocupas por mi salud?

Yo: Solo pregunto. ¿Qué tal hoy?, ¿un día borrascoso?

Malina: ¿Dónde? Seguro que en el Arsenal no. No que yo sepa. He estado archivando expedientes.

Yo: ¿Ni un poquito borrascoso? A lo mejor, si lo piensas bien, sí que ha sido un pelín borrascoso.

Malina: ¿Por qué me miras con tanta desconfianza? ¿Es que no me crees? Es sencillamente ridículo, y ¿qué es lo que miras tan fijamente todo el tiempo?, ¿qué ves? Aquí no hay arañas ni tarántulas, la mancha esa la hiciste tú misma hace unos días al echar el café. ¿Qué ves?

Veo que en la mesa falta algo. ¿Qué será? Aquí solía haber algo. Aquí había casi siempre una cajetilla de cigarrillos medio vacía de Ivan, que siempre se olvidaba una adrede, para encontrar enseguida un cigarrillo en mi casa en caso de necesidad. Veo que hace ya tiempo que no se ha olvidado ningún paquete.

Yo: ¿No has pensado nunca que podríamos vivir también en otro sitio? Más a las afueras. Por ejemplo en Hietzing va a quedarse pronto libre un piso muy bonito, Christine lo sabe por unos amigos, cuyos amigos se van a mudar de allí. Tendrías más sitio para tus libros. Aquí ya no hay más sitio, todas las estanterías están desbordadas, por tus manías, no tengo nada en contra de tus manías, pero es de maníaco. Y además afirmas también que sigues oliendo en el pasillo la orina de gato de Frances y Trollope. Lina dice que ella ya no nota nada, pero es tu sensibilidad, es que eres muy sensible.

Malina: No he entendido una sola palabra. ¿Por qué tenemos que

mudarnos a Hietzing? Ninguno de los dos ha querido vivir nunca en Hietzing, ni en la Hohe Warte ni en Döbling.

YO: ¡Hohe Warte, no, por favor! He dicho Hietzing. ¡Me parecía que no tenías nada en contra de Hietzing!

MALINA: Da igual lo uno o lo otro, y ni hablar de ello. Y ahora no empieces a llorar.

YO: No he dicho una palabra de la Hohe Warte, y no te imagines que voy a empezar a llorar. Estoy resfriada. Tengo que dormir mucho más. Por supuesto que nos quedamos en la Ungargasse. No cabe ninguna otra opción.

¿Qué tendría yo ganas de hacer hoy? ¡Déjame pensar! Salir no quiero, leer o escuchar música tampoco quiero. Creo que me contentaré contigo. Pero te entretendré, porque me ha llamado la atención el hecho de que nunca hemos hablado de hombres, que nunca preguntas por los hombres. Pero no has escondido muy bien tu viejo libro. Hoy lo he estado leyendo, no es bueno, describes por ejemplo a un hombre, probablemente tú mismo, antes de quedarse dormido, pero para eso a lo sumo yo misma podría haberte servido de modelo. Los hombres siempre se quedan dormidos enseguida. Pero hay más: ¿por qué los hombres no te parecen tan extraordinariamente interesantes como yo?

Malina dice: A lo mejor es que me imagino a todos los hombres como yo.

Yo respondo: Esa es la idea más equivocada que puedes hacerte. Antes podría una mujer imaginarse que es como todas las demás, y ello por mejores razones. Porque otra vez tiene que ver con los hombres.

Malina alza las manos aparentemente indignado: Pero, por favor, nada de historias o solo unos cuantos pasajes si son lo

suficientemente divertidos. Di lo que pueda decirse sin indiscreciones.

¡Malina debería ya conocerme!

Continúo: Porque los hombres son todos diferentes unos de otros y, en realidad, debería verse en cada uno de ellos un caso clínico incurable, en modo alguno basta con lo que dicen los manuales y los libros especializados para explicar y comprender a un hombre en su elementalidad. Es mil veces más fácil entender en un hombre su lado cerebral, en mi caso al menos. Solo aquello que debería ser común a todos, de seguro que no lo es. ¡Qué error! Este material, que permitiría una generalización tal, no podría recopilarse ni en varios siglos. Una sola mujer tiene que vérselas ya con demasiadas cosas raras y nadie le ha dicho con antelación para qué síntomas de una enfermedad debe prepararse, podría decirse que toda opinión del hombre respecto de una mujer es enfermiza, y además enfermiza de un modo muy peculiar, de manera que ya no se podrá nunca librar a los hombres de sus enfermedades. De las mujeres podría decirse como mucho que están más o menos marcadas por los contagios que contraen, por la compasión con el sufrimiento.

Hoy estás de un humor muy malicioso. Ahora es cuando empieza a divertirme.

Yo digo feliz: Un ser humano va derecho a la enfermedad si tiene tan pocas experiencias nuevas, si tiene siempre que repetirse, un hombre por ejemplo me muerde en el lóbulo de la oreja, pero no porque sea el lóbulo de mi oreja o porque, chiflado por mi lóbulo, tenga que morderlo necesariamente, sino que muerde porque también ha mordido a todas las demás mujeres en los lóbulos, pequeños o grandes, amoratados, pálidos, insensibles, hipersensibles, le da exactamente igual lo que piensen los lóbulos.

Tienes que reconocer que se trata de una obligación cargada de consecuencias cuando uno, pertrechado con unos conocimientos mayores o menores y una posibilidad, en cualquier caso escasa, de aplicar estos conocimientos, ha de abalanzarse sobre una mujer, posiblemente durante años, una sola vez, eso tiene un pase, una vez la aguanta cualquiera. Esto explica también una sospecha sorda y secreta de los hombres, porque en realidad no pueden imaginarse que una mujer, como es natural, tenga que comportarse de manera distinta con un hombre enfermo, porque él solo tiene en mente las diferencias de manera muy superficial y externa, precisamente esas que van de boca en boca o que la ciencia pone de relieve bajo una luz falsa y degradante. Verdaderamente Malina no sabe bien dónde está. Dice: Yo pensaba que algunos hombres debían estar particularmente dotados, en cualquier caso es lo que se sigue contando de algunos o se comenta en general…, digamos, por ejemplo, de los griegos. (Malina me lanza una mirada muy taimada, luego se ríe, yo también me río). Me esfuerzo por permanecer seria: En Grecia tuve suerte por casualidad, pero solo una vez. Suerte se tiene a veces, pero seguro que la mayoría de las mujeres nunca tiene suerte. Lo que yo pienso no tiene nada que ver con el hecho de que supuestamente haya buenos amantes, porque no los hay. Es una leyenda que hay que erradicar ya de una vez, a lo sumo hay algunos hombres con los que no hay esperanza ninguna, y algunos con los que la cosa no carece tanto de esperanza. La razón para ello, que nadie ha buscado todavía, habría que buscarla en por qué solo las mujeres tienen siempre la cabeza llena de sus sentimientos y sus historias, con su hombre o con sus hombres. En efecto, pensar en ello se lleva la mayor parte del tiempo de cada mujer. Pero tiene que pensar en ello, porque de lo contrario sin ese impulso sentimental, ese arrojo sentimental, que jamás desfallece, jamás podría soportar

literalmente a un hombre, que es un enfermo y apenas se ocupa de ella. Para él es muy fácil pensar poco en las mujeres, porque su sistema enfermo es infalible, él repite, se ha repetido, se repetirá. [177] Si le gusta besar los pies, besará los pies a otras cincuenta mujeres, por qué habría de enredarse en pensamientos, dudando por culpa de una criatura, a la que en ese momento le gusta que él le bese los pies eso cree él en cualquier caso. Pero una mujer tiene que hacerse a la idea de que justo ahora le toca el turno a sus pies, tiene que inventarse unos sentimientos increíbles y durante todo el día alojar sus verdaderos sentimientos en los inventados, una vez para soportar lo de los pies, luego sobre todo para aguantar el resto que falta y que es mucho mayor, pues alguien a quien le importan tanto los pies descuida otras muchas cosas. Además están también los cambios bruscos, un cuerpo de mujer tiene que desacostumbrarse a todo y volver a acostumbrarse a algo completamente nuevo de un hombre a otro. Pero un hombre prosigue tranquilamente con sus costumbres, de vez en cuando tiene suerte con ello, la mayoría de las veces no.

Malina no está contento conmigo: Pero esto me resulta completamente nuevo, estaba absolutamente convencido de que te gustan los hombres, y de que siempre te han gustado los hombres, su sola compañía te resultaba indispensable, si no más…

Por supuesto que siempre me han interesado los hombres, pero precisamente por ello no tienen que gustarle a una sin más, la mayoría no me han gustado en absoluto, simplemente es que siempre me han fascinado, ya por el mero hecho de pensar: ¿cómo van a seguir ahora las cosas tras el mordisco en el hombro?, ¿qué se esperará de él? O alguien te vuelve una espalda sobre la que en alguna ocasión, mucho antes que tú, trazó con las uñas, con cinco

garras, esas cinco rayas por siempre visibles, estás completamente trastornada, al menos aturdida, ¿qué vas a hacer tú con esa espalda que constantemente te echa algo en cara, el recuerdo de un éxtasis o de un acceso de dolor?, ¿qué dolor vas a sentir todavía, en qué éxtasis vas a caer? Durante mucho tiempo no he tenido ningún sentimiento porque en esos años me entró el juicio. Por supuesto que, como todas las demás mujeres, en la cabeza solo tenía, a pesar de ello, a los hombres por los motivos ya mencionados, y estoy segura de que los hombres, por su parte, a mí me tenían muy poco en la cabeza, solo después del trabajo, en un día libre tal vez.

MALINA: ¿Sin excepciones?
YO: Sí. Una excepción.
MALINA: ¿Cómo es que hay una excepción?

Pues es muy simple. Solo tienes que hacer casualmente a alguien lo suficientemente desdichado, por ejemplo no ayudando a alguien a remediar un desatino. Si estás seguro de que has sumido al otro en una auténtica desdicha, entonces es que él también piensa en ti. Pero por lo general la mayoría de los hombres hacen desgraciadas a las mujeres, y no existe reciprocidad, porque nosotras tenemos que vérnoslas con la desgracia natural, la inevitable, que procede de la enfermedad de los hombres, por culpa de la cual las mujeres tienen que pensar tanto y, apenas han aprendido, tienen que volver a olvidarlo, porque si alguien tiene que estar pensando constantemente y creando sentimientos para él, se vuelve entonces verdaderamente infeliz. Además la desgracia se duplica, se triplica, se centuplica con el tiempo. Quien quiera evitar la desgracia solo necesita poner fin al asunto al cabo de un par de días. Es imposible ser infeliz, llorar por alguien si no nos ha hecho ya profundamente desdichados. Al cabo de unas pocas horas nadie llora ya por el

hombre más joven o más apuesto, por el hombre mejor o el hombre más inteligente. Pero medio año pasado con un charlatán redomado, un imbécil notorio, con un debilucho repugnante, dominado por las costumbres más extrañas, eso es algo que ha hecho temblar a mujeres muy fuertes y juiciosas, que las ha empujado al suicidio, por favor, piensa tan solo en Erna Zanetti, que por ese profesor de teatro, imagínate, ¡por un estudioso del teatro!, ingirió al parecer cuarenta somníferos, y no será la única, además él también la obligó a dejar de fumar, porque no soporta el humo. No sé si también tuvo que hacerse vegetariana, pero seguro que hubo unas cuantas cosas malas más. En lugar de alegrarse por poder volver a fumar veinte cigarrillos y comer lo que quisiera un día después de que afortunadamente aquel imbécil la dejara, intenta suicidarse, aturdida, no se le ocurre otra cosa mejor, porque durante unos meses no dejó de pensar en él y sufrió por él, también por la abstinencia de la nicotina, naturalmente, y por esas lechugas y zanahorias.

Malina no puede por menos de reírse, pero se hace el horrorizado: ¡No pretenderás afirmar que las mujeres son más desdichadas que los hombres!

No, claro que no, solo digo que la desdicha de las mujeres es especialmente inevitable y completamente inútil. Solo quería hablar de ese tipo de desdicha. No se pueden hacer comparaciones y de la desdicha general, que tanto afecta a todos los seres humanos, no queríamos hablar hoy. Solo quería darte conversación y decirte lo extraño que es todo. Yo, por ejemplo, me sentía muy infeliz porque nunca me habían violado. Cuando llegué a Viena, los rusos ya no tenían ganas de violar a las vienesas, e incluso cada vez escaseaban más los americanos borrachos, a los que en cualquier caso nadie

aprecia lo bastante como violadores, por lo que se hablaba mucho menos de sus hazañas que de las de los rusos, pues el terror pío y sacralizado naturalmente tiene sus porqués. Desde las chicas de quince años hasta las ancianas, decían. De vez en cuando se hablaba en los periódicos de dos negros uniformados, pero, por favor, dos negros en la zona de Salzburgo, eso es muy poco para tantas mujeres en una región, y a los hombres que yo conocía o que tampoco conocía y que simplemente pasaban a mi lado en el bosque o me veían sentada en una piedra junto a un arroyo, sola, indefensa, nunca se les habría ocurrido. No parece posible, pero con excepción de algunos borrachos, algunos depredadores sexuales y otros hombres que salen también en los periódicos tildados de delincuentes sexuales, a ningún hombre normal, con instintos normales, se le ocurre la idea obvia de que a una mujer normal le gustaría que la violaran de manera absolutamente normal. Ello se debe, claro está, al hecho de que los hombres no son normales, pero nos hemos acostumbrado ya en tal medida a su fenomenal carencia de instinto que no podemos representarnos el cuadro clínico en toda su magnitud. Pero en Viena podría ser diferente, no debería ser tan grave, porque es una ciudad ideal para la prostitución universal. Ya no te acordarás de los primeros años de la guerra. Viena era, dicho con buenas palabras, una ciudad con las instituciones más curiosas. Pero esa época se ha borrado de sus anales, ya no hay gente que siga hablando de ella. No se ha prohibido expresamente, pero aun con todo no se habla de ello. Los días de fiesta, incluso los de la Virgen o los de la Ascensión o los de la República, se obligaba a los ciudadanos a ir a la zona del Stadtpark limítrofe con la Ringstrasse, el Parkring, ese parque tan horrible, y hacer allí en público lo que quisieran o pudieran hacer, sobre todo en la época en que florecían los castaños, pero también

más tarde, cuando maduraban, y las castañas de Indias reventaban y caían al suelo. Apenas habrá habido alguien que no haya encontrado allí a todos con todas. Aunque todo sucedía en silencio, casi con la mayor indiferencia, podía hablarse de escenas de pesadilla, toda la gente de la ciudad tomó parte en aquella prostitución universal, una cualquiera habrá yacido en el césped pisoteado con uno cualquiera o, apoyada contra los muros, habrá suspirado, gemido, algunas a veces al mismo tiempo, por turnos, todas mezcladas. Todos dormían unos con otros, todos se utilizaban entre sí, y por eso hoy nadie se asombra de que apenas circulen rumores, porque esos mismos hombres y mujeres se saludan hoy cortésmente, como si no hubiera ocurrido nada, los hombres se quitan el sombrero, besan las manos, las mujeres pasan por el Stadtpark a paso ligero y saludando entre susurros, llevan bolsos y paraguas elegantes, se las ve favorecidas. A esa época se debe que haya empezado la ronda[178] que hoy ha dejado de ser anónima. Como resultado de aquella epidemia hay que imaginarse las relaciones que imperan hoy, por qué, por ejemplo, al principio se veía a Ödön Patacki con Franziska Ranner, pero luego a Franziska Ranner con Leo Jordan, por qué Leo Jordan, que antes estaba casado con Elvira, que después ayudó al joven Marek, se casó dos veces más, por qué luego el joven Marek arruinó a Fanny Goldmann y ella, a su vez, se llevaba demasiado bien con Harry y después se fue con Milan, pero el joven Marek luego con esa Karin Krause, la pequeña alemana, y después ese Marek también con Elisabeth Mihailovics, que acabó luego con Bertold Rapatz, que a su vez… Ahora lo sé todo, también por qué Martin tuvo esa aventura con Elfi Nemec, que más tarde acabó también con Leo Jordan,[179] y por qué todos estaban liados con todos de la manera más peculiar, aunque solo se sepa de unos pocos casos. Como es natural, los

motivos para ello no los conoce nadie, pero yo ya los entreveo, ¡y algún día se verán! Pese a todo no puedo contarlo porque no tengo tiempo. Cuando pienso en el papel que la casa Altenwyl ha desempeñado en todo esto, aunque los Altenwyl jamás fueran conscientes de ello, nadie era consciente en casa alguna, tampoco en la de Barbara Gebauer, de qué cosas se iniciaban allí y con qué finalidad, por medio de qué necias habladurías y con qué finalidad organizaban todo entre ellos… La sociedad es el mayor escenario del crimen.[180] Con la mayor ligereza se han depositado en ella las semillas de los delitos más inconcebibles, que permanecen ocultos para siempre a los tribunales de este mundo. Yo nunca he sabido de ello, porque nunca he mirado ni escuchado con demasiada atención, cada vez escucho menos, pero cuanto menos escucho, más aterradoras me parecen estas situaciones. He vivido más de lo debido, por eso he percibido en toda su monstruosidad todos esos juegos de paz, porque así es como se presentan, como si no fueran juegos de guerra. A su lado los delitos más famosos a escala mundial, incluso los delitos famosos a escala local, me parecen tan simples, brutales, sin misterio, son algo para los psicólogos de masas, para los psiquiatras, que tampoco los reprimirán, solo ofrecen, dado su grandioso primitivismo, burdos enigmas a los que son demasiado diligentes y saben del tema. Por el contrario, lo que ocurrió, y aún ocurre, aquí, nunca fue primitivo. ¿Te acuerdas de aquella tarde? Un día Fanny Goldmann volvió a casa sorprendentemente pronto y sola, se levantó de una mesa, no había pasado nada, pero hoy lo sé, sí que lo sé. Hay palabras, hay miradas que pueden matar, nadie las percibe, todos se quedan en la fachada, en una imagen pintada. Y Klara y Haderer, antes de que él muriera, pero voy a dejarlo ya…

Durante un tiempo, era en Roma, solo veía marineros, se pasan el domingo en una plaza, creo, la Piazza del Popolo, donde de noche gente del campo intenta, con los ojos vendados, avanzar en línea recta desde la fuente del obelisco hasta el Corso. Es una tarea irrealizable. También por Villa Borghese hay marineros, pero aún más soldados. Miran hacia delante, tienen esa mirada seria, codiciosa, orientada hacia un domingo que está a punto de acabar. Es fascinante ver a esos jóvenes. Pero durante un tiempo estuve simplemente prendada de un mecánico de la trasera de Erdberg, [181] tenía que enderezarme uno de los guardabarros del coche y pintar la parte delantera de la carrocería. Para mí era insondable, de una seriedad muy profunda, ¡imagínate esas miradas y esos pensamientos, tal vez penosos, entrecortados! Fui algunas veces más al taller y lo observé haciendo todo tipo de trabajos. Nunca he vuelto a ver en alguien tanta pena, tanto desconocimiento y tan grave. Algo insondable. Surgieron en mi interior esperanzas tristes, risueñas, deseos tristes, opresivos, nada más, aquellos muchachos jamás lo comprenderían, pero tampoco quiere una que la comprendan. ¡Quién lo querría!

Siempre he sido muy miedosa, nada valiente, habría tenido que darle mi teléfono, mi dirección, pero ante él yo estaba demasiado sumida en un enigma y no podía hacerlo. Puede que sea fácil adivinar, si no precisamente todos sus pensamientos, al menos sí uno de cada dos pensamientos de un Einstein, un Faraday, de algún que otro iluminado, un Freud o un Liebig, porque son hombres sin auténticos misterios. Pero la belleza y su mutismo son infinitamente superiores. Ese mecánico, a quien nunca olvidaré, al que fui a ver en peregrinación para acabar pidiéndole la cuenta, nada más, era importante para mí. Porque lo que me falta es la belleza, es más importante, quiero seducir a la belleza. De vez en cuando voy por

una calle y apenas veo a alguien superior a mí, me siento atraída hacia un lado, hacia otro, pero ¿eso es algo natural o normal? ¿Soy una mujer o algo dimorfo? Si no soy del todo una mujer, ¿qué es lo que soy? En los periódicos vienen con mucha frecuencia esas noticias tan espantosas. En Pötzleinsdorf, en los prados del Prater, en los bosques de Viena, en cada una de las periferias se ha asesinado, estrangulado a una mujer (a mí también estuvo a punto de ocurrirme, aunque no en la periferia), asfixiada por un individuo brutal, y entonces siempre me imagino: podrías ser tú, vas a ser tú. Desconocida asesinada por criminal desconocido.

He ido a ver a Ivan con un pretexto. Me encanta enredar con su transistor. Llevo otra vez varios días sin noticias. Ivan me aconseja comprarme ya de una vez una radio, si es que me gusta tanto escuchar noticias y música. Dice que así me sería más fácil levantarme por la mañana, como a él, por ejemplo, y que de noche tendría algo contra el silencio. Pruebo a girar el botón más despacio y, con precaución, busco qué es lo que puede salir contra el silencio.

En la habitación hay una excitada voz masculina: Estimados oyentes, ahora tenemos a Londres al otro lado de la línea, el doctor Alfons Werth, nuestro corresponsal permanente, el señor Werth nos informará acto seguido desde Londres, un poco más de paciencia, conectamos con Londres, estimado doctor Werth, le oímos alto y claro, querríamos preguntarle para nuestros oyentes en Austria acerca del ambiente en Londres tras la devaluación de la libra, el señor Werth tiene ahora la palabra…

¡Por favor, apaga ese cacharro!, dice Ivan, que ahora no tiene ningún interés en las opiniones de Londres o de Atenas.

¿Ivan?

¿Qué quieres decir?

¿Por qué no me dejas nunca hablar?

Ivan debe de tener una historia a sus espaldas, debe de haber estado metido en un ciclón, y piensa que yo también tengo una, la normal, en la que al menos tienen que aparecer un hombre y la correspondiente decepción, pero yo digo: ¿Yo? Nada, no voy a decir absolutamente nada, solo quería decirte «Ivan», nada más. ¿Y podría preguntarte lo que piensas del insecticida Flit?

¿Tienes moscas en casa?

No. Intento imaginarme en la vida de una mosca o en la vida de un conejo maltratado en un laboratorio, de una rata a la que se le pone una inyección, pero que se dispone aún a dar un salto llena de odio.

Ivan dice: Con semejantes ideas no conseguirás volver a alegrarte.

Precisamente ahora no me alegro, a veces no tengo alegría. Sé que debería alegrarme más a menudo.

(Solo que a mi alegría y a mi vida, que se llama Ivan, no puedo decirle: ¡solo tú eres la alegría y la vida!, porque podría perder más rápidamente a Ivan, al que a veces ya he perdido, y eso es algo que noto en esa constante privación de alegría en estos días. No sé desde cuándo Ivan abrevia mi vida y un día tendría que ponerme a hablar con él).

Como alguien me ha matado, como alguien quería estar matándome siempre, y entonces yo he empezado a matar a alguien en mis pensamientos, es decir, no en mis pensamientos, era otra cosa, no tiene mucho que ver con el pensamiento, luego acabó de otra forma completamente distinta, hasta he llegado a superarlo, ya no hago nada más en mis pensamientos.

Ivan levanta la vista y dice incrédulo mientras intenta arreglar el cable alargador del teléfono y afloja un tornillo con el destornillador:

¿Tú?, anda, ¿precisamente tú, mi dulce chiflada? Sí, quién si no, ¿y cómo? Ivan ríe y vuelve a inclinarse sobre el enchufe, dobla cuidadosamente los alambres alrededor del tornillo.

¿Te extraña?

Pues no, ¿por qué? En mis pensamientos tengo ya en la conciencia a docenas de personas que me han enojado, dice Ivan. El arreglo le ha salido bien, ahora ya puede darle completamente igual lo que yo iba a decir sobre mí. Me visto deprisa, murmuro que hoy tengo que estar antes en casa. ¿Dónde está Malina? Dios mío, ojalá estuviera ya en casa de Malina, porque otra vez está insoportable, no debería haber hablado y le digo a Ivan: Por favor, disculpa, no me siento bien, no, he olvidado algo, ¿verdad que no te importa? Tengo que irme enseguida a casa, creo que me he dejado el café en la cocina, ¡seguro que no he apagado la cocina!

No, a Ivan nunca le importa nada.

En casa me tumbo en el suelo y espero y respiro, respiro mal y respiro cada vez peor, son algo más que unas extrasístoles y no quisiera morir antes de que llegue Malina, miro el despertador, apenas pasa un minuto y a mí se me pasa aquí la vida. No sé cómo he llegado al baño, mantengo la mano bajo el agua fría, corre por los brazos hasta el codo, me froto los brazos y los pies y las piernas con un trapo helado, hacia arriba, hacia el corazón, el tiempo no pasa, pero ahora tiene que llegar Malina, y entonces Malina está aquí, y me dejo caer, por fin, Dios mío, ¿por qué llegas tan tarde a casa?

En una ocasión iba en un barco, estábamos en el bar, un grupo de gente que viajaba a América, a algunos ya los conocía. Pero entonces uno empezó a hacerse agujeros en el dorso de la mano con el cigarrillo encendido. Solo él se reía, los demás no sabíamos si

también podíamos reírnos. La mayoría de las veces no sabe uno por qué la gente se ataca a sí misma, no lo dicen o dicen algo completamente diferente para que no se sepa el verdadero motivo. En un piso de Berlín conocí una vez a un hombre que se tomaba un vaso de vodka tras otro, pero nunca se emborrachaba, al cabo de varias horas seguía hablando conmigo, tremendamente sobrio, y en un momento en que nadie escuchaba, me preguntó si podía volver a verme, porque quería verme a toda costa, y como yo no respondí nada, eso supuso claramente una aceptación. Hablamos entonces de la situación internacional y alguien puso un disco en el tocadiscos, *L'ascenseur à l'échafaud.*[182] Cuando no habían sonado más que un par de suaves acordes y la conversación había llegado a la línea directa entre Washington y Moscú, el hombre preguntó, con la misma suavidad con la que antes me había preguntado si no debía llevar vestidos de terciopelo, que le encantaría verme de terciopelo: ¿Ha asesinado alguna vez a alguien? Yo dije en el tono más suave posible: No, claro que no, ¿y usted? El hombre dijo: Sí, soy un asesino. Estuve un rato sin decir nada, me miró con dulzura y volvió a hablar: ¡Puede creerme tranquilamente! Yo le creí, porque tenía que ser cierto, era el tercer asesino con el que me sentaba a una mesa, solo que él era el primero y el único en decirlo. Las otras dos ocasiones fueron también en Viena y me enteré después, al marcharme a casa. Varias veces he querido escribir algo sobre esas tres noches, que quedan ya muchos años atrás, y en una única hoja escribí a modo de borrador: Tres asesinos. Pero luego no pude con ello, porque solo quería esbozar algo sobre esos tres para apuntar a un cuarto, pues la historia de mis tres asesinos no conforma una historia, no he vuelto a ver a ninguno, hoy seguirán viviendo en algún sitio y cenarán con otras personas y atentarán contra sus propias vidas. Uno ya no está internado en Steinhof,[183] otro está

en América y se ha cambiado el apellido, otro bebe para estar siempre más sobrio, y ya no está en Berlín. Del cuarto no puedo hablar, no lo recuerdo, me olvido, no lo recuerdo…

(Pero he echado a correr hacia el alambre de espino eléctrico). Recuerdo una nimiedad. Hubo un tiempo en que tiraba la comida todos los días, también tiraba el té a escondidas, debo haber sabido por qué.

Pero Marcel murió así:

Un día se decidió quitar de las calles a todos los *clochards* de París. La Asistencia, la más pública de todas las Asistencias, que vela también por una imagen decorosa de la ciudad, llegó junto con la policía a la Rue Monge sin pretender otra cosa que reintegrar a esos ancianos a la vida y, por ello, lavarlos y asearlos primero para la vida. Marcel se levantó y fue con ellos, un hombre muy pacífico, que incluso después de unos vasos de vino seguía siendo un hombre sabio, que no oponía resistencia. Es probable que aquel día le diera exactamente igual que vinieran, y es probable que también pensara que regresaría a su buen sitio en la calle, donde el aire cálido del metro subía a través de las rejillas. Pero en la sala de baños con sus muchas duchas, para el bien común, también le tocó el turno a él, lo metieron bajo la ducha, que seguro que no estaba ni demasiado caliente ni demasiado fría, solo que era la primera vez en muchos años que se desnudaba y se metía bajo el agua. Antes de que alguien pudiera entender por qué y echarle mano, ya se había desplomado y muerto en el acto. ¿Ves lo que quiero decir? Malina me mira algo inseguro, aunque por lo general nunca está inseguro. Habría podido ahorrarme la historia. Pero vuelvo a sentir la ducha, sé qué es lo que no hubieran debido lavarle a Marcel. Cuando alguien vive entre los vapores de su felicidad, cuando para alguien

ya no quedan muchas palabras, sino tan solo el «Dios se lo pague», «que Dios se lo recompense», no hay que tratar de limpiar, de lavar, lo que es bueno para alguien, ni querer asear a alguien para una nueva vida que no existe.

YO: De haber estado en el lugar de Marcel, yo también habría caído muerta al primer chorro.

MALINA: Así ha sido siempre la felicidad…

YO: ¿Por qué tienes que adelantarte siempre a mis pensamientos? Ahora sí que estoy pensando de verdad en Marcel, no, ya casi nunca pienso en él, es un episodio, pienso en mí y luego en otra cosa, Marcel solo ha venido a ayudarme.

MALINA:… es la hermosa mañana del espíritu, que nunca llega.

YO: No tienes por qué recordarme siempre mi cuaderno de la escuela. Debía de haber un montón de cosas en él, pero lo quemé en el lavadero. Aún debo de estar cubierta por una fina capa de felicidad, que no me caiga un aguacero y me lave cierto olor, sin el que no podría existir.

MALINA: ¿Desde cuándo te llevas tan bien con el mundo?, ¿desde cuándo eres tan feliz?

YO: Observas demasiado, por eso no te das cuenta de nada.

MALINA: Es al revés. Me he dado cuenta de todo, pero nunca te he observado.

YO: Pero a ratos yo te he dejado incluso vivir como tú querías, sin molestarte, eso es más, es más generoso.

MALINA: De eso también me he dado cuenta, y alguna vez sabrás si hiciste bien en olvidarme o si no es mejor volver a tenerme presente. Solo que probablemente no tendrás elección, ahora ya no la tienes.

YO: Olvidarte, ¿cómo podría olvidarte?, simplemente lo he intentado,

he fingido esa impresión para demostrarte que las cosas también pueden funcionar sin ti.

Malina considera que esa hipocresía no merece una respuesta, no va a calcular cuántos días y noches lo he olvidado, pero él también es un hipócrita, porque sabe hasta qué punto su consideración es, y a veces todavía seguirá siendo para mí, mucho peor que cualquier reproche. Pero ya nos encontraremos, porque necesito mi doble vida, mi vida con Ivan y mi espacio con Malina, no puedo estar donde no esté Ivan, pero tampoco puedo volver a casa si Malina no está.

Ivan dice: ¡Deja eso ya de una vez!

Yo vuelvo a decir: Ivan, un día me gustaría decirte algo, no tiene que ser hoy, pero un día te lo tengo que decir.

¿No tienes más cigarrillos?

Sí, eso quería decirte, han vuelto a acabárseme los cigarrillos.

Ivan está dispuesto a dar una vuelta conmigo por la ciudad para buscar cigarrillos, y como no hay por ningún lado, nos detenemos frente al hotel Imperial, al final consigue comprárselos al conserje. Vuelvo a estar reconciliada con el mundo. Aunque solo se lo ame cuando se lo necesita, es posible amar el mundo, y entre medias hay una persona que hace de transformador, pero eso Ivan no tiene que saberlo, porque otra vez empieza a temer que yo lo ame, y como me da fuego y otra vez puedo fumar y esperar, no necesito decir nada: no te preocupes, estás aquí solo para darme fuego, ¡gracias por el fuego, gracias por cada cigarrillo encendido, gracias por pasearme por la ciudad, gracias por llevarme a casa!

Malina: ¿Vas a ir al entierro de Haderer?[184]
Yo: No, ¿por qué habría de ir al cementerio central para enfriarme?

Mañana podré leer en los periódicos cómo fue, qué dijeron, y además tengo aversión a los entierros, hoy ya nadie sabe cómo comportarse en una defunción ni cómo en un cementerio. Tampoco quiero que estén constantemente informándome de que ha fallecido Haderer o quien quiera que sea. No están constantemente informándome de que alguien está vivo. De todas formas, para mí todo sigue igual, al margen de que alguna vez haya querido o no haya querido a alguien, y que solo quede, o pueda quedar, con determinadas personas, porque algunos ya no están vivos, es algo que no me asombra, pero por otros motivos. ¿Quieres explicarme por qué tengo que estar informada de que el señor Haderer o cualquier otra celebridad, un director de orquesta o un político, un banquero o un filósofo, de repente están muertos desde ayer o desde hoy? No me interesa. Para mí nadie está nunca muerto y rara vez alguien vive, excepto en mi escenario mental.

MALINA: ¿Así que la mayoría de las veces no estoy vivo para ti?

YO: Tú estás vivo. Vives incluso la mayoría de las veces, pero también me demuestras que estás vivo. ¿Qué me demuestran los otros? Nada.

MALINA: «El cielo es de un negro profundo».

YO: Podría utilizarse. Suena como si el que lo ha escrito estuviera vivo. Esto sí que es por fin una sorpresa.

MALINA: «El cielo es de un negro inimaginablemente profundo. Las estrellas son muy claras, pero no titilan por la falta de atmósfera».

YO: ¡Oh! Se lo toma al pie de la letra.

MALINA: «El sol es un disco incandescente impreso en el terciopelo negro del cielo. Me sentía muy emocionado por la infinitud del espacio cósmico, de esa inmensidad inconcebible…».

Yo: ¿Quién es ese místico?

Malina: Alekséi Leónov, que estuvo diez minutos en el espacio.[185]

Yo: No está mal. Pero «terciopelo», no sé si yo habría dicho «terciopelo». ¿Es que el hombre es también poeta?

Malina: No, en sus ratos libres pinta. Durante mucho tiempo no supo si quería ser pintor o cosmonauta.

Yo: Una duda comprensible a la hora de elegir carrera. Pero luego, hablar sobre el espacio como un joven caminante romántico…

Malina: Los hombres no cambian demasiado. Siempre hay algo que los sobrecoge, solo con que sea infinito o inimaginable o inconcebible, de un negro profundo, pasean por el bosque o van por el espacio con su propio misterio en un misterio.

Yo: ¡Y eso pasa luego a la posteridad! Así que podríamos dejar de admirarnos por el progreso. Después Leónov tendrá una dacha y plantará rosas, y al cabo de unos años lo escucharán con una dulce sonrisa cuando vuelva a hablar del Vosjod 2. Abuelito Leónov, por favor, ¡cuéntanos cómo fue, esos primeros minutos allí fuera! Érase una vez una luna a la que todos querían volar, y la luna estaba muy lejos y era inhóspita, pero un buen día llegó Alekséi el Afortunado, y he aquí que…

Malina: Es bastante raro que no viera los Urales porque justo en ese momento dio un vuelco al lado de la nave.

Yo: Tuvo que ser así. Uno da un vuelco justo cuando quiere ver o comprender algo, los Urales o la palabra para designarlos, un pensamiento o las palabras para designarlo. A mí me pasa exactamente lo mismo que a nuestro abuelito, siempre se me escapa algo, pero por dentro, cuando exploro ese espacio infinito que hay en mí. No ha cambiado mucho desde los buenos tiempos en que se fue al espacio aquellas primeras veces.

Malina: ¿Infinito?

Yo: Seguro. ¿Cómo podría ser ese espacio, sino infinito?

Tengo que echarme al menos media hora, que al final se convierten en dos, porque no aguanto mucho hablar con Malina.

Malina: Tienes que ordenar tu casa de una vez, entre todas estas hojas y pedazos de papel amarillentos y llenos de polvo un día no va a poder uno entender nada.

Yo: ¿Cómo? ¿Qué significa eso? Aquí nadie necesita entender nada. Mis motivos tendré para mezclarlo todo cada vez más. Si alguien tiene derecho a ver esos «pedazos» de papel, ese eres tú. Pero, querido, ni siquiera después de varios años entenderías lo que significa lo uno o lo otro.

Malina: Al menos déjame intentarlo.

Yo: Entonces explícate por qué vuelve a aparecer aquí una vieja cuartilla, por el formato, DIN A4, yo podría adivinar dónde lo compré, en un colmado en el campo, cerca de un lago, y se habla de ti, de un viaje a la Baja Austria. Pero no voy a dejar que la leas, solo puedes mirar las palabras escritas al principio.

Malina: Formas de muerte.

Yo: Pero en la siguiente cuartilla, DIN A2, escrita dos años después, pone «Normas de muerte». ¿Qué quise decir con eso? Seguro que fue un lapsus. ¿Cómo, cuándo y dónde? ¡Pero adivina lo que escribí sobre ti y Atti Altenwyl! ¡No lo adivinarás! Por entonces un gran camión cargado de troncos de árboles subía lentamente por una curva delante de vosotros, tú te diste cuenta de que los troncos mal atados empezaban a deslizarse, tú viste cómo toda la carga se deslizaba hacia atrás, hacia vuestro coche, y entonces… ¡Venga, dilo!

Malina: ¿Cómo se te ocurre imaginarte algo así? Tenías que estar loca.

Yo: Yo tampoco lo sé, pero no me lo imagino, porque poco después volvió a suceder algo, tú habías ido por la noche a nadar al Wolfgangsee con Martin y Atti, tú fuiste el que más se alejó nadando, y empezó el calambre en tu pie izquierdo, y entonces y entonces… ¿Sabes algo más al respecto?

Malina: Pero cómo se te ocurre, es absolutamente imposible que sepas algo, tú no estabas allí.

Yo: Pero si yo no estaba presente, entonces admites que podría haberlo estado, aunque no estuve. ¿Y cómo fue lo del enchufe? ¿Por qué aquella noche ya no quisiste meter el enchufe de tu habitación en la toma?, ¿por qué te quedaste a oscuras?, ¿qué había pasado en todos los interruptores para que tuvieras que quedarte tantas veces a oscuras?

Malina: A menudo me quedaba a oscuras. Entonces tú me quitabas la luz.

Yo: No, eso me lo he inventado así.

Malina: Pero es verdad. Y ¿cómo lo sabías?

Yo: No puedo saberlo, así que ¿cómo puede ser cierto?

No puedo seguir hablando porque Malina coge dos hojas, las arruga y me las tira a la cara. Aunque una bola de papel no hace daño y enseguida se cae al suelo, me asusta al ver que viene. Malina me coge por los hombros y me zarandea, incluso podría darme un puñetazo en la cara, pero no lo hará, de todas maneras va a tener que oírlo. Pero luego llega un tortazo que me despierta, otra vez no sé dónde estoy.

Yo: *(accelerando)*[186] No me voy a dormir.

Malina: ¿En qué punto fue antes de llegar a Stockerau?

Yo: *(crescendo)* Déjalo ya, fue en un lugar cualquiera antes de Stockerau, no me pegues, pegar no, por favor, fue poco antes de

Korneuburg, pero deja de preguntarme. ¡Yo quedé destrozada, tú no!

Con el rostro abrasando, ardiendo cada vez más, sigo sentada y le pido a Malina que me dé la polvera que está en el bolso. Piso los papeles arrugados y los aparto con el pie, pero Malina los recoge y los alisa con cuidado. Vuelve a dejarlos en el cajón sin mirarlos. Pero tengo que ir al baño, porque con esta pinta que tengo no podemos salir, espero que el ojo no se me ponga negro, solo hay unas manchas rojas en la cara y me gustaría ir sin falta al Drei Husaren, porque Malina me lo ha prometido e Ivan no tiene tiempo. Malina cree que quedará bien, que me ponga un poco más de esa crema parduzca en la cara, me echo un poco de maquillaje en las mejillas, tiene razón, va a quedar bien, y de camino, al aire libre, todo se pasará. Malina me promete espárragos con salsa holandesa y también bolas de nieve con chocolate.[187] Yo ya no me fío de esta cena. Mientras me pongo rímel por segunda vez, Malina pregunta: ¿Por qué lo sabes todo?

Hoy no debería hacerme ninguna pregunta más.

Yo: *(presto, prestissimo)* Pero yo quiero espárragos con salsa muselina y un flan. No soy adivina. Tan solo lo he aguantado. Yo casi me ahogo, pero tú no. No quiero flan, sino *crêpes surprise*, algo con *surprise*.

Porque de tales deseos surge aún algo de vida en esos minutos, cuando mi vida se queda en nada al lado de la vida de Malina.

Malina: ¿Qué entiendes tú por vida? Creo que vas a llamar a alguien más o mejor vamos tres al Drei Husaren. ¿Quién te gustaría que estuviera, Alexander o Martin? A lo mejor entonces recuerdas lo

que entiendes por vida.

YO: Sí, si acaso entendiera algo… Tienes razón, sería mejor que viniera alguien más. Me pongo el viejo vestido negro con el cinturón nuevo.

MALINA: Pero coge también el chal, ya sabes cuál. Hazme ese único favor, aunque nunca te pones el vestido a rayas. ¿Por qué no te lo pones nunca?

YO: Me lo pondré otra vez. Por favor, no me preguntes ahora. Tengo que hacer un esfuerzo. Pero por lo demás ya solo me gusta la vida contigo, con el chal que me regalaste primero, con todas las cosas de después. Vivir es leer una página que ya has leído, o mirarte por encima del hombro cuando lees, leer contigo y no olvidar nada de ello, porque tú no olvidas nada. Es también un deambular por este espacio vacío, en el que todo ya tiene sitio, un sendero hacia el Glan y los senderos que bordean el Gail, estoy tumbada con mis cuadernos sobre toda la Goria,[188] vuelvo a llenarlos de garabatos: Quien tiene un Porqué para vivir, soporta casi cualquier Cómo. Vivo aquellos primeros tiempos como si desde siempre hubiera sido así, contigo, siempre al mismo tiempo que hoy, de manera pasiva, sin empezar nada, sin evocar nada. Ya solo me dejo vivir. Sencillamente todo tiene que nacer al mismo tiempo para impresionarme.

MALINA: ¿Qué es la vida?

YO: Es aquello que no se puede vivir.

MALINA: ¿Qué es?

YO: *(più mosso, forte)* Déjame en paz.

MALINA: ¿Qué?

YO: *(molto meno mosso)* Lo que tú y yo podamos construir juntos, eso es la vida. ¿Te vale así?

MALINA: ¿Tú y yo? ¿Por qué no ya «nosotros»?

YO: *(tempo giusto)* No me gusta el nosotros, el se, el ambos, etcétera etcétera.

MALINA: Estaba a punto de pensar que lo que no soportas es sobre todo el yo.

YO: *(soavemente)* ¿Eso es una contradicción?

MALINA: Sí.

YO: *(andante con grazia)* No es una contradicción mientras yo te quiera. No me quiero a mí, sino a ti, ¿y eso qué te parece?

MALINA: Sería una aventura, que para ti sería la más peligrosa. Pero ya ha empezado.

YO: *(tempo)* Eso es, hace tiempo que empezó, hace tiempo era la vida. *(vivace)* ¿Sabes lo que acabo de ver en mí?, que mi piel ya no es como antes, es simplemente distinta, aunque ya no puedo descubrir una sola arruga más. Siempre son las mismas que me salieron a los veinte años, solo se vuelven más profundas, más precisas. ¿Es eso una señal, y qué significa? Por lo general se sabe adónde conduce: al final. Pero ¿adónde nos conduce a nosotros?, ¿en las arrugas de qué rostro desaparecerás tú, desapareceré yo? No es envejecer lo que me asombra, sino la desconocida que seguirá a otra desconocida. ¿Cómo seré entonces? Me lo pregunto como hace tiempo se preguntaba uno que habrá después de la muerte, con un signo de interrogación igual de grande, que resulta absurdo porque no es posible imaginárselo. Razonablemente tampoco puedo imaginarme nada. Solo sé que ya no soy como era antes, que no me conozco ni una pizca más, ni más de cerca. Tan solo una desconocida que siempre ha acabado deslizándose en otra desconocida.

MALINA: No olvides que esa desconocida sigue hoy teniendo algo en mente, aún tiene a alguien en mente, es probable que ame, quién sabe, es probable que odie, es probable que quiera volver

a llamar por teléfono.

YO: *(senza pedale)* Eso a ti no te importa, porque no tiene nada que ver.

MALINA: Tiene mucho que ver, porque va a acelerarlo todo mucho.

YO: Sí, eso es lo que tú quisieras. *(piano)* Contemplar otra derrota. *(pianissimo)* Esta.

MALINA: Solo te he dicho que será una aceleración. No vas a tener necesidad de ti misma. Yo tampoco tendré necesidad de ti.

YO: *(arioso dolente)* Ya me ha dicho alguien que no tengo a nadie que me necesite.

MALINA: Ese alguien habrá querido decir otra cosa. No olvides que yo pienso de otra forma. Durante demasiado tiempo has olvidado cómo he existido a tu lado todo este tiempo.

YO: *(cantabile)* ¿Olvidar yo? ¡Olvidarte yo!

MALINA: ¡Qué bien sabes engañarme con una inflexión de la voz y con cuánta malicia a un tiempo puedes decir la verdad!

YO: *(crescendo)* ¡Olvidarte yo!

MALINA: Venga. ¿Lo tienes todo?

YO: *(forte)* Nunca lo tengo todo. *(rubato)* Piensa tú en todo. En la llave, en echar el cerrojo, en apagar la luz.

MALINA: Esta noche hablaremos del futuro. Es necesario poner orden en tu casa de todas todas. De lo contrario nadie entenderá nada en medio de todo ese caos.

Malina ya está en la puerta, pero yo vuelvo otra vez a toda prisa por el pasillo, porque tengo que llamar una vez más por teléfono antes de salir, y por eso nunca salimos de casa a tiempo. Tengo que marcar el número, es una obligación, una ocurrencia, solo tengo un número en la cabeza, no es mi número de pasaporte, ni el número de una habitación en París, ni la fecha de mi nacimiento, ni la fecha

de hoy, y marco, a pesar de la impaciencia de Malina, 726893, un número que nadie más tiene en la cabeza, pero yo puedo decirlo de memoria, cantarlo, silbarlo, llorarlo a lágrima viva, reírlo para mis adentros, mis dedos pueden encontrarlo a oscuras en el disco del teléfono sin que yo tenga que decirme antes el número.

Sí, soy yo
No, solo yo
No. ¿Sí?
Sí, marchándome
Te llamo más tarde
Sí, mucho más tarde
¡Te vuelvo a llamar más tarde!

Malina: Dime de una vez cómo se te ocurrió tal cosa. Yo nunca he ido a Stockerau con Atti, nunca he ido a nadar al Wolfgangsee ni con Martin ni con Atti.

Yo: Yo siempre lo veo todo ante mis ojos con mucha claridad, me lo figuro, tal como se dice, por ejemplo justo todo ese montón de troncos de árbol encima del coche, que empiezan todos a deslizarse, y yo voy sentada en el coche con Atti Altenwyl mientras ellos se deslizan hacia nosotros y no podemos retroceder, porque tenemos detrás un coche pegado a otro, y ahora sé que esos metros cúbicos de madera van a caer encima de mí.

Malina: Pero ahora estamos aquí los dos y te repito que yo nunca he ido con él a Stockerau.

Yo: Entonces, ¿cómo es que sabes que me he imaginado la carretera de Stockerau? Porque al principio no he dicho nada de Stockerau, solo he hablado en general de la Baja Austria y si pensé en ella fue por la tía Marie.

MALINA: De verdad que me temo que estás loca.

YO: No mucho. Y no hables *(piano, pianissimo)* como Ivan.

MALINA: ¿Que no hable como quién?

YO: *(abbandonandosi, sotto voce)* Ámame, no, más que eso, ámame más, ámame toda, para que pronto llegue el final.

MALINA: ¿Lo sabes todo de mí? ¿Y también de todos los demás?

YO: *(presto alla tedesca)* Pues no, no sé nada. ¡De los demás absolutamente nada! *(non troppo vivo)* Lo de figurármelo era una excusa, no quería hablar de ti en absoluto, no expresamente de ti. Porque precisamente tú nunca tienes miedo, nunca has tenido miedo. Los dos estamos sentados aquí de verdad, pero tengo miedo. *(con sentimento ed espressione)* Hace un rato no te habría pedido algo si hubieras tenido un miedo semejante.

He apoyado la cabeza en la mano de Malina, Malina no dice nada, no se mueve, pero tampoco encuentra algo de ternura para mi cabeza. Con la otra mano se enciende un cigarrillo. Mi cabeza ya no reposa en su palma y trato de sentarme derecha y que no se me note nada.

MALINA: ¿Por qué te llevas otra vez la mano a la nuca?

YO: Sí, creo que lo hago a menudo.

MALINA: ¿Te viene de entonces?, ¿es de aquella época?

YO: Sí. Sí, ahora estoy segura. Seguro que me viene de entonces, y luego han ido viniendo cada vez más cosas. No dejan de venir. Tengo que sujetarme la cabeza. Pero lo hago de manera que se note lo menos posible. Me paso la mano por debajo del pelo y apoyo la cabeza. El otro piensa entonces que estoy escuchando con especial atención y que es una especie de movimiento espontáneo, como cruzar las piernas o apoyar la barbilla en la mano.

MALINA: Pero puede parecer una mala costumbre.

YO: Es mi manera de aferrarme a mí misma cuando no puedo aferrarme a ti.

MALINA: ¿Y qué es lo que has conseguido con el curso de los años?

YO: *(legato)* Nada. Al principio nada. Luego empecé a nivelar los años. Eso fue lo más difícil, porque en mi interior estaba distraída, ya ni siquiera tenía fuerzas para eliminar los accidentes de mi desdicha. Porque a la desdicha no llegué, tantas cosas de segundo orden había que quitar de en medio, aeropuertos, calles, locales, tiendas, determinadas comidas y vinos, muchísima gente, cualquier habladuría y cualquier chismorreo posible. Pero en lo esencial, una falsificación. Estaba completamente falsificada, me habían dado documentos falsos, me habían deportado de un lado para otro, para figurar, para aprobar lo que antes nunca habría aprobado, para corroborar, para dar la razón. Para mí eran formas de pensar completamente ajenas que habría tenido que imitar. Al final acabé siendo una sola falsificación, reconocible tal vez solo para ti.

MALINA: ¿Qué aprendiste de todo eso?

YO: *(con sordina)* Nada. No saqué nada de ello.

MALINA: Eso no es cierto.

YO: *(agitato)* Pues sí que es cierto. Empecé otra vez a hablar, a caminar, a sentir algo, a recordar el tiempo pasado, que está incluso antes del tiempo del que no quiero acordarme. *(tempo giusto)* Y un buen día todo volvió a ir bien entre nosotros dos. En realidad, ¿desde cuándo nos llevamos tan bien?

MALINA: Desde siempre, creo.

YO: *(leggermente)* Qué cortés, qué simpático, qué amable de tu parte decirme esto. *(quasi una fantasia)* A veces he pensado que por mi culpa habrías tenido miedo a morir con mucha frecuencia,

como mínimo una vez al día durante trescientos sesenta días al año. Te habrías estremecido con cualquier timbrazo, habrías visto a un individuo peligroso en cada sombra a tu lado, las cargas de madera de un camión delante de ti te habrían parecido particularmente amenazadoras. Al escuchar pasos a tus espaldas habrías estado a punto de morir. Cuando leías un libro, la puerta parecía abrirse de repente y te lo dejabas caer muerto de miedo, porque yo ya no podía leer ningún libro. He pensado que has muerto muchos cientos de veces, no miles de veces, y eso te habría dado luego esa inusual tranquilidad. *(ben mercato)* Qué equivocada estaba.

Malina sabe que me gusta salir con él de noche, pero no lo espera, no se sorprende si hay un motivo para decir que no, una vez por las medias, que están rotas, luego lógicamente a menudo es Ivan el culpable de mis vacilaciones, porque Ivan no sabe, no sabe todavía, qué va a hacer esa noche, y luego además siempre hay dificultades para elegir los locales, porque Malina jamás iría a algunos de ellos, no puede soportar el ruido, no aguanta la música gitana ni las viejas canciones vienesas, el aire viciado y la iluminación de los clubs nocturnos tampoco son de su agrado, no puede comer de la misma manera insensata que Ivan, sin motivo evidente come con moderación, no puede beber como Ivan, solo fuma ocasionalmente, casi por darme gusto a mí.

Las noches que Malina va sin mí a casa de alguien, sé que allí Malina hablará poco. Callará, escuchará, hará hablar a alguien y al final todos tendrán la sensación de haber dicho algo que es más inteligente que las frases normales, de haber sido algo más importantes porque Malina pone a los demás a su altura. No obstante siempre mantendrá las distancias porque todo él es

distancia. Jamás dirá una palabra sobre su vida, jamás hablará de mí, pero pese a todo no dará la impresión de ocultar algo. La verdad es que Malina tampoco oculta nada, porque no tiene, en el mejor de los sentidos, nada que decir. No teje con los demás el gran texto, la textura de lo divulgable, todo el tejido vienés tiene algunos agujeritos, que solo ha podido hacer Malina. Por eso es también la negación más extrema del golpe, la provocación, la divulgación, el estallido, la justificación…, ¿por qué tendría que justificarse Malina? Sabe tener encanto, dice frases corteses, brillantes, que nunca son demasiado amables, al despedirse de alguien, por ejemplo, tiene una cordialidad diminuta, se asoma desde su interior y vuelve a ocultarse enseguida, porque justo después se da la vuelta y se marcha, se marcha siempre muy deprisa, besa la mano a las mujeres y, si tiene que ayudarlas, las coge un momento por el brazo, las roza tan levemente que ninguna puede imaginarse nada y, sin embargo, tienen que imaginárselo. Malina ya se está yendo, la gente lo mira con sorpresa, porque no saben la razón de por qué se va, porque, aturdido, no dice por qué, adónde, cómo es que se va precisamente ahora. Pero a él nadie se atreve a preguntarle. Es imposible que alguien vaya a Malina con ese tipo de preguntas que a mí se me hacen constantemente: ¿Qué va a hacer usted mañana por la noche? ¡Por el amor de Dios, no irá usted a marcharse ya! ¡Tiene usted que conocer al Tal y a la Cual! No, a Malina no le pasa algo así, lleva una capa que le hace invisible, una visera casi siempre cerrada. Envidio a Malina e intento imitarlo, pero no puedo conseguirlo, me quedo atrapada en todas las redes, provoco todos los chantajes, ya a primera hora soy la esclava de Alda, en modo alguno su paciente, aunque debe ser médica, enseguida me entero de lo que le pasa a Alda, de lo que está viviendo, y en otra media hora tengo que buscar por mediación de Alda a un profesor de canto

para un tal señor Kramer, no, para su hija, porque ella no quiere tener nada que ver con su padre, ese tal señor Kramer. No conozco a ningún profesor de canto, nunca he necesitado ninguno, pero ya casi he confesado conocer a alguien que seguro que conoce, tendría que conocer, a profesores de canto, porque vivo en la misma casa de la cantante de cámara, claro que no la conozco, pero ya encontraré la manera de ayudar a la hija de ese señor Kramer, al que quiere ayudar Alda o, más bien, a su hija. ¿Qué hacer? Un tal doctor Wellek, uno de los cuatro hermanos Wellek, precisamente aquel que no llegó a ser nada, tiene ahora una oportunidad en la televisión, para él todo depende ahora de ello y, si tal vez yo dejara caer una palabrita, aunque jamás le he dirigido la más mínima palabra a ningún señor de la televisión austriaca, entonces…

¿Debo ir a la Argentinierstrasse y dejar caer allí mi palabrita? ¿Es que el señor Wellek no puede vivir sin mí?, ¿soy yo su última esperanza?

Malina dice: Tú ni siquiera eres mi última esperanza. Y el señor Wellek ya se hará también sin ti lo suficientemente impopular. Si además alguien lo ayuda, muy pronto no sabrá ya cómo salir del paso. Con tu palabrita solo lo matarás.

Hoy estoy esperando a Malina en el bar Azul del Sacher. Tarda en venir, pero al final llega. Vamos al gran comedor y Malina habla con el camarero, pero luego me oigo a mí misma diciendo: ¡No, no puedo, aquí no, por favor, no puedo sentarme en esta mesa! Malina piensa que es una mesa muy agradable, la mesita del rincón, que a menudo yo prefería a otras más grandes, porque aquí puedo sentarme de espaldas al saliente de la pared, y el camarero piensa lo mismo, dice que me conoce y que me gusta ese sitio protegido. Yo digo sin aliento: ¡No, no!, ¿es que no lo ves? Malina pregunta: ¿Qué

es lo que hay que ver de particular? Yo me doy la vuelta y salgo despacio para no llamar la atención, saludo a los Jordan y a Alda, que está en la mesa más grande con unos invitados americanos, y luego también a esas personas que conozco, pero cuyos nombres se me han olvidado. Malina me sigue tranquilo, siento que sencillamente me sigue, también saluda. En el guardarropa dejo que me ponga el abrigo sobre los hombros, lo miro desesperada. ¿Es que no lo entiende? Malina pregunta en voz baja: ¿Qué has visto?

Todavía no sé lo que he visto y, de repente, vuelvo al restaurante porque pienso que Malina debe de tener hambre, que ya llegamos tarde, le explico deprisa: Perdona, volvamos, puedo cenar, solo que por un momento me resultó insoportable. Me siento de verdad en esa mesa y ahora sé de seguro que es la mesa en la que Ivan se sentará con otra persona, Ivan se sentará en el lugar de Malina y pedirá y otra persona se sentará a su lado, a la derecha, como yo ahora al lado de Malina. Se habrá sentado a su derecha, en algún momento se sentará así con todo el derecho. Es la mesa a la que me traerán hoy mi última comida. Otra vez carne de ternera hervida con rábano picante y manzana y una salsa de puerro. Luego puedo tomarme un café solo, no, postre no, hoy voy a dejar el postre. Es la mesa en la que ocurre y más tarde ocurrirá, y así es antes de que a una la decapiten. Antes está permitido comer una vez. Mi cabeza rodará en el plato del restaurante Sacher, la sangre salpicará el blanquísimo mantel de damasco, mi cabeza ha caído y se les muestra a los comensales.

Hoy me detengo en la esquina de la Beatrixgasse con la Ungargasse y no puedo seguir. Miro mis pies, que ya no puedo mover, luego alrededor a la acera y al cruce, donde todo ha cambiado de color. Lo sé perfectamente, será en este importante lugar, de la coloración

parda sale ya algo húmedo, estoy en un charco de sangre, se ve claramente que es sangre, no puedo seguir parada aquí eternamente llevándome la mano a la nuca, no puedo ver lo que veo. Llamo con voz más baja y más alta: ¡Hola! ¡Por favor! ¡Hola! ¡Deténgase, por favor! Una señora con una bolsa de la compra, que ya ha pasado por delante de mí, se vuelve y me mira inquisitiva. Pregunto desesperada: Por favor, podría usted, por favor, tenga la bondad, quédese un momento conmigo, debo de haberme perdido, no sé cómo seguir, no conozco bien esto, por favor, ¿sabe usted dónde está la Ungargasse?

Porque la mujer podría saber dónde está la Ungargasse, dice: Está usted en la Ungargasse, ¿a qué número va? Señalo la esquina, hacia abajo, pero me confundo de lado, hacia la casa de Beethoven, donde Beethoven estoy a buen recaudo, y desde el número 5 miro hacia un portal que se me ha vuelto extraño, sobre el que está el número 6, veo a la señora Breitner delante del portal, ahora no quisiera encontrarme con la señora Breitner, pero la señora Breitner es un ser humano, estoy rodeada de seres humanos, no puede ocurrirme nada, y miro hacia la otra orilla, tengo que bajar de la acera y llegar a la otra orilla, el tranvía de la línea O pasa tocando la campanilla, es el tranvía de hoy, todo es igual que siempre, espero a que haya pasado y, temblando por el esfuerzo, saco la llave del bolso, me dispongo a cruzar, pongo también una sonrisa para que le llegue a la señora Breitner, he alcanzado la otra orilla, paso despacio ante la señora Breitner, para la que también será mi bello libro, la señora Breitner no me devuelve la sonrisa, pero en cualquier caso saluda, y ya estoy otra vez en casa. No he visto nada. He llegado a casa.

En casa me tumbo en el suelo, pienso en mi libro, se me ha perdido,

no hay un libro hermoso, ya no puedo escribir ese libro hermoso, hace mucho que he dejado de pensar en el libro, sin motivo, ya no se me ocurre ni una frase. Pero estaba muy segura de que el libro hermoso existía y de que yo lo iba a encontrar para Ivan. No llegará ningún día, los hombres nunca serán hombres, la poesía nunca será poesía, los hombres tendrán ojos negros, oscuros, de sus manos vendrá la destrucción, llegará la peste, será esa peste que está en todos, será esa peste que ha atacado a todos, que se los llevará, pronto, será el final.

La hermosura ya no brota de mi interior, habría podido hacerlo, me llegaba en oleadas procedentes de Ivan, que es hermoso, no he conocido a un solo individuo hermoso, aun con todo he visto la hermosura, al final incluso llegué a ser hermosa una vez gracias a Ivan.

¡Levántate!, dice Malina, que me encuentra en el suelo, y me lo dice en serio. ¿Qué dices de belleza? ¿Qué es lo que es hermoso? Pero no puedo levantarme, tengo la cabeza apoyada sobre *Los grandes filósofos,*[189] que son duros. Malina retira el libro y me levanta.

Yo: *(con affetto)* Voy a decírtelo de una vez. No, eres tú quien tiene que explicármelo. Si alguien es absolutamente hermoso y normal, ¿por qué solo él es el que pone la fantasía en movimiento? Nunca te lo he dicho, nunca he sido feliz, absolutamente nunca, solo en unos pocos momentos, pero al final he visto la hermosura. Preguntarás si eso es suficiente. Es suficiente por sí solo. He visto muchas otras cosas, nunca han sido suficientes. El espíritu no pone en movimiento otro espíritu, solo el espíritu de un mismo espíritu, disculpa, la hermosura para ti es lo de menos, pero es ella la que pone el espíritu en

movimiento. *Je suis tombée mal, je suis tombée bien.*[190]

MALINA: Deja ya de caerte. Ponte de pie. Distráete, sal, olvídate de mí, haz algo, ¡haz alguna cosa!

YO: *(dolcissimo)* ¿Hacer yo algo? ¿Abandonarte yo? ¿Dejarte yo?

MALINA: ¿He dicho algo de mí?

YO: Tú no, pero yo hablo de ti, yo pienso en ti. Me levanto para complacerte, voy a volver a comer, como solo para complacerte.

Malina querrá salir conmigo, querrá distraerme, me obligará, será algo obligado hasta el final. Cómo podré hacerle comprender algo de mis historias. Como es probable que Malina se cambie de ropa, yo también me cambio, así puedo continuar, escojo mi aspecto en el espejo y le sonrío como es debido. Pero Malina dice: (¿Dice algo Malina?), Malina dice: ¡Mátalo, ¡mátalo!

Yo digo algo. (Pero ¿de verdad que yo digo algo?). Digo: No puedo matarlo a él solo, a él solo no. A Malina le digo cortante: Te equivocas, él es mi vida, mi única alegría, no puedo matarlo.

Pero Malina dice con voz inaudible e imposible de no oír: ¡Mátalo!

Me distraigo y leo muy poco. Ya entrada la noche le cuento a Malina mientras el gramófono suena bajo:

En el Instituto de Psicología de la Liebiggasse solíamos tomar té o café. Allí conocí a un hombre que siempre taquigrafiaba lo que todos decían, y a veces también otras cosas. Yo no sé taquigrafía. De vez en cuando nos hacíamos unos a otros el test de Rorschach, el de Szondi, el TAT,[191] y hacíamos diagnósticos de personalidad, observaciones sobre el rendimiento y la conducta y reconocimientos de la expresión. En una ocasión me preguntó con cuántos hombres me había acostado y no recordé nada, excepto a aquel ladrón de

una sola pierna que estaba en la cárcel, y una lámpara llena de moscas en un hotelucho en Mariahilf, pero a lo tonto dije: ¡Con siete! Se rio sorprendido y dijo que entonces por supuesto que le gustaría casarse conmigo, que seguro que tendríamos unos hijos muy listos, también muy guapos, y que qué me parecía. Nos fuimos al Prater y yo quería subir a la noria, pues en aquella época yo nunca tenía miedo, aunque a menudo sí sensaciones de felicidad como después al volar sin motor y al esquiar, podía estar horas riéndome de pura felicidad. Luego, claro está, no volvimos a hablar de ello. Poco después tuve que defender mi tesis doctoral y la misma mañana de los tres exámenes orales se salieron todas las brasas de la estufa del Instituto de Filosofía, yo pisé algunos pedazos de carbón o de madera, corrí a buscar un recogedor y una escoba, pues las mujeres de la limpieza aún no habían llegado, ardían y expelían un humo terrible, yo no quería que estallara un incendio, empecé a pisar las ascuas, después estuvo varios días oliendo a quemado en el Instituto, los zapatos se me chamuscaron, pero no se quemó nada. También abrí todas las ventanas. A pesar de todo, llegué a tiempo al primer examen a las ocho de la mañana, tenía que estar allí con otro candidato, pero no vino, por la noche había tenido un derrame cerebral, yo me enteré justo antes de entrar a que me interrogaran sobre Leibniz, Kant y Hume. El anciano consejero áulico, que entonces también era rector, llevaba una bata sucia, poco antes había recibido una condecoración de Grecia, no sé por qué, y empezó a preguntar, muy enfadado, acerca de la ausencia de un candidato por fallecimiento, pero yo por lo menos me había presentado y aún no estaba muerta. Solo que la indignación le había hecho olvidar el tema que se había convenido y, entretanto, alguien llamó por teléfono, creo que su hermana, estábamos ya con los neokantianos, luego volvimos a los deístas ingleses, pero todavía

estábamos muy lejos del propio Kant, y yo no sabía mucho. Después de la llamada la cosa mejoró, yo fui directa a hablar de lo acordado y él no lo notó. Le hice una pregunta respetuosa concerniente al problema del tiempo y el espacio, una pregunta que, lo reconozco, para mí aún carecía de importancia, pero a él le halagó mucho que le hiciera una pregunta y entonces me despidió. Regresé corriendo a nuestro Instituto, no ardía y fui a los dos exámenes siguientes. Los aprobé todos. Pero después nunca he logrado resolver el problema del espacio y el tiempo. Siguió creciendo y creciendo.

MALINA: ¿Por qué te acuerdas de eso? Pensaba que aquella época no tenía importancia para ti.

YO: No tenía importancia el examen, pero una vez hubo pasado, no deja de ser un examen, la palabra lo dice todo, y al otro lo fulminó un derrame cerebral, a los veintitrés años, tuve que hacer a pie el camino del Instituto a la Universitätsstrasse, bordeando todo el muro lateral de la universidad, también crucé la calle porque en el café Bastei me estaban esperando Eleonore y Alexander Fleisser, debía de estar a punto de desmayarme, con el rostro abatido, ya me habían visto por la ventana antes de que yo los viera. Cuando llegué a la mesa, ninguno dijo nada, pensaron que no había aprobado el examen, de hecho solo lo aprobé en cierto sentido, luego me pusieron un café y yo dije, mirando sus caras estupefactas, que había sido muy fácil, cosa de niños. Se pasaron un rato interrogándome, luego al final lo creyeron, yo pensaba en las brasas, en la posibilidad del incendio, pero no me acuerdo, no me acuerdo en detalle… Seguro que no lo celebramos. Poco tiempo después tuve que poner dos dedos sobre una vara y decir una palabra en latín. Lily me había prestado un vestido negro, demasiado corto, en el

Auditorium Maximun estábamos en fila algunos chicos y yo, entonces escuché mi voz firme y bien alta, las otras voces apenas se oían. Pero no me asusté de mí y luego volví a hablar bajo.

YO: *(lamentandosi)* Cuánto he aprendido, he vivido, en todos estos años, entre tantos sacrificios, ¡y piensa en todo lo que me he esforzado!

MALINA: Nada, por supuesto. Has aprendido lo que ya estaba en tu interior, lo que tú ya sabías. ¿Te parece poco?

YO: A lo mejor tienes razón. Ahora a veces pienso que estoy volviendo sin más a tenerme como era antes. Me gusta demasiado pensar en la época en la que lo tenía todo, en la que la alegría era la alegría correcta, en la que era seria en el buen sentido de la seriedad. *(quasi glissando)* Luego todo se estropeó, se dañó, se utilizó, se gastó y al final se destruyó. *(moderato)* Poco a poco he mejorado, he completado lo que siempre me seguía faltando y ahora me veo sanada. Así que ahora casi vuelvo a ser como era. *(sotto voce)* Pero ¿para qué ha servido el camino?

MALINA: El camino no sirve para nada, está ahí para todos, aunque no todos tienen que seguirlo. Pero un día deberíamos poder alternar entre el yo reencontrado y uno futuro, que no puede ser ya el viejo yo. Sin esfuerzo, sin enfermedad, sin compasión.

YO: *(tempo giusto)* Yo ya no me compadezco.

MALINA: Esto al menos me lo esperaba, ya es un resultado seguro. ¿Quién tendría ganas de llorar por ti, por nosotros?

YO: Pero llorar por los demás, ¿por qué hace uno eso?

MALINA: Eso también debería acabarse, porque los demás merecen que se llore por ellos tan poco como tú mereces que yo llore por ti. ¿De qué te habría servido si entonces alguien en Tombuctú o

en Adelaide hubiera llorado por una niña de Klagenfurt, que había sido enterrada, que había sido dejada en el suelo bajo unos árboles del paseo del lago durante un bombardeo aéreo y luego tuvo que ver a su alrededor a los primeros muertos y heridos? Así que no llores por los demás, tienen bastante que hacer con defender su pellejo o superar las horas previas a su asesinato. No necesitan lágrimas *made in Austria*. Además se llora después, en plena paz, así denominaste tú una vez aquella época, en un cómodo sillón, cuando no se oyen disparos y cuando no hay incendios. También se pasa hambre en otros momentos, en la calle, entre los transeúntes bien alimentados. En el cine, durante un absurdo pase de terror, se tiene miedo por primera vez. No se tiene frío en invierno, sino un día de verano en el mar. ¿Dónde fue? ¿Dónde has pasado más frío? Fue en el mar un hermoso día de octubre, extrañamente cálido. Así que para los demás puedes estar sosegado o estar siempre desasosegado. No vas a cambiar nada.

Yo: *(più mosso)* Pero si no se pudiera hacer nada, no mediar en nada, pese a ello, ¿qué es lo que hay que hacer? Porque sería inhumano no hacer nada.

Malina: Llevar sosiego al desasosiego. Desasosiego al sosiego.

Yo: *(dolente, molto mosso)* ¿Cuándo llegará el momento en el que pueda lograrlo, en el que pueda y no pueda hacer nada al mismo tiempo? ¿Cuándo llegará el momento en el que encuentre el tiempo para ello? ¿Cuándo será el momento de no hacer distinciones falsas, de temer y sufrir equivocadamente, de sumirse en cavilaciones sin sentido, de pensar siempre sin sentido? *(una corda)* Quiero salir poco a poco de mis cavilaciones. *(tutte le corde)* ¿Es así?

Malina: Si tú lo quieres.

Yo: ¿Quieres que no te haga más preguntas?

Malina: Eso también es una pregunta.

Yo: *(tempo giusto)* Ve a trabajar hasta la hora de cenar, luego te llamo. No, no voy a guisar nada, ¿para qué voy a perder el tiempo? Quiero salir, es decir, caminar un poco, hasta alguna tabernilla, a algún sitio donde haya ruido, donde se coma y se beba, para que pueda volver a imaginarme el mundo. Al Alter Heller.

Malina: Cuenta conmigo.

Yo: *(forte)* Sí que cuento contigo. También contigo.

Malina: ¡Esperémoslo, amor mío!

Yo: Al final acabaré disponiendo de todo.

Malina: Eso es megalomanía. Así solo vas de delirio en delirio.

Yo: *(senza licenza)* No. Parecer es no parecer, en caso de que todo siga como tú me lo pintas. Entonces ya no será el delirio creciente, sino un delirio menguante.

Malina: No. Vas creciendo en conjunto y si dejaras de considerarlo, si ya no lo sopesaras, entonces podrías crecer aún más, cada vez más y más.

Yo: *(tempo)* ¿Crecer por dónde, si ya no hay fuerzas?

Malina: Se crece en terror.

Yo: Así que te aterrorizo.

Malina: A mí no, pero a ti sí. La verdad genera este terror. Pero podrás verte. Apenas te verás implicada en ello, en esto ya no.

Yo: *(abbandonandosi)* ¿Por qué en esto ya no? ¡No, no te entiendo! Pero entonces ya no entiendo nada de nada… ¡Yo misma tendría que quitarme de en medio!

Malina: Porque solo puedes serte útil haciéndote daño. Es el principio y el fin de todas las luchas. Tú ya te has hecho bastante daño. Te será muy útil. Pero no como tú lo piensas.

Yo: *(tutto il clavicembalo)* ¡Ah! Quieres decir que soy otra, ¡que voy a ser otra completamente distinta!

Malina: No. Qué absurdo. Tú eres sin duda tú, eso no puedes cambiarlo ya. Pero un yo está detenido, y un yo actúa. Pero tú ya no vas a actuar más.

Yo: *(diminuendo)* Nunca me ha gustado actuar.

Malina: Pero has actuado. Y has dejado que actúen contigo y te manipulen, incluso que negocien contigo.

Yo: *(non troppo vivo)* Yo tampoco quería eso. Ni siquiera he actuado contra mis enemigos.

Malina: Ninguno de tus enemigos te ha visto nunca, eso no debes olvidarlo, y tú nunca has visto a uno de ellos.

Yo: No lo creo. *(vivacissimamente)* He visto a uno, él también me ha visto a mí, aunque no siempre como es debido.

Malina: ¡Qué molestia más rara! ¿También quieres que te vean como es debido? ¿Tus amigos tal vez?

Yo: *(presto, agitato)* Déjalo ya, ¿quién ha pensado en algo así?, no se tienen amigos, de pasada quizá, ¡por momentos sí! *(con fuoco)* Pero se tienen enemigos.

Malina: A lo mejor ni quiera eso…, ni siquiera eso.

Yo: *(tempo)* Sí, lo sé.

Malina: Eso no excluye que tengas al enemigo a la vista.

Yo: Entonces tendrías que ser tú. Pero no lo eres.

Malina: No debes seguir luchando. ¿Luchar contra qué? Ahora no deberías avanzar ni retroceder, sino aprender a luchar de otra forma. Es la única forma de lucha que te está permitida.

Yo: Pero si yo sé cómo. Al final devolveré el golpe, porque voy ganando terreno. He ganado mucho terreno a lo largo de estos años.

Malina: ¿Y eso te alegra?

Yo: *(con sordina)* ¿Cómo dices?

Malina: ¡Qué manera tan delicada de escamotearte siempre con preguntas! Tienes que quedarte en tu sitio. Tiene que ser tu sitio. No debes avanzar ni retroceder. Entonces vencerás, en ese sitio, en el único al que perteneces.

Yo: *(con brio)* ¡Vencer! ¿Quién habla aquí de vencer cuando se ha perdido la señal con la que era posible vencer?

Malina: Aún se trata de vencer. Lo lograrás sin ninguna artimaña y sin violencia. Pero tampoco vas va vencer sin tu yo, sino…

Yo: *(allegro)* Sino… ¿lo ves?

Malina: No lo harás con tu yo.

Yo: *(forte)* ¿Qué es peor en mi yo que en los otros?

Malina: Nada. Todo. Porque solo puedes hacer cosas vanas. Eso es lo imperdonable.

Yo: *(piano)* Aunque sea lo imperdonable, quiero seguir perdiéndome en detalles, equivocándome de camino, confundiéndome.

Malina: Lo que tú quieres ya no cuenta. En el sitio exacto ya no tienes nada que querer. Serás tan tú que podrás renunciar a tu yo. Será el primer sitio en el que alguien haya sanado el mundo.

Yo: ¿Tengo que empezar con eso?

Malina: Tienes que empezar con todo, por eso también tienes que empezar con eso. Y terminarás con todo.

Yo: *(pensieroso)* ¿Yo?

Malina: ¿Aún te gusta llevarte a la boca ese yo? ¿Lo sigues considerando? ¡Sopésalo!

Yo: *(tempo giusto)* Pero es ahora cuando estoy empezando a amarlo.

Malina: ¿Cuánto crees que podrás amarlo?

Yo: *(appassionato e con molto sentimento)* Mucho. Sencillamente demasiado. ¡Lo amaré como a mi prójimo, como a ti!

Hoy voy por la Ungargasse pensando en mudarme, va a quedarse un piso libre en Heiligenstadt, allí alguien se va a marchar, amigos de amigos, no es que el piso sea muy grande, y cómo se lo voy a decir a Malina, a quien ya en una ocasión quise sugerirle un piso más grande por todos los libros que tiene. Pero nunca se marchará del distrito III. Una única lágrima se forma en el rabillo de un solo ojo, pero no llega a rodar, se cristaliza en el aire frío, se vuelve cada vez más y más grande, una segunda esfera gigantesca que no querría dar vueltas con el mundo, sino desprenderse del mundo y precipitarse al espacio infinito.

Ivan ya no es Ivan, lo observo como a un especialista que estudia una radiografía, veo su esqueleto, manchas en el pulmón debidas al tabaco, a él en persona no lo veo. ¿Quién me va a devolver a Ivan? ¿Por qué de repente deja que lo mire así? Me gustaría derrumbarme sobre la mesa mientras pide la cuenta o caerme bajo la mesa y arrastrar conmigo el mantel, con todos los platos y vasos y cubiertos, también con la sal, aunque soy muy supersticiosa. No me hagas esto, diré, no hagas esto conmigo, o me moriré.

Ayer fui a bailar, al bar Eden.

Ivan me escucha, pero ¿me escucha de verdad?, debería escuchar que digo que fui a bailar, quería destruir algo porque al final solo bailé con un joven repelente, y lo miraba como nunca he mirado a Ivan, mientras él bailaba cada vez con más desenfreno y mejor y daba palmadas o chasqueaba los dedos. Digo a Ivan: Estoy tremendamente cansada, he estado demasiado tiempo de pie, no aguanto más.

Pero ¿me escucha Ivan?

Ivan me pregunta de paso, porque ya llevamos mucho tiempo sin vernos, si no me gustaría ir con ellos al Burgkino, ponen *Micky*

Mouse de Walt Disney. Por desgracia no tengo tiempo porque ahora no me gustaría volver a ver a los niños, sobre todo a los niños no, a Ivan siempre, pero no a los niños, que luego me quitará. No puedo ver más a Béla y a András. Que les salgan las muelas del juicio solos. Yo ya no estaré presente cuando se las saquen.

Malina me susurra en mi interior: Mátalos, mátalos.

Pero en mi interior todo susurra con más fuerza: A Ivan y a los niños nunca, son inseparables, no puedo matarlos. Si las cosas suceden como van a suceder, entonces Ivan, si toca a algún otro, ya no será Ivan. Al menos yo no he tocado a nadie.

Digo: Ivan.

Ivan dice: ¡La cuenta, por favor!

Debe de ser un error, sí que es Ivan, solo que mi mirada pasa de largo por él, al mantel, al salero, me quedo mirando el tenedor, podría sacarme los ojos, miro hacia la ventana por encima de sus hombros y le doy respuestas negligentes.

Ivan dice: Estás lívida, ¿acaso te encuentras mal?

Solo un poco trasnochada, debería irme de vacaciones, unos amigos míos van a ir a Kitzbühel, Alexander y Martin van a St. Anton, de lo contrario no me recuperaré nunca más, los inviernos son cada vez más largos, ¡quién soporta estos inviernos!

Así que Ivan piensa que de verdad es invierno, porque me aconseja vivamente que me vaya pronto. Yo simplemente ya no lo veo, veo otra cosa, a su lado hay una sombra, Ivan ríe y habla con una sombra, es mucho más divertido, más alegre, nunca ha estado tan terriblemente divertido conmigo y yo digo que Martin o Fritz seguro, pero que yo aún tengo tantísimo que hacer, que no, que no lo sé. Ya hablaremos por teléfono.

¿Pensará Ivan también que las cosas antes no eran así o solo me parece a mí que antes todo era distinto a hoy? En mi garganta hay

una risa loca, pero como me temo que luego no podría dejar de reírme, no digo nada y me pongo cada vez más melancólica. Después del café me quedo muda, fumo.

Ivan dice: Hoy estás muy sosa.

Yo pregunto: ¿Sí?, ¿sí?, ¿he estado siempre así?

Frente al portal me quedo sentada en el coche, dudando, y propongo que hablemos por teléfono ocasionalmente. Ivan me contradice, no dice estás loca, ni qué estás diciendo ni qué es lo que significa ocasionalmente. Le parece natural que hablemos por teléfono ocasionalmente. Si no bajo enseguida, aunque ya estoy bajando, dará su aprobación, pero yo ahora cierro la puerta y grito: ¡Estos días tengo muchísimo que hacer!

Ya no duermo nunca, solo a última hora de la mañana. ¿Quién querría dormir en un bosque nocturno lleno de interrogantes? Me paso la noche despierta y pienso, con las manos cruzadas detrás de la nuca, en lo feliz que era, feliz, y me he prometido que nunca más me quejaré, no acusaré a nadie, solo por haber podido ser feliz una sola vez. Pero ahora quiero prolongar esa felicidad, lo quiero como cualquiera que la haya sentido, esa dicha que se despide, que ha tenido su momento. Ya no soy feliz. Es la hermosa mañana del espíritu, que nunca llega… Solo que de ningún modo era mi mañana, era el hermoso hoy de mi espíritu, de mi espera entre las seis y las siete después de la oficina, de mi espera hasta pasada la media noche delante de un teléfono, y hoy no puede haber pasado. No puede ser verdad.

Malina me mira desde la puerta. ¿Estás aún despierta?

Casualmente estoy despierta, tengo que reflexionar sobre algo, es terrible.

Malina dice: Bueno, ¿y por qué es terrible?

Yo: *(con fuoco)* Es horrible, lo horrible aún no está contenido en una palabra, es demasiado horrible.

Malina: ¿Es eso todo lo que te mantiene despierta? (¡Mátalo!, ¡mátalo!).

Yo: *(sotto voce)* Sí, eso es todo.

Malina: ¿Y qué piensas hacer?

Yo: *(forte, forte, fortissimo)* Nada.

Por la mañana temprano estoy hundida en la mecedora, miro fijamente la pared, que tiene una grieta, debe de ser una grieta antigua que ahora se va abriendo ligeramente, porque no dejo de mirarla. Es tan tarde que ya podría llamar ocasionalmente y levanto el auricular y me dispongo a decir: ¿Estás durmiendo? Pero recuerdo a tiempo que tendría que preguntar si ya estás despierto. Aunque hoy me cuesta demasiado decir buenos días y cuelgo el auricular suavemente, tengo ese olor con tal claridad por todo mi rostro que creo que ahora estoy enterrada en la axila de Ivan en el olor que para mí se llama olor a canela y que no me mantiene ni dormida ni despierta porque era el único olor imprescindible para respirar. La pared no cede, no quiere ceder, pero yo la forzaré para que la pared se abra donde está la grieta. Si Ivan no me llama enseguida, si no me llama nunca más, si no llama hasta el lunes, ¿qué haré entonces? No ha sido una fórmula lo que ha movido el sol y el resto de las estrellas, yo sola he sido capaz de moverlos mientras Ivan estaba cerca, no solo para mí, no solo para él, también para los demás, y tengo que contar, contaré, que pronto ya no habrá nada que perturbe mis recuerdos. Solo la historia de Ivan conmigo, como no tenemos ninguna, nunca habrá que contarla, por eso no habrá amor noventa y nueve veces ni revelaciones sensacionales desde los dormitorios austrohúngaros.

No entiendo a Malina, que ahora está desayunando tan tranquilo antes de salir de casa. Nunca nos entenderemos, somos como el día y la noche, es inhumano con sus insinuaciones, su silencio y con sus preguntas sosegadas. Porque si Ivan no hubiera de pertenecerme como yo le pertenezco a él, entonces existiría en una vida corriente, y por ella se convertirá en corriente, ya no será elogiado, pero es probable que Ivan no quiera otra cosa que su vida sencilla, y yo le haya complicado un pedazo de vida con mis miradas mudas, con mi manifiesta incapacidad para el juego, con mis confesiones hechas de fragmentos de palabras.

Ivan dice sonriendo, pero solo una vez: No puedo respirar allí donde tú me colocas, por favor, no tan arriba, no lleves a nadie más a ese espacio de aire tan escaso, te lo aconsejo, ¡apréndelo para después! No he dicho: Pero ¿a quién después de a ti?, pero ¿no pensarás que después de ti…?, prefiero aprenderlo todo para ti. Para nadie más.

Malina y yo estamos invitados a casa de los Gebauer, pero ya no hablamos con los otros que andan por el salón bebiendo y discutiendo acaloradamente, sino que de repente nos encontramos solos en la habitación, en la que está el Bechstein, el piano de cola en el que Barbara practica cuando no estamos. Recuerdo lo que Malina tocó para mí aquella primera vez, antes de que empezáramos a hablarnos de verdad, y quisiera pedirle que volviera a hacerlo para mí. Pero entonces voy yo misma al piano y empiezo a buscar, de pie, torpemente, unos cuantos sonidos.



Malina no se mueve, al menos hace como si estuviera mirando los cuadros, un retrato de Kokoschka, que supuestamente representa a la abuela de Barbara, unos dibujos de Swoboda, dos pequeñas esculturas de Wantschura, que hace ya mucho que conoce.



Ahora Malina se gira, viene hacia mí, me aparta y se sienta en el taburete. Vuelvo a ponerme detrás de él, como entonces. Toca de verdad y medio habla y medio canta y para que lo oiga solo yo:



Nos hemos despedido rápidamente y vamos a casa a pie y en plena oscuridad incluso atravesando el Stadtpark, por el que revolotean las lóbregas mariposas negras y los acordes resuenan con más fuerza bajo la luna enferma, en el parque hay otra vez ese vino que se bebe con los ojos, otra vez el nenúfar que sirve de barca, otra vez la nostalgia y una parodia, una infamia y la serenata de antes de llegar a casa.[192]

Tras el largo baño caliente de por la mañana temprano me doy cuenta de que mis armarios están vacíos, incluso en el cajón no hay

más que unos pantis y un sujetador. De una percha cuelga solitario un vestido, es el último vestido que me regaló Malina y que nunca me pongo, es negro con rayas transversales de colores en la parte de arriba. En el cajón, en una funda de plástico, hay otro vestido negro, es negro por arriba, con rayas verticales de colores abajo, es un vestido viejo, con el que Ivan me vio por primera vez. No he vuelto a ponérmelo y lo he guardado como una reliquia. ¿Qué es lo que ha pasado en casa? ¿Qué es lo que ha hecho Lina con todos mis vestidos y mi ropa interior? Tanto no había que llevar a la lavandería o a la tintorería. Voy de un lado a otro pensativa, con el vestido en la mano, y siento frío. Antes de que Malina salga de casa, digo: Por favor, mira aquí un momento, ha ocurrido algo increíble.

Malina entra con una taza de té en la mano, tiene que darse prisa, bebe el té a sorbitos y pregunta: ¿Qué pasa? Delante de él me meto el vestido por la cabeza respirando demasiado deprisa, quedándome sin aliento, apenas puedo hablar ya. Es este vestido, solo puede ser por este vestido, de repente sé por qué nunca he podido ponérmelo. ¿Es que no ves que tengo mucho calor con este vestido?, se derrite una en él, debe de ser una lana demasiado cálida, ¡y aquí no hay más vestidos! Malina dice: Me parece que te queda muy bien, te ves muy bien con él, si verdaderamente quieres escuchar mi opinión, te queda extraordinariamente bien.

Malina ya se ha tomado el té y aún le oigo andar, dar los pasos de costumbre, coger la gabardina, las llaves, algunos libros y papeles. Vuelvo al cuarto de baño y miro al espejo, el vestido cruje y me enrojece la piel hasta las muñecas, es horrible, es demasiado horrible, debe de haber algún hilo infernal tejido en ese vestido. Es una túnica de Neso,[193] no sé qué hay en ese vestido. Nunca he querido ponérmelo, debo de haber sabido por qué.

¿Y cuánto tiempo llevo ya viviendo con un teléfono muerto? No

hay vestido nuevo que me consuele de esto. Cuando el aparato chilla, suena, a veces me levanto aún con una absurda esperanza, pero entonces digo ¡dígame! con una voz cambiada, más profunda, porque al otro extremo siempre hay alguien con quien justamente no quiero o no puedo hablar. Después me acuesto y quisiera estar muerta. Pero el teléfono suena hoy, el vestido me desuella la piel, voy al teléfono angustiada, no disimulo la voz, pero qué bien que no la he disimulado, porque el teléfono vive. Es Ivan, no podía ser nadie más, al final tenía que ser Ivan. Después de una frase Ivan ya ha vuelto a reanimarme, me ha levantado, ha calmado mi piel, acepto agradecida, digo sí. Sí, he dicho sí.

Para esta tarde tengo que librarme de Malina, le pondré un pretexto, al fin y al cabo él tiene obligaciones, no puede decir siempre que no, ha prometido a Kurt ir una de estas noches, a Kurt hoy le alegraría especialmente, quiere enseñarle sus nuevos dibujos, y los Wantschura van a ir a casa de Kurt, solo por eso debería ir sin falta, porque si Wantschura bebe, entonces la cosa no será tan fácil y sin él, sin Malina, volverán a surgir de nuevo todos los viejos conflictos. A cambio le prometo a Malina ir con él a casa de los Jordan una de estas tardes, porque no podemos seguir diciendo que no, a casa de Leo Jordan hay que ir al menos dos veces al año. Malina no pone ninguna pega, enseguida se da cuenta de que hoy tendrá que pasar la noche en casa de Swoboda. Siempre tengo razón. Si yo no pensara en ello, a Malina simplemente se le habría olvidado. Está verdaderamente contento de tenerme, jamás sale de casa sin una mirada de agradecimiento, y yo le digo de la manera más tierna posible: Disculpa lo del vestido, hoy tengo muchas ganas de ponerme el vestido, ¡debe de apetecerme mucho! ¿Cómo es que siempre aciertas?, ¿cómo es que sabes la talla?, ¡miles de gracias

por el vestido!

Me quedo leyendo un libro hasta las ocho. Porque la cena está preparada, estoy maquillada y peinada. «Es inútil querer fingir indiferencia a la vista de unas investigaciones, cuyo objeto no puede ser indiferente a la naturaleza humana».[194]
Después me veo envuelta en la enconada lucha contra las ideas innatas. Yo también cavilo, porque ya no tengo todos los libros, acerca de si el sentido moral es de Hutcheson[195] o de Shaftesbury, pero no tengo sentido de la orientación, sí en cambio un *summa cum laude*,[196] aunque siempre parece como si hubiera suspendido. La palatalidad del lenguaje. Todavía me sé las palabras, que se me oxidan desde hace muchos años en la lengua, y yo me sé muy bien las palabras que todos los días se me deshacen en la lengua o que apenas logro tragar, apenas proferir. Tampoco eran en realidad las cosas que, con el tiempo, cada vez he podido ver o comprar menos, eran las palabras para nombrarlas, y que yo no podía oír. Doscientos gramos de carne de ternera. ¿Cómo pronunciar algo así? No es que me importen especialmente las vacas. Pero también: uvas, medio kilo. Leche fresca. Un cinturón de cuero. Todo de cuero. Una moneda, un chelín, por ejemplo, no desencadena tampoco los problemas de la circulación monetaria, de una devaluación o de las reservas de oro, sino que de repente tengo un chelín en la boca, ligero, frío, redondo, un molesto chelín que hay que escupir.

Ivan sigue en la cama, con una expresión que jamás había visto en su rostro. Se está esforzando en pensar, parece no tener prisa, de repente tiene tiempo para quedarse aquí tranquilamente tumbado, y yo me inclino sobre él, los brazos cruzados sobre el pecho, pero luego me meto en mí misma, para que Ivan pueda decir: Hoy tengo que hablar contigo sin falta.

Luego vuelve a guardar silencio. Me llevo las manos a la cara para no molestarlo, porque tiene que hablar conmigo.

Ivan empieza: Tengo que hablar contigo. ¿Te acuerdas?, una vez te dije que, pese a todo, no te diría ciertas cosas. Pero si yo…, ¿qué harías si yo?

¿Si tú?, pregunto. Apenas puede oírse.

¿Y si tú?, repito.

Ivan dice: Creo que debo decírtelo ahora.

Yo no pregunto: ¿Qué es lo que tienes que decirme? Porque, de lo contrario, podría seguir hablando. Pero incluso si yo sigo en silencio, él podría preguntar: Entonces, ¿tú qué…?

Como el silencio no puede durar mucho, muevo la cabeza y me recuesto a su lado, le acaricio la cara dulcemente, sin interrupción, para que deje de esforzarse tanto en pensar, y para que no encuentre las palabras para el final.

¿Significa eso que tú…?, ¿qué sabes tú?

Vuelvo a mover la cabeza, no significa absolutamente nada, tampoco sé nada, y si lo supiera o él me lo dijera, no habría respuesta alguna, no aquí y no ahora y nunca más en la Tierra. Mientras yo viva, no habrá una respuesta. En alguna ocasión tendrá que dejar de estar tumbado en silencio, tengo que ir a buscar un cigarrillo para él y otro para mí, tengo que encender ambos y podemos volver a fumar, porque Ivan tiene que acabar yéndose. No puedo ver cómo evita mirarme, miro a la pared y busco algo en la pared. No debería alguien tardar tanto en vestirse, podría ser que no lo sobreviva y mientras Ivan, tal vez esforzándose aún, no sabe cómo irse, con qué palabra, apago rápidamente la luz y encuentra cómo salir porque está encendida la luz del pasillo. Oigo cerrarse la puerta a espaldas de Ivan.

El ruido de costumbre me asusta, Malina abre la puerta. Se detiene un momento ante la puerta de mi dormitorio, y como me gustaría decirle algo amable, además de saber si he perdido la voz, digo: Acabo de acostarme, he estado a punto de quedarme dormida, seguro que tú también estás cansado, vete a dormir.

Pero Malina sale de su habitación al cabo de un rato y viene a verme a través de la oscuridad. Enciende la luz y yo vuelvo a asustarme, coge el tubito de los somníferos y los cuenta. Son mis somníferos, me pongo furiosa, pero no digo nada, no digo absolutamente nada.

Malina dice: Ya te has tomado tres, creo que ya es suficiente.

Empezamos a discutir, veo venir que nos vamos a separar. Ahora va a ser inevitable que nos separemos.

Yo digo: No, solo uno y medio, ya ves que uno está partido por la mitad.

Malina dice: Los he contado esta mañana, faltan tres.

Yo digo: Serán como mucho dos y medio, y medio no cuenta.

Malina coge las pastillas, se las mete en el bolsillo de la chaqueta y sale de la habitación.

Buenas noches.

Me levanto de la cama de un salto, sin hablar, desvalida, ha cerrado de un portazo, no puedo soportar que se cierre una puerta con un portazo, que cuente las pastillas, esta mañana no le he pedido que las mirara, cierto que precisamente hoy pudiera ser que le hubiera pedido que me las contase estos días, porque yo no soy capaz de recordarlo. Pero cómo puede atreverse Malina a contarme ahora esas pastillas, él no sabe lo que ha ocurrido y de repente grito, abriendo la puerta de par en par: ¡Pero si es que no sabes nada!

Él abre su puerta y pregunta: ¿Has dicho algo?

Le ruego a Malina: ¡Dame otra, de verdad que la necesito!
Malina dice en tono definitivo: No te doy más. Vamos a dormir.

¿Desde cuándo me trata así Malina? ¿Qué es lo que quiere? Que beba agua y vaya de un lado a otro, que haga té y vaya de un lado para otro, que beba *whisky* y vaya de un lado para otro, pero no hay ni una botella de *whisky* en toda la casa. Un día me pedirá que no llame más por teléfono y que no vuelva a ver a Ivan, pero eso no lo conseguirá jamás. Vuelvo a acostarme y vuelvo a levantarme y pienso. Sin hacer ruido voy a la habitación de Malina, busco su chaqueta a oscuras, meto la mano en todos los bolsillos, pero no encuentro las pastillas, palpo cada uno de los objetos de su cuarto y luego por fin doy con ellas, sobre una pila de libros, y hago que del tubito dos se deslicen a mi mano, una para ahora y otra para entrada la noche, por precaución, y también consigo volver a cerrar la puerta tan suavemente que es imposible que pueda oírme. Las dos tabletas están a mi lado en la mesilla, la luz está encendida, no las tomo, son demasiado pocas, y he entrado en la habitación de Malina y lo he engañado, él lo sabrá pronto. Pero lo he hecho solo para estar más tranquila, por ningún otro motivo. Pronto lo sabremos todo. Porque esto no puede seguir mucho tiempo así. Llegará un día. Llegará un día en el que solo habrá la voz seca y serena de Malina, pero ninguna de mis palabras bonitas, pronunciadas con gran emoción. Malina se preocupa demasiado. Por Ivan, para que no le pase nada a Ivan, para que a Ivan no le golpee nada, ni la sombra de una duda, porque Ivan no es culpable de nada, yo no me tomaría las cuarenta tabletas, pero cómo le digo a Malina que solo quiero estar tranquila, que no me haré ningún daño para no hacerle nada a Ivan. Solo tengo que estar más tranquila, pues no se ha dicho que Ivan no vaya a volver a llamar en alguna

ocasión.

Excelencia, Generalísimo, Malina *Esq.*, tengo que volver a preguntarte algo. ¿Existe un legado? ¿A qué te refieres con un legado? ¿Qué quieres decir con eso?

Quisiera guardar el secreto postal. Pero también quisiera dejar algo. ¿No quieres entenderme a propósito?

Como Malina está durmiendo, me pongo a escribir. Hace ya mucho que la señorita Jellinek se casó, ya nadie puede escribir, clasificar ni archivar cartas en mi lugar.

Estimado señor Richter:

Ha tenido usted la amabilidad de asesorarme en algunas cuestiones jurídicas absolutamente irrelevantes para mí. Pienso ante todo en el asunto B. Naturalmente para mí no tiene importancia. Pero como usted es jurista, y ya entonces podía dirigirme a usted con toda confianza y usted, sin presentarme una factura, me ayudó tan generosamente, y hoy aquí, en Viena, no puedo consultar a nadie, me gustaría preguntarle cómo se hace un testamento. Tengo que poner en orden algunas cosas, siempre he vivido en el mayor de los desórdenes, pero ya ha llegado el momento de que también yo me llame al orden. Cree usted que basta, por ejemplo, con escribirlo a mano o tengo que quedar con usted o que yo…

Querido doctor Richter:

Le escribo con mucha preocupación y sumo temor, porque… le escribo con mucha preocupación, quisiera poner algunas cosas en orden, no afectan a muchas cuestiones, solo a mis papeles, unos pocos objetos a los que, en cualquier caso, me siento muy ligada, y no me gustaría que esos objetos fueran a parar a manos extrañas.

Por desgracia no sé qué hacer, pero sí puedo decirle que lo he pensado todo con mucho detalle. Como no tengo parientes, deseo (¿es válido así?) que un dado de cristal azul, en especial una tacita de café con un ribete verde y un antiguo amuleto chino, que no representa más que el cielo, la tierra y la luna, queden para siempre en poder de una persona. Ahora diré el nombre. Mis papeles, en cambio, y hasta ese punto debería usted mismo conocer lo insostenible de mi situación… Llevo varios días sin comer nada, ya no puedo comer, no puedo dormir, tampoco se trata de dinero, porque no me queda nada, estoy totalmente aislada en Viena, separada del resto del mundo, en el que se gana dinero y se come, y como para usted tal vez mi situación…

Estimado y querido doctor Richter:

Nadie mejor que usted sabrá que, por diversas circunstancias, me veo obligada a hacer testamento. En cualquier caso, los testamentos, los cementerios y las últimas voluntades desde siempre han suscitado en mí el mayor de los horrores, seguro que nadie necesita un testamento. Aun con todo me dirijo hoy a usted, porque usted, como jurista, tal vez sea capaz de comprender mi situación nada clara, mi situación quizá también imposible de aclarar, y ponerla en un estado de orden que yo anhelo fervientemente. Todas mis cosas personales, las más privadas, deben ser entregadas a alguien, anoto el nombre en una hoja aparte. Se me plantea otra cuestión relacionada con los papeles. No son papeles en blanco, no obstante son papeles sin valor, nunca he poseído valores. A pesar de todo es muy importante para mí que mis papeles solo puedan ser entregados al señor Malina, al que usted, por lo que recuerdo, vio en una ocasión durante su breve estancia en Viena. Pero ya no me acuerdo muy bien, puede que me equivoque, en cualquier caso, por

si se presentara un caso extremo, le doy ese nombre…

Querido doctor Richter:

Le escribo hoy con mucha preocupación y sumo temor, soy absolutamente incapaz de concebir siquiera una sola idea clara, aunque ¿quién ha tenido jamás una sola idea clara? Mi situación se ha vuelto absolutamente insostenible, quizá nunca haya sido sostenible. Pero en último lugar debe decirse: No ha sido el señor Malina, tampoco ha sido Ivan, un nombre que a usted no le dice nada. Ya le explicaré más tarde hasta qué punto tiene que ver con mi vida. Lo que suceda con mis objetos más personales hoy ya no tiene ningún significado para mí.

Apreciado y querido señor Richter:

Tal vez sea pedirle demasiado, pero le escribo con mucha preocupación y sumo temor. ¿Podría usted, usted, un jurista con tan amplios conocimientos de derecho, aconsejarme cómo hacer un testamento válido? Yo por desgracia no lo sé, pero por diversos motivos me veo obligada…

Por favor, respóndame de inmediato, ¡si fuera posible inmediatamente después de recibir mi carta!

Viena, a…

Es el día libre de Malina, habría preferido pasar el día sola, pero no hay forma de convencer a Malina para que salga de casa, aunque hay algo hostil entre nosotros. La cosa empieza con que él está disgustado y tiene hambre, cenamos antes que de costumbre, enciendo el candelabro, que por lo general solo alumbra para Ivan. Me parece que la mesa está bien puesta, pero solo hay fiambre y, por desgracia, se me ha olvidado el pan. Cierto que Malina no dice nada, pero yo sé lo que piensa.

Yo: ¿Desde cuándo tenemos una grieta en la pared?

Malina: No me acuerdo, debe de llevar ahí ya tiempo.

Yo: ¿Desde cuándo tenemos sombras oscuras sobre la calefacción central?

Malina: Algo tendremos que tener en la pared si ya no colgamos cuadros.

Yo: Yo necesito paredes blancas, paredes sin daños, de lo contrario me veo viviendo en la última sala de Goya. Piensa en la cabeza de perro emergiendo de las profundidades, todas esas sombrías maquinaciones en la pared de su último periodo. Nunca deberías haberme mostrado aquella sala en Madrid.[197]

Malina: Pero si nunca he estado en Madrid contigo. No cuentes cuentos.

Yo: Eso es completamente indiferente, en cualquier caso yo sí he estado allí, *Monseigneur*, con o sin tu permiso. Veo telarañas en lo alto de las paredes, por favor, ¡mira lo tejido que está todo!

Malina: ¿No tienes nada que ponerte? ¿Por qué llevas mi bata vieja?

Yo: Precisamente porque no tengo nada que ponerme. ¿No te has tropezado nunca con la frase: *siam contenti, sono un uomo, ho fatto questa caricatura?*[198]

Malina: Creo que se dice: *sono dio*. Los dioses mueren muchas muchas muertes.[199]

Yo: Los hombres, no los dioses.

Malina: ¿Por qué haces siempre esas correcciones?

Yo: Puedo hacerlas porque me he convertido en una caricatura, en cuerpo y alma. ¿Estamos contentos ahora?

Malina sale de la habitación, va a la suya y regresa con una caja de cerillas. La vela del candelabro se ha consumido. He olvidado comprar velas. Malina debe de estar contento. Podría pedirle consejo

una vez más acerca de lo que está pasando y cómo está pasando, aunque yo perciba cada vez con mayor claridad la tensión y las hostilidades.

YO: Algo debió fallar ya con los primates y después con los homínidos. Un hombre, una mujer…, ¡extrañas palabras, extraño delirio! ¿Quién de los dos aprobará con *summa cum laude*? Yo, aquello fue un error para mí. ¿Será tal vez un objeto?

MALINA: No.

YO: Pero ¿está aquí y ahora?

MALINA: Sí.

YO: ¿Tiene una historia?

MALINA: Ya no.

YO: ¿Puedes tocarlo?

MALINA: Nunca.

YO: ¡Pero tienes que conservarme!

MALINA: ¿Seguro? ¿Por quién quieres que te tomen?

YO: *(con fuoco)* Te odio.

MALINA: ¿Hablas conmigo?, ¿has dicho algo?

YO: *(forte)* ¡Señor Von Malina, Su Señoría, Su Magnificencia! *(crescendo)* ¡Su Excelencia y Omnipotencia, le odio! *(fortissimo)* ¡Por mí cámbiame, hagamos un cambio, Su Señoría! *(tutto il clavicembalo)* Por favor, consérvame. Nunca te he odiado.

MALINA: No te creo una sola palabra, solo te creo todas las palabras juntas.

YO: *(dolente)* ¡No me abandones! *(cantabile assai)* ¡Tienes que abandonarme! *(senza pedale)* Quería contar algo, pero no lo voy a hacer. *(mesto)* Solo tú perturbas mi recuerdo. *(tempo giusto)* Hazte cargo tú de las historias, de las que está hecha la gran historia. Quítamelas todas.

He quitado la mesa, pero aún hay muchas cosas que ordenar. Ya no llegarán más cartas, telegramas ni tarjetas postales. Además, en los próximos días Ivan no se irá de Viena. Pero tampoco después ni mucho después…, no llegará nada más. Estoy buscando un lugar especial en casa, un cajón secreto, porque voy de un lado a otro con un pequeño fajo de papeles en la mano. En el secreter debería haber un cajón que luego ya no saltara, que no pudiera abrirlo nadie. O podría soltar del suelo un pedazo de parqué con un formón, esconder allí las cartas, volver a cerrar y sellar el parqué en tanto yo siga teniendo control sobre la situación. Malina está leyendo en un libro, probablemente: «Es inútil querer fingir indiferencia a la vista de unas investigaciones, cuyo objeto no puede ser indiferente a la naturaleza humana». De vez en cuando levanta la vista, enfadado, como si no supiera que ando por ahí con un paquetito de cartas buscando un lugar para esconderlas.

Estoy de rodillas en el suelo, no es La Meca y tampoco Jerusalén la dirección hacia la que me inclino. Ya no me inclino ante nada, solo tengo que sacar del secreter el cajón de abajo, que se atasca y es tan difícil de abrir. Para que Malina no se dé cuenta del lugar por el que me he decidido, no debo hacer ningún ruido, pero ahora el lazo de bramante se suelta, las cartas se desperdigan, vuelvo a atarlas con mucha torpeza, las meto a presión por una rendija del cajón, pero vuelvo a sacarlas enseguida por miedo a que las cartas hubieran podido desaparecer ya. He olvidado escribir algo en el envoltorio, por si estas cartas fueran encontradas algún día, por extraños, después de una subasta en la que se haya rematado mi secreter. Una cosa importante debería salir de tan pocas palabras. Ahora incluso menos palabras: Estas son las únicas cartas…, estas cartas son las únicas cartas…, las cartas que me han llegado… ¡Mis únicas cartas!

No encuentro la frase para la singularidad de las cartas de Ivan, tengo que renunciar a ello antes de que me sorprendan aquí. El cajón se atasca. Con todo mi peso, pero sin hacer ruido, lo cierro empujando, echo la llave y la guardo en la vieja bata de Malina, que me queda ancha por todas partes.

Estoy sentada frente a Malina en el cuarto de estar, cierra el libro y me mira inquisitivo.

¿Estás lista?

Asiento con la cabeza, porque estoy lista.

Entonces ¿por qué estás aquí sentada en lugar de prepararnos un café?

Contemplo a Malina con dulzura y pienso que ahora debería decirle algo espantoso, que nos separe para siempre y haga imposible cualquier otra palabra entre nosotros. Pero me pongo en pie y salgo despacio de la habitación, me giro en la puerta y no me escucho diciendo nada espantoso, sino algo muy diferente, *cantabile* y *dolcissimo*:

Como quieras. Enseguida hago el café.

Me quedo delante del fogón hasta que el agua empieza a hervir, echo unas cucharadas de café en el filtro y pienso y sigo pensando que he alcanzado un grado tal de obligación de pensar, en el que pensar ya no es posible, me hundo entre mis hombros, tengo mucho calor porque tengo la cara demasiado cerca de la placa de la cocina. *Nous allons à l'Esprit!* Pero aún puedo hacer este café. Solo quisiera saber qué está haciendo Malina en el cuarto, lo que piensa de mí, porque yo también pienso un poco en él, aunque mi pensamiento va mucho más allá de él y de mí. Hago algunas cosas, caliento la cafetera y pongo las dos tacitas de porcelana de Augarten en la

bandeja, están ante mí tan a la vista como visible debería ser el hecho de que estoy aquí y sigo pensando.

Érase una vez una princesa, éranse una vez los húngaros, que llegaron cabalgando desde su vasto país, que se extiende hasta lugares inexplorados, érase una vez en el Danubio y los sauces lloraban, érase una vez un ramo de martagón y una capa negra… Mi reino, mi país de la Ungargasse que yo he mantenido con mis manos mortales, mi adorable país, ahora no más grande que la placa de mi cocina que empieza a arder mientras el resto del agua gotea por este filtro… Tengo que tener cuidado de no caerme de cara sobre la placa, de no mutilarme, quemarme a mí misma, porque Malina tendría entonces que llamar a la policía y al servicio de primeros auxilios, tendría que confesar la negligencia de que, por su culpa, una mujer ha estado a punto de quemarse. Me incorporo, la cara ardiendo de la placa al rojo vivo en la que a menudo, de noche, he encendido pedazos de papel, no para quemar cosas escritas, sino para tener fuego para un último y ultimísimo cigarrillo. Pero ya no fumo, hoy lo he dejado. Puedo poner el botón a cero. Érase una vez, pero no me quemo, me mantengo erguida, el café está listo, la tapa sobre la cafetera. Estoy lista. Por una de las ventanas del patio se oye una música, *qu'il fait bon, fait bon.* Mis manos no tiemblan, llevo la bandeja a la sala, echo el café obediente, como siempre, pongo dos cucharadas de azúcar en la taza de Malina y ninguna en la mía. Me siento frente a Malina, hay un silencio sepulcral, y nos tomamos el café. ¿Qué le pasa a Malina? No da las gracias, no sonríe, no rompe el silencio, no hace propuestas para esta noche. Pero es su día libre y no quiere nada de mí.

No le quito a Malina los ojos de encima, pero él no levanta la vista. Me pongo de pie pensando, si no dice algo enseguida, si no me

detiene, será un asesinato, y me alejo porque ya no puedo decirlo. Ya no es tan terrible, solo nuestro desencuentro es más terrible que cualquier otro encuentro. He vivido en Ivan y muero en Malina.

Malina todavía sigue tomándose el café. Desde la otra ventana del patio se oye un «¡ahí va!». Me he acercado a la pared, me meto en la pared, contengo la respiración. Tendría que haber escrito en una hoja: No ha sido Malina. Pero la pared se abre, estoy en la pared, y solo Malina puede ver la grieta que vimos hace ya tiempo. Va a pensar que he salido de la habitación.

Suena el teléfono, Malina lo coge, juega con mis gafas de sol y las rompe, luego juega con un dado de cristal azul, que es mío. Nunca le di las gracias al remitente, donante desconocido. Pero no solo juega, porque ya está apartando mi candelabro. Dice: ¡Dígame! Durante un rato Malina no dice nada, luego frío e impaciente: Se ha equivocado de número.

Me ha roto las gafas, las tira a la papelera, son mis ojos, lanza después allí el dado de cristal azul, es la segunda piedra de un sueño, hace que mi taza de café desaparezca, intenta romper un disco, pero no se rompe, se dobla y ofrece una gran resistencia, y al final sí que se rompe, quita la mesa, rasga unas cartas, tira mi testamento, todo va a la papelera. Entre los pedazos de papel se le cae un tubito con los somníferos, busca algo más y mira a su alrededor, aleja aún un poco más el candelabro, al final lo esconde, como si los niños pudieran cogerlo en alguna ocasión, y en la pared hay algo, ya no puede gritar, pero sin embargo grita: ¡Ivan!

Malina mira atentamente a su alrededor, lo ve todo, pero ya no oye. Solo sigue allí su taza ribeteada de verde, solo ella, la prueba de que está solo. El teléfono vuelve a sonar. Malina duda, pero vuelve a

dirigirse a él. Sabe que es Ivan. Malina dice: ¡Diga! Y otra vez no dice nada en un rato.

¿Cómo?
¿No?
Entonces no me he expresado bien.
Debe de ser un error.
Es el número 723144.
Sí, Ungargasse 6.
No, aquí no.
Aquí no hay ninguna mujer.
Le digo que aquí nunca ha habido nadie con ese nombre.
Aquí no hay nadie más.
¿Mi nombre?
Malina.

Pasos, siempre los pasos de Malina, más apagados los pasos, pasos apagadísimos. Un silencio absoluto. Ni alarma, ni sirenas. Nadie viene a ayudar. Ni el coche del servicio de primeros auxilios y tampoco la policía. Es una pared muy vieja, muy fuerte, de la que nadie puede caerse, que nadie puede romper, de la que nunca más podrá salir ningún sonido.

Fue un asesinato.

EPÍLOGO DE LA TRADUCTORA

En sus *Conferencias de Fráncfort* Ingeborg Bachmann (1926-1973) aludió en diversas ocasiones a que las dificultades del Yo en la literatura contemporánea respondían desde principios del siglo XX a una nueva relación de interdependencia entre la problemática del sujeto y el momento histórico en el que le había tocado vivir. En lugar de un Yo «que vive en la Historia», lo que interesaba en ese momento a los autores era «la Historia en el Yo», una Historia que se adentra hasta lo más íntimo del individuo, en sus experiencias, en sus vivencias, o lo que es lo mismo, no tanto en lo que hace, sino en lo que piensa, lo que dice y lo que siente. Y es que, ciertamente, identidad e historia personal, la historia con minúsculas y la Historia con mayúsculas, son los elementos entrecruzados de los que surgió la obra de una autora que cosechó con su poesía un éxito sin precedentes, justamente en un momento histórico, el de la posguerra, poco apto para el género. Ese nuevo Yo la llevaría a ganar el Premio del Grupo 47 y el Premio Büchner, el galardón más importante de las letras alemanas, a pronunciar importantes conferencias sobre el estado de la poesía, y a la portada del semanario *Der Spiegel*, algo que aún no había conseguido ninguna otra escritora antes que ella. Ese éxito que vivió «en la Historia» fue, no obstante, tan solo una cara de la compleja personalidad de esta

escritora, que no por ello dejó de ser nunca una mujer frágil, llena de temores y depresiones, pero que, tal vez gracias a ello, supo dar voz como nadie había hecho hasta el momento a «la Historia en su Yo».

Es precisamente en *Malina* (1971), la única novela que Bachmann publicó en vida, donde esta disociación puede verse de manera ejemplar, tal vez porque el Yo es aquí el resultado de un buen número de elementos de carácter autobiográfico, elaborados en el espacio ficcional de un Yo escindido en realidad en dos, el Yo femenino y Malina, su *alter ego* masculino, que sirve a su vez como espacio de reflexión estética sobre experiencias sociales e históricas paradigmáticas del complejo periodo del nacionalsocialismo. A la vista de tal configuración narrativa, habría que conocer, en la medida de lo posible, las condiciones existenciales que enmarcaron la realidad vital de esta magnífica poeta que intentó siempre, a pesar de las numerosas dificultades, vivir como una mujer independiente, dedicada únicamente a la escritura, en las complejas décadas de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. Aun con todo, nunca tuvo miedo a las críticas, en tanto que la necesidad de escribir la llevó a exponerse sin temor a todo ello, dejando atrás cualquier posibilidad existencial que le hubiera resultado más fácil y segura, y ya desde muy joven se inclinó hacia una existencia artística vivida de manera incondicional aunque insegura, y marcada por un miedo indescriptible a no poder cumplir sus propias aspiraciones.

Sus primeras manifestaciones poéticas surgieron en el espacio geográfico de la frontera, en el triángulo Austria-Italia-Eslovenia, tan presente en la totalidad de su obra, pero fue sobre todo la violencia de los acontecimientos históricos lo que supuso para ella un punto de inflexión determinante en su vida y, por ende, también en su literatura. La dolorosa experiencia de la entrada de las tropas

nacionalsocialistas en su ciudad natal, Klagenfurt, abrió una cesura en su interior de la que nació esa subjetividad herida que se percibe a lo largo de toda su producción, debido seguramente al fuerte contraste entre los recuerdos de la Arcadia de su infancia en el valle del Gail, donde residían sus abuelos, y los acontecimientos históricos que suscitaron numerosos conflictos entre los austriacos y la minoría eslovena. Pero también contribuyeron a ello, sin duda alguna, las amargas experiencias relacionadas con la vida familiar, como la afiliación del padre al Partido Nacionalsocialista, o la estrecha relación de la autora con su entonces maestro y mentor, Josef Perkonig, muy cercano también a esa ideología, mayoritaria, por otra parte, en aquellos delicados territorios de frontera.

Los rasgos que configurarán su quehacer literario aparecen ya esbozados en sus primeros textos, como en el relato «Años de juventud en una ciudad austriaca» (que no vio la luz hasta 1961 en el volumen *A los treinta años*), en el que la estrechez de miras de los habitantes de la pequeña ciudad se contrapone constantemente al idilio anhelado por unos niños que sufren amenazados por la fuerza de la Historia. Asimismo, sus primeros poemas, muy parecidos a composiciones musicales, reflejan ya los problemas que se convertirán en una constante a lo largo de toda su obra: la soledad, la enajenación, el miedo a la muerte o el peso en la conciencia ante la realidad de un mundo opresivo. Bachmann sabrá dar voz a esta opresión ejercida por las fuerzas del poder en un lenguaje rico en metáforas, que se convertirá a su vez en otra de sus grandes obsesiones poéticas y que solo consiguió encontrar en el intercambio epistolar con Paul Celan, con el que mantuvo hasta su muerte, en 1970, una estrecha amistad. Gracias a este nuevo lenguaje fue capaz de enfrentarse al pasado y a la historia, la propia, la personal, pero también la común, la escrita con mayúsculas, llena de

monstruosidades y acontecimientos terribles, desdibujando todos los límites para poner en tela de juicio creencias y clichés arraigados en ella desde antiguo. A Celan lo había conocido Bachmann en Viena, ciudad en la que había concluido sus estudios universitarios con una tesis doctoral sobre Martin Heidegger, en la que Bachmann encontró un espacio único para la reflexión acerca de todas sus preocupaciones sobre el lenguaje. Que este tema sea otra de las grandes constantes en su proceso de escritura es fácil de entender, no solo por el hecho de que como poeta siempre estuviera buscando la palabra perfecta, sino también por el hecho de que había sido precisamente en la Viena del cambio de siglo donde se había manifestado de manera radical la denominada «crisis del lenguaje», sintetizada en la famosa *Carta de Lord Chandos* (1902) de Hugo von Hofmannsthal.

Viena fue para la joven doctora un lugar en el que echar raíces, no solo en sentido existencial, sino también cultural, y de su arraigo en ella son una buena prueba los escenarios de *Malina*, donde la ciudad adquiere también carácter de protagonista. Allí conoció a importantes personajes de la escena literaria, animada sobre todo por Hans Weigel, quien la introdujo en el grupo literario que se reunía en torno a él en el café Raimund. Viena amplió su mirada en muchas direcciones y allí dio comienzo la publicación de sus poemas en la revista *Lynkeus* y de algunos relatos en el *Wiener Tageszeitung.* Pero también despertó su interés por textos de otros géneros, cuya vitalidad en aquel momento Bachmann supo muy bien intuir: sus primeros guiones radiofónicos, que vieron la luz mientras trabajaba revisando manuscritos para la Rot-Weiss-Rot (RWR), la emisora de las fuerzas de ocupación estadounidenses. Son pocos los que conocen su importante papel en la emisión semanal de la exitosa serie *Los Floriani*, para la que llegó a escribir once capítulos,

en los que, con mucha ironía y humor, se adentraba en los problemas de una familia vienesa de clase media.

Fue precisamente en los estudios de la RWR donde conoció en 1952 a Hans Werner Richter, el promotor del Grupo 47, quien, mientras esperaba para hacer una entrevista, leyó unos poemas que había sobre su mesa. Impresionado, Richter invitó de inmediato a la joven redactora a la reunión del grupo que iba a celebrarse un mes después en Niendorf, a orillas del Báltico, y que pasaría a los anales de la literatura alemana, pues en ella leyeron por vez primera Bachmann, Aichinger y Celan. En su debut, la joven escritora de apenas 26 años impresionó a los allí reunidos con su voz tímida y susurrante y cosechó muy buenas críticas. Dos días después leyó once poemas en la Radio del Noroeste de Alemania (NWDR) y recibió por ello unos honorarios de 300 marcos. Entreviendo la posibilidad de mantenerse con los ingresos de su producción literaria, decidió dejar su puesto en la RWR para intentar vivir solo de sus escritos, orientándose hacia el mercado de la República Federal debido a las mejores condiciones económicas. Fundamental a la hora de tomar esta decisión fue también el hecho de que un año después recibiera en Maguncia el Premio del Grupo 47, instituido para la promoción de jóvenes autores y dotado con 2.000 marcos. En diciembre de ese mismo año publicó su primer poemario, *El tiempo aplazado*, en cuyos poemas desarrolla un lenguaje poético propio: exagerados hasta lo mítico y lo eterno dan testimonio de una decadencia y de un sentido del destino, que permiten perder de vista la referencia concreta al momento en el que se escriben y convertirse en atemporales.

Al premio y a la publicación de esta primera obra le siguió un tercer elemento que contribuyó al vertiginoso ascenso de su carrera: la portada que le dedicó el prestigioso semanario *Der Spiegel* el 18

de agosto de 1954, un acontecimiento sin parangón, pues nunca había presentado a una escritora de una manera tan llamativa. Un año antes, Bachmann había decidido asentarse en Italia, en Isquia, una isla desconocida, de vida arcaica, en la que residían varios artistas, animada por su amigo, el compositor Hans Werner Henze, con quien entablará a partir de ese momento una estrecha relación laboral con el encargo de varios libretos para sus óperas.

En Italia la escritora experimentó una regeneradora liberación, que la ayudaría a encontrarse a sí misma. Los momentos que pasó allí, entre las ciudades de Roma, Nápoles e Isquia, tuvieron durante muchos años un importante efecto revitalizante e inspirador. Pero su gran fuente de inspiración fue, sobre todo, Roma. Para Bachmann, la ciudad eterna fue siempre un lugar que estimulaba los sentidos y sus ideas al revelar las dimensiones más profundas de la Historia bajo la superficie de la vida cotidiana. Allí entró pronto a formar parte del círculo de literatos de habla alemana que se reunía con regularidad en el café Doney, en la Via Veneto, y firmó un contrato como corresponsal para diferentes medios alemanes. Con el pseudónimo de Ruth Keller, compuso un total de 34 colaboraciones para radio y prensa, que aparecerían publicadas póstumamente, en 1998, con el título del primero de estos ensayos, publicado en 1955 en la revista *Akzente*: *Lo que he visto y oído en Roma*.

El verano de 1955 Bachmann pasó dos meses en los Estados Unidos invitada a participar en un seminario de la Summer School of Arts and Sciences de la Universidad de Harvard, dirigido por Henry Kissinger, el futuro ministro de Asuntos Exteriores. Concluido el seminario, pasó además una temporada en Nueva York. La estancia en la gran ciudad tendría su reflejo literario en algunos de sus poemas, pero sobre todo en el que hasta hoy es considerado como el más importante de sus guiones radiofónicos, *El buen dios de*

Manhattan. El núcleo de este texto lo constituye el traspaso de los límites en lo tocante al amor, algo que lleva siempre a la perdición. Por primera vez Bachmann da voz a la conexión mortal que existe entre el amor y la sociedad, y que constituirá el núcleo de su ciclo en prosa *Formas de muerte*, cuya «obertura» es *Malina*. Bachmann sitúa a las mujeres víctimas de relaciones amorosas, en las que la pretensión de dominio sobre el otro tiene un desenlace fatal, en el centro de sus planteamientos literarios, de manera que sus protagonistas no solo sufren la violencia del pasado, sino que también contemplan con considerable escepticismo el creciente materialismo de los años de posguerra, pues el milagro económico ha contribuido a olvidar con mucha facilidad las pérdidas generadas por el conflicto bélico y las atrocidades de los años del gobierno nacionalsocialista. Al oponerse al silencio colectivo sobre los crímenes de guerra, Bachmann atribuye a la literatura la capacidad de llamar la atención sobre los numerosos problemas de la sociedad de posguerra, en tanto que necesariamente debe asumir una tarea política en el nuevo orden social, en su opinión muy precario, para la cual es necesario adentrarse en las profundidades de la memoria cultural y defender la memoria colectiva a fin de ofrecer a los lectores ejemplos de la mejor humanidad posible, para que no caiga en el olvido un pasado a todas luces traumático y aún muy presente en sus vidas. Al defender este planteamiento, Bachmann abría las puertas a una nueva utopía.

Con su fe en la ética de un nuevo lenguaje, que plasma ya en su segundo poemario, *Invocación a la Osa Mayor* (1956), con el que se consagraría definitivamente como poeta, Bachmann intenta esta utópica transformación de la sociedad guiada por la conciencia literaria, en tanto que expone de manera radical, y este es un aspecto fundamental, que el cambio en la relación entre los sexos

debía llevarse a cabo necesariamente a través de un nuevo lenguaje, lo cual conllevó una apuesta por un discurso propiamente femenino capaz de acabar de manera radical con el uso prácticamente obligado del lenguaje masculino, convertido hasta entonces en la única forma de escritura posible. La obra recibió muy buenas críticas y supuso todo un éxito de ventas, así como la concesión del reputado Premio de los Ciegos de Guerra para guiones radiofónicos.

Como si de una premonición se tratara, en junio de 1958, pocos días después de la emisión de *El buen dios de Manhattan*, Bachmann recibió una carta del escritor suizo Max Frisch. En ella le decía que el texto le había gustado mucho y ponía de relieve lo importante que le parecía el hecho de que esa temática encontrara su expresión a través de una voz femenina. Con ocasión de un viaje a París unas semanas después, Bachmann se encontró con él con motivo del estreno de la obra de Frisch *El señor Biedermann y los incendiarios* (1958). En lugar de ir juntos al estreno, fueron a cenar y no se separaron en toda la noche. En agosto Frisch la visitó en Nápoles, donde estaba trabajando junto con Henze en el libreto para la ópera *El príncipe de Homburg*, que se estrenaría dos años después en Hamburgo. Poco después iniciaron una vida en común que no resultó precisamente fácil para la poeta, pues, además de una constante competencia literaria, sus concepciones de la vida en común diferían sobremanera. Entre Zúrich y Roma vivieron una relación cuyo final, igual que lo había sido la relación en sí misma, fue toda una catástrofe. Para Bachmann fue el punto de inflexión más doloroso de su vida: sufrió un grave ataque de nervios y tuvo que ser ingresada en una clínica de Zúrich en diciembre de 1962. Ni siquiera volvió a mencionar el nombre de Max Frisch, tan solo ocasionalmente en alguna carta. Pero no por ello deja de haber un buen número de alusiones a su relación en su producción literaria,

tal como el lector podrá comprobar en *Malina*, donde tan solo aparece una fecha con su datación completa, el 3 de julio de 1958, el día en que dio comienzo su relación, «un día vacío o robado, en el que he envejecido, en el que no me he defendido y he dejado que ocurriera algo».

Tras una estancia de cuatro semanas en el hospital de Zúrich, Bachmann se sometió a repetidos tratamientos médicos y en Berlín fue hospitalizada dos veces durante periodos más largos. Es en esta época cuando comenzó a depender de las pastillas, y de algunos psicofármacos no conseguiría ya librarse nunca. Era incapaz de escribir y tuvieron que pasar casi dos años, hasta el verano de 1964, para que se sintiera capaz de volver a enfrentarse al papel. Fue entonces cuando inició su gran proyecto: el ciclo *Formas de muerte*, una historia moral de la época, a través de la que pretendía mostrar todas las posibles formas en las que la sociedad mata de manera invisible y consentida. Una de estas muertes fue para ella la disección de su persona que Frisch llevó a cabo en su novela *Digamos que me llamo Gantenbein* (1964), que tendría su continuación, ya fallecida Bachmann, en el relato titulado *Montauk* (1975), y que ella, aun habiendo dado su beneplácito inicial, vivió como una explotación literaria, como un despedazamiento de su persona y de su propia vida, la mayor forma posible de traición y destrucción de una persona «amada». Estas víctimas de la literatura, que Bachmann ejemplifica en otras muchas parejas, constituyen por tanto el núcleo central del ciclo, en el que la autora va dibujando unas formas de muerte que se extienden como un problema estructural al conjunto de la sociedad, sometida a mecanismos hipócritas y criminales, poniendo al descubierto que el «virus del delito» no había sido erradicado con el nacionalsocialismo, sino que, incluso finalizada la guerra, seguía vivo en las muchas mujeres que

no morían, sino que eran asesinadas en el marco de la sociedad patriarcal.

Tal vez por ello la estructura narrativa de *Malina* (ese nombre acentuado, como Ivan, en la primera sílaba, que parece si se quiere más femenino que masculino) tampoco sigue, en un claro intento de deconstruir los modelos narrativos tradicionales, el modelo realista de un mundo épico en el que los personajes se mueven «en la Historia», sino que se desarrolla en una composición de carácter complejo y autorreflexivo basada en los recuerdos y experiencias del Yo femenino en su relación con su *alter ego*, que es, a su vez, la otra parte de ese Yo dividido y escindido, el sujeto de la novela. A través de este Yo se lleva a cabo un análisis crítico de las estructuras de violencia ocultas en el interior de la sociedad (austriaca) de la posguerra desde la perspectiva de las relaciones de género y en el contexto de la catastrófica historia contemporánea del siglo xx, y que es, en definitiva, el tema que subyace tras todo el proyecto. En *Malina*, esta pieza inicial e iniciática, se expone la problemática principal que debía alumbrarse en el resto de las obras del ciclo, en una forma cargada de un denso simbolismo, pleno de reflejos y referencias, de enorme potencial interpretativo, y anunciando ya una red de personajes que se desarrollará en el resto de los relatos y en los fragmentos de las otras novelas del ciclo. A ello contribuye, sin duda alguna, su forma de experimentar con los recursos de la prosa en busca del lenguaje perfecto, de la palabra perfecta, algo que se ha intentado mantener en la traducción reproduciendo su dicción, su grafía, sus juegos de palabras, sus repeticiones, sus vaivenes con la poesía, y su amplia interacción con un sinnúmero de autores y obras que, a menudo, se convierten también en hilos conductores del texto.[200]

La innovadora estructura narrativa de la novela, que en su

momento no dejó de suscitar numerosas controversias, debido seguramente a la disolución del contexto épico en registros, a la doble figura femenina-masculina del-la protagonista, a los capítulos preliminares orientados a las convenciones del drama (lista de personajes, unidades de tiempo y lugar) o a las indicaciones musicales que distorsionan e interpretan la voz femenina al final de sus diálogos con Malina, deconstruye las convenciones de la narración épica tradicional, aunque sin abandonarlas por completo. No obstante, a través de los diferentes registros de la exposición y a lo largo de los tres capítulos, puede seguirse la configuración de un proceso épico, en el que por un lado se relata el encuentro del Yo femenino con Ivan en un último intento de amor extático, con el consiguiente fracaso de esta utopía, y por otro, la elaboración de la historia de destrucción de este Yo a través de sus recuerdos y sus sueños y su reflexión al respecto en los diálogos que mantiene con su *alter ego* Malina. Si la visión infructuosa de la felicidad, de recuperar en el amor la posibilidad utópica de una «vida plena», es el tema central del primer capítulo y de la relación entre Yo e Ivan, el segundo, el capítulo del sueño, se centra en la superación de experiencias traumáticas de violencia en el contexto de la catastrófica historia contemporánea (el nacionalsocialismo y el holocausto) y la sociedad patriarcal (la familia y las relaciones de género), mientras que el tercero, en el diálogo entre los dos componentes del personaje, Yo y Malina, lleva su oposición tan lejos que la forma de identidad femenina encarnada por el Yo acaba siendo empujada a la perdición, a esa misteriosa desaparición en la pared que la última frase de la novela describe como «asesinato».

La decisión de la autora de iniciar este nuevo proyecto vino acompañada de otra no menos importante: dejar la expresión lírica para dedicarse a la prosa. En junio de 1961 se publica el volumen de

relatos *A los treinta años*. Desde la perspectiva actual, los siete relatos de esta primera colección no pueden entenderse sin su trasfondo histórico, pues todos ellos tratan de las complejas condiciones de vida a finales de la década de los años cincuenta, cuando ya se habían puesto de manifiesto las carencias del nuevo orden de posguerra. Los relatos abordan temas socialmente críticos, como la duda sobre uno mismo a la sombra de la nueva prosperidad, el amor entre mujeres del mismo sexo o la fragilidad de la justicia en este nuevo orden, y arrojan luz sobre estos problemas en una fase relativamente temprana de su producción literaria. No obstante, la elección de tales temas puede haber sido una de las razones por las que el paso de la poesía a la prosa tuvo un efecto desconcertante en la prensa especializada, que no veía su prosa tan atractiva como su poesía.

Poco después, en la primavera de 1963, Bachmann se muda a Berlín, donde, por mediación de sus amigos, había conseguido una beca de la Fundación Ford para trabajar en la Academia de las Artes. Pasará allí casi dos años. La Guerra Fría está en su punto álgido y Berlín es la ciudad en la que esta polarización se siente con mayor claridad. La escritora percibe la ciudad no solo como un espacio destruido, sino como un espacio de destrucción, pues Berlín había sido el núcleo del Tercer Reich, desde donde se habían planificado y ejecutado la guerra y las masacres y, sumida en su propia enfermedad, siente con especial intensidad la devastación de la ciudad.

Una vez concluido el periodo de la beca que la ligaba a Berlín, Bachmann pensó regresar a Roma. No soportaba la tristeza de la ciudad alemana, su cielo gris. Es entonces cuando decide ir a Egipto junto con Adolf Opel, un periodista austriaco al que había conocido precisamente allí. A su regreso después de seis semanas le

comunican que le ha sido concedido el Premio Georg Büchner, el galardón más importante de las letras alemanas. Bachmann solo tiene 38 años. De inmediato empieza a redactar el discurso de aceptación, que será publicado posteriormente con el título de *Un lugar para los imprevistos.* En él se hace eco de la atmósfera claustrofóbica del Berlín dividido: la ciudad es un desierto, dominado por la enfermedad, la locura y la destrucción. Una descripción al hilo de la cual la autora reflexiona una vez más sobre el lenguaje y la escritura, y se cuestiona las posibilidades de la literatura a la vista de la realidad histórica y social.

Animada por ello, el proyecto de su ciclo avanza y en enero de 1966 lee en Zúrich fragmentos de *El caso Franza*, título con el que se conocerá posteriormente la novela que ella había decidido llamar simplemente «El libro de Franza». En Berlín explica el proyecto: «Este libro, *Formas de muerte*, pretende hablar de los delitos que hoy se cometen. Del virus delito, que al cabo de veinte años no ha dejado de ser igual de efectivo que en el momento en el que asesinar estaba a la orden del día, en el que se decretaba y se permitía». En otra de sus lecturas, precisa lo que entiende por «delito», una forma sutil de matar que se convertirá en el *leitmotiv* de todo el ciclo: «No hay derramamiento de sangre, y la matanza se lleva a cabo dentro de los límites de lo permitido y lo habitual, en el seno de una sociedad cuyos débiles nervios tiemblan ante la bestialidad».

Durante todo este tiempo Bachmann trabaja en los diversos textos que lo compondrán. En *El caso Franza* incorpora además como parte del tercer capítulo *El libro del desierto* que había escrito a su regreso de Egipto. La protagonista viaja con su hermano a este país después de que su marido, Leo Jordan, la hubiera utilizado como objeto de estudio para sus trabajos psicológicos, un caso

similar al descrito en *Réquiem por Fanny Goldmann.* Las historias transcurren prácticamente en paralelo, siguiendo el modelo de *La comedia humana* de Balzac, tal como ella misma señala en algunos de los borradores. En una entrevista realizada en mayo de 1969 define el planteamiento del ciclo: «Para mí no es una novela, es un único libro largo. Habrá varios volúmenes y en primer lugar dos que probablemente aparecerán a la vez. Se llama *Formas de muerte* y para mí es un único y amplio estudio de todas las posibles formas de muerte, un compendio, un *manuale*, como dirían aquí, y al mismo tiempo me imagino que podría resultar en una imagen de los últimos veinte años, siempre con Viena y Austria como telón de fondo». A partir de 1967 surgen en paralelo algunos relatos que llevan el título provisional de «Vienesas». Cinco de ellos, todos relacionados con la temática del proyecto, serán los que aparezcan posteriormente en el volumen titulado *Simultáneo*, que verá la luz en 1972. En la misma entrevista, Bachmann manifiesta que necesita cierta distancia de su lugar de origen para poder llevar a cabo el proyecto, pues todo él se desarrolla en Austria, con excepción de los pasajes de Egipto.

Lo cierto es que, a pesar de su orientación claramente meridional, en los largos años transcurridos desde que dejara Klagenfurt y Viena, ha establecido una relación de ida y vuelta, creando una Viena interior dentro de sí misma, dando forma a lo que ella denomina como una «casa Austria», a la que se sabe unida incluso en la distancia geográfica de un país extranjero. Esta Viena forma parte de su doble existencia, que ella describe de esta manera: «Aunque lo difícil de explicar es que vivo en Roma, pero llevo una doble vida, porque en el momento en que entro en mi estudio, estoy en Viena y no en Roma. Se trata, por supuesto, de una forma de vida un tanto agotadora o esquizofrénica». Viena es el escenario de su prosa, aunque su gran proyecto va mucho más allá

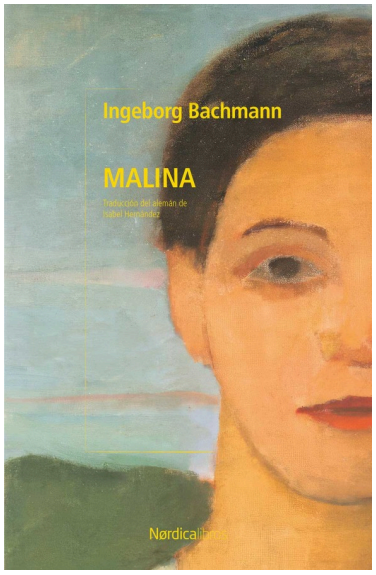
de esta sola localización literaria.

En 1968 Bachmann recibe el Gran Premio Nacional de Literatura que otorga el Gobierno austriaco, con ocasión de lo cual conoce a Thomas Bernhard, quien, a partir de ese momento, se convertirá en uno de sus mejores amigos. Bachmann ha finalizado el trabajo en *Malina* y se siente agotada tras haber llegado a escribir hasta dieciocho horas diarias. Sabe que necesita reponerse, sobre todo porque ha llegado a un nivel excesivo de consumo de medicamentos y sabe que solo gracias a ellos ha podido trabajar hasta la extenuación. Bachmann considera necesario un cambio de espacio para recuperarse y piensa en regresar a Austria, pero incapaz de decidirse, se queda en Roma.

La muerte del padre, en 1973, afecta a la escritora sobremanera. El dolor es aún mayor en tanto que Bachmann había descrito en *Malina* la figura paternal como destructiva e incestuosa, dotándole de un papel enormemente significativo, pues la figura del padre representa en el conjunto del ciclo la violencia presente en la totalidad de la sociedad, hasta el punto de que las *Formas de muerte* en su conjunto suponen un balance con el poder ejercido por las estructuras patriarcales desde el antiguo Egipto hasta el presente. Para recuperarse decide ir a Malta, y a la vuelta planea hacer una cura en Austria. Pero el viaje nunca llegaría a realizarse: un inesperado accidente acabó con su vida de una forma que ella misma había imaginado en *Malina*. Una muerte accidental pero anunciada: al parecer perdió la conciencia y el cigarrillo que estaba fumando prendió fuego al camisón. Los doctores de la clínica Sant' Eugenio, a la que llegó con quemaduras de segundo y tercer grado en un 36% de su cuerpo y convulsiones cerebrales, no consiguieron que mejorara y falleció unos días después, el 17 de octubre. Las causas de la muerte aún siguen sin estar totalmente esclarecidas.

Aquella joven poeta que declaró abiertamente su necesidad constante de escribir, que solo entendía su vida a través de la escritura, que llegó a gritar a los cuatro vientos su secreto más íntimo, «existo solo cuando escribo», esa joven fue capaz de expresar en sus obras la tensión existente entre la presencia insistente y la defensa vehemente de los recuerdos más personales, inscribiéndolos como un rasgo estructural de su escritura, como un momento estético de resistencia que puede rastrearse desde los primeros poemas hasta la prosa de su ciclo *Formas de muerte*. Consciente de que, como escribió en su relato *Tres senderos hacia el lago*, «también se asesina a las personas cuando se las priva de la palabra y con ello de la posibilidad de vivir y de pensar», Bachmann fue capaz de lograrlo gracias a la consecución de un nuevo lenguaje, cuya base, tras largos años de búsqueda, halló a lo largo de la experiencia de la propia vida, en todo aquello que vivió, sufrió, esperó, deseó y perdió en su existencia. Encontrar ese lenguaje, encontrar la palabra perfecta, fue su objetivo constante, el porqué de su existencia, a sabiendas, igual que Nietzsche, de que «quien tiene un Porqué para vivir soporta casi cualquier Cómo». Bachmann soportó sus «cómos» y, más allá de ello, se los legó a la posteridad con un lenguaje único, en estado puro, con el que supo configurar una de las obras literarias más singulares, rompedoras, críticas e innovadoras de la segunda mitad del siglo XX.

ISABEL HERNÁNDEZ



Mitad novela policíaca, mitad historia de amor, mitad estudio de caso psicoanalítico, Malina es un retrato asombroso de una escritora que intenta contar su propia historia en un mundo dominado por hombres.

Una mujer en la Viena de posguerra camina por la cuerda floja entre los dos hombres de su vida. Está su amante Iván, hermoso e inaccesible, que la obsesiona. Y está Malina, el funcionario con el comparte apartamento: reservado, quisquilloso, exigente, de una calma escalofriante. A medida que el equilibrio de poder entre ellos comienza a cambiar, siente cómo su frágil identidad se desmorona, revelando gradualmente el oscuro y herido corazón de su pasado.

Ingeborg. Es una de las autoras más relevantes de la literatura del siglo xx, cuya obra polifacética comprende novelas ('Malina', 'El caso Franza', 'Requiem para Fanny Goldmann'), relatos ('A los treinta años', 'Tres senderos hacia el lago'), piezas de teatro radiofónico ('El buen Dios de Manhattan', 'Las cigarras'), ensayos, reportajes y libretos de ópera. Figura fundamental de la literatura en lengua alemana, su obra fue galardonada en numerosas ocasiones, y entre otros premios recibió el Georg Büchner. Murió tras un accidente doméstico en Italia, donde residió la mayor parte de su vida.

Título original: *Malina*

Bundesministerium
Wohnen, Kunst, Kultur,
Medien und Sport

TRADUCCIÓN HUMANA TH

© 1971, Suhrkamp Verlag GmbH, Berlín
© De la traducción: Isabel Hernández

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.
Doctor Blanco Soler, 26
28044 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057
info@nordicalibros.com

Primera edición: junio de 2026

www.nordicalibros.com

ISBN: 979-13-88306-00-6

Diseño: Filo Estudio y Nacho Caballero
Maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Conversión digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o

transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] Se refiere al Creditanstalt, fundado en 1855, que llegó a convertirse en el mayor banco del Imperio austrohúngaro. Tras su bancarrota en 1931, tuvo lugar una crisis financiera global. Consiguió ser rescatado por el Banco Nacional de Austria y por los Rothschild, y cambió su nombre a Creditanstalt-Bankverein. Tras la anexión de Austria al Reich fue objeto de numerosos ataques por motivos tanto financieros como raciales. Tras finalizar el conflicto fue nacionalizado y volvió a estar directamente ligado a la evolución de la economía austriaca *(Todas las notas de esta edición son de la traductora).*

[2] Esta expresión, que se repite en varias ocasiones a lo largo de la novela, está tomada del principio de una carta que una dama desconocida escribe a Athanasius Pernath, protagonista de la novela *El gólem* (1915) de Gustav Meyrink (1868-1932)

[3] «Oh, viejos aromas de legendarios tiempos». El verso procede del ciclo de canciones *Pierrot lunaire* (op. 21, 1912) del compositor austriaco Arnold Schönberg (1874-1951), que Bachmann cita con mucha frecuencia a lo largo de la novela. Se trata de un conjunto de veintiún poemas de Albert Giraud (1860-1929) en traducción de Otto Erich Hartleben. Bachmann recortó la partitura de esta edición.

[4] El título recuerda la serie de conferencias que el filósofo Martin Heidegger pronunció en Múnich en 1953 con el título de «Las artes en la época de la Tecnología».

[5] Se refiere al poema que Ferdinand Freiligrath (1810-1876) escribió sobre el príncipe Eugen von Savoyen-Carignan (1665-1736), héroe austriaco en la guerra contra el imperio otomano, al que puso música Carl Loewe (1796-1829).

[6] Denominación histórica para la lengua eslovena y los eslovenos

de Carintia. En el censo de 1939, los víndicos fueron considerados como un grupo étnico independiente dentro de la antigua Marca Oriental (primer nombre que recibió el país en la Edad Media).

[7] «Tanto yo como tú. Tanto tú como yo», en esloveno.

[8] Se refiere al mito de la fundación de Klagenfurt, según el cual un dragón habitaba en una ciénaga cercana y se alimentaba de las muchachas que encontraba por los alrededores. Para matar al monstruo unos valientes caballeros levantaron una torre, en cuya parte superior ataron a una cadena con un garfio un buey como cebo.

[9] Todos ellos personajes que, como otros tantos a lo largo de la novela, forman parte del ciclo *Formas de muerte*, al que pertenece *Malina*.

[10] El motivo es una clara alusión al personaje de Barba Azul en las *Histoires ou contes du temps passé, avec des moralités* (1697) de Charles Perrault.

[11] Cita de la cuarta estrofa del himno de Carintia, en la que se hace referencia a la batalla de 1922 que, junto con el referéndum del 10 de octubre de ese mismo año, impidió la anexión del sur de Carintia a Eslovenia.

[12] Cita de la primera estrofa del mismo himno.

[13] Es una alusión directa a la novela de Carlo Emilio Gadda (1893-1973) *El conocimiento del dolor* (1963).

[14] El 1 de julio nacieron los filósofos Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716), Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799), la escritora francesa George Sand (1804-1876) y Hans Werner Henze (1926-2012), el compositor amigo de Bachmann; el 5 de julio los filósofos Sören Kierkegaard (1813-1855) y Karl Marx (1818-1883), así como el compositor Hans Pfitzner (1869-1949).

[15] Es una alusión directa a la novela autobiográfica de Louis-Ferdinand Céline (1894-1961) *Viaje al fin de la noche* (1932), así como al poema «Tutto ho perduto» del poeta italiano Giuseppe Ungaretti (1880-1970), cuya lírica Bachmann tradujo al alemán.

[16] El escritor alemán E. T. A. Hoffmann falleció el 25 de junio de 1822; Bachmann nació el 25 de junio de 1926.

[17] Se refiere a la película *Los cuentos de Hoffmann* (1951), basada en la obra homónima del compositor francés Jacques Offenbach (1819-1890). El «dadín, dadán» se refiere al ritmo de la famosa barcarola, ambientada en Venecia, en la que se canta el famoso dueto «Belle nuit, ô nuit d'amour» («Bella noche, oh noche de amor»), que Bachmann cita también en su poema «Vals negro».

[18] Ciudad situada junto al río Gail en el triángulo que forma la frontera entre Austria, Italia y Eslovenia, cerca de la cual Bachmann pasaba sus vacaciones en la finca de sus abuelos.

[19] Austria Presse Agentur (Agencia de Prensa Austria).

[20] Una de las avenidas comerciales más importantes de Viena, en el distrito III, el denominado Landstrasse.

[21] Como en muchos otros pasajes de la novela son alusiones a la lírica de Paul Celan (1920-1970), con quien Bachmann mantuvo una estrecha amistad.

[22] Se trata de una clara referencia a la frase «In hoc signo vinces» (Con este signo vencerás), famosa por la visión que tuvo el emperador romano Constantino I (c. 280-337) antes de la batalla del Puente Milvio (312), donde vio en el cielo una cruz con este lema, que lo inspiró a usarla como símbolo para lograr la victoria, lo cual supuso un punto de inflexión para el cristianismo en el Imperio romano.

[23] Éxodo 3, 1-4.

[24] *Raumfahrt wohin? Was bringt uns der Vorstoss ins All?*

Weltraumforscher aus acht Ländern antworten (Navegación espacial… ¿adónde? ¿Qué nos aportan los avances espaciales. Investigadores del espacio de ocho países responden). Ed. de Eugen Sänger, Múnich y Esslingen: Bechtle, 1962.

[25] «¡Ay!», «¡oh!» y «¡viva!», respectivamente.

[26] Literalmente, «árbol de Dios» y «la imagen de Dios», maldiciones húngaras.

[27] «Pieza tocada, pieza jugada», es una regla fundamental del ajedrez que obliga al jugador a mover cualquier pieza que toque, si existe un movimiento legal para esa pieza; refuerza la disciplina y el juego limpio.

[28] El Urania de Viena, llamado así en honor a la musa de la astronomía, es un instituto de educación pública y observatorio astronómico, construido de acuerdo con los planos del arquitecto modernista Max Fabiani, discípulo de Otto Wagner, en la desembocadura del río Viena e inaugurado en 1910 por el emperador Francisco José I. Tras la reconstrucción posterior a la Segunda Guerra Mundial, reabrió sus puertas en 1957.

[29] «Querida señora Freeman: muchas gracias por su carta del 14 de agosto», en inglés.

[30] Imposible traducir el juego de palabras con *Wolf*, «lobo» en alemán.

[31] Son todas referencias al gran proyecto del ciclo *Formas de muerte*, y del cual *Malina* es la única novela completa, que, en los primeros esbozos, llevaba el título de «Tres asesinos». «Las tinieblas egipcias» es el título de un capítulo de la novela inacabada *El caso Franza.*

[32] «Alegraos, regocijaos», motete religioso de Wolfgang Amadeus Mozart, escrito en 1773 durante su estancia en Italia.

[33] Se refiere a la obra de Fiódor Dostoievski (1821-1881) *Memorias*

de la casa muerta (1862), en la que el autor relata la experiencia en prisión tras su arresto en 1849 acusado de crímenes contra la seguridad del Estado y su posterior condena a ocho años de trabajos forzados en Siberia.

[34] «Queridos amigos, queridos compañeros», cita de la primera escena del acto primero de la ópera *La sonnambula* (1831) de Vincenzo Bellini (1801-1835), que se cita varias veces en la novela como ejemplo del *bel canto*.

[35] Las sopranistas Elisabeth Schwarzkopf (1915-2006) y Maria Callas (1923-1977).

[36] La Hohe Warte es una colina urbanizada de doscientos catorce metros sobre el nivel del mar situada en Döbling, el distrito XIX de Viena, entre las zonas de Heiligenstadt y Unterdöbling.

[37] «¡Niños!», «¡callaos, niños!», en húngaro.

[38] Exclamación de origen francés *(gardez la dame)* que se usaba para advertir al oponente de que su dama estaba bajo ataque, esto es, en jaque.

[39] «Auprès de ma blonde / Qu'il fait bon, fait bon, fait bon / Auprès de ma blonde / Qu'il fait bon dormir!» (Junto a mi amada / ¡Qué bien, qué bien, qué bien / Junto a mi amada / Qué bien se duerme!) es el estribillo de una conocida marcha militar de 1704, cuyo título original es *Le prisonnier de Hollande (El prisionero de Holanda)*. Atribuida a André Joubert du Collet, teniente de la Marina Real durante el reinado de Luis XIV, hecho prisionero por los holandeses, se popularizó durante los siglos XVIII y XIX, y forma parte del repertorio popular.

[40] Kagran fue hasta 1904 un municipio independiente y hoy es un barrio de Viena situado en el distrito XXII. Aparece mencionado por primera vez en un documento de 1199 como *Chagaran*, nombre que deriva de *Wagram*, término que hacía referencia al

Wogenrand (margen ondulado) del Danubio, como se denominaba al barrio en la época anterior a la regulación del río.

[41] De aquí hasta «pero hechizada, fascinada», Bachmann entremezcla numerosas referencias y citas del relato fantástico «The Willows» («Los sauces», 1907) del escritor británico Algernon Blackwood (1869-1951).

[42] De aquí hasta el final del cuento Bachmann traza un diálogo literario ejemplar con la poesía de Paul Celan, sobre todo con su poemario *Mohn und Gedächtnis* (*Amapola y memoria*, 1952), en el que, en su primera versión de 1948, Celan dedicó numerosos poemas a Bachmann, a la que había conocido hacía poco en Viena.

[43] En este caso se trata de una referencia al título del relato *Mäusefest und andere Erzählungen* (*Fiesta de ratones y otros relatos*, 1965) de Johannes Bobrowski (1917-1965).

[44] El párrafo es una alusión directa a las novelas del ciclo de Marcel Proust (1871-1922) *À la recherche du temps perdu* (*En busca del tiempo perdido,* 1913-1927), así como a la novela *Les Cent Vingt Journées de Sodome, ou l'École du libertinage* (*Los ciento veinte días de Sodoma o la Escuela de libertinaje,* 1785) del Marqués de Sade (1740-1814).

[45] Bachmann hace aquí una referencia al poemario póstumo de Cesare Pavese (1908-1950) *Verrà la morte e avrà i tuoi occhi* (*Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*, 1959).

[46] La principal obra filosófica de Jean-Paul Sartre (1905-1980).

[47] *De la naturaleza de las cosas* (s. I a. C.), de Lucrecio, y *Le culte de la raison et le culte de l'être suprême. Essai historique* (*El culto de la razón y el culto del ser supremo. Ensayo histórico,* 1793/1794), del filósofo francés François-Alphonse Aulard (1849-1928).

[48] Es una alusión a *El movimiento de los animales* (Περὶ ζῴων κινήσεως, en latín *De motu animalium*), una de las obras sobre biología más importantes de Aristóteles.

[49] Plato caliente derivado de la sopa de *goulash*.

[50] *Marillenknödel*, un pastel típico de la cocina austriaca, checa, húngara y, en general, de toda Europa Central, sobre todo de las zonas donde hay abundancia de albaricoques.

[51] Es el nombre de una bebida tradicional alemana de color rojo intenso, hecha a base de *brandy* y bayas de enebro.

[52] Ingeborg Bachmann tenía ambos libros de cocina: W. M. Treichlinger, *Alt Österreich bittet zu Tisch. Aus dem Kochbuch meiner Mutter,* Zúrich: Sancoussi, 1960; Tibor Kovacs, *Kleine ungarische Küche. Über 60 Rezepte,* Zúrich: Sancoussi, 1958.

[53] El Viejo Danubio es un brazo muerto del río, situado en la orilla izquierda del denominado Nuevo Danubio a su paso por Viena, entre los distritos de Floridsdorf y Donaustadt.

[54] Referencia al guion cinematográfico de Jean-Paul Sartre (1905-1980) *Les jeux son faits* (*La suerte está echada*, 1947) y al poema de la propia Bachmann «Das Spiel ist aus» («Se acabó el juego»), incluido en su poemario *Invocación a la Osa Mayor* (1956).

[55] Bachmann cita aquí las dos últimas estrofas («La morale de cette morale / c'est qu'les hommes sont des cochons. / La morale de cette morale / c'est qu'les femmes aiment les cochons») de la canción francesa *Jeanneton prend sa faucille (Jeanneton coge su guadaña)* en la que, en tono pícaro, se relata el encuentro entre una niña y cuatro niños «jóvenes y guapos». El encuentro podría representar una violación, ya que no se establece claramente el consentimiento de la joven, pero hay tantas variantes que no existe consenso al respecto.

[56] «Corramos un tupido velo», en francés.

[57] El edificio del Museo de Historia Militar de Viena, cuyo punto central lo constituye la Ruhmeshalle (Salón de la Fama), es la pieza central del Arsenal, un enorme complejo militar que constaba originalmente de un total de setenta y dos edificios erigidos durante los primeros años de reinado de Francisco José I.

[58] Una de las casas de subastas más antiguas del mundo, establecida por el emperador José I en 1707.

[59] El hecho de que no se expliciten las preguntas de la persona que hace la entrevista establece una relación directa con el texto de Max Frisch (1911-1991) «Ich schreibe für Leser. Antworten auf vorgestellte Fragen» («Yo escribo para lectores. Respuestas a preguntas previas», 1964).

[60] Colina situada en Obervellach, cerca de Hermagor, en el triángulo fronterizo entre Austria, Viena y Eslovenia.

[61] Bachmann se refiere aquí a la concepción ciceroniana de la historia como maestra de vida *(magistra vitae)*, tal como el autor latino la definió en su *De oratore* (*Sobre el orador*, 55 a. C.).

[62] El 15 de julio de 1927 tuvo lugar en Viena la conocida como Revuelta de Julio, una violenta protesta obrera que culminó con el incendio del Palacio de Justicia tras la absolución de unos paramilitares responsables de la muerte de trabajadores, lo cual resultó en una dura represión policial que causó al menos ochenta y cuatro muertos civiles y la destrucción parcial del edificio, incluyendo la Biblioteca Judicial y el Registro de la Propiedad.

[63] Los nombres de los gatos son una clara referencia a la novelista inglesa Frances Trollope (1780-1863) la madre del famoso novelista Anthony Trollope, y autora de *Vienna and the Austrians*

(*Viena y los austriacos,* 1838), aunque es conocida sobre todo por su novela *The Widow Barnaby* (*La viuda Barnaby,* 1838) y sus continuaciones.

[64] Cita del ciclo de poemas en prosa de Arthur Rimbaud (1854-1891) *Une saison en enfer* (*Una temporada en el infierno*, 1873), al que Bachmann alude en diversas ocasiones a lo largo del proyecto *Formas de muerte.*

[65] Se refiere a la famosa prenda asociada al estadista ruso Alexander Ménshikov (1673-1729), el caftán o traje tradicional *(poddyovka)* con el que aparece retratado en el cuadro «Ménshikov en Beryozovo» (1883), de Vasili Súrikov (1848-1916), una prenda sombría y sencilla, fabricada con pieles o telas pesadas, que simboliza el exilio y el frío.

[66] Gottfried Benn (1886-1956), uno de los mayores representantes del expresionismo alemán, incluye esta cita en un conjunto tomado del novelista francés Honoré de Balzac que denomina «Frases de excepcional experiencia», incluido en su obra *Ausdruckswelt. Essays und Aphorismen* (*Mundo de la expresión. Ensayos y aforismos*, 1949).

[67] «Con mi mano abrasada escribo sobre la naturaleza del fuego» es una cita de la carta n.º 332 del novelista francés Gustave Flaubert (1821-1880) a Louise Colet, fechada entre el 5 y el 6 de julio de 1852: «Avec ma main brulée j'ai le droit maintenant d'écrire des phrases sur la nature du feu» (Con mi mano quemada ahora tengo derecho a escribir frases sobre la naturaleza del fuego).

[68] «El amor me hizo arder en el fuego, me puso en el fuego de amor» son los versos iniciales de un poema medieval, probablemente parte de una lauda, que expresa el ardor y el sufrimiento amorosos. El poema completo aparece recogido en el

ensayo de Giuseppe Ungaretti «Difficoltà della poesía», escrito entre 1952 y 1963, y publicado póstumamente en *Vita d'un uomo. Saggi e interventi* (1974).

[69] «To the Onlie Begetter of These Insuing Sonnets, Mr. W. H.» (Al único creador de estos sonetos, el Sr. W. H.) es la famosa y misteriosa dedicatoria que aparece en la primera edición de los *Sonetos* de Shakespeare, publicada en 1609 y atribuida a «T. T.» (probablemente el editor Thomas Thorpe), que hace referencia a la inspiración o fuente de los poemas. El «Sr. W. H.» fue posiblemente Henry Wriothesley o William Herbert, aunque no es posible aún aclarar su identidad.

[70] La crítica de Bachmann a Austria está en la línea del modelo literario de la «kakania» descrita en *Der Mann ohne Eigenschaften* (*El hombre sin atributos*, 1930-1943) de Robert Musil (1880-1942). Bachmann utilizó esta misma expresión en una entrevista realizada el 15 de noviembre de 1965: «Soy de Austria, de un pequeño país que, por decirlo de manera un tanto exagerada, ya ha salido de la historia […]»..

[71] Al nombre dinástico de los Habsburgo (Casa de Austria), común desde la Edad Moderna, Bachmann le da aquí un significado metafórico en la tradición de las utopías multiculturales de Europa Central, que mitifican la monarquía multinacional de Austria-Hungría como modelo intercultural. Así, por ejemplo, en su entrevista del 23 de marzo de 1971: «No existe ningún país llamado Austria, […] el nombre real siempre fue "Casa Austria". Yo provengo de ese mundo, aunque nací cuando Austria ya había dejado de existir. Sin embargo, para mí siguen existiendo conexiones subterráneas, y esta formación espiritual me la ha proporcionado este país que no es tal».

[72] Tras el atentado que acabó con la vida del archiduque Francisco

Fernando, el heredero al trono, y su esposa Sofía en Sarajevo el 28 de junio de 1914, la monarquía austrohúngara lanzó un ultimátum a Serbia el 23 de julio, al que siguieron tras cinco días la declaración de guerra y el comienzo del conflicto bélico.

[73] Alusión al volumen de relatos *Il crematorio di Vienna* (1969) del escritor italiano Goffredo Parise (1929-1986).

[74] Gallizien (en esloveno, Galicija) es un municipio bilingüe situado en el distrito de Völkermarkt, en el estado federado de Carintia.

[75] «Todo» en alemán.

[76] *Caput galeatum* (cabeza con casco) es un término en latín que describe el fenómeno poco común del parto enmantillado o parto velado, en el que un bebé nace envuelto en el saco amniótico intacto, con lo que da la sensación de que lleva un casco o un velo sobre la cabeza y a veces el cuerpo. En muchas culturas se considera un signo de buena suerte o de dones especiales para el niño.

[77] Se refiere al histórico y popular local de Viena, conocido por sus diminutos y sabrosos sándwiches.

[78] Composición a partir de los nombres de Helene Altenwyl y Antoinette Hechingen, personajes de la comedia *Der Schwierige* (*El difícil,* 1917) del escritor vienés Hugo von Hofmannsthal (1874-1929).

[79] Largometraje estadounidense de 1931, dirigido por George Abbott a partir de una adaptación de la obra teatral *Her Past*, escrita por Frederick J. Jackson. La acción se desarrolla en Panamá, donde la protagonista, anfitriona de un club nocturno, mata a un hombre en defensa propia durante un forcejeo y es juzgada por asesinato.

[80] Es la protagonista de *El caso Franza*, una de las novelas del proyectado ciclo *Formas de muerte,* así como del relato «Das

Gebell» («El ladrido»), incluido en el volumen *Simultan* (*Simultáneo,* 1972).

[81] Personaje del relato «Drei Wege zum See» («Tres senderos hacia el lago»), incluido en *Simultáneo.*

[82] Uno de los personajes de la novela inacabada *Réquiem por Fanny Goldmann*, del ciclo *Formas de muerte.*

[83] Llamada así por su descubridor, Leo Buerger (1879-1943), es una enfermedad vascular rara, asociada directamente al consumo de nicotina, que causa inflamación y coágulos en arterias y venas de brazos y piernas, reduciendo el flujo sanguíneo y provocando dolor, úlceras, entumecimiento y gangrena en los dedos.

[84] El nombre correcto es *Kitekat*, la marca de comida para gatos fundada en 1962.

[85] En este párrafo y el siguiente, y conectando de manera directa con los anuncios bíblicos del Juicio Final, Bachmann describe una visión de liberación y belleza en el marco de una nueva percepción más pura del mundo, alejada del materialismo y la sociedad de consumo. Esta utopía es un tema central en los últimos escritos y conversaciones de la autora, y expresan su esperanza de un futuro mejor, aunque ella misma dudara de la realización de esta utopía y tan solo se aferrara a ella para poder seguir escribiendo.

[86] ATA es un producto abrasivo comercializado por Henkel desde 1920, que originalmente solo contenía arena y sosa. Fue el primer limpiador doméstico de la marca. También del grupo Henkel, IMI fue, entre 1929 y 1999, la marca del primer detergente que contenía fosfato sódico.

[87] «Niños», en húngaro.

[88] Documental sobre la naturaleza producido por Walt Disney en

1953 que muestra la vida cotidiana de los animales del desierto en el suroeste de los Estados Unidos.

[89] *Estrella roja sobre China* (1937) es un libro del periodista estado-unidense Edgar Snow (1905-1972) que describía las actividades del Partido Comunista Chino cuando todavía era desconocido para los occidentales. Junto con *La buena tierra* (1931) de Pearl S. Buck, fue el libro que más influyó en aquella década en la comprensión occidental de China.

[90] La protagonista de la mencionada novela *Réquiem por Fanny Goldmann.*

[91] «Nos aproximamos al espíritu», en francés.

[92] Las preguntas son reformulaciones de citas de la introducción al ciclo *Una temporada en el infierno* (*Une saison en enfer*, 1873) del poeta francés Arthur Rimbaud (1854-1891), en la que se presenta la historia como «unas páginas de mi diario de condenado».

[93] Paráfrasis del apartado siguiente del mismo ciclo.

[94] Se refiere a la obra de consulta zoológica *Illustrirtes Thierleben* (1863-1869), con la que el zoólogo Alfred Brehm (1829-1884) contribuyó de manera decisiva a la popularización del conocimiento en la materia desde el siglo XIX.

[95] «Por favor, hazme el favor, les he prometido un helado», en inglés.

[96] «¡Estás loca, no era necesario!», en inglés.

[97] Es una canción infantil húngara: «Habría que ir a Debrecen / a comprar un pavo, / cuidado, cochero, la cesta tiene un agujero, / que se escapa el pavo».

[98] «¡Viva!», en húngaro.

[99] «Schwarzer Peter», en alemán, uno de los juegos de cartas infantiles que, junto con el de los cuartetos, son de los más

practicados en Austria. Es un juego de parejas en el que pierde el jugador que se queda con la carta de Pedro el negro en la mano.

[100] Es una de las calles más conocidas de Viena, cuyo nombre procede de las pañerías y sastrerías asentadas allí en la Edad Media.

[101] Es una clara referencia al cuento de *Blancanieves*, pero también al poema de Celan «Corona».

[102] «Ahora nos irá mejor, ya se ha pasado la montaña», en francés, evoca la idea de que los momentos complicados han quedado atrás y que lo que viene será más tranquilo. Al parecer, el emperador prusiano Federico el Grande (1712-1786) pronunció esta frase en su lecho de muerte la madrugada del 16 al 17 de agosto de 1786. Bertolt Brecht la adaptó en su poema «Wahrnehmung» («Percepción», 1949) para describir el final del nacionalsocialismo.

[103] Alusión a *Nightwood* (*El bosque de la noche,* 1936), la novela de Djuna Barnes (1892-1982), una de las primeras en retratar la homosexualidad explícita entre mujeres.

[104] De nuevo una alusión a la mencionada obra de Robert Musil *El hombre sin atributos*.

[105] «Por favor, llama después, tengo que hablar contigo», en inglés.

[106] «Te llamo luego», en inglés.

[107] De nuevo una alusión a uno de los poemas en prosa incluidos en el ciclo de Rimbaud *Una temporada en el infierno*, el titulado «Alchemie du Verbe».

[108] Junto con Marek es otro de los personajes de las diferentes novelas fragmentarias que conforman el ciclo *Formas de muerte.*

[109] «Éxito rotundo», en francés.

[110] «Destacado», «excepcional», en inglés.

[111] «Pero los artesanos de aquí, por favor, ¡son todos iguales! Queridos amigos, ¿habéis visto cómo han destruido Salzburgo e incluso Viena? Pero en París es exactamente lo mismo, os lo aseguro», en francés.

[112] «¿Estáis seguros de que no se trata de Fayenza?» y «Hay que ir al menos una vez, cogéis la carretera, porque era, ¿te acuerdas, Marie?», en francés respectivamente.

[113] «Con frialdad», en francés.

[114] El director de orquesta de origen austriaco Herbert von Karajan (1908-1989).

[115] «La adoro, querida mía» y «¡Tengo que contároslo necesariamente esta noche!», en francés.

[116] El mencionado escritor vienés Hugo von Hofmannsthal, el músico y compositor Richard Strauss (1864-1949), autor de numerosas óperas basadas en libros de Hofmannsthal, y el director de teatro Max Reinhardt (1873-1943), iniciador junto con los dos anteriores de los festivales de Salzburgo. El libro de homenaje al filósofo Rudolf Kassner (1873-1959) se publicó en 1953 con el título *Rudolf Kassner zum achtzigsten Geburtstag* (*A Rudolf Kassner en su 80º aniversario*), editado por A. C. Kesnik y D. Bodmer.

[117] «Una maravilla sin comparación, inolvidable, era un poco sospechoso, sí», «otra cosa diferente», «le encantaban los cisnes» y «¿Quién era ese de ahí?», en francés respectivamente.

[118] Técnica desarrollada por el austriaco Hannes Schneider en St. Anton am Arlberg. Se trata del primer método mundial unificado en la enseñanza del esquí, y consistía básicamente en pasar del paralelo a la cuña para hacer el giro, y luego pasar de nuevo al paralelo para trazar la diagonal.

[119] En 1860 Sondre Nordheim fue el primero en utilizar fijaciones de sauce, caña y raíz de abedul alrededor del talón a ambos lados de la correa de los dedos para sujetar la bota al esquí, revolucionando así este deporte y haciendo posible el salto. Él mismo ganó la primera competición de salto conocida, celebrada en 1866 en Telemark (Noruega), donde Nordheim inventó y popularizó una nueva forma de hacer giros sobre las tablas de esquiar, que lleva por eso el nombre de la ciudad noruega. Desarrolló asimismo otros giros básicos del esquí, que se convirtieron en estándar como el christiania (el paralelo elemental), nombre que le dio por la ciudad de Oslo (llamada Christiania entre 1624 y 1897).

[120] Es el título del ensayo de Raymond Chandler (1888-1959) titulado *The Simple Art of Murder* (*El simple arte de matar,* 1944).

[121] Es una conocida recopilación de canciones en trece volúmenes. Tan solo contiene dos de las que se mencionan a continuación.

[122] Las dos primeras referencias no se han podido documentar hasta el momento. *La muerte y la doncella* es el título de un poema de Matthias Claudius (1740-1815), al que puso música Franz Schubert (1797-1828).

[123] Ópera homónima de Gaetano Donizetti (1797-1848) fechada en 1840.

[124] Alusión al aria del champán del *Don Giovanni* (1787) de Mozart.

[125] Aria de la ópera *Martha* (1847) del compositor Friedrich von Flotow (1812-1883).

[126] Composición a partir del verso inicial y final de la primera parte de la mencionada obra de Schönberg *Pierrot lunaire.*

[127] Maniobra en la que la popa del barco gira contra el viento.

[128] En los festivales de Salzburgo es tradicional la representación

de diferentes adaptaciones de la obra de Hugo von Hofmannsthal *Jedermann* (1911).

[129] Nueva alusión al *Pierrot lunaire* de Schönberg.

[130] Hans Alexander Mueller, *Das Segler ABC. Ein Holzschnittbuch* (1934); Kurt W. Eichler, *Vom Bug zum Heck. Seemännisches Hand- und Wörterbuch* (1938); Gunther Werckmeister, *Luv und Lee. Seglers ABC. Sein Handbuch und Lexikon in Wort und Bild* (1958); Erich Sondheim, *Knoten, Spleissen, Takeln* (1953).

[131] Uno de los escritos tardíos de Friedrich Nietzsche (1844-1900).

[132] La frase es una cita literal de las explicaciones a la imagen 28 del catálogo editado en 1960 por la dirección del Museo de Historia Militar de Viena.

[133] Es el mismo título del conocido largometraje dirigido en 1949 por Carol Reed (1906-1976) y basado en la novela homónima de Graham Greene (1904-1991), *The Third Man* (1950), que se desarrolla en la Viena ocupada de 1948.

[134] La noche del 30 de abril al 1 de mayo se celebra en Austria la denominada *Freinacht* (literalmente «noche libre») o *Walpurgisnacht* («noche de Walpurgis», «noche de las brujas») en otras regiones de habla alemana.

[135] Alusión al largometraje *Wienerinnen* (*Vienesas*, 1951) del director austriaco Kurt Steinwendner (1920-1992).

[136] Es una alusión al poema de Günter Eich (1907-1972) «Betrachtet die Fingerspitzen» («Mirad las puntas de los dedos») incluido en el volumen *Botschaften des Regens* (*Mensajes de la lluvia*, 1955).

[137] Los motivos aparecen también en el poema «An die Sonne» («Al sol»), incluido en el volumen *Invocación a la Osa Mayor*.

[138] Siegfried Unseld (1924-2002), editor de Bachmann.

[139] Alusión a la mencionada obra de Arthur Rimbaud, *Una*

temporada en el infierno.

[140] El escritor alemán Heinrich von Kleist (1777-1811).

[141] Verso del poema de Friedrich Hölderlin (1770-1843) «Der Sonnengott» («El dios del sol»).

[142] *Holzwege* (1950), uno de los ensayos tardíos de Martin Heidegger (1889-1976), sobre cuya obra escribió Bachmann su tesis doctoral.

[143] El escritor y crítico austriaco Ferdinand Kürnberger (1821-1879) y el escritor y viajero de origen greco-irlandés Lafcadio Hearn (1850-1904).

[144] El escritor Max Fürst (1905-1978), originario de Königsberg y amigo de Hans Litten (1903-1938), el abogado judío que se enfrentó a Hitler.

[145] «Saludo», en griego.

[146] El protagonista de la novela *El proceso* de Franz Kafka (1883-1924).

[147] «Por fin has llegado, por fin has llegado», en italiano. Es una cita de la primera escena del primer acto de la mencionada ópera de Bellini *La sonnambula.*

[148] «Prometo, prometo», en latín.

[149] *Nie*, «nunca» en alemán.

[150] La primera de una serie de citas de la ópera *Tristán e Isolda* (1859/1865) de Richard Wagner (1813-1883).

[151] Es posible que este sueño esté relacionado con la muerte del dramaturgo vienés Hans von Chlumberg (1897-1930), fallecido durante los ensayos de una de sus obras como consecuencia de una caída al foso.

[152] «Fácilmente» y «se hace», en latín respectivamente.

[153] Puede tratarse de una alusión al suicidio de Paul Celan en el Sena a finales de abril de 1970.

[154] Los reyes de Hungría tenían el título de «Majestad apostólica», que se traspasó a los emperadores de la monarquía austrohúngara.

[155] Se refiere a la obra del naturalista Wilhelm Oswald (1853-1932), quien en su estudio *Die Farbenlehre in 5 Büchern* (*La teoría de los colores en cinco libros*, 1918) definía todas las tonalidades del círculo cromático a partir de tres colores básicos.

[156] Es una clara alusión a los divertimentos sádicos de la zarina Ana I de Rusia (1693-1740), quien, al parecer, en el invierno de 1739 organizó con mucha pompa los esponsales al aire libre de un príncipe con una joven campesina, tras lo cual los novios tuvieron que pasar la noche de bodas en un pabellón de hielo.

[157] La segunda fábrica de porcelana más antigua de Europa, fundada en el año 1718.

[158] «Zarina», en ruso.

[159] Hans Cloos (1885-1951), *Gespräch mit der Erde. Geologische Welt- und Lebensfahrt* (1951).

[160] «Vivir ardientemente y no sentir el dolor», en italiano. Es un verso de la poeta italiana Gaspara Stampa (c. 1523-1554) que Gabriele d'Annunzio (1863-1938) cita en su novela *Il fuoco* (*El fuego*, 1900).

[161] Es una referencia a uno de los aforismos contenidos en el volumen *El ocaso de los ídolos* (1889) de Friedrich Nietzsche.

[162] Hasta el final del párrafo se entremezclan citas de la ópera de Wagner *Tristán e Isolda* y la mencionada obra de Schönberg, *Pierrot lunaire.*

[163] Es el título en español de *Når vi døde vaagner* (1899), la última obra del dramaturgo noruego Henrik Ibsen (1828-1906).

[164] Se trata de una alusión a las teorías psicoanalíticas de Carl Gustav Jung (1875-1961). El Ánimus es para él el arquetipo de lo

masculino en el inconsciente femenino, la imagen interna de un hombre que toda mujer posee, y que representa la razón, la palabra, el espíritu y la acción. A menudo se manifiesta como una opinión fija o como una especie de guía espiritual, y su integración es clave para el desarrollo de la individualidad. Se desarrolla en etapas, desde el poder físico hasta la mediación entre consciente e inconsciente, y su proyección en otros puede causar conflictos en las relaciones.

[165] Es una alusión directa al postulado del Principio de razón suficiente defendido por filósofos como Leibniz, Schopenhauer o Heidegger, según el cual todo lo que ocurre tiene una razón suficiente para que sea así y no de otra manera.

[166] La ontología de Platón está centrada en el concepto de *ontos on* («el ser verdadero» o «lo que realmente es»), y propone un dualismo ontológico que divide la realidad en dos mundos: el inteligible (ideas inmutables y eternas) y el sensible (cosas materiales cambiantes).

[167] Concepto filosófico que se refiere a la sinceridad de los hechos y la realidad.

[168] Nueva alusión a la carta de Flaubert a Colette mencionada anteriormente.

[169] Egon Friedell, *Kulturgeschichte Ägyptens und des Alten Orients* (*Historia cultural de Egipto y del antiguo Oriente*, 1936): «El corazón se pesaba ante el juez de los muertos y se consideraba el lugar donde residían todos los pensamientos; si un egipcio decía de alguien que "no tenía corazón", quería decir que era tonto».

[170] Son frases de campañas publicitarias de la época. Prestige es la marca de una loción de afeitado de la casa F. Wolff & Sohn, de Karlsruhe; Vivioptal es un suplemento multivitamínico de

fabricación alemana.

[171] La fecha exacta del inicio de la relación de Bachmann con Max Frisch.

[172] Edward Luttwak, *Der Coup d'Etat oder wie man einen Staatsstreich ins-zeniert* (1969).

[173] La forma en la que Bachmann plantea estas cuestiones recuerda a los cuestionarios *(Fragebogen)* que Frisch incluyó en sus *Diarios*.

[174] Dos series de tren utilizadas en los ferrocarriles austriacos.

[175] «Vagabundo», en francés.

[176] «Que Dios os…», en francés, y «… bendiga», en inglés, respectivamente.

[177] Es una clara alusión a uno de los motivos centrales de la obra de Frisch, sobre el que él mismo reflexiona en *Montauk* (1975): «My greatest fear: Repetition».

[178] Es el título (*Reigen*, 1896/97) de la obra en un acto del vienés Arthur Schnitzler (1862-1931), en la que se analiza el comportamiento erótico de la sociedad vienesa y que Bachmann utiliza para denominar la «prostitución universal» de la inmediata posguerra.

[179] Son todos personajes del ciclo *Formas de muerte*.

[180] Con esta frase central Bachmann hace una referencia a sus reflexiones en la introducción a *El caso Franza*, en las que cita una frase del relato *La venganza de una mujer* contenido en el ciclo *Las diabólicas* de J. A. Barbey d'Aurevilly (1808-1889): «[…] la literatura deja sin calificar la mitad de los delitos que la sociedad comete a diario, en secreto y sin castigo, con encantadora despreocupación».

[181] Es una zona del distrito III de Viena, una antigua zona suburbana que se ha transformado en un núcleo urbano mixto,

situada detrás del casco histórico.

[182] Es la banda sonora de Miles Davis para el largometraje *Ascensor para el cadalso* (1957), dirigido por Louis Malle.

[183] Es el nombre de un hospital psiquiátrico de Viena.

[184] El apellido es el de uno de los personajes del relato «Unter Mördern und Irren» («Entre asesinos y chiflados») publicado en el volumen *Das dreissigste Jahr* (*A los treinta años,* 1961). La descripción del personaje y la similitud fonética del apellido (Haderer) apuntan directamente a la figura del escritor austriaco Heimito (pronunciado «Haimito») von Doderer (1896-1966), enterrado en pleno invierno, el 23 de diciembre de 1966.

[185] Alekséi Leónov (1934-2019), cosmonauta soviético famoso por realizar el primer paseo espacial el 18 de marzo de 1965 en la misión tripulada Vosjod 2. En 1969 publicó, originalmente en alemán y junto con Vladimir Lebedev, su obra *Der Mensch im Weltall. Die Wahrnehmung von Raum und Zeit im Kosmos* (*El hombre en el universo. La percepción de espacio y tiempo en el cosmos*).

[186] Todas las indicaciones para la voz que aparecen a partir de aquí proceden del cuarteto para cuerda de Schubert *La muerte y la doncella* (1817), basado en un poema homónimo de Matthias Claudius (1740-1815).

[187] *Schneeballen*, en alemán. Es un postre tradicional alemán, originario de Franconia, elaborado con tiras de masa quebrada frita, con las que se forman bolas que se cubren con azúcar glas y a menudo también con chocolate. Son muy populares en Navidad.

[188] Son de nuevo referencias autobiográficas al valle del Gail, en el triángulo Austria-Italia-Eslovenia, donde Bachmann pasaba las vacaciones de verano.

[189] *Die grossen Philosophen* (1957), la conocida obra de Karl Jaspers (1883-1969) en la que se recoge una historia mundial de la filosofía única en su género.

[190] «He caído mal, he caído bien», en francés.

[191] *Thematic Apperception Test*, en inglés. Son los famosos test desarrollados por el psiquiatra suizo Hermann Rorschach (1884-1922), el psicoterapeuta húngaro Leopold Szondi (1893-1986) y el psicólogo estadounidense Henry A. Murray (1893-1988), respectivamente.

[192] De nuevo alusiones al *Pierrot lunaire* de Schönberg.

[193] Se refiere al episodio de la mitología griega en el que se narra cómo Hércules muere por culpa de una túnica que su esposa ha untado con la sangre del centauro Neso, y que ella creía un filtro de amor cuando en realidad era un veneno.

[194] Cita del prólogo de Immanuel Kant a su *Crítica de la razón pura* (1781).

[195] Se refiere a uno de los escritos más importantes del filósofo inglés Francis Hutcheson (1694-1747), el titulado *Illustrations on the Moral Sense* (1728).

[196] Es la nota máxima en el examen para el grado de doctor.

[197] Se refiere a las pinturas que Goya hizo durante su último periodo en las paredes de la Quinta del Sordo, y que para Bachmann son modelos ejemplares de la aniquilación y la destrucción.

[198] «Estamos contentos, soy un hombre, hice esta caricatura», es una paráfrasis de una cita de la posdata de una carta de Nietzsche a Jacob Burckhardt fechada el 6 de enero de 1899.

[199] Alusión a una frase del protagonista en *Así habló Zaratustra* (1883) de Nietzsche: «Cuando los dioses mueren, mueren siempre muchas formas de muerte».

[200] En este sentido, quiero agradecer el trabajo de Monika Albrecht y Dirk Göttsche, cuyos estudios y comentarios sobre la novela han sido de gran ayuda para establecer los juegos intertextuales de Bachmann con otros autores, recogidos en las notas al pie.

Índice

Malina
Capítulo primero. Feliz con Ivan
Capítulo segundo. El tercer hombre
Capítulo tercero. De las últimas cosas
Epílogo de la traductora
Sobre este libro
Sobre Ingeborg Bachmann
Créditos
Notas